

NAOMI BRAUS

Engañame a  
Vivir



# Enseñame a Vivir

Naomi Braus



Enséñame a vivir.  
Primera edición, Marzo, 2018.

@Naomi Braus, 2018.

@de la imagen de cubierta: Istock, Fotolia.

@de la fotografía de la autora: Archivo de la autora.

@Editor responsable: Vannia Noguerol.

@Ediciones Topacio, EIRL, 2018.

1 norte, 461, oficina n° 703, Viña del Mar.

Ediciones Topacio apoya la protección del copyright.

Queda absolutamente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, o el traspaso mediante cualquier forma electrónica, mecánica, fotocopia, grabación, u otro, sin la previa autorización de la editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser causal de delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, hechos, y sucesos presentados en esta obra son productos de la mente del escritor. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas, nombres, lugares, o empresas, es pura coincidencia.

ISBN tapa blanda: 978-956-09119-0-2

ISBN electrónico: 978-956-09119-1-9

DDI N°: 266.322

Depósito legal según ley N° 19.773

“Si creíste que moriría por ti, primero debiste darme un arma”  
Naomi Braus

# Capítulo

## 1

Gruñó al oír cómo el tarro de helado, que había permanecido toda la madrugada amenazante en la orilla de la cama, terminaba por caer, estrellándose estrepitosamente contra el suelo. El trepidar de su celular sonando una vez más se volvía irritante. ¿Cuántas veces lo debía escuchar sonar? Ocultó su cabeza bajo las numerosas mantas que la calentaban y, antes de perder la paciencia, estiró su mano, buscando a tientas sobre su mesa de noche. En cuanto lo encontró, sin siquiera ver de quién se trataba, contestó:

—Si está ofreciendo una promoción telefónica, está perdiendo su tiempo —los evidenciables rastros de traspase en su voz eran inevitables.

Un suspiro flotó del otro lado, extendiendo su densidad. Era muy fácil reconocer a la persona aun sin escuchar nada más, por lo que aguardó en silencio.

—Y está bastante claro que lo último que has estado haciendo es escribir, ¿me equivoco? —dijo una femenina voz con cierto pesar—. Sayen, ¿cuándo piensas enviarme el manuscrito? Estamos a solo semanas del plazo de entrega y todavía no hemos podido revisar el material.

Poco a poco fue descubriendo su cabeza castaña como si aquella mujer se encontrara en la misma habitación. Necesitaba que algo de sangre fluyera. A pesar de su clara pregunta, procesarlo era dificultoso. Se sentó de golpe y observó, horrorizada, el suelo manchado con restos del helado de frutilla derretido.

—¿Por qué tan desconfiada? Justo estoy trabajando en eso —mintió. Lo único presente ahora era arreglar ese desastre, no obstante, su arruinada coordinación hizo que terminara mojándose el pie—. Mierda.

—¿Qué pasó? ¿qué hiciste? —aquella voz comenzaba a alterarse—. ¿De verdad estás escribiendo?, porque supuse que estarías durmiendo.

—¿Yo? Por favor, tú sabes bien que soy madrugadora. Es más, qué bueno que llames tan temprano.

Hubo un pausado silencio.

—Sayen, ya es la una de la tarde.

¿Qué? ¿cómo podía ser tan tarde? Alejó un segundo su celular para confirmar lo que ella decía, y era cierto. Su día estaba más pronto de finalizar que de empezar. Sintió todo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros y una clara decepción recorriéndola, aunque ese ya era un sentimiento que se encontraba arraigado en ella. Y que la obligaba a rendirse antes de intentarlo.

—¿Estás ahí? ¿Sayen? ¿me escuchas?

—S-sí... Sí, te escucho.

—¿Enserio? Me tienes preocupada. ¿Sabes lo que puede pasar si no volvemos a cumplir con el plazo de la editorial?

Claro que lo sabía. Su carrera, que había sido relativamente olvidada por ella misma, terminaría por irse al carajo. Todo lo que construyó con sueños e insomnios desaparecería y solo ella tendría la culpa.

—Solo quiero que te des cuenta y te esfuerces. ¿Necesitas que me pase a tu apartamento luego del trabajo?

—¡No!... No, no es necesario.

A medida que avanzaba hacia la cocina, podía observar el gran desastre que era todo. Costras de polvo se adherían sobre los muebles de la sala y el piso estaba tan opaco que dudaba ya que fuera madera. Se apoyó en el borde del lavaplatos, donde permanecían varias tazas sucias.

—Tranquila, te enviaré algo en la noche, de verdad he estado escribiendo.

—¿Podrías decirme cuánto has escrito? Antes de acabar otra vez con un pre-infarto.

—Natalie, yo...

—La verdad, Sayen.

Sus labios se fruncieron por los nervios, realmente no había hecho nada nuevo desde hacía días, incluso eso tampoco era gran cosa. Pero no podía mentirle más, se daría cuenta. Su voz alcanzó varios tonos bajo lo normal.

—Un par de líneas.

Un silencio habitual, un insulto del otro lado y algo rompiéndose.

—Un par de líneas mis... ¿Me estás jodiendo o qué? ¿Qué clase de respuesta es esa? ¿¡Un par de líneas!?! ¡Sayen! ¿¡qué crees que estás haciendo!?! ¡llevas meses así! ¿Quieres mandar tu carrera a la mierda?

Se podría haber sentido ofendida si realmente se hubiese esforzado por escribir algo, sin embargo, no podía ya que eso también sería mentira. Meses se cumplían desde que la capacidad de imaginar se había esfumado, dejando en su lugar una profunda desmotivación que la mantenía anclada por horas frente a la computadora, sin nada que hacer.

Su motivación, sus sueños, la magia. Todo desapareció con él.

—Lo siento, lo sé, pero es que yo...

—No digas nada —la cortó rápido, no quería más excusas—. Pasaré esta tarde a tu apartamento. Necesitamos hablar de tu carrera —y luego la llamada se terminó.

Imaginarse a Natalie echando fuego por la boca sería divertido sino fuera porque su cabeza estaba en peligro, otra vez. Caminó de regreso por el pasillo a su habitación con toda la resignación encima, y deteniéndose un momento ante una puerta que había mantenido cerrada desde la última vez que creyó que podría avanzar su trabajo. Ingenua, pues todo acabó en palabras sin sentido.

Se acercó, deseosa de entrar y escribir algo decente, lo cual no ocurriría. La escasa conversación con su agente y mejor amiga le dejó un gusto tan amargo en la boca que prefirió retirarse con su vergüenza.

Cierto, ¿qué hacía con su carrera?

Sus tripas demandaban a esas horas algo decente que comer, aunque quizás tendría que aguantarse un poco. Ni pan, ni fideos, ni nada para comer encontró en su alacena. ¿En qué momento se agotó su reserva? Pensó hacer las compras por internet, cuando notó cuánta falta le hacía algo de aire nuevo. Su reflejo en el espejo del baño delató su aspecto demacrado por pasar semanas encerrada.

¡Ni siquiera estaba enferma para pasar tanto tiempo en cama!

Cuando se quitó el pijama que no se había cambiado en demasiados días, percibió un desagradable olor que casi destruyó su sentido del olfato. Un baño urgente sería de ayuda y mientras terminaba de desnudarse, observó sus piernas exageradamente velludas. ¿Qué importaba? De todas formas era invierno, podía considerarlas una perfecta capa protectora para el frío.

Además, tampoco tenía a quien lucirlas.

Enjuagó su cabello del champú por segunda vez, el olor a vainilla le gustaba tanto como a él, solo que el peso de su abundante cabellera llegaba a ser molesta, casi le pasaba el trasero y tenía folículos en los folículos, ¿sería tiempo de cortarlo ya? Dejó que el peso golpeará su espalda y buscó el acondicionador para suavizarlo. Agitó, golpeó, llenó de agua y estrujó el envase por un poco de crema, teniendo que conformarse con un cabello de más de un metro reseco y tirante.

¿Era su idea o el día conspiraba en su contra?

Buscó algo bonito en el armario, decidiéndose por su pantalón favorito de mezclilla, una blusa color rosa pastel y agregando un precioso conjunto interior de encaje negro, los que le apretaban un poco. Los senos le quedaban a medio salir, además el elástico de la braga le sacaba un rollo. Sintió que se iba a desmayar.

Insistió con el pantalón a pesar de que este no le pasaba de la mitad de sus muslos. Miró la blusa sintiéndose reacia, incluso si pensaba intentarlo, esta se rompería. Aún entubada con el pantalón a medio camino, dio brincos de regreso a su baño personal y saltó a la báscula. Contuvo la respiración, luego ahogó un grito. Setenta kilos versus su metro sesenta de altura.

Ahora sí podía desmayarse, ¿qué? Mejor morir. Aferrándose a la perilla de la puerta, se dejó caer y comenzó a llorar desesperada en el frío piso del baño. ¿Cómo podía ser que todo eso estuviera pasando? Su vida estaba siendo un espanto desde lo más mínimo hasta su cuerpo. Pero, ¿cómo? Recordó entonces los calóricos pollos asados, la comida instantánea, los tarros de helado y los delivery de medianoche.

¡Doce kilos!

Pasó las manos por su rostro, removiendo el escozor de sus lágrimas para terminar luego de quitarse toda la ropa a jalones.

Hubiese preferido quedarse acostada otro día más, sin embargo, al recordar que en tan solo un par de horas Natalie se dejaría caer por ahí, se tensaba. Debía comprar comida y limpiar un poco antes de que ella llegara.

Finalmente se cambió todo por ropa deportiva de algodón. La sudadera era holgada y negra al igual que el resto, suponiendo que así disimulaba un poco esos kilos. Y agarró su largo y tirante cabello todavía húmedo —que no pudo secar porque el dichoso aparato se quemó. Decidió salir solo con sus llaves y billetera, nada más necesitaba.

Metió todo tipo de cosas saludables al carro; comida ligera, frutas e incluso cosas descremadas, todo lo que suponía debían alejarla de la comida chatarra y así deshacerse de esos kilos que le pesaban. Buscó útiles de aseo como su champú favorito de vainilla, el cual por suerte halló. ¿Qué sería de ella sin el recuerdo de ese aroma? Le encantaba.

Lo necesitaba.

La banda de la caja quedó llena, las bolsas se ajustaron en el carro y solo quedaba pagar e irse rápido.

—Pago con tarjeta.

La cajera la miró con la expresión más aburrida del mundo hasta que llegó a volverse molesta. Hizo una mueca bastante desagradable e infló un globo con la goma que parecía llevar todo el día mascando debido a lo descolorida que estaba, para luego dar paso a la burla enmarcándose en su rostro.

—Disculpe, pero estamos sin sistema de tarjetas desde la mañana, ¿no leyó el letrero? —dijo, señalando con su dedo un letrero del cual Sayen estaba segura no haber visto antes—. ¿No tiene otro modo de pago? Con dinero real, quizás.

Diciéndolo de esa forma la hacía ver como si estuviera pagando con caramelos en vez de dinero. Miró la pantalla, incrédula. ¿Quién andaría con tanto efectivo? Era la compra para al menos tres meses.

Suspiró agobiada, sentimiento que pasó a la irritación.

—¿Estás de broma? —preguntó hosca. Todo buen rato en el que su cerebro se había oxigenado, se bloqueó por la vergüenza—. Están obligados a tener la línea funcionando, ¿no es el supermercado más grande de la ciudad?

¿Y a ella nada le podía salir bien? La cajera tan solo se encogió de hombros, restándole importancia.

—Mira querida, hay un dispensador de dinero a solo tres calles de aquí, puedo guardarte las cosas como máximo una hora, ¿bien?

¿Qué otra opción tenía? Salió casi pateando piedras del estúpido supermercado. De todas formas debía apresurarse en buscar el dichoso dinero para poder irse a su apartamento de una vez por todas.

Aunque lo intentaba, no podía evitar detenerse ante las vitrinas para apreciar cada hermoso vestido o abrigo hasta que un maniquí llamó su atención. Un ceñido vestido rojo con escote pretencioso la dejó con la boca abierta, ¿qué tan malo sería probárselo?

Entonces supo por qué. En su reflejo veía lo nada bonita que era y sus doce kilos extras que seguro harían colapsar hasta el trapo más vulgar. Vio cómo unas guapas y esbeltas chicas entraban riéndose de lo que seguro serían sus perfectas vidas. Ese lugar no era para ella.

Retrocedió con frustración unos cuantos pasos, dándole una última mirada soñadora al vestido, cuando sus ojos tuvieron que tornarse a su hombro derecho. Un líquido caliente y sucio se escurría, quemándola.

¡Maldita gaviota que se reía y aleteaba! La miró con rencor, y casi gritando cuando volvió a lanzarle más mierda. Por fortuna se hizo a un lado, pero ya su sudadera estaba sucia y solo pudo usar su manga para limpiarse.

Pensó en irse de una vez y meterse en su cama, cuando ante sus ojos apareció el maldito cajero en la calle contigua. Solo debía ir, sacar dinero y terminar con la mala racha cuanto antes.

Sin pensarlo, corrió unos pasos para cruzar, sin preocuparse de nada más. Una repentina bocina acercándose la hizo detenerse y voltearse, sin percibir a tiempo cuando su cuerpo fue embestido tan fuerte que terminó volando algunos metros y rodando en el aterrizaje un par de vueltas en el



pavimento.

Muchas bocinas comenzaron a sonar, ¿o solo era una? Se llevó una mano a la cabeza apenas abriendo sus ojos, la imagen retorcida de muchas caras la obligó a cerrarlos otra vez mientras intentaba ponerse boca arriba. Las voces se multiplicaron sobre ella.

Al volver a abrir sus ojos, decenas de celulares la apuntaban sin hacer más. Quizás no había sido demasiado grave pero el trasero le dolía horrores. ¿Qué se creían esos idiotas? ¿nadie pensaba ayudarla? Con todo el dolor de su cuerpo, se dobló hasta sentarse. Tuvo que contar hasta diez antes de incluso pensar levantarse cuando un alto hombre vestido de traje se hizo paso entre el público y se dirigió a ella.

—¿Estás bien? Lamento no haberme detenido a tiempo, apareciste de pronto y...

La incandescente luz de ese horrible día apenas le dejaba distinguir aquel rostro cuando este la agarró de un brazo y la obligó a tocar tierra firme como a una muñeca de trapo. ¿Qué era esa forma de tratarla? Agitó su brazo para alejarlo y se intentó enderezar con la poca dignidad que le quedaba en su cuota del día e intentó mostrarse intocable. Al menos lo hizo hasta que unas gotas de sangre resbalaron por su frente.

—¿Cuál es tu maldito problema? —gruñó al fin, asqueada por la falsa expresión de preocupación en el rostro de ese hombre, era obvio que poco le interesaba lo ocurrido—. ¿No crees que deberías llevarme al hospital?

La pálida piel del hombre, quien seguro no superaba los treinta y cinco años, se arrugó al fruncir el ceño debido al disgusto. ¿Acaso creía que su tiempo no había sido lo suficientemente interrumpido ya? Sus profundos ojos negros la miraron como si de un insecto se tratara.

—¿Perdón? ¿Qué me ha dicho?

Estaba convencido de que la culpa había sido de ella por haber cruzado lejos del paso peatonal, siendo que él tenía la preferencia de continuar. A pesar de todo, había tenido la suficiente educación de bajarse, usando sus valiosos minutos para que más encima ella respondiera así.

—Eso, ¿me atropellas y ahora te haces el idiota? ¿ni siquiera eres capaz de ofrecerte tú para llevarme? ¡Me lastimaste!

—Oh, vamos, ¿estás loca? No te ves tan mal, ¿por qué debería malgastar mi tiempo cuando la culpa la tuviste tú? Toma un taxi.

¿Loca? ¿le había llamado loca? Aquellas palabras detonaron el sentimiento de furia en ella. Oh... el estrés, la mala suerte, la vergüenza e incluso el dolor de trasero le pasaron la cuenta. Cojeando lo más rápido que pudo y con su mejor pierna le pegó una patada al auto negro que la había tirado como una pelota playera.

—¡Oye! —gritó el hombre acercándose a ella—. ¿¡Qué diablos crees que haces!?

—¡Dime ahora si estoy loca, maldito idiota!

El azabache intentó alejarla de su auto, pero ella lo empujaba moviéndose como contorsionista epiléptica hasta que logró subirse sobre el capó, donde terminó brincando hasta abollar su precioso auto. Él la agarró de un pie y la jaló hasta hacerla caer con todo su peso encima, abollándolo más.

Intentó tirarla al suelo en vano. Entre patadas al aire, ella le dio en los testículos y, antes de

poder defenderse para acabar con el espectáculo, tres policías los inmovilizaron boca abajo sobre su deformado auto y media hora más tarde se encontraban sentados en una pequeña comisaría, rindiendo sus declaraciones.

—Entonces, señorita Sáez, señor Wom...

—Wömpner —corrigió él.

—Señor Wömpner, los exámenes toxicológicos de ambos están limpios, al igual que sus expedientes de patologías psiquiátricas. ¿Podrían repetirme lo que ocurrió?

—Lo siento Oficial, yo estaré limpio de todo, pero lo dudo de esta... —miró de reojo a la castaña de arriba abajo con expresión dudosa—. Mujer.

—¿Disculpa? —lo miró ofendida—. ¿Quién te crees que eres para referirte así de mí? No soy “esta”, tengo nombre y no soy cualquier cosa tampoco para que seas tan despectivo conmigo, sobre todo cuando tú tuviste la culpa, me atropellaste.

—¿Que yo te atropellé? ¡Tú te apareciste de repente, corriendo como una loca! No me diste ni tiempo para pestañar, ¿acaso no te enseñaron en la escuela que se cruza con la luz verde? ¿o nunca fuiste a la escuela?

Se mordió la lengua antes de responder algo más. No supo qué decir porque ni ella tenía idea si había cruzado bien o no, solo había dado unos pasos cuando de pronto fue embestida por él.

La acusatoria mirada del oficial y el rotundo silencio que ella misma estableció la dejó sin salida. No esperaba pasar el peor día de su vida terminando la noche tras las rejas o acabar con otro cargo como el de destrucción a la propiedad privada o algo por el estilo. No, ella no podía pagar por algo que quizás no era su culpa.

¡Ni que fuera una película!

—Oficial, ¿usted de verdad piensa creerle a este hombre? ¡Él está loco! Tiene toda, pero tooooda la culpa —dijo cabreada—. Yo cruzaba bien, él venía a exceso de velocidad, por eso me golpeó. Además, ni siquiera me ofreció ayuda, solo pensó en dejarme tirada allí sin preocuparse de mis heridas —le señaló su frente donde tenía una improvisada venda elaborada por otra policía.

» De pronto las palabras se le atoraron en la garganta, se sentía tan frustrada que no faltó mucho para que sus ojos pardos se nublaran por las lágrimas acumuladas. Quizás sí se había vuelto loca. Toda la presión... Él tenía toda la culpa, solo él... No lo contuvo más—. Él... él me dejó, después de seis años juntos... él me abandonó —susurró, ocultando el rostro entre sus manos—. Él dijo que me amaba, y aun así se fue con otra... ¡Me abandonó por otra mujer!

En segundos los ojos del oficial se tornaron hacia el azabache a quien observó cargándole inmediatamente la culpa. Este solo observaba sorprendido el numerito que se montaba esa mujer, estaba a punto de aplaudirle por su locura.

—Está loca, a mí ni me mire porque acabo de conocerla —¿Enserio pensaba que podría estar con esa mujer?—. ¿Entonces es eso? ¿intentaste suicidarte lanzándote a mi auto?

Los ojos del Oficial se tornaron de regreso a ella, curioso.

—¿Qué?

—Eso, intentaste matarte porque tu novio te dejó.

¿Qué capacidad de insensibilidad tenía ese hombre que era capaz de decir tales cosas con esa

sonrisa desgraciada? Cayó en cuenta de cómo las cosas se tornaron en su contra y se limpió las lágrimas.

—No seas idiota, jamás atentaría contra mi vida —“¿O sí?” pensó silenciosa... ¿qué tontería? Iba a decir algo cuando un rápido e imponente taconeó se hizo presente tras ellos.

Su espalda se erizó, sabía quién había llegado. El oficial miró a través de ellos.

—Disculpe, ¿es usted familiar?

—Agente de la señorita Sáez, Natalie Nast —respondió aquella voz.

El oficial le hizo un gesto a la castaña, quien apenas se atrevió a girarse un poco para encontrarse directo con la rubia cruzada de brazos. Se notaba a leguas lo molesta que estaba.

—Natalie, hola... ¿Qué tal?

La rubia chasqueó un gesto con los dedos para que se acercara, mientras otro policía llegaba, dejando unos documentos sobre el escritorio de su oficial.

—¿Sabes? Pagar una fianza por disturbio público era lo último que nos faltaba por vivir. Espero que al menos esta experiencia te sirva de algo, como mucho de inspiración.

La urgencia del trabajo era algo que ni en esas circunstancias dejaba de lado. El azabache, que se había mantenido en silencio observándolas, se acercó expectante a ellas, casi interponiéndose delante de la loca que lo había “atacado”.

—Disculpe, ¿usted es...?

—Natalie Nast, agente de la señorita Sáez. ¿Usted...?

—Alexander Wömpner, el atacado por su representada —miró por sobre el hombro a la castaña, quien no ocultaba su molestia—. Supongo que está al tanto de lo ocurrido.

—Me temo que quizás poco y nada. Ya habrá tiempo para aclarar.

Pero Alexander negó enseguida. Para él, el tiempo era demasiado valioso y ya había perdido demasiado. No podían irse sin retribuirle.

—Lástima que yo no tengo demasiado tiempo para analizar más las cosas, aquí la señorita destrozó mi auto en un arranque de locura y le ofrezco solo dos posibilidades: La reparación total de los daños junto a una indemnización por el tiempo laboral perdido, o una citación de tribunal por el brote psicopático de esta... mujer.

—¿Cómo que “esta”? —¿Volvía a llamarla así?

Natalie miró a su amiga, quien parecía tener todas las ganas de estrangularlo. No necesitaban más problemas de los que ya tenían, los cuales no eran pocos, por lo que buscó su tarjeta de presentación y se la extendió al azabache.

—Por supuesto que nos ocuparemos de todos los gastos y daños ocasionados por este infortunio. De todas maneras, si me permite decir...

—Creo que no hay necesidad de decir más —dijo, intercambiando tarjetas por una suya. Miró con un deje de burla el encabezado de, ‘Agencia literaria Nast’, para luego mirar a la castaña. ¿Escritora? —. Creo que estaremos en contacto pronto, ¿no? Ahora, si me permite...

Sin añadir más se alejó de la oficina en compañía de un oficial, aunque no sin antes otorgarle una última mirada de completo repudio a la castaña, misma quien lo miraba con un profundo odio tan equiparable al que debía sentir él. Esperaba que pronto esa mirada cambiara o él lo haría por

las malas, no dejaría que toda esa humillación y mal rato pasara impune.

Esa loca mujer debía pagar, y él no descansaría hasta lograrlo.

# Capítulo

## 2

—Espero que tengas una muy buena excusa para todo esto, Sayen. Realmente jamás pensé que un día me harías pasar por una cosa así, de verdad, ¿en qué estabas pensando? ¿Y cómo es que dañaste su auto?

Llevaba quince minutos escuchándola decir lo mismo desde que salieron de la comisaría. Natalie se había obcecado con el asunto y aunque por un lado solo quería que se callara, por otra parte, lo agradecía, solo así podía postergar un momento el asunto del manuscrito que casi tenía en el olvido.

—En realidad no es tan malo como dijo él, y no, no necesitas entrar, estaré bien, ¿sí? —advirtió una vez llegado frente a la puerta de su apartamento, con las manos vacías tal como había salido de allí, agregando un chichón en la frente y medio trasero convaleciente.

Su día había estado marcado desde que abrió los ojos esa “mañana”.

En cambio, la rubia estaba tan mosqueada que no tardó en quitarle las llaves de las manos para entrar de una vez por todas y salir de las dudas que venía cargando desde que habló con ella horas atrás.

Comprobó toda la suciedad y desorden cuando cruzó la entrada. Arrojó su cartera en el sofá, levantando una capa de polvo que la hizo estornudar. Miró a Sayen con el mayor de los reproches, ¿qué podía decirle que no se le hubiese dicho antes? Caminó hacia el ventanal de la terraza para abrir las cortinas, que en cuanto se agitaron, tuvo que abrir urgente la ventana antes de morir intoxicada.

—Oh por dios, esto es terrible —tosió ahogada—. Dime que no tienes una montaña de loza sucia, por favor.

Y aunque la castaña no respondió, le dio la razón. Natalie suspiró cansada. Comenzó a recorrer la casa, escandalizándose por todo. ¿Y qué más le quedaba a ella por hacer? Su desastroso día la había agotado, por lo que apenas se acercó al sofá, cayó rendida.

—¿Es que no piensas hacer nada?

Natalie salió de la cocina con el plan de obligarla a hacer algo. Su gesto amargo no era de extrañarse, pero lo que menos quería en ese momento era seguir siendo regañada como si fuera su hija en vez de amiga. No se sentía en condiciones de seguir aguantando sin quebrar.

—Yo no te pedí que hicieras algo.

—Tu casa es un asco, con razón no puedes escribir. A este lugar le falta limpieza, además tu logia va a explotar de ropa sucia. Vamos, este piso está gris, ¿al menos has lavado el inodoro? Ni pienso ocuparlo.

—Perfecto, entonces vete —cerró sus ojos y hundió la cabeza en un cojín, ¿por qué no solo se iba?

—No puedo creer que no venga un mes y tu casa sea esto de nuevo. ¿No me habías prometido que mantendrías limpio este lugar?

—Por favor, me va a estallar la cabeza, déjame en paz —murmuró con la voz ahogada—. Vete,

¿sí?

Natalie suspiró con pesar.

—Sayen, tú sabes que solo quiero ayudarte, ¿por qué no me haces caso? Solo lo veo por tu bien.

—Es que no me ayudas, solo te vives quejando. Eso me agota.

—¡Pero es que no puedes seguir viviendo en estas condiciones! No es sano para nadie, ¿no ves que solo te haces daño?

Escucharla decir aquello otra vez la obligó a hundir más su rostro tan solo para que sus lágrimas tuvieran donde caer. Lo odiaba, odiaba no tener el control de su cuerpo ni de sus estados de ánimo, odiaba que estas salieran al más mínimo dolor. Se sentía tan débil, tan rota. Se sentía infeliz.

—No, Sayen, no llores...—Natalie se sentó en un pequeño espacio en el sofá que ella ocupaba. Acarició su espalda y su cabeza, intentando apaciguar los pequeños espasmos que su amiga buscaba contener. Bien sabían ambas la razón de tanto dolor reprimido y la razón de sus lágrimas. No era justo que continuara así, que aquello siguiera destrozando su vida—. Debes superarlo. Debes dejarlo ir... Sayen.

—No... no sé por qué no puedo. Me duele tanto que a veces creo que me voy a morir... No puedo sacarlo de mi cabeza.

—Tienes que intentarlo, hacer algo más. No puedes vivir encerrada aquí, alimentándote de su recuerdo, esperando que las cosas cambien porque no ocurren así —¿Cuándo lo comprendería? Se agachó hasta abrazarla. Apenas un hilo de voz espantaba ese grito doloroso que contenía. Suspiró—. ¿Quieres un café?

Lentamente Sayen giró su rostro hasta ella, dejando al descubierto sus hinchados y llorosos ojos, junto a su nariz mojada por los mocos.

—Soy un desastre, ¿verdad?

—Claro que no, solo necesitas ayuda...—acarició su rostro con cariño—. Debes hacerme caso.

—¿Ayuda?

¿Qué otro tipo de ayuda sería sino el de una amiga? Al ver los azules ojos de Natalie y la seriedad que la embargaba, supuso a qué se refería, algo que tiempo atrás hablaron y que ella se había negado. Estaba segura de que no necesitaba ninguna ayuda profesional, porque no estaba loca, solo triste. Necesitaba del tiempo, que las cosas dejaran de doler. Solo así mejoraría, solo así podría volver a escribir.

Y quizás, ser lo que antes era.

—No digas tonterías, no necesito eso.

—¿Y acaso tú sabes lo que necesitas? Solo mírate.

Sintiéndose ofendida, Sayen se apartó lo suficiente, aunque sin levantarse del sofá, era como si la hubiesen enterrado allí. Natalie se apoyó en sus rodillas como si estuviera muy cansada y se levantó.

—Quizás, si ponemos un poco de orden aquí, podrías desviar los malos pensamientos —aunque ambas sabían que eso no serviría de nada, ya lo habían intentado—. No me sorprende de nada tu

depresión, ¿así será siempre? ¿dejarás que todo esto te destruya?

—Solo quiero tiempo...

—¿Cuánto tiempo más? ¿cuando termines de perderlo todo recién recapacitarás?

Perderlo todo...

Como si hubiese comprendido cuánto afectaba aquellas palabras a la castaña, la arruga que se había formado en su frente se fue aligerando. Ver a su amiga tan desolada también le afectaba. Ordenó sus cabellos castaños, evitando hacer comentarios peores.

—¿De verdad no quieres un café?

—Quizás... me vendría bien.

En cuanto Natalie se fue a la cocina, ella se desplomó entre sus abrumados sentimientos. Terminó por encender la televisión sin importarles lo que estuvieran dando. Lo único que necesitaba era algo de ruido, escuchar otras voces.

De pronto, el celular de Natalie comenzó a sonar, luego escuchó su voz alterarse, pero no entendía de qué hablaba. Inesperadamente esta salió apresurada de la cocina y le arrebató el mando para cambiar el canal. Observó cómo su rostro se transformaba, traspasando la sorpresa.

Curiosa miró al televisor. Transmitiéndose en uno de esos programas de farándula de la tarde mostraban un video mal grabado con celular donde se podía apreciar el momento exacto en que ella saltaba sobre el auto de ese tal Alexander y cómo poco después eran detenidos tras tanta patata.

Con expresión horrorizada, Natalie se volteó a ella dejando caer el celular de sus manos. Gritó:

—¿¡Pero qué demonios te poseyó!?

No pudo hacer más por Sayen, incluso cuando ella le había contado la historia completa. Tampoco le permitió que la llevara al hospital aun cuando le arrebató el pantalón a la fuerza y vio la gran magulladura que tenía en todo el glúteo y costado derecho de la cadera.

Sabía muy bien que su amiga estaba pésimo anímicamente y que tenía que recibir pronto ayuda o se arriesgaría a más de esos ataques descontrolados. Permitir que siguiera viviendo de la forma en que lo hacía no era sano, y aunque Sayen no lo quisiera, necesitaba ayuda urgente. Los consejos de amigas, las salidas, visitas y comidas no servían de nada ya. Algo más grande debía intervenir, alguien que no cediera a sus llantos ni le tuviera un ápice de lástima.

Debía encontrar pronto a un profesional o la acabaría perdiendo. Entendía que pasaba por una depresión, que los cambios bruscos en la vida le afectaran por lo más mínimo, y que arrastrarlo por tanto tiempo le estaba pasando la cuenta. No podía permitirse más salidas en televisión ni pseudo-profesionales vendiendo su vida privada. No por su fama iba a sobrevivir a las burlas.

Necesitaba superar el pasado.

Miró una vez más la tarjeta que tenía en sus manos: “Alexander Wömpner, Médico Especialista en Psiquiatría”. Debía hacerse cargo de los daños cuanto antes, aunque solo hubiese pasado un día. Al buscar información de él en internet, solo encontró buenos comentarios. Un experto de renombre que había aliviado a muchos pacientes.

Serviría, de no ser porque casi mató a su amiga.

Cuando llegó a las cinco de la tarde, tras acordar con la secretaria, ya no quedaban pacientes

esperando, pese a que Alexander continuaba trabajando en su despacho. Tras golpear la puerta un par de veces y recibir la autorización para entrar, asomó primero la mirada casi como si temiera por lo que encontraría. Todo parecía pulcro, elegante y frío.

Lo halló en su escritorio con la mirada clavada en unos documentos, tan sumido en sus acciones que incluso tuvo que hacer algo de ruido con la puerta para llamar su atención. En un principio pareció no reconocerla, o quizás sí lo hizo al percibir cómo fruncía la frente. Estaba molesto.

—Señorita...

—Señora Nast, Natalie Nast. Nos vimos ayer en la...

—La recuerdo perfectamente —interrumpió a medida que se levantaba y le hacía una seña para que se sentara en el diván—. Me sorprende verla tan pronto aquí, ¿viene a discutir el arreglo de mi auto?

—Por supuesto. Me imagino que su aseguradora no cubre estos tipos de infortunios, como el de ayer.

—A pesar de mi especialidad, no.

Natalie forzó una sonrisa, asintiendo varias veces como si estuviera de acuerdo. No necesitaba alargar el asunto, por lo que buscó en una carpeta el cheque que tenía preparado y se lo extendió.

—Aquí está el cheque en blanco. Puede poner el monto que seguramente cubrirá los gastos del taller, y un extra por las molestias ocasionadas, seguro que dejó de atender muchos pacientes.

—Muchos —admitió. Había dejado de ganar doscientos la media hora por culpa de esa mujer—. Su amiga... ¿no ha asaltado algún banco todavía?

—Sayen no es una criminal ni está loca. Ella solo está pasando por un mal momento.

—¿Enserio? Debe ser uno demasiado malo, ¿no? Lanzarse al auto de un extraño en la primera oportunidad...

—Ella no se lanzó.

No podía permitir que hablara así de su amiga. Alexander enarcó una ceja mostrando duda, e incluso burla.

—¿Está segura?

Y aunque su silencio pudo darle la razón, prefirió negar.

—Suponiendo, solo hipotéticamente, que Sayen se haya lanzado a su auto, cosa que realmente dudo, ¿qué sugiere que haga? Ella está... irreconocible. Sé que llevarla a un especialista es lo correcto, pero... no me puedo fiar de cualquiera, ¿entiende? La vida íntima de Sayen no puede quedar al descubierto, temo que puedan arruinar su imagen.

Aquellas palabras fueron benditas para Alexander. Recordaba con odio el momento en que esa mujer le cayó de la nada para arruinarle el día. Ahora tendría su perfecta oportunidad para devolvérsela.

—¿Más de lo que ya hizo ayer? —se jactó burlesco, recibiendo una mirada de reproche por parte de la rubia—. Supongo que no ha encontrado a alguien lo suficientemente calificado para tratar con ella. Debe ser alguien que no contribuya a su victimización.

—Ella no...

—Qué lindo, la defenderá. Muy cooperadora.



Natalie estrechó sus manos con cierto nerviosismo, ¿de verdad estaba fomentando aquellos comportamientos de su amiga? Quizás lo hacía al tolerar que se hundiera. Claro, ella también tenía culpa.

—Leí en varias entrevistas y foros que usted es el mejor de la ciudad, incluso tiene algunos estudios posteriores. Dicen que sus tratamientos son bastantes efectivos.

—Lo son. Y suponiendo que usted trae a esa mujer aquí, ¿no cree que ella saldría despavorida o intentaría quemar mi consulta?

—Sayen no es así, ella es una persona muy amable, todo esto es solo por el mal momento que vive —su angustia no aligeró los ánimos de Alex—. Aunque tiene razón, puede que intente irse... ¿Qué puedo hacer? Estoy desesperada. No quiero que un día me llamen y enterarme de que hizo una tontería.

Alexander se acomodó en su sillón personal, tal como si fuera a analizar a la rubia en ese momento.

—Llorona, gritona, lastimera, temerosa, ¿verdad? Siempre anda deprimida e inventa cualquier evasiva.

—Ella antes no era así...—y solo recordar quién la dejó de tal manera le causaba náuseas—. De verdad necesito que alguien la ayude sin hacerla retroceder, alguien que saque la Sayen de antes.

—Yo podría hacerlo.

Natalie lo miró con desconfianza, sin embargo, cuando pensaba en todos los reconocimientos que este tenía, sus dudas quedaban en segundo plano. Y Sayen necesitaba a alguien.

—Usted debe detestarla, ¿no?

—No más de lo que ella debe odiarme a mí. Por fortuna, tengo una gran formación profesional. Recuperaré a la tal Sayen de antes.

Eso era lo que más deseaba, que esa chica deprimida se fuera y volviera la Sayen aventurera y segura como lo era antes. Esa que nunca habría dejado de lado sus sueños y que jamás había visto sin sonreír.

¿Sería posible?

—No importa cómo sea, solo quiero un tratamiento confiable y confidencial. Nada de lo que ella le cuente puede salir de aquí, ¿sí?

—Firmaremos un contrato de confidencialidad si eso la deja más segura. Tráigala y veremos qué hacer.

Una vez que esa mujer se marchó, pudo recoger su trabajo e irse. Su camino a casa fue interrumpido para abastecerse de carrera con sus predilectas cenas congeladas que ya se le habían agotado, y en cuanto llegó a su casa, metió una de las tantas cajas de arroz con pollo en el microondas por cinco minutos.

Toleraba la televisión solo por el hecho de que aquel lugar no se sentía tan vacío si la dejaba encendida. Era sorprendente cómo las voces de extraños podían hacerlo sentir más aliviado, llenando cada rincón de ese solitario y espacioso apartamento.

Acumuló varias fichas de sus pacientes en la mesa de centro de la sala para pasar cada avance

a los archivos de su portátil. Mantenerse ocupado con el trabajo del día era lo mejor para aislar cada uno de sus pensamientos, de lo que horas más tarde le esperaba. Como cada noche.

De entre sus papeles cayó a sus pies una tarjeta que, al revisar, resultó ser de la agencia de la rubia. Se preguntó si tendría página web y no se equivocó. No solo encontró la página, sino un amplio prontuario de los autores que representaba.

Entonces la encontró. De no ser por el nombre, no habría reconocido a la castaña en la fotografía. Su larga trayectoria, afamada por varios premios, la dejaban en el listado de los más vendidos a nivel internacional. En la galería de la misma se encontró varias imágenes de una chica radiante, con expresión pícaro y divertida.

Definitivamente la mujer que él conoció no tenía ni rastros de aquella que veía. La que él conoció se asemejaba más a un monstruo de cabello frondoso y un carácter de los mil demonios.

Desagradable.

—Deben estar bromeando.

Cerró la página antes de quedarse sin apetito, recordar el día anterior y lo que se avecinaba le hacía doler la cabeza, ¿en qué se había metido? Apenas acabó de comer, se aseó y fue a acostar, pensando engañado que podría descansar.

La cama estaba fría, su habitación era muy grande y los fantasmas del pasado se acercaban, ahogándolo. Cerró sus ojos, queriendo llamar el sueño cuanto antes, calmando su respiración y sin pensar, esperando una vez más que todo sucediera.

Pero las pesadillas volvían.

# Capítulo

## 3

Un par de intensos ojos azules observaban con dedicada atención cómo el cuerpo de la castaña se asemejaba a un cadáver como el de los dibujos animados. Buscaba en vano los bordes de las mantas, ya que ella parecía fusionada por completo con la cama. Parpadeó un par de veces antes de volver la mirada a su madre.

—¿Está viva, mami?

—Sí, Javier. Solo está en modo vegetal.

Natalie abrió las ventanas de golpe para dejar entrar lo que quedaba de esa cálida mañana y de paso, ventilar los estragos olorosos que su amiga causaba en su inconsciencia.

Al recibir la luz en el rostro, Sayen batió un brazo por debajo de las mantas y la subió para terminar de cubrirse por completo. Necesitaba seguir durmiendo después de haberse dedicado por completo a una noche de películas americanas de los cincuenta. Sin embargo, algo se estaba cargando sobre ella, quitándole el aliento, y tuvo que sacudirse fuerte para volver a despejarse la cabeza.

—¡Tía!

Javier, quien casi salió volando, se aferró a las mantas dejando medio cuerpo estirado por el borde de la cama. La castaña apenas abrió sus ojos para encontrarse con la radiante expresión de su sobrino.

—¿Un oso? ¿me vienes a atacar? —en cuanto dijo aquello, Javier se entusiasmó y brincó sobre ella, quitándole el resto del aire. Antes de morir por asfixia, tomó al pequeño y le frotó los nudillos en la nuca, obligándolo a hundir el rostro entre las mantas—. Dime si te divierte esto, pequeño insecto.

—¡Tía! ¡está hediondo aquííí ! —gritó, pataleando hasta que consiguió desenrollarse de sus brazos y bajarse de la cama.

—¿Te rendiste? —bufó, tornando la mirada a la rubia, quien impaciente la miraba de brazos cruzados a los pies de su cama—. Vaya forma de despertarme, ¿qué los trae por aquí?

—Era lo menos invasivo para despertarte. Funcionó —dijo, dándose la vuelta para buscar algo decente en el armario de su amiga, sacando un vestido blanco de lana—. ¿Qué tal si te pones esto y vamos a comer? Ya casi va a ser mediodía.

—¿Estás de broma?

Estaba segura que necesitaba bajar al menos siete kilos para poder ponérselo sin parecer el Yeti.

—A mí me parece bonito.

—A ti, que estás esbelta —volvió a arroparse—. Vamos, váyanse, no, tú no —arrulló a Javier entre sus brazos—. Eres el único hombre que jamás me va a romper el corazón, ¿verdad?

—Si me compras un muñeco...

—Claro, todos quieren algo primero, ¿no?

—Déjalo, es un niño —tiró a su hijo de entre los brazos de la castaña para que luego le ayudara a tirar de las mantas—. Vamos Javier, sácala de la cama.

—Tía, tía, vamos a tomar un helaaaaado —le repetía el pequeño, sacudiéndola de un lado a otro, sin embargo, esta solo hundió el rostro entre las almohadas, por lo que solo le quedó tirarse sobre su espalda.

—¡Oye! ¿Intentas matarme?

Al menos habían conseguido que se sentara, lo cual era un progreso para todo lo que les deparaba ese día.

—No, quiedo helado, cómprame un helado.

—¿No te dijeron que estamos en invierno? Hace frío.

—No, y mamá dice que debes levantarte, que tía es un asco.

Sayen abrió los ojos sorprendida por sus palabras, ¿Qué le estaba enseñando su amiga a su querido sobrino?

—¿Es enserio? ¿Qué inventas de mí?

—Ninguna mentira. Ahora solo levántate, saldremos a que le des un poco de oxígeno a ese cerebro tuyo. Incluso podríamos pasar al salón de belleza para que te rebajen esa cabeza de canuta.

—Por favor... —rodó los ojos—. Creo haberte dicho muchas veces que las escritoras no necesitamos salir.

—Las escritoras escriben, tú no —dijo sin siquiera preocuparle el aura asesina de su amiga que poco a poco se volvió deprimente—. Como humana debes salir, así que mueve ese trasero para que consigamos algunas líneas decentes. Javier, ayúdame.

Con su pequeño cuerpo de cinco años, Javier comenzó a tirar de su tía por las ropas de cama hasta que, con ayuda de su madre, la acercaron al borde. Con expresión desorientada, esta buscaba sus pantuflas en el suelo.

—Hijo, ve un momento al despacho y lee algo —en cuanto el pequeño se retiró, esta cerró la puerta—. Ve a bañarte y ponte algo decente, ¿sí?

—¿Algo como qué? Lo único que me queda bien ahora es la ropa deportiva, ¿te molesta?

—Siento que saldré con una pordiosera. Vamos, ¿cómo nada te va a quedar bien? Tienes tanta ropa.

—Subí doce kilos, ¿cómo esperas que haga milagros?

—¿Doce? No se te nota tanto, creo que hasta te sienta bien.

En cuanto Sayen se quitó la camiseta le mostró los rollos que se le formaban en cada costado. Sin decir nada, Natalie la mandó a asearse y le acomodó la ropa deportiva sobre la cama para cuando regresara.

Cuando llegaron a la heladería favorita de Javier y por coincidencia, la más cercana a la consulta del azabache, tuvo que pelear con la castaña para que al menos se tomara un café con leche.

Sayen observó cómo su amiga tecleaba mensajes con una velocidad increíble y luego lo guardaba, aunque poco servía si al rato volvía a sonar, obligándola a responder.

—Parece que tienes mucho trabajo, ¿cómo faltas entre semana?

—No, yo solo...

—Mami siempre está ocupada —respondió Javier mirando a su tía, quien solo le hizo un gesto para que siguiera comiendo su helado.

Avergonzada por las palabras de su hijo, dejó el celular en silencio y lo guardó, ¿qué cosa tan mala podría ocurrir por ausentarse un día a su empresa? Suponía que todo el personal estaba capacitado ante cualquier emergencia.

—¿Es de la editorial?

—En realidad de relaciones públicas. No quería preocuparte, menos tras lo que pasó hace unos días, pero creo que afectó un poco y hay algunas revistas desesperadas por entrevistarte. Incluso un late nacional, ese del tipo que encuentras guapo.

—Olvidalo, no tengo nada que decir —por no decir “nada bueno”. Quizás solo conseguiría empeorar las cosas.

—Creo que sería mejor que aclararas los hechos, se ha especulado demasiadas tonterías.

—Solo hay que dejarlo en el olvido, ¿no puedo tener un mal día?

Claro que cualquiera podía tener un mal día, solo que llamar “normal” al suyo era súbitamente indebido. ¿Quién terminaba en la comisaría con un idiota en un “día normal”? Esperaba nunca tener que volverlo a ver.

—¿Has recibido algún llamado? — cuestionó Natalie, suspirando.

Sayen negó. Ni una sola llamada importante más que la de uno que otro amigo. Ninguno de quien realmente esperaba que guardara un poco de preocupación por ella. Se había pasado todos esos días al pendiente como una tonta con la estúpida idea de que tendría una llamada de él, lo cual hasta ahora no ocurría.

—Bueno, Javier tiene dentista más tarde. Nos acompañarás, ¿cierto? Sabes que contigo se siente más tranquilo.

—¿Dentista? —cuestionó asombrado el niño, a lo que su madre solo le llenó la boca con el poco helado que le quedaba en la copa.

Aun luego de almorzar, tras rellenar el tiempo con algunas compras, sobraba media hora donde ya no tenía idea de que hacer para mantener distraída a la castaña sin que terminara quejándose por cualquier cosa. Cuando veían ropa, se quejaba, si veían pasteles, se quejaba, si pasaban por los juegos, se quejaba.

Todo, todo, todo le molestaba.

Y el hecho de que Sayen tuviera un apartamento tan cercano al centro comercial, permitiéndole la completa libertad de andar a sus anchas, ponía en peligro que saliera arrancando cuando descubriera el propósito real de esa salida.

Por fortuna, a solo unas calles de la consulta de Alexander, un gimnasio captó la silenciosa atención de la castaña. Parecía bastante grande y moderno, ¿o solo la distrajeron los chicos que corrían en las trotadoras?

De todas formas, Natalie no tardó en alentarla.

—¿Qué tal si entramos? —sugirió enseguida—. Te va a servir, vas a distraerte mucho.

—Es que... me da vergüenza —susurró.

—¿Por qué? —cuestionó curiosa—. No tienes por qué.

Sayen la miró molesta.

—¿Por qué más? Porque estoy gorda y fea.

—¿Y acaso tú crees que inventaron el gimnasio para gente en forma? ¡No seas tonta!

Sin aguardar por otra respuesta absurda, la tomó del brazo obligándola entrar. En un comienzo estaba la recepción acaparando la entrada, pero podía verse fácilmente hacia cada rincón las enormes máquinas donde muchos chicos presumían sus músculos frente al espejo y mojaban sus camisetas. Ambas se miraron con la boca semi abierta.

—Hola chicas, soy Francis, ¿les puedo ayudar en algo?

Tímidamente volvieron su mirada al chico que estaba frente a ellas. Un cuerpo de no más de veintisiete años conformado de pura fibra y buena dieta magra, con una camiseta que se pegaba a sus músculos, dejando en segundo plano su cabello alborotado y sus simpáticos ojos verdes. Sin saber cómo empezar, la castaña golpeó el brazo de Natalie.

—Am... Francis, hola... em... Mi amiga quiere ver las instalaciones y los planes anuales. ¿Tienen clases de Pilates?

Francis recorrió con la mirada a la castaña de arriba abajo, haciéndola sentir intimidada.

—Y de Zumba, Defensa personal, Muay Thai, entre varias clases más —les indicó que pasaran. El pequeño Javier enseguida corrió por las máquinas y Natalie tuvo que perseguirlo para que no se fuera a lastimar—. Es para ti, ¿cierto?

La castaña asintió.

—Pero... no sé, hace mucho que no hago ejercicio.

—Descuida, aquí te evaluaremos. Si quieres puedes contratar aparte a alguno de nosotros para apoyarte en cada entrenamiento —le guiñó un ojo.

Sayen notó cómo su amiga llamaba la atención de cualquier hombre por donde pasara. Claro, Natalie era una rubia alta y esbelta, cualquiera la miraría. En cambio, ella estaba fea, mal vestida, gorda. Ni el obrero más feo ni necesitado de alguna construcción le gritaría un piropo.

Natalie se volteó a ella y le hizo un gesto sorprendido con la boca. Al comprender lo que quería decir, algo tardía, solo puso los ojos en blancos al leer en sus labios un “esto es el olimpo”.

—Hay muchas chicas guapas —susurró en voz alta. Francis, quien seguía hablando de las instalaciones, se quedó mirándola y le sonrió.

—Tú también eres muy guapa. Tranquila, aquí te haré sudar hasta volverte una princesa.

No sabía si ese había sido el mejor modo de convencerla ni tampoco lo pensó demasiado cuando firmó la suscripción. Necesitaba bajar de peso y estaba del todo consciente que ejercitándose lo haría. Además, ya había dejado con todas sus fuerzas comer el doble y la chatarra. Aunque un picoteo de vez en cuando no haría mal, ¿no? Quizás solo terminaría muriendo gorda, con una arteria tapada y ahogada en un vómito de chocolate.

Entraron a un moderno edificio donde, al parecer, cada oficina estaba dedicado a la medicina. No recordaba que Javier se atendiera allí, ni tampoco que fuera Natalie quien lo llevara, habitualmente siempre lo hacía Misael, el esposo de su amiga.

Mientras Natalie se acercaba a la secretaria, Javier y ella se sentaron a ver televisión en la

pequeña sala de espera. Las paredes eran de un blanco tan incandescente que le provocaba ganas de vomitar. Ninguna revista a la vista y cada uno de los pacientes con cara de aburrimiento.

Una canosa señora de aspecto despreocupado se sentó a su lado. La mujer le sonrió y tuvo que devolver el gesto forzoso.

—¿Te llamas María? —preguntó de pronto. La castaña la miró confundida, ¿de qué le hablaba? —. María, mi bebé. Eres igual a mi bebé... —bajó la mirada a los pies de la castaña por unos segundos hasta que volvió a mirarla a los ojos—. ¿Sabes dónde está mi bebé?

Pensó qué decir, cuando notó a Javier acercándose curioso, teniendo que hacerlo a un lado con cuidado.

—Lo siento, no sé de qué me habla.

Y aunque intentó ignorarla, desviando su mirada a cualquier lado que no fuera ella, sentía cómo sus ojos la traspasaban. Volvió a mirarla para pedirle que la dejara en paz, pero su sonrisa la agobió.

—Yo sí, la enterré.

—«Oh, por Dios» —se levantó espantada, llevándose a Javier en brazos. Cuando se acercó a Natalie para entregárselo, la puerta de la consulta se abrió, dejando paso a una señora que salió con un aspecto bastante demacrado, y tras ella, un hombre que no tardó en reconocer.

Todo su cuerpo se congeló en cuanto sus miradas coincidieron. Vio cómo en los labios de ese hombre se formaba una sonrisa socarrona. Él sabía que la encontraría allí.

—Vaya, entonces sí conseguí traerla —dijo, confundiéndola. Sayen miró a Natalie, quien la miraba nerviosa—. Entremos, no tenemos todo el día, otra vez.

—Espera —interrumpió la castaña, no entendía qué pasaba—. ¿Qué es esto? ¿Por qué estamos aquí con este tipo?

—¿No sabes? —dijo él, antes de que la misma rubia abriera la boca, arrepentida por llevarla allí—. Digamos que su amiga la valora mucho, o quizás la sobrevalora. Es algo que determinaremos.

¿Cómo? Volvió su mirada a la rubia, casi rogándole que le dijera que era una broma y que volverían a casa, mas de su boca nada salió, ni siquiera una risa nerviosa.

—Me trajiste engañada.

—Sayen, solo quiero que te trates para que mejores. Quise buscar al mejor especialista de la ciudad. No se me ocurrió otra manera. Si te decía no ibas a aceptar.

—¡Claro que no iba a aceptar!

Al intentar irse de allí, Alexander bloqueó sus pasos y Natalie la agarró del brazo.

—Por favor, Sayen. Estoy muy preocupada por ti.

—¿Y desde cuándo te preocupas tanto? ¡Llevo meses así! Y mira que sigo viva.

—Sabes que no estás bien —la miró dolida, solo hizo lo que estaba a su alcance—. Lo siento, sé que me equivoqué al mentirte, sé también que no he sido la mejor amiga, que siempre estoy ocupada, pero realmente me preocupas, solo quiero que estés bien.

—¿Enserio? —torció una sonrisa incrédula—. ¿Quieres que esté bien porque según tú me estimas o porque quieres que te entregue pronto algo decente para vanagloriarte con la editorial?

Su voz mostraba tanta molestia como decepción, que incluso Javier lo resintió y se ocultó entre los brazos de su madre. Ver esa mirada de su tía casi le causaba miedo, y al darse cuenta de ello, Sayen bufó dándose la vuelta para intentar irse una vez más.

—Esto fue una estupidez.

Alex, quien no se había apartado en ningún momento, se cruzó de brazos y la miró con un gesto tan satírico que provocó en Sayen ganas de volarle los dientes.

—¿Asustada? Una cobarde destructora de autos, eso es nuevo.

—¿Perdón? ¿Quién te crees que eres para llamarme así?

La provocación era la vía más fácil para tomar la atención de personas como ella. Sin embargo, su expresión de superioridad solo profundizaba la irritación en la castaña.

—Soy la persona al que le destruiste el auto sin importarte ni las cámaras, y ahora quieres escaparte, ¿o también eres sorda?

Cómo le gustaba a ese sujeto provocarla... Se acercó los pasos restantes para quedar frente a él con expresión desafiante, aunque por dentro la voz le temblaba, tampoco sabía cómo responderle en ese momento sin sentir que se iba a quebrar. ¿Por qué siempre debía sentirse así? Triste.

Apenas recomponiéndose, alzó el rostro con algo tan parecido a la dignidad.

—Yo no necesito esto, me largo.

Nuevamente él se interpuso. Con su porte que no era menor al metro ochenta y ese aire intimidante, otorgado por sus anchos hombros, detuvo su paso.

—Si en realidad no necesitas ayuda, ¿por qué no mejor me lo demuestras? —preguntó con una voz demasiado tranquila, demasiado confiado—. Seguro que tienes la razón si tan experta eres en la materia.

Su mirada voló de los oscuros ojos de ese hombre a la sala de espera donde continuaba esa mujer canosa, palmeando y riéndose sola. ¿Estaban bromeando con ella?

—Yo no estoy loca, ni tengo problemas mentales.

La rubia miró avergonzada a los que estaban en la sala de espera y le susurró a la castaña para regañarla, pero fue callada con su afilada expresión. En ese momento parecía no tener derecho a nada.

—Bien, digamos que no estás loca, pero no puedes negar que eres una cobarde —parecía bastante divertido con la situación—. No tienes nada que perder más que un poco de tiempo, que lo dudo. Tu tratamiento ya está pagado. Si no entras, se perderá el dinero, de lo contrario, si comprobamos que yo me equivoco entonces tu amiga se lo ahorrará y tú la visita a tribunales.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Yo puedo determinar que eres una amenaza para la sociedad. Incluso hay grabaciones que prueban tu increíble tacto para montar un auto. Un juez puede pedir una evaluación psiquiátrica, y estoy muy seguro de que no la pasarás.

Sayen sintió cómo la mandíbula se le tensaba, recogiéndosele los músculos faciales. Maldecir no sería suficiente para liberarse de esa situación, pues él parecía tener todas las habilidades lingüísticas para callarla. Estaba tan frustrada que su cuerpo lo resentía como espinas clavándose en sus hombros.



—Ya dije que será una pérdida de tiempo.

Alex se hizo a un lado, señalando la entrada a su consulta para que pasara de una buena vez. Sus miradas se cruzaron con un profundo y mutuo odio.

—Lo repito, es una pérdida de tiempo.

Pero él sonrió con esa mueca que ella ya detestaba.

—Solo entra, que yo haré lo demás.

# Capítulo

## 4

La consulta estaba decorada principalmente por tonos azules y grises. Si bien los colores eran mucho mejor que el radiante blanco de la sala de espera, los muebles no eran cálidos ni mucho menos cómodos, incluso se podría decir que fríos. Frente al sofá donde el azabache se sentó había un diván, el cual supuso que sería su lugar.

En completo silencio se sentó. Ya era bastante desagradable verse allí, como salida de una película psicopática, como para que él más encima aguardara a que ella empezara.

El tal Alexander cruzó su tobillo sobre una rodilla para apoyar una libreta de apuntes. Permaneció en silencio un momento más, pero esa agobiante espera acabó cuando sus ojos se clavaron en ella.

—¿Me recuerdas tu apellido?

—Sáez, Sayen Sáez —respondió incómoda. ¿Por qué tan calmado?

—¿Edad?

—Veintisiete años, ¿es relevante?

—Claro que lo es.

Calló como si él mismo se lo hubiese pedido. Anotaba cosas tras cosas y ni idea de qué podría ser, aunque sí suponía que nada de lo que proviniera de ese sujeto le podría inspirar confianza.

—Y dime, Sayen, algo de tu vida, ¿qué haces habitualmente?

Esa pregunta la tomó desprevenida. ¿Qué hacía en su día a día? ¿confesar que solo se quedaba en cama como un oso que hibernaba? ¿que dormía casi todo el día para dedicar toda la noche a películas? Antes no se había sentido tan avergonzada como se sentía ahora. Había verdades que era mejor guardarse.

—Algo por aquí... unas cosas por allá... Ya sabes, distintas cosas.

Para alguien con experiencia como Alexander, sabía muy bien cuando alguien mentía.

—Algo por aquí, por allá... ¿Cómo es eso? —arqueó una ceja—. ¿Te dedicas todo el día a escribir?

«¡Ojalá!» pensó Sayen, encogiéndose en el diván por cada segundo que pasaba sin dar una respuesta adecuada. Lo único que lograba era acrecentar ese aire de superioridad en ese sujeto, quien no podía controlar esa fachada de seriedad y supuesto profesionalismo.

—Bueno, supongo que no me dirás. ¿Por qué no me cuentas con quién vives?

—Vivo sola... desde hace un tiempo.

Él asintió, anotándolo.

—¿Qué hay de tus padres? ¿cómo es tu relación con ellos? ¿fueron el motivo por el que vivieras sola?

Que ese hombre acertara donde más le dolía la tensaba. ¿Acaso podía ver a través de ella?

—¿Cómo estas preguntas determinarán que estoy bien?

—¿Puedes apegarte a la situación? No haré un mal análisis para que luego me acusen de negligencia —vio en los ojos de ella formarse un brillo de oportunidad—. No lo harás.

—Esto es contra mi voluntad, casi parece un secuestro.

Alex torció una sonrisa, parecía que le causaba gracia aquello.

—Créeme, si fuera un secuestro, no estarías como estás.

Sayen se exaltó, ruborizándose. ¿Qué tontería? Soltó un suspiro.

—Comencé a vivir sola alrededor de los veintiuno, creo... No recuerdo muy bien. Mis padres viven en su casa, están bien... Vivos.

—Vivos. Al parecer sabes bastante de ellos, ¿no?

—Ellos se mantienen ocupados —mintió.

Él prefirió no ahondar en el tema, después de todo, no le importaba.

—¿Hace cuánto que escribes?

—Profesionalmente, hace siete años.

—¿Y todas tus novelas tienen la misma categoría? ¿no te agota? ¿o usas experiencias para poder hacerlo?

¿Acaso él había investigado o Natalie le contó algo? Confundida, observó cómo apuntaba algo en la libreta sin mirarla ni un poco.

—Claro que no me agota, amo escribir.

—¿Lo amas? ¿y hace cuánto fue tu última novela?

Ahora sí estaba segura de que la había investigado. Aquella pregunta fácilmente podía categorizarla en el área de maldad absoluta. ¿Él también le recordaría el fracaso que estaba siendo su carrera? Torció un gesto que la delató.

—Hace un año. Quise descansar un poco.

—¿Enserio?

Sin respuesta alguna, Alex cambió su postura. Cuando se quedaba callado parecía bastante profesional. Sin embargo, apenas abría la boca, le recordaba a Sayen que ese hombre no era más que la guinda de la torta que le había arruinado su día.

—¿Y cuándo comenzaste a vestir así de terrible? ¿antes o después de que tu novio te abandonara?

Así que tanta compostura tenía un propósito. Ver su expresión de gozo al verla sorprendida solo demostraba que era eso a lo que tanto quiso llegar. Verla así, sacar lo peor de ella.

Él esperaba sonsacarla.

—¿Qué problemas hay con mi ropa? Es solo ropa...

—¿Aparte de verte horrible, maltratada y acabada? Con ese pelo tan largo me recuerdas a las que venden biblias y van a las calles tocando el pandero. ¿Eres así? O quizás vienes de un concierto de Metallica.

—¡Pero... ¿Qué te crees!? ¿Cómo puedes hablarme así? ¿de esa forma le hablas a todos tus pacientes? ¿qué clase de psicólogo eres?

—Psiquiatra, y uno que no te tendrá lástima, niña. Yo estoy para tratarte, para hacerte chillar y quitarte esa debilidad, no para hablarte como si estuvieras muriendo de cáncer cuando solo es porque tu noviecito se fue con otra.

La mirada de Alexander se volvió turbia y altanera, tal parecía que le divertía aquella situación. Escucharlo hablar así era tan duro como él se proponía serlo. Ambos se detestaban, sin embargo, no estaba acostumbrada a que un extraño le hablara de esa forma, como si supiera todo cuando no tenía idea de nada y apenas se conocían.

Se contrajo con fervientes deseos de decir algo en su defensa, cualquier información serviría en ese instante para contrarrestar sus palabras sin sentirse intimidada. Antes de poder abrir su boca, las palabras se le atascaron, sus mejillas rojas ya acompañaban sus ojos que se iban humedeciendo. Una clara muestra de lo vulnerable que era.

A sus palabras.

—Entonces, Sayen, ¿tienes problemas con tu apariencia?

Se limpió una rebelde lágrima con el puño de su abrigo, apenas negando a su pregunta con un hilo de voz. Alex, casi en un acto piadoso, se inclinó a la mesa que los distanciaba y le acercó la caja de pañuelos.

—Me siento... cómoda así, como me veo.

—¿Enserio? —sabía que mentía—. ¿Y dónde está él ahora?

Otra vez la hizo palidecer. ¿Dónde estaba él...?

—No...lo sé.

—¿No me quieres decir o es mala memoria? Tal vez estás deseando suprimir información para causarte menos daño, pero mírate, estás hecha un desastre.

Sin lograr evitarlo, las lágrimas brotaron como ríos que no pudo controlar. Aun si frotaba sus ojos con sus manos y buscaba tapar su dolida expresión para que él no continuara con ese regocijo, no podía. Aquel dolor en su pecho creció, oprimiendo su corazón.

—Ya sé, con otra mujer, ¿verdad?

—Por favor, no sigas...

—¿O qué? ¿Llorarás? Te informo que ya lo haces.

No podía controlarse. Las lágrimas caían cada día, en cualquier momento y nada podía hacer, parecían ser infinitas. Cada vez que se limpiaba el rostro, otras nuevas brotaban de sus ojos acusatorios.

—Entonces, ¿sí?

—¿Qué importa si lo hizo?

—Él es la espina de tu herida, él gatilla tu dolor, ¿no te das cuenta? ¿o solo quieres seguir haciéndote la tonta?

—¡Claro que me doy cuenta! Pero... ¿Qué debo hacer? Solo ocurre y no puedo detenerlo... Está aquí —señaló su pecho—. Es como un agujero con su nombre que cada día se hace más grande y devora todo a su paso, y cuando lo recuerdo... cuando lo recuerdo... olvido como respirar... ¿Por qué alguien te abandona después de seis años de noviazgo?

Él supo desde un inicio que esa mujer terminaría llorando, pero por alguna razón no resultó ser

tan satisfactorio como se había imaginado que sería al orillarla a sus emociones hasta desquiciarla. Verla allí, desecha en lágrimas sin lograr ocultar su dolor, no alivió sus deseos de venganza, tampoco los incrementó. ¿Por qué había pensado que eso sería útil? Sentirse estúpido era algo nuevo en él. Sacó a prisas varios pañuelos de la caja, extendiéndoselos exasperado. Le molestaba verle la cara bañada en lágrimas y mocos.

¿Por qué hizo eso? No era ético usar su propio dolor en su contra.

—Quizás la monotonía, o la necesidad de explorar cosas que contigo no podía, o quizás...— ella lo miró desesperada—. Quizás tan solo dejó de amarte.

Y ella volvió a quebrarse en lágrimas.

—Pero yo...

—Pero tú sí lo amabas, mucho.

Su silencio fue más largo de lo que él hubiese esperado, casi como si se dedicara a pensarlo.

—Todavía lo amo, sin él jamás podré ser feliz.

Apuntó en su libreta aquella respuesta que ya había previsto. Ya había tenido varios casos como ella. No podía decir que todas salieron bien. Algunas prefirieron hundirse en su dolor.

No quería otra más en esa lista desconocida.

—Qué lógico, ¿te conformarías con ser la otra? —y aunque ella pareció analizarlo, no le dio oportunidad de responder—. ¿Crees que él se fijaría de nuevo en ti en ese estado? Dudo que te haya conocido así.

No iba a admitir que había estado buscando información de ella por internet. Decir que la chica de antes era otra cosa parecía tabú.

Al menos ella no hizo preguntas.

—Lo sé, sé que estoy gorda, me siento... asquerosa, ¿cómo podría fijarse en mí? Luzco enorme —se miró con repulsión—. Tengo que quitarme toda esta grasa, solo así se fijará en mí otra vez, ¿verdad?

—¿Crees que tu talla te define? —bufó sorprendido—. Si vas a adelgazar, ¿por qué no en vez de hacerlo por él lo haces por ti? Es mucho más sano. Dime cómo se llama tu ex novio y hace cuánto fue.

—Daemon... Casi un año.

—¿Y el tal Daemon es perfecto? —¿Casi un año ya? ¿Y seguía con esa obsesión? Ella movió su cabeza asintiendo, tal como si fuera una niña—. ¿Enserio no había nada malo en él? ¿ni siquiera porque te dejó?

Y ella volvía a negar. Parecía ridículo preguntar.

—Él me dejó porque yo estaba mal. Quizás hice algo que no le gustó, quizás... trabajé demasiado o algo. Fueron seis años, no pudo dejarme porque sí.

—Si sigues pensando así te convertirás en la clase de mujer que acepta el maltrato. ¿Acaso te escuchas? De verdad estás peor de lo que pensé. Apuesto a que piensas que no vales nada si no lo tienes a él, que tu vida no seguirá porque no está contigo, y ¿sabes? Te equivocas. La vida sigue, con él y sin él. No vendrá a levantarte cuando te caigas, está pendiente de que su vida continúe y eso, aunque te duela, no es contigo. Ese tal... digimon no vale tu sufrimiento.

—Es Daemon. Y-yo... yo solo quiero que él vuelva conmigo, porque lo amo. No puedo escribir ni soñar, no logro imaginar nada. ¿Cómo puedo vivir con normalidad? Tampoco puedo dormir como antes, todo duele demasiado.

—Por suerte para dormir existen los fármacos, para tener mejores pensamientos también. Y adivina, para la tristeza también. Así que no debes preocuparte.

—¿Piensas drogarme? —cuestionó sorprendida, no sabía si estaba de acuerdo en tomar cosas de ese tipo.

—Eso y más. Por ahora probaremos con una dosis que te anotaré aquí, no lo pierdas. También podrías empezar a hacer ejercicio.

—No necesitas repetirme lo que ya sé.

—Lo digo porque el ejercicio libera endorfinas. Pequeñas proteínas que actúan como neurotransmisores de placer. En fin, te servirá.

Cerró su libreta como si finalizara todo y le extendió la receta.

—No volveré.

Alex sonrió burlesco.

—Claro que lo harás. Lo único que hiciste fue demostrarme que necesitas ayuda. Me necesitas, Sayen —la mueca que surcaba sus labios era demasiado molesta para ella, no obstante, antes de levantarse, él se inclinó hacia ella en su asiento—. ¿Sabes? No hay nada que no se supere.

—Eso crees tú porque eres un insensible.

—Vuelve el próximo jueves —finalizó, indicándole la puerta.

Lo aborreció con toda el alma. A él, a su mala decoración y todo lo que lo conformaba. En cuanto salió de allí, sin decir adiós, decidió que no volvería a pisar ese lugar. Estaba loco si creía que se sentaría allí otra vez en su estúpido diván. En cuanto Natalie vio salir a Sayen, se acercó sin lograr alcanzarla debido a sus fugaces pasos. Javier se había quedado sentado y Alexander se había asomado con un gesto que le indicaba que entrara.

Se sentó junto al pequeño, sosteniéndolo lo más firme posible para que no empezara a registrar todo como habituaba hacer. Seguro que ese hombre no tendría el más mínimo reparo en decirle si le molestaba y no estaba dispuesta a pasar otro mal momento.

Alex se sentó en aquel sofá que ya tenía su cuerpo moldeado. Y sin rodeos algunos, habló:

—Sayen está pasando por una depresión atípica, me imagino que su problema de sueño involucra dormirse tarde y despertarse exageradamente tarde, como también comer en exceso, ¿me equivoco? Tiene un fuerte sentimiento de rechazo a sí misma. No es nada del otro mundo, es muy característico en las mujeres cuando no pueden asumir una ruptura. Sin embargo, como es de recurrente, también puede tornarse peligroso. Si no lo tratamos ahora puede profundizarse, volverse grave y generar otro tipo de tendencias.

Alucinada por su explicación, apenas formuló una pregunta.

—¿Otro tipo de tendencias?

—En estos momentos, como se habrá dado cuenta, la autoestima de Sayen es demasiado baja, al punto de no importarle en qué lugar queda en la vida de alguien, concretamente de ese tal Daemon. Solo quiere ser parte. Sé que mis sesiones deben ser confidenciales, sin embargo técnicamente

eres su tutora. De hecho, le daré una copia de la receta que Sayen debe seguir al pie de la letra, al igual que los horarios de sueño y comidas.

¿En qué momento todo empeoró? Recordaba el inicio de la ruptura. Sí, mucho llanto, muchos lamentos, pero luego de un mes parecía recuperada. Hacía chistes y vivía como una chica graciosa. ¿En qué momento recayó?

—Como... una niña.

—Exacto —dijo Alex mirando a Javier, quien lo miraba atento—. Piense en Sayen como su segunda hija; una más pequeña, dispersa y atolondrada.

—Pero... no me dijo que otro tipo de tendencias.

—Suicidas. El flagelo es parte de una depresión profunda. El necesitar olvidar un dolor sintiendo otro.

—Oh por Dios —llevó sus manos a la boca, ahogando su lamento.

—Mami, ¿la tía está enferma? —enseguida la rubia abrazó a su hijo y negó, había olvidado que era muy listo.

—No Javier, solo... solo está triste... —susurró—. Señor Wömpner, ¿cree... cree que Sayen mejorará?

Una aureola apareció sobre Alex encubriendo sus intenciones. Y con ese aire altivo que tenía, cruzó relajadamente un tobillo sobre su rodilla.

—Si yo la trato, por supuesto.

# Capítulo

## 5

Sin necesitar levantar la cabeza, sabía que se trataba de Natalie quien había entrado. Era la única persona que tenía confiada una copia de las llaves de su apartamento. No tenía a nadie más tan cercano como lo era ella, eso era un hecho.

Debía admitir que la terminó perdonando la misma tarde de su engaño. Ella solo había buscado ayuda porque no podía sola. Tenía un hijo, una casa, una empresa y no podía dividirse. Lo único que le reprochaba era el haber creído que ese hombre y sus métodos funcionarían. Por su parte, estaba segura que no, que ese hombre tenía intenciones secundarias —o principales, quizás.

Se pasó la tarde entera viendo programas de moda en caso de motivarse a hacer algo distinto, pero cada día que pasaba era tan gris y lúgubre que incluso levantarse para ir al gimnasio era toda una hazaña. Luego llegaba quejándose por el dolor y terminaba con tardes de sofá. ¿Su principal alimento? El agua.

Y ahora llegaba su amiga, tentándola con el olor a estofado que recalentaba en el microondas mientras acomodaba la mesa del comedor. Según la rubia, la gente “normal” no almorzaba en la cocina. Viéndola ir de un lado a otro hasta servir todo, le indicó con un gesto que se acercara, cosa que no obedeció. Sin embargo, al ver cómo ella se acercaba para sentarla tal como hacía con Javier, terminó levantándose entre gruñidos de dolor hasta llegar a la mesa.

El olor impregnó su cavidad nasal, aunque sabía muy bien que el sabor no era el mejor debido que a Natalie jamás se le había dado muy bien la cocina. Prefería dejarle a su esposo las tareas del hogar.

—Revolviendo la comida así luces peor que Javier. ¿También quieres que te la de en la boca?

—Inténtalo y perderás los dedos. En una revista leí que, si comes lento, la comida se digiere mejor y te sacia más rápido.

—No empieces a obsesionarte con esas cosas, no es sano.

—Claro que lo es, así aprendo a comer.

—Espero que en realidad estés comiendo —la miró suspicaz—. Al menos cómete la carne, es proteína y te sirve para los músculos.

—Sería más divertido si te metieras conmigo, siento que las personas me miran raro.

Natalie dio vuelta los ojos. Ya la había oído repetir varias veces lo mismo.

—Son ideas tuyas, nadie te mira raro. Quizás los chicos te miran porque eres bonita.

—Quizás piensan que terminaré varada en algún rincón.

—¡Sayen! No hables de esa manera, es molesto y nada sano para nadie —bufó cansada. Temía que Sayen enfermara más por esas ideas que se estaban volviendo obsesivas—. Ayer me llamaron de la escuela porque Javier golpeó a un compañero, ¿tienes algo que ver con eso?

Sayen la miró de reojo en completo silencio para luego volver a mirar su estofado. Aquel gesto solo incrementó las sospechas de Natalie. Sabía perfectamente que ella le había aconsejado aquello a su hijo porque ni ella ni Misael estaban de acuerdo con la violencia gratuita.

—Admítelo. Ya sé que fuiste tú. Javier te delató.



—Qué traidor. Bueno, espero al menos le haya funcionado y ese mocoso no lo vuelva a molestar.

Siempre había escuchado que los abuelos eran quienes malcriaban, pero Sayen se adelantaba por los cuatros parientes que aún vivían. Hizo un gesto para que comiera. Ya la desesperaba verla hacerse la tonta.

—Hoy tienes cita a las cinco. ¿Lo recuerdas?

—Quisiera olvidarlo. ¿Puedo?

—Claro que no, he luchado un mundo contigo para que te tomes la medicina. Faltar no es una opción.

Recordarle sus esfuerzos afectaban la sensibilidad de la castaña, haciéndola tan sumisa que solo aceptaba. Sabía que no quería volver a ver a ese sujeto, pero era el único de todos los médicos que visitó que le firmó un acuerdo de confidencialidad.

Sayen, aunque detestara a ese hombre, admitía en el fondo que también quería mejorar, ser feliz, porque solo así sanaría aquel agujero que habitaba en su corazón. Y quizás así Daemon volvería.

—Mejor ve a cambiarte, ¿sí? Intenta variar la ropa.

—¿Te vas?

—Claro que no, iré a dejarte a la puerta de la consulta. No dejaré que faltes.

Habría intentado de todo para que Natalie no fuera a dejarla de no ser porque su cuerpo rogaba por un aventón y el frío de la tarde le estaba calando los huesos. Para cuando llegaron al edificio, recién eran las cuatro y media, aunque al parecer la rubia no se dio cuenta ya que una vez la vio entrar, se marchó.

Aprovechó de ir al centro comercial a dar unas vueltas. Lo último que deseaba era estar treinta minutos rodeada de locos que quizás qué podrían hacerle, ¿y si estaba esa misma mujer de la otra vez? Ni quería pensar lo que le había hecho a su supuesta bebé.

Se compró un descafeinado de máquina para apalea un poco el frío. Esperaba que pronto lloviera o terminaría congelada como un cubito de hielo.

Pensó en pasar por la librería, siempre un nuevo material de lectura avivaba la imaginación. Recordaba perfectamente cuando Natalie la regañó por haber exagerado en su última compra de más de veinte novelas románticas, que leyó en menos de una semana. ¿Cómo? Hasta ella lo encontraba increíble. Además, el dinero no era problema para ella, había sabido invertirlo.

Cuando dobló por Zara y Mango para seguir por el pasillo que la guiaba al mundo de los sueños, notó el anuncio de una solución para un vientre plano para el verano y una chica en bikini fuera de una farmacia, probablemente pensando en demandar a su empleador.

Se acercó curiosa, parecía demasiado tentador como para dejarlo pasar.

—Sí cariño, estoy afuera. Obvio que sí. Te espero.

Aquel tono de voz masculino y algo ronco... Le habría encantado desconocerlo, pero la curiosidad la llevaría al mismo resultado desolador. A solo pasos estaba él, aquel hombre que era dueño de cada una de sus lágrimas y la mantenía en esa constante tortura mental. Allí estaba, parado con un chaquetón azul y pantalón de traje. Su cabello rubio estaba ordenado como solía peinar y sus ojos... sus hermosos ojos hicieron contacto con los suyos cuando menos lo pensó.

La sorpresa que habitaba en su azulada mirada terminó convirtiendo todo el bullicio del centro comercial en un mutismo hermético que solo los contenía a ellos dos. Su expresión delataba que la había reconocido. La miraba de tal forma que, por primera vez, deseó no haberlo visto. Después de tanto tiempo rogándolo, ¿por qué ahí? ¿por qué cuando lucía peor de lo que jamás quizás la vio? Sabía que lucía horrible, que solo era los restos que él había abandonado.

—Dae...

Pronunciar el resto de su nombre fue ahogado por un hilo de voz que sufría por salir de su garganta. Ver cómo en silencio desviaba la mirada, incómodo, ignorando su presencia.

¿Y si quizás no la reconoció?

Mentira... Sí lo hizo.

Logró acercarse tan solo unos pasos cuando una alta chica abrigada por un chaquetón blanco de piel, se lanzaba a la espalda de Daemon. Observó cómo él se tornó hacia ella con una sonrisa intranquila y la obligaba a caminar para alejarse de ahí, de ella.

—¿Estabas con alguien? —la escuchó decir mirando atrás. Sin embargo, Daemon soltó una risa y negó.

La ausencia de aliento tenía nombre una vez más, recuperándolo de golpe en el momento que Daemon ya no era alcanzado por su vista y la dejaba únicamente con la frialdad de su ausencia. El amargo sabor que quedó en esas palabras cortadas en su boca se esparció por cada fibra de ella, despedazándola.

No. Necesitaba ser fuerte. Contenerse de alguna forma para atenuar ese dolor que la estaba matando, o eso intentaba, sabiendo que aquello era mentira porque lo único que quería era llorar y no podía. Maldecía cada uno de los psicotrópicos que consumía. Si antes se había sentido tranquila, ahora solo se sentía desesperada por poder sentir aquello por completo, no a medias, escalando y arañando su corazón. Porque aquel sufrimiento prolongándose era peor.

Su celular comenzó a sonar. Dudó en contestar e incluso dejó que pasara al segundo llamado. Solo entonces respondió al número que no reconocía.

—¿Diga?

—Llamo de la consulta del doctor Wömpner para recordarle su cita agendada dentro de quince minutos.

A la última persona que quería ver en ese momento era a ese idiota. De todas maneras, ¿qué más haría? ¿Irse a casa a llorar cuando no lograba botar ni una lágrima? ¿Ir donde Natalie y contarle que se sentía desfallecer? Seguro su rostro era un horrible poema regurgitado. Sintió su vientre encogerse al oír su nombre. Estaba a solo segundos de volver a verle la cara a ese hombre en el peor día escogido.

—Veo que no te acobardaste. Me alegro.

Pegó un respingo al encontrarse a Alex abriendo la puerta cuando creyó que tendría que hacerle ella. Él parecía demasiado seguro con que la vería allí e incluso podía vislumbrar una sonrisa engreída reflejándole. No estaba de humor para responderle el ataque verbal, así que pasó por su costado sin estrechar su mano, aunque él tampoco se la había extendido.

¿Alexander conocería la cortesía?

—Solo vine para ver si me bajas la dosis de las pastillas.

—Llevas unos cuantos días tomándolos, dudo que tengas buenas razones para eso —le señaló el diván, donde ella no tardó en acomodarse.

Alex la observó de arriba abajo, tensándola, ¿acaso se habría dado cuenta de algo? Seguro su rostro estaba rojo y tenía los ojos brillantes por las ganas de llorar.

—¿Es la única ropa que tienes?

No supo si suspirar aliviada o ponerse en guardia.

—Es ropa deportiva. Todas son iguales.

—Pues no me gusta, es demasiado oscura y aburrida. Necesitas algo diferente. ¿Qué tal un vestido, botas o un suéter blanco?

Aquello la enfadó demasiado. Daemon la había evadido por su apariencia y ese hombre ahora se lo restregaba en la cara. Necesitaba urgente hacer algo más, algo que funcionara mejor que el gimnasio.

—¿Crees que si pudiera no lo tendría puesto ya? Además, me siento cómoda así como estoy.

—Entonces no has hecho nada por adelgazar, ¿no?

—Claro que sí, paso horas en el gimnasio.

Él la miró como si no le creyera.

—De cualquier forma, ¿tienes algún problema con tu cabello?

—¿Y tú criticas la apariencia de cada paciente sin pensar un poco? Es... es demasiado... Eres un... grandísimo...—apretó los dientes—. Idiota.

—No llevamos ni cinco minutos cerca y ya me insultas. ¿Qué crees? Avanzaremos bastante rápido.

—Me provocas. Me dan ganas de estrangularte cada vez que te veo.

—Entonces tendrás que aprender a contener tu ira, ya que me verás por mucho tiempo, porque de esta no te dejo, niña.

¿Niña? Se cuestionó sorprendida tras oírlo. ¿Y a qué se refería?

—¿Cómo dices?

Alex cerró su libreta habitual de apuntes y la lanzó sobre el centro de la mesa, para luego hundirse cómodamente en el respaldo de su sofá, mirando serio a la castaña, casi traspasándola con sus ojos negros.

—¿Tú crees que trato a todos mis pacientes como a ti? Siéntete privilegiada. Eres la única que no he tratado como a una enferma —ladeó una mueca burlesca—. Porque lo que tú tienes es una idiotez.

Ahora lo entendía todo...

—Tú no buscas tratarme, tú solo quieres vengarte por esa vez.

—Cielos, ¿crees que eso me quita el sueño?

Eso y que era lo más obvio del mundo, al menos para ella. Ese hombre jamás se comportó como un médico. Al menos no se imaginaba que un verdadero psiquiatra tratara con tanta frialdad a sus pacientes.

Quizás él leyó sus pensamientos o su expresión la dejaba en evidencia, porque una mueca se formó en sus labios y la interrumpió antes de poder abrir la boca.

—No te trataré con palabras de miel, si eso buscas.

—Eso está demasiado claro, señor Alexander. Quieres desquitarte conmigo por lo que le hice a tu auto, ¿acaso te acuerdas tú que me atropellaste y me jalaste como un saco de papas?

Poco pareció importarle a él cuando solo consideraba a la castaña alguien demasiado estrecha de mente. Cruzó una pierna para apoyar su tobillo y su codo en el brazo del sofá.

—¿Estás tomando los medicamentos?

¿Acaso se haría el tonto?

—Quiero que me digas si de verdad me vas a tratar o solo seguirás jugando conmigo.

—No estoy jugando —no admitiría que al principio sí, lo había intentado—. Te lo diré una vez: Yo no te trataré con lástima. Yo estoy aquí para que mejores.

No le quedaba más opción que creerle, por ahora. Lentamente su frente se fue relajando, aunque no demasiado. Su expresión de abandono no se iba.

—Entonces, ¿los medicamentos?

—Son horribles, me hacen sentir pésimo... Cuando quiero llorar, es como si me cortaran lo que siento y me ahogan en la mitad, dejándome peor que antes. Y bueno, quizás las pastillas para dormir no sean tan malas. Natalie me obliga a tomarlas temprano.

—Los estabilizadores de ánimo bloquean las emociones negativas. Es como un interruptor en tu cabeza que ayuda a seleccionar y distinguir tus estados de ánimo o pensamientos.

—Es molesto, no me deja desahogarme.

—Necesitamos que tolere y olvides ese dolor. Por sí sola no podrás superarlo, ¿entiendes?

¿Cómo lo iba a olvidar si apenas daba unas vueltas por la calle y el recuerdo de Daemon le pegaba como una bofetada? Aquel nudo que estuvo conteniendo aislado en su garganta volvió con fuerza. Siempre su rostro se volvía rojo cuando reprimía sus emociones y sus ojos, aunque no llorara, se tornaban evidentemente tristes. Vacíos, carentes de comprensión.

Alex aguardó silencioso en su zona de confort. Ahí donde gustaba de criticar o ayudar. Ese lugar que le daba la “razón” superior. Detectó cómo los labios de Sayen se compungían.

—¿Quieres contarme algo?

Pero solo recibió una mala expresión. Estaba claro que él era la última persona a la que quería contarle algo. Un quejido de angustia escapó de sus labios, los cuales mordió para contenerse. No podía contarle.

—Dime, Sayen... —murmuró pensando cómo variar el tema. Parecía que algo le afectaba y sola se lo diría—. ¿Tienes algún título o estudiaste algo?

—Yo... no terminé lo que estudiaba.

—Lástima, ¿no? Quizás habría sido bueno continuarlo.

—¿Por qué lo dices?

—Tu carrera está estancada, ¿no?

Claro, solo él sabía cómo mandar su desprestigiado estado de ánimo al carajo de la forma más

dura.

—Que no haya publicado nada últimamente no significa que mi carrera esté estancada, solo estoy... en un descanso.

—Si tú lo dices...—murmuró desconfiado.

Sayen sintió su estómago contraerse con mayor fuerza que antes de cruzar la puerta. Ese hombre la tensionaba hasta quedar toda inflamada, ¿sería castigada si le hacía tragarse su maldito bolígrafo?

—¿Sabes? Creo que lo único que hago es perder el tiempo viniendo. Tú no quieres ayudarme, solo te burlas de mí y ya me desespera.

—Me alegra que reconozcas que necesitas ayuda.

Golpe bajo.

—No es lo que quiero decir, yo solo...

—¿Qué otra cosa podría ser? Necesitas reconocerlo pronto. Debes darte cuenta y aceptarlo.

—Decir la palabra “ayuda” fue...

—¿Un arranque liberador?, ¿como lo fue destrozar mi auto?

Impresionada por sus palabras se levantó como una brusca ráfaga de viento. Los fríos ojos de Alexander y su semblante tan impune la cabreaban todavía más. ¿Por qué sacar ese tema otra vez?

—Esto es venganza, admítelo.

No necesitaba esperar otro momento más allí con ese hombre. Tomó su bolso pasando frente a él, era claro que poco le importaba ayudarla.

Antes de llegar a medio metro de la salida, el azabache se interpuso con calmada apariencia y se inclinó hacia la puerta para evitar su escape.

—¿Qué crees que haces? La sesión no ha acabado.

¿Hablaba enserio?

—¿Tú piensas que me voy a quedar cuando es obvio que solo me estás molestando? No me hagas perder más tiempo, ¿quieres?

—Eso piensas porque todavía no quieres darte cuenta.

—¡Por favor...! —resopló arisca, ya agotada de tanta tontería—. ¿Qué puede servirme a mí viniendo de un hombre tan apático y controlador? Tú no me manipularás con tu psicología de cuarta sacada de libro prescolar. Ni a mi mente, ni a mis sentimientos. Lo único que necesito ahora es estar sola... o con Daemon. Nada más me va a liberar de esto.

—¿Enserio? ¿Realmente puedes estar sola? ¿y qué harías si viéramos a Daemon? ¿qué tal si te llevo a donde él trabaja? ¿qué harías?

Todo volvía a tensarse en ella. Su mirada se perdió por cualquier lado que no fuera ese hombre. Buscaba un pequeño sentimiento de fortaleza dentro de ella cuando, inevitablemente, una solitaria lágrima se escapó por fin.

—Me quedaría muda... temblorosa.

Su susurro, aunque débil, llegó a los oídos de Alexander. Entonces lo había visto y se lo había callado, pero ¿en qué momento? Había creído que cuando lo viera terminaría histérica, saltando

sobre ese hombre. Ahora se mostraba tan indefensa que lo cabreó un montón.

—¿Sirvió de algo? —le preguntó en vano. Ella negó.

Nada de lo que era ahora serviría para volver a tenerlo consigo. Debían cambiar varias cosas antes. Cambiar su aspecto cuanto antes con urgencia. Mirarse en un espejo no era más que una tortura cada vez que se quitaba la ropa y miraba su cadera ancha, sus muslos grasosos. Odiaba lo que era ahora, y debía actuar antes de perderlo todo por siempre.

—Ya sé lo que debo hacer.

# Capítulo

## 6

Marcando las nueve de la mañana del sábado, se levantó temprano, vistió ropa deportiva y se preparó un batido de frutas con proteína, el cual bebió en segundos. El único batido no alcohólico que le gustaba junto al agua corriente. A pesar de la tendencia de la mayoría de las personas que no trabajaban los fines de semanas, él no lo ocupaba en dormir hasta tarde. El interrumpido tiempo entre semana para hacer ejercicio debía recuperarlo e incluso multiplicarlo los sábados.

Y otra de las tantas cosas que gustaba de ese día, a diferencia de la semana, era que asistían mucho menos personas al gimnasio, por lo que podía ocupar las instalaciones a sus anchas. Menos voces, menos acosadoras. Si él no buscaba, odiaba ser buscado. Quizás esa noche se permitiría distraer un poco. Hacía tiempo que no se relajaba con algo de compañía femenina.

Firmó la asistencia tan rápido como pudo para cambiarse e irse a desquitar a la trotadora. La primera fase siempre era calentar sus músculos con algo de cardio antes de irse a las pesas. Si algo le gustaba después de su trabajo, era cultivar sus músculos aunque no tuviera un cuerpo demasiado prominente, pero sí lo bastante marcado y agradable para cualquier chica que se daba vuelta a mirarlo.

El paso lento duró poco, siempre terminaba corriendo como si se tratara de una maratón. Miraba hacia las calles como gustaba hacer, observando y moldeando ideas en su cabeza al pasar de las personas. A veces con solo ver sus rostros se imaginaba sus mundos, sus miedos, lo que los aquejaba.

¿Y qué pasaba con él?

De pronto el reflejo de la persona corriendo a su lado se le hizo más nítido, y al darse cuenta de quién se trataba, se exaltó casi tropezando. La chica que tenía a un lado corriendo no era esbelta, aunque tampoco tenía mala figura. Un busto agradable de observar que rebotaba suave al impacto del trote, y todo lo demás proporcional. Ella giró el rostro, haciéndolo volver a la realidad. Ambos se detuvieron impactados.

¿Qué hacía ella ahí?

—No digas que vienes a hostigarme —cuestionó Sayen.

—Claro que no —respondió Alex—. Mejor dime tú qué haces acá. Yo vengo aquí hace más de un año.

Claro, entonces ella era la supuesta intrusa.

Tomó su botella de agua y la toalla para secarse el sudor. Lo que menos deseaba era tener que estar cerca de ese hombre incluso en el gimnasio. Aunque quizás él no siguiera el hilo de sus pensamientos, su mirada no se despegó de ella hasta que se alejó.

Alex no se iba a quedar sin la oportunidad de mosquearla, aunque fuera un poco mientras se acercaba a una máquina junto a la de piernas que ella iba a usar. Fue entonces cuando uno de los entrenadores, al parecer contratado por ella, se acercó para ayudarla a realizar el ejercicio, agarrándola de la cintura desde atrás, sospechosamente cerca.

Por supuesto que ese hombre disfrutaba de ayudarla. Ella hacía sentadillas con una barra sobre los hombros y cada vez que descendía, ese tipo la seguía sin despegarse.

Por otro lado, para Sayen la mejor decisión de todas fue contratar a Francis. El hecho de que la “obligara” y no tuviera piedad alguna de hacerla sudar, había causado buenos progresos en ella.

A la primera oportunidad que Sayen pudo descansar y ese tipo se fue por otro lado, Alex se acercó a la máquina contigua de tríceps.

—Parece que sí sigues consejos.

Sayen lo miró irritada, ¿qué clase de consejo le había dado, según él? Porque lo único que recordaba haber escuchado desde el día en que lo conoció fueron malas palabras y momentos ingratos.

—Es bueno que hagas ejercicio, así tu cerebro se relaja.

—Pues no funciona tanto cuando tú estás cerca.

La castaña dejó caer la mancuerna con la que hacía peso muerto y bebió un poco de agua sin otorgarle mirada alguna a Alex.

—Déjame adivinar, no lo haces por ti. ¿Has bajado de peso?

—Así es, ¿se me nota? —sonrió ella.

—No —mintió.

—Bueno...—desvió el rostro sonrojado—. Solo importa que Daemon lo note. Tú no importas.

¿Qué podía tener de especial ese tal Daemon? Se preguntó Alex. ¿Un pene de medio metro con luces fluorescentes o contaba buenos chistes? Esa obsesión insana hacía olvidar a cualquier mujer su libertad, y para qué decir su dignidad. No necesitaban cambiar si alguien te quería, ¿no decían tanto ellas? O esa suponía ser la regla, pues para él, enamorarse no estaba permitido. El amor solo conformaba parte de un mero capricho de tantos, de querer amarrar a alguien para olvidar que estás solo.

—Creo que Daemon no es el único hombre en el universo.

—Quizás, pero sí de mi universo.

—Oh, vaya —se rio burlesco. ¿Era poetiza y no lo sabía?—. Eso no es más que una babosada. Mira tu alrededor, ¿vale la pena?

—Me imagino que un hombre como tú no sabe lo que es el amor.

—No necesito saberlo para ya tener en cuenta que solo terminaré sufriendo, ¿no es así?

Ella se giró a él de brazos cruzados.

—Entonces no lo conoces, pobre —le sacó la lengua como una niña. ¿qué sabía él?—. Y te ejercitas tanto ¿para qué?, ¿no necesitas impresionar a alguien?

Alex se cruzó de brazos con chulería y torció una sonrisa engreída.

—Por favor. No necesito esforzarme para impresionar.

Bueno, si consideraban algunas chicas que no le quitaban el ojo de encima, podría estar en lo cierto. Sin embargo, eso no era válido para la castaña.

—Si tú lo crees —murmuró antes de irse por otro lado.

Alrededor de una hora más tarde la vio salir de la sala de clases, donde aún se escuchaba algo de música movida, ¿zumba quizás? No pudo evitar percatarse de su pálido rostro, incluso parecía más delgada que hace un rato. No, la ropa se le ajustaba por el sudor y realmente estaba más



delgada que cuando la conoció.

—¿Dos semanas ya? ¿Estaría comiendo?

—¿De nuevo tú? —gruñó arisca, confundiéndolo. Aún no decía nada y ya parecía atacarlo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí hoy?

—Unas tres o cuatro horas, llegué temprano. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque es ridículo. ¿Vas a una competencia? Supongo que al menos tienes una buena comida preparada para después de esto.

Pero ella solo lo miró como si le hablara del vómito de un extraño, e ignorando sus palabras, se hizo a un lado. ¿Cómo iba a comer cuando le quedaban siete kilos por bajar? Si bien en solo una semana pudo bajar tres y dos la semana anterior, estaba por alcanzar su meta como para arruinarlo todo con “una buena comida”.

—No tiene por qué importarte, ¿acaso te molesta mi progreso?

—¿Hablo chino? ¿Por qué estás tan a la defensiva? —ella pasó una mano por su rostro y la subió por su frente para despeinar su flequillo. Parecía muy agotada—. No está bien que te sobre esfuerces. Vete a casa a descansar.

—Si lo dices porque te molesta compartir el mismo espacio, solo tienes que ser honesto.

—Vaya, tú sí que sabes decir muchas tonterías en menos de veinte palabras. Mírate, te ves terrible.

—¿Alguna novedad en sus insultos?

—Me lo has hecho saber cada vez que nos hemos visto, enserio. Mejor me largo antes de contagiarme con tu pésimo carácter.

¿Pésimo carácter? Ella no era para nada una dócil flor salida de las praderas más limpias. Era tan terrible como salida de las entrañas del mismo infierno. Una loca desatada, destrozadora de autos.

Cuando la vio entrar a los vestidores de damas, por alguna razón no se quedó tranquilo. Por el motivo que fuera, algo le indicaba que esa mujer no se hallaba bien, estaba más extraña de lo normal y él no gustaba de quedarse con las dudas. Olvidando su higiene, se cambió la camiseta y colocó un pantalón largo antes de salir y esperarla en su auto aparcado en la calle de al frente. Estaría atento para no atropellarla otra vez en caso de que quisiera correr de la nada.

Manteniéndose a una distancia prudente, comenzó a seguirla en cuanto salió del gimnasio, abrigada con una gruesa sudadera unas tres tallas más grandes y los auriculares puestos. No tomó taxi, lo que hizo preguntarse si Sayen vivía tan cerca como para irse caminando.

Entre su distancia, agradeció el momento en que ella se detuvo ante el semáforo peatonal en rojo. Sonaba fuerte hasta para el más sordo, no debía cruzar. Su auto no había salido hacía mucho del taller y no quería hacerlo volver. Treinta, veintinueve, veintiocho... El bolso de Sayen cayó al suelo. “Torpe” pensó él, cuando vio cómo de pronto el cuerpo de la joven se contrajo con las manos en el pecho. Alguien se acercó a auxiliarla, pero no evitó que Sayen acabara desvanecida en el suelo.

Alex apretó las manos en el volante, ¿se habría dado cuenta que la seguía y fingió un ataque? ¿quería jugarle una broma? Al menos eso pensó hasta darse cuenta que no se levantaba, que las

personas se aglomeraban y ella continuaba sin moverse. Nadie parecía hacer algo.

—Maldición... —gruñó, bajándose rápido y evitando que un auto que pasaba por el costado le volara la puerta y él consigo. Corrió hasta la joven, haciendo a un lado a todos, y tomó su cabeza para revisar sus ojos, su temperatura, su pulso. No lo encontró. ¿Un ataque al corazón? ¿tan joven? Miró a las personas que tenían puestos sus ojos sobre ellos y a algunos que comenzaron a grabar con sus celulares.

La rabia lo embargó.

—¡Llaman a una ambulancia!

Pero esperar una ambulancia solo empeoraría la situación. De alguna forma, su preocupación creció al punto de sentirse responsable, o al menos casi. La tomó entre sus brazos y agarró su bolso como pudo. Una señora le ayudó a abrir la puerta de su auto para meterla y en menos tiempo del que creyó tardar, ya estaba en las puertas del hospital.

Enfermeras llegaron rápidamente con una camilla y el médico de turno comenzó a revisarla.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Se desmayó de pronto, creo que... un infarto.

—¿Antecedentes crónicos?

Su silencio fue respuesta suficiente, por lo cual no tuvo más opción que quedarse atrás mientras el médico daba indicaciones a las enfermeras. En realidad, desconocía si la castaña tenía alguna enfermedad, ni siquiera se lo preguntó antes de medicarla. Sus atenciones habían sido tan aceleradas como el deseo de no querer verla allí sentada. ¿Y ahora qué se suponía que debía hacer? Fue de regreso a su auto por los documentos de Sayen para completar la ficha y buscar además el número de su agente, a quien él consideraba su tutora.

Rebuscó entre sus cosas, ignorando las pantaletas y otros objetos femeninos hasta encontrar sus documentos junto a su celular en un bolsillo aparte. Sin embargo, también encontró algo que jamás pensó que ella tendría.

Sibutramina.

—¿Qué demonios te has hecho, Sayen?

Segundos después de haber recibido la llamada del señor Wömpner anunciando que Sayen estaba internada, voló hacia el hospital. Arrebatada entre el taconeo, se acercó a la recepción para preguntar por su amiga cuando vio sentado a unos cuantos metros al azabache. Él se levantó para saludarla, aguardando primero que regulara su respiración agitada.

—¿Q-qué pasó? ¿está bien? ¿tuvo un accidente? —preguntó descontrolada, imaginándose los posibles escenarios—. ¿La volvió a atropellar?

Alex frunció la frente.

—Claro que no. El problema es mucho más grande. ¿Sabía que Sayen toma Sibutramina?

Natalie lo miró confundida.

—No entiendo, ¿qué es eso?

—La Sibutramina es un anorexígeno ilegal en más de cincuenta países, incluso en este. Sayen no se ha alimentado lo suficiente y se ha exigido demasiado en los ejercicios, por lo que sufrió un ataque al corazón.

—Oh cielos —llevó sus manos a su boca, incrédula por lo que oía. ¿En qué momento lo había comprado? Si ella intentaba pasar todo el tiempo posible a su lado—. ¿Puede morirse? ¿Sayen va a morir?

No podía responder a algo que no sabía. Las probabilidades estaban divididas por igual. Por fortuna, el médico apareció antes de que la rubia acabara en un ataque nervioso.

—¿Familiares de la paciente Sayen Sáez?

Ninguno negó. Alexander había olvidado por completo llamar a los padres de la castaña. En cambio, Natalie se acercó ante la insistencia del médico.

—¿Cómo está ella? ¿está bien?

—No podría decir que está bien, pero la trajeron a tiempo. La paciente tuvo un pre infarto, lo que es una advertencia cardiaca. La mezcla de componentes termogénicos y de Sibutramina le pasaron la cuenta. Los minerales y vitaminas en su cuerpo son escasos, la sedimentación algo acelerada y bueno, en resumidos términos, si no se comienza a cuidar como es debido, puede volverse una enfermedad crónica, incluso sufrir fracturas con facilidad.

Natalie ahogó un sollozo entre sus manos. Estaba segura que se había hecho tanto daño solo por ese hombre que nada bueno había traído a la vida de la castaña. Por su parte, Alex no pudo evitar sentirse con cierta culpa; él le había repetido en varias ocasiones, sin medir la dureza de sus palabras, que lucía horrible, que no se esforzaba, cuando todo aquello la atormentaba.

—¿Qué cuidados necesita? —preguntó Alex.

—La tendremos bajo observación durante unos días. La nutriremos por sondas hasta que despierte y luego analizaremos su estado psiquiátrico. Queremos descartar una anorexia nerviosa.

¿Anorexia nerviosa? Lo había supuesto todo ese rato que estuvo sentado allí.

—En realidad, yo soy su psiquiatra, pero Sayen... —prefirió callar. Él no la había evaluado por completo. Al parecer solo se había encargado de tratar su depresión desde un solo aspecto.

—Sayen ha tenido mucho estrés —se excusó Natalie—. Por favor, hagan lo necesario por ayudarla.

—Haremos todo lo posible.

Natalie suspiró más calmada, pero no por completo.

—Por cierto..., ¿podemos pasar a verla? Por favor.

Aunque el médico lo dudó por un momento, no había nada que Natalie no pudiera obtener, excepto que su amiga le hiciera caso.

—Solo unos minutos, la paciente continúa inconsciente.

Unos minutos era todo lo que tenían. También minutos eran los que pudieron haber faltado para que, quizás, ella hubiese dejado este mundo por sus tontas decisiones. ¿Ella habría buscado eso? ¿Sayen pensaba querer morir? ¿Era tan inconsciente del daño que se hacía o solo lo ignoraba? Natalie sabía cuán inteligente era su amiga, seguro estaba consciente.

Todo por su plan desesperado por volver a tener a ese hombre. Su obsesión la estaba orillando a perder la vida.

Antes de entrar a la habitación, Alex pegó un chasquido y le entregó los documentos y celular de la castaña a Natalie.

—Olvidé llamar a los padres de Sayen, lo siento.

Natalie lo miró silenciosa. ¿Él no sabía?

—Mejor así —murmuró, tornando la mirada a su amiga por la ventana de la habitación, donde podía verla conectada a algunas máquinas, respirando muy lentamente.

—En estos casos me parece que es lo más prudente.

—¿Sayen no le contó? —lo miró curiosa. La confusión en la expresión de Alex respondió por él—. Sus padres...

Prefirió morderse la lengua. Si Sayen no se lo había contado aún, debía ser por algún motivo. Se hizo a un lado, olvidando la conversación y adelantándose a entrar a la habitación. Estaba frío, al igual que ella cuando le tocó el rostro. Lucía muy pálida, más cerca del otro mundo que de este.

Natalie soltó un suspiro desolador.

—Ay, Sayen... ¿Por qué te haces esto?

Su susurro quedó suspendido en el aire junto a sus vagas ideas y el profundo silencio de Alexander, quien guardó cierta distancia de la camilla por un momento, necesitando observar mejor el rostro de esa mujer que yacía inconsciente.

—Mi mejor propuesta es que la internemos.

—¿Qué? —cuestionó, incrédula por lo que oía. ¿Hablabas en serio? —. ¿Cómo me sugiere tal cosa? Eso la destrozaría. No puedo hacerlo.

—Las cosas se nos van de las manos, solo mire hasta donde ha llegado la situación. Sayen no es una niña, pero necesita vigilancia como si lo fuera. ¿Cómo pretende que no haga otra tontería?

Natalie cruzó sus manos bajo su boca como un hábito nervioso. No tenía idea de qué hacer más que negar su propuesta. Encerrar a Sayen en una clínica solo la empeoraría.

—No sé, no sé cómo hacerlo, pero no puedo hacerle eso a Sayen. Ella... No puedo encerrarla, solo la lastimaría. ¡Me odiaría!

—¿Qué hay de sus padres? Si ellos están cerca podrían cuidarla —tenía mucha curiosidad al respecto, aunque Natalie volvió a negar.

—Realmente hago todo lo que puedo, pero estoy haciéndolo sola —explicó agobiada—. Buscaré formas de mantenerla ocupada, intentaré tenerla vigilada, pero... pero no puedo encerrarla, no puedo.

Alex desordenó sus negros cabellos con desesperación. Como su psiquiatra, él había tenido responsabilidad al haber dejado la profesionalidad de lado. No comprendía cómo podía una persona llegar a aquello. ¿Por qué sufrir tanto por ese hombre? Más que ayudarla a “superarlo”, tendría que arrancarlo de raíz.

¿Cómo hacerlo?

—Niña tonta —gruñó, viéndola dormir. Ladeó su cabeza y cruzó sus brazos bajo los pectorales —. ¿Ella todavía conserva cosas de su ex novio?

De solo escucharlo, Natalie suspiró como si enumerara las cosas en su mente. Esta acercó su mano al cuello de Sayen hasta agarrar un fino collar del cual colgaba medio corazón, el clásico colgante que se daban los novios al comienzo de una relación.

Solo que ella jamás se lo quitó.

—Este collar se lo dio Daemon en su primer año, aunque tiene muchísimas cosas más. He intentado deshacerme de algunas, ¡es casi cometer suicidio!

Alex tomó aquella pieza entre sus dedos y la arrancó de un jalón ante la atónita mirada de Natalie. Sayen iba a tener que empezar a vivir sin esas cosas para poder liberarse pronto de la sombra de ese sujeto.

Necesitaban comenzar bien.

—Lléveme a su apartamento.

En cuanto entraron, pudieron percibir el olor a encierro y polvo. Tan solo pasaron tres días desde la última vez que Natalie había ido a cooperar con el orden y ya todo volvía a ser un desastre de primera. Las cortinas estaban cerradas, al igual que las ventanas. La cama desecha y todos los muebles opacos.

Se notaba que la cocina no había sido usada, ya que era lo único reluciente de la casa. Incluso aún quedaba algo de estofado que había llevado el jueves pasado, cuando la llevó a su sesión y del cual la castaña le había asegurado haber salido estupendamente.

Recordó entonces las condenadas pastillas. Alex la siguió hasta el despacho donde estaba la computadora personal. Cuando revisaron el historial, solo vieron páginas de dietas rápidas, consejos para adelgazar en una semana, quemadores de grasa y proveedores de Sibutramina.

Alex bufó y caminó a la habitación principal. Sacó cada fotografía de la pared, los osos de felpa, cualquier cosa que la relacionara con un pasado amoroso-tormentoso.

Natalie solo observó desde la distancia cómo las cosas se acumulaban sobre la cama.

—¿Es correcto hacer esto? —Ya se imaginaba a Sayen echando fuego cuando volviera. Estaría de ataque.

—¿No quiere recuperar a la Sayen de antes? Porque si no es así, dígame ahora.

—Claro que quiero... quiero que mejore —susurró acercándose a él para ayudarlo y buscar otras cosas en sus cajones. Tampoco era como si ese sujeto le hubiese dado mucho. Incluso había tenido el descaro de dejar algunas ropas en el armario de su amiga—. Señor Wömpner...—Alex se detuvo un momento para mirarla con atención—. Por favor, ayúdeme a que Sayen sonría otra vez, que sea feliz... No importa cuánto cueste, no se preocupe por el dinero, yo pagaré todo el tiempo que invierta en ella, pero por favor... No la deje, no puedo sola...

Vaya lío en el que se había metido. ¿Ahora estaría de niño? Ella había dejado un cheque en blanco sobre su escritorio aquella tarde en que le pidió ayuda.

—Entonces ayúdeme a desaparecer el recuerdo de ese hombre.

# Capítulo

## 7

Vaya rollo en el que se había metido. Cuando pensó que tendría una noche tranquila de copas con sus amigos para olvidar un instante su ajetreada mañana, no hubo momento en el que no quitara de su mente a Sayen. Debía admitir que le interesaba saber cuándo despertaría.

Recordarla tendida en el suelo, siendo rodeada por tantas personas que nada hicieron por ayudarle, le recordó el primer encuentro que tuvieron. Ese momento en que la atropelló por accidente —y donde insistía en que ella tuvo la culpa. Él no había hecho nada por ayudarla. Ni siquiera cuando la vio cojear a su auto, e inclusive hasta hoy no hizo afán de preguntarle si sufrió alguna secuela.

Black Cave era un famoso bar de la ciudad por su ambiente de caza. Un lugar atrevido donde casi nadie se iba de allí sin tener con quien culminar la noche en algún hotel. Lugar donde cada vez que él iba no tenía problema alguno para que las mujeres llegaran por su cuenta. Para su edad, debía admitir que era atractivo; su metro ochenta y cuerpo trabajado resultaban ser atrayentes para muchas.

Bebió whisky como agua para despejar su mente.

—Vale, estás como algo perdido, ¿no? ¿Mucho trabajo? —preguntó John, quizás uno de los pocos que volvía a casa solo, para subir las escaleras y llegar a su habitación matrimonial que compartía con una guapa esposa.

Alex volvió a dar otro largo sorbo.

—Todo es un desastre últimamente —confesó—. Creo que tuve que haber sido muy malo en una vida pasada como para que nada me esté saliendo bien.

—Vaya, qué profundo. ¿Alguna chica del pasado? ¿Alguna loca?

Sonrió como si precisamente de eso se tratara. Aunque las ideas de ambos tenían rumbos diferentes, “alguna loca” no era tan equivocado.

Observó hacia la barra donde una preciosa chica morena, que sin problemas pasaba por modelo, no le quitaba los ojos de encima. Y él tampoco lo haría. Ya había seleccionado la distracción de esa noche.

—Siempre son muchos pacientes —dejó su vaso de lado—. El problema es que hay uno que otro que es peor.

—Eso es muy común en tu especialidad, ¿no? ¿Esperabas que todo fuera miel cuando tratas con la mente?

—Claro que no —él conocía de primera estancia cómo era convivir con una persona con trastornos—. Por cierto, ¿tienes turno estos días?

—Toda la semana, por completo. ¿Olvidas que trabajo en un hospital público? No todos tenemos tu suerte.

—No seas quejón. Cada quien elige lo que prefiere —se rio burlesco, volviendo su mirada a la morena. Esta se había acercado a una chica rubia y le hacía un gesto hacia su mesa. Ambas sonrieron.

—Sí que están buenas, ¿no? —dijo Christopher, quién volvía de la barra con unas cervezas.

—Ustedes no maduran, ¡cásense! —se burló John.

—Estás de broma, ¿no? —dijo Alex, negando enseguida—. Tú te casaste porque encontraste una santa, esas se ven una en un millón.

—Millena no es una santa y lo sabes. A veces le entran los demonios y no hay quien la pare. Lo que pasa es que ustedes no se han enamorado.

—El embarazo te tiene baboso. Colega de la soltería, ¿te puedes creer las cosas que dice este idiota? —señaló Christopher a John, quien dejó su vaso de lado, dándose por vencido.

—Recuérdame por qué vinimos con él — se burló Alex—. Vamos John, que tú sepas lo que es eso no significa que a todos nos toque, ¿crees que a mi edad eso va a llegar?

—Ni que fueras un anciano.

—Cállense, que vienen un par de ángeles —siseó Christopher, volviendo su mirada a Alex, quien miró de reojo al par de chicas que antes vieron. La morena llevaba un vestido rojo ajustado demasiado corto y con un escote que dejaba nada a la imaginación. Su cabello negro como el de una pantera y su boca demasiado tentadora. Sus miradas hicieron contacto enseguida y ella le sonrió coqueta.

—Hola guapos, ¿qué tal un poquito de compañía? —preguntó la rubia en tono meloso, acercando su mano a Christopher.

—Pero por supuesto. Siempre la compañía de chicas guapas como ustedes es bienvenida —respondió él, colocándole una silla a su lado.

La morena se sentó junto a Alex.

—Soy Ángela, mucho gusto —musitó suavemente al acercarse a su oído, besando de paso su mejilla.

—Alexander, un placer conocerte... —gruñó, complacido de su cercanía. Oía muy bien y era una perfecta compañía por esa noche.

—¿Por qué tan solo, cariño? —susurró tan cerca de su boca que casi pudo sentir la sonrisa de Alex encima.

—¿Quieres beber algo...?

—Un Margarita, por favor —se apegó más a él, lo suficiente para rozar su rodilla contra la suya cuando se cruzó de piernas.

—Bueno, creo que ya me toca partir —dijo John, buscando su billetera.

—¿Tan pronto? Quédate un rato más.

Una hora después, ambas chicas estaban lo bastante cariñosas como para saber que ya querían otra cosa. Alex no se había negado a sus mimos excitantes y ahora la tenía sentada en su rodilla. Christopher, por su parte, ya parecía más que listo para irse con su nueva amiga.

—¿Qué? ¿Ahora se van ustedes? —se burló John, quien ya había limitado su consumo.

—Mikaela quiere rezar —se jactó entre risas, agarrando a la rubia de la cintura y levantándola—. ¿Vamos, preciosa?

—Quizás ahora sí deba irme —dijo John al ver a la pareja irse—. ¿Hablamos mañana? Bueno,

en unas horas.

—¿Enserio? Apenas son las... ¿tres?

—Cuatro, y ya te dije, las desventajas del servicio público, desgraciado acomodado.

Alex dio un último sorbo. Quizás él también ya debía irse con Ángela para culminar la noche, hacía rato la morena no dejaba de fregar su muslo contra él.

—¿Quieres que vayamos a un lugar más privado? —llevó su mano al largo cabello de la mujer, apartándoselo del rostro.

—Claro que quiero —le guiñó un ojo. Se acercó al lóbulo de Alex, mordiéndolo con tal suavidad que toda la piel se le erizó excitado—. Bien sabes lo que queremos.

Lista y precisa, era perfecta. Cero dramas, cero ataduras, sexo seguro y luego olvidar la existencia del otro. En lo que esperaba, John enviaba unos mensajes a su esposa.

—Por cierto, ¿por qué me preguntaste por mi turno? ¿Quieres hacerte un chequeo? —le preguntó tras recordar la conversación anterior que quedó a medias. Y antes de que Alex pudiera responder, fue interrumpido por su celular.

Luego de lo ocurrido esa mañana y tras pasar gran parte del día en el hospital, guardó el número de Natalie en caso de alguna emergencia. Se preguntó si esta sería una. Dudaba que hubiese otra razón para que lo llamara a esas horas.

Recordar a Sayen lo ponía tenso.

—¿Diga?

La música de fondo la confundió al punto de tener que revisar si llamaba a la persona correcta.

—Am... ¿señor Wömpner? Habla Natalie Nast.

—Lo sé, tengo su número registrado. ¿Pasa algo? ¿Le ocurrió algo a Sayen?

—Sí... es sobre Sayen.

Se quedó mudo y expectante. ¿Qué había pasado ahora? Mejor decir, ¿algo peor?

—Sayen despertó hace un rato. Todavía está algo desorientada y la tienen sedada por las sondas. Solo quería avisarle en el caso que quisiera ir a verla.

Entonces era eso. Por alguna razón sintió tranquilidad, como si todo el estrés de ese día hubiese desaparecido, al menos un momento.

—Claro, iré temprano —respondió. Era su psiquiatra, claro que debía ir. Además, debía hacerle entender algo a esa mujercita.

Los juegos tontos no los toleraba.

—Gracias, entonces disculpe por llamarlo tan tarde y nos vemos —aunque parecía que lo último que el azabache haría sería dormir.

En cuanto la llamada se cortó, Ángela lo rodeó con sus brazos y le hizo un puchero rogando por atención, pero Alex, algo metido en sus pensamientos, miró a John con curiosidad.

—¿Una paciente? —se adelantó a preguntar.

—Iba a mencionarte que tengo una paciente internada en el hospital que trabajas. Llegó hoy a urgencias y no sé si la trasladarán, pero quiero aprovechar que estás tú... ¿Me ayudas?

John lo miró suspicaz. ¿Alexander profundizando con interés en la vida de una paciente?



—¿Qué quieres que haga?

Alex se levantó junto a la morena, sin alejarla ni un centímetro de él, después de tanto dolor de cabeza necesitaba desahogarse pronto. Una sonrisa se asomó en sus labios de solo pensar en lo que ocurriría en unas horas. Ya quería ver su cara.

—Solo haz lo que te pida.

# Capítulo

## 8

A pesar de lo poco y nada que durmió, se levantó temprano. Luego de irse del bar y pasar una sesión de sexo bastante agradable hasta un poco pasado las seis y sostener una discusión con esa mujer por no quedarse a dormir, terminó llegando casi a las ocho a su apartamento, para luego estar de pie otra vez a las diez.

Dormir con alguien siempre ha estado prohibido para él. Incluso si no hubiesen tenido nada, el hecho de compartir la cama para un momento tan íntimo e indefenso como lo era dormir con otra persona, estaba demasiado lejos de sus capacidades. La sensación de apego, el calor de otro cuerpo, los malos recuerdos, todo. Lo odiaba.

Llegó al hospital antes del mediodía, subía al piso correspondiente al que habían trasladado a Sayen cuando escuchó unos gritos proviniendo de su habitación. Corrió exaltado, creyendo que algo malo estaba pasando, pero solo era la castaña con lo que parecía ser una crisis nerviosa. Suspiró, llamando a su poca paciencia.

—¡Tú! —le gritó alterada. De no ser por todas las cosas a la que estaba conectada, ya se habría lanzado a matarlo. Miró a su alrededor, encontrando solo la almohada para atacarlo y lo hizo, aunque él alcanzó a evadirla—. ¡Tú lo tienes, ¿verdad?!

—¿De qué hablas? —preguntó extrañado y viendo cómo la enfermera corría escurridiza tras él para salir de allí—. ¿Qué crees que estás haciendo? Comportate. Que tengas una habitación para ti sola no significa que estés en tu casa.

—Tú tienes mi collar, tú me lo robaste.

Bueno, ahora entendía esa expresión de ira, aunque tampoco aquello lo consideraba un justificativo para comportarse así. Entrecerró la puerta y se acercó hasta la camilla, apoyándose en un costado y de forma casi acechante.

—¿Esa baratija? La tiré.

Los ojos de Sayen casi salieron de sus cuencas debido a la sorpresa y el monitor comenzó a soltar pitidos alterados. Alex, asustándose por lo que había provocado, la tomó de los hombros recostándola, claro que a la fuerza, pues la castaña comenzó a patear y gritar, acabando segundos después ahogada por el sollozo de vacías lágrimas. Quizás enserio debía bajar la dosis.

—Escúchame Sayen, necesitas tranquilizarte. Estás en un hospital y asustas a otros pacientes.

—¡No me importa! ¡Solo quiero mi collar!

Se volteó, agarrando las mantas para ocultar su rostro e intentar soltar las lágrimas. Necesitaba llorar de verdad, no de esa forma carente en la que sus ojos se humedecían y nada más pasaba. El sentimiento de frustración la superaba.

—Sayen... ¡Basta! Deja de hacer esto. Estás aquí con una salud terrible y ni siquiera probaste el desayuno, ¡deja los escándalos!

Tomándola del hombro, la volvió a poner boca arriba y la obligó a encararlo. Sus ojos estaban rojos al igual que su rostro, la nariz húmeda y apenas conseguía respirar bien. En todo ese desastre él podía ver la tristeza. Se alejó solo un poco, sin apartar sus ojos negros de los ojos de

ella.

—Intenta comer algo... ¿Sí?

—¿Comer? Estoy obesa, ¿cómo me pides eso?

—¿Obesa? —torció una mueca y suspiró impotente. ¿Cómo hacerla entender? —. ¿Por cuánto tiempo piensas seguir con esto? ¿o te haces la tonta? Sabes que estás mal, que te hiciste mucho daño. ¿No te das cuenta que pudiste haber muerto? ¿o quieres estar postrada en cama? ¿quebrarte los huesos? ¿vivir de infartos hasta morir? ¡Reacciona, mocosa!

Sayen ocultó el rostro entre sus manos, su mueca lastimosa se volvía peor, y solo una lágrima logró escapar.

—Yo...

—Sayen —la miró con dureza—. ¿De verdad quieres morir?

Ella negó apenas moviendo la cabeza. Alex suspiró viendo el dolor de su expresión y ablandó la mirada. Quizás era muy duro con ella.

—¿Por qué Daemon no ha venido?

O quizás solo era muy blando. A esas alturas no debía sorprenderle las tonterías que salían de su boca, lo que de todas formas ocurría. Era como una mocosa aferrándose a un juego. Esa mujer tenía la autoestima tan destruida que lo hacía cuestionarse si alguna vez en realidad la tuvo.

—Es muy simple. Ya no le importas nada y no vale la pena todo lo que haces por querer recuperarlo. Ese hombre es una basura.

Al escucharlo hablar así de Daemon, Sayen tiró de las mantas demasiado fuerte, causando que la aguja del suero que tenía en la mano se le saliera y un poco de sangre resbalara por esta.

—¡No!

—Claro que sí, si no lo aceptas ya jamás vas a ser feliz —dijo, encaminándose por el otro lado para tomar un poco de papel y luego la mano de ella a la fuerza para limpiarla—. No puedes seguir pensando que él volverá, porque no lo hará.

Arrebatándole su mano, volvió a ocultarse el rostro. Su llanto parecía inconsolable. Lo único que quería era tener a Daemon cerca, que la cuidara como antes, como cuando algunas veces estuvo enferma y él se quedaba a su lado hasta que estaba mejor. Extrañaba esos días. Extrañaba el tiempo que se dedicaron. Solo deseaba volver a ellos.

—Tienes que aceptarlo.

Alexander no sabía que más decirle para hacerla callar. Sus ojos grises estaban muy hinchados, ¿quería siempre estar así?

—Por favor, solo quiero mi collar.

¿Cuántas veces más lo haría suspirar agotado?

—Bien. Como parece que le tienes mucho cariño a esa baratija, te propongo un trato —ella lo miró atentamente, callada—. Vas a hacerme caso en todo lo que te diga, vas a empezar a alimentarte y vas a cortarla con tus niñerías. Eres lo suficientemente grande como para ponerte en riesgo por tu inmadurez —gruñó, señalando con su dedo como si enumerara cada cosa—. Vas a mejorar, y solo cuando lo hagas, te lo devolveré. ¿De acuerdo?

Por lo menos parecía más tranquila, quizás intentando contemplar sus “posibilidades”. La

misma miró hacia la bandeja del desayuno que continuaba intacto y que seguro estaba frío. Pero antes de decir algo, un alto hombre, de uniforme médico azul y bata blanca, entró a la habitación. Este sonrió al ver a Alexander y mantuvo el mismo gesto cuando miró con curiosidad a la chica que estaba en la camilla.

—Vamos, pero buenos días, ¿qué tenemos aquí? —se acercó al azabache para saludarlo con un apretón de manos. Su amigo realmente parecía cansado—. ¿Ella es tu paciente?

—Por favor, hazla entrar en razón.

—¿Quién es usted? —preguntó desconfiada. Estaba segura que ese no era el mismo médico que vio horas atrás.

—Soy John Travor, jefe del área de cardiología. Tranquila, solo miraré un poco por aquí —dijo, tomando la ficha médica de la joven.

Su expresión era muy dulce, a diferencia de la cara de pocos amigos de Alexander. Podía decir incluso que le causó cierta tranquilidad. John revisó el historial médico que había pedido y luego la ficha. De pronto su expresión cambió, haciéndola sentir recriminada.

—¿Podría preguntar por qué ingirió eso?

Sabía bien a qué se refería, lo cual la avergonzaba.

—Yo solo... quería adelgazar rápido.

Ambos hombres intercambiaron miradas. Alex parecía molesto, nunca lo había visto tan implicado como para incluso estar en el hospital por su cuenta. Y tal como le había pedido, él tenía que asustarla, aunque tampoco diría ninguna mentira.

—Verá, señorita Sáez, usted no está nada bien. Aquí sus exámenes solo me confirman que, si usted no comienza a cuidar su alimentación y controlar un poco las revoluciones, podría sufrir un severo infarto.

Ella ya lo sabía, se lo habían dicho. Desvió su mirada agotada. No quería escuchar más regaños y todavía faltaba la guinda de la torta. De hecho, le sorprendía que aún no hubiese llegado a fastidiarla.

—¿Me está escuchando?

—Lo hace, solo finge no entender —bufó Alex.

—Claro que lo escucho, pero ¿qué puedo decir? Me equivoqué.

—Bueno, ¿al menos podría decirnos que ya no lo hará? —ella se quedó callada—. ¿Sabe? Una mala alimentación conlleva no solo la pérdida de peso, sino también de los dientes. Primero se le pondrán amarillos, luego le sangrarán las encías, con un poco de suerte se le caerán sin que se le infecten las carnes. Algo me dice que tiene una bonita sonrisa y es mejor cuidarla, ¿no?

Ella lo miró espantada.

—¿De verdad puede ocurrir eso?

—No solo eso... —dijo Alex. Al parecer Sayen ya se estaba interesando al ver que no despegaba sus ojos de ellos, o al menos de John—. Ah... Los huesos, ¿te imaginas quebrarte los huesos por nada? La osteoporosis tampoco es nada agradable. ¿Quieres estar postrada en cama sin poder por lo menos levantarte al baño?

—Eso no es nada Alex, imagínate la piel. Se empieza a manchar, la exposición al sol la rompe

e incluso se arrugará mucho más rápido —la miró curioso—. Me imagino que tiene treinta años, ¿no?

—¿Qué? —se exaltó, sintiendo cómo el pecho se le apretaba, pero John sonrió, dándole a entender que bromeaba.

—Quizás ahora no, estás a tiempo de evitarlo —comentó—. Debo mencionar por último tu corazón. Los riesgos a los que te expones no solo traen como consecuencia la muerte. Para algunos, tener un corazón sin estar conectado a una máquina sería un sueño. Tú tienes un corazón que puede arreglarse con hábitos, no lo arruines más.

Sayen observó a John como si las palabras que él decía fueran tan diferentes y más importantes que las de su “estimado” psiquiatra. Se mordió el labio inferior. ¿De verdad se equivocó tanto?

Un celular comenzó a sonar, John hizo un gesto y sonrió con expresión calmada al revisar el mensaje.

—Bueno, yo tengo una cirugía —estrechó su mano con Alex.

—Gracias por venir —le susurró.

John se acercó a la castaña, despidiéndose con un beso de mejilla. Incluso eso pareció tranquilizarla más.

—Vamos cariño, la próxima que te vea quiero saber que te va mejor —le guiñó un ojo.

Sayen no lo perdió de vista hasta que salió de la habitación, sin embargo, pronto aquel silencio se volvió fastidioso para Alexander, quien sin importarle la atmósfera tan calmada que se había formado, la interrumpió al sentarse frente a ella.

Incómoda, desvió su mirada.

—¿Y bien? ¿me lo pedirás?

—¿Pedirte qué? —lo miró confundida. Algo en la mirada de él no le convencía.

O quizás era su maldita sonrisa socarrona.

—Tú bien sabes que si me lo pides con buenas palabras, lo haré.

—Espera, ¿acaso quieres que te pida ayuda? ¿No te pagamos para eso? —cuestionó sorprendida—. ¿Te sentirás superior por pedírtelo?

—Claro que no —mintió, le encantaba tener la razón—. Pero sabes que necesitas mi ayuda.

Sus miradas conectaron por unos segundos. Sabía que lo necesitaba, que Natalie no podía estar cuidándola todo el día porque estaba en otro plano de su vida y debía aceptarlo. No podía estar siempre cargándole sus problemas, así como también aceptar firmemente que debía mejorar, se lo había prometido a su amiga y a sí misma. Se había dicho que no habría más debilidades, que Daemon solo volvería si la veía fuerte.

De todas formas, no le daría el placer de regocijarse al pedirle “ayuda”. No se lo diría, no al menos de la forma que él quisiera.

—Creo que puedo aceptar tus consejos.

Alex sonrió divertido. Sacarle las palabras a Sayen no sería tan sencillo ni aunque se estuviera muriendo. Al menos por ahora aceptaba la validez de sus palabras.

—Por ahora —dijo él.

Y antes de empezar una nueva discusión, Natalie llegó asaltándola con drama, llanto y rogándole que no volviera a hacerlo. Y diez minutos después le metía a la fuerza comida que se había levantado temprano a preparar.

Poco después de las una de la tarde, Alexander volvió a su apartamento. Desdeñó por completo la cocina y pasó de largo a su habitación. Pese al hambre, el sueño era mayor. Ya hacía mucho que había dejado de ser un adolescente, y prueba de eso era no poder completar dos días sin descansar. En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, cayó rendido.

El tiempo fue lento, reparador. Eran las cinco de la tarde cuando su celular volvía a sonar. Se desentendió la primera vez, sin embargo, una segunda significaba que podría ser importante. No reconocía el número en la pantalla, por lo que si era respecto a Sayen, dudaba que fuera la rubia.

Fatigado, se dio vuelta en su amplia cama.

—¿Diga?

Su bostezo produjo un silencio del otro lado de la línea. La voz dudosa de la castaña fue reconocida al instante por él, quien enseguida se sentó en la cama. Le extrañaba que ella fuera quien llamaba.

—¿Sayen? ¿Ocurrió algo?

—¿Estás ocupado? —su voz era demasiado baja para su gusto, esperaba haber oído bien.

—No, solo dormía un poco —admitió—. ¿Necesitas algo?

Esa pregunta fue esperada, mas no con ese tono tan sutil. Había esperado que dijera alguna tontería con su hosca manera de hacer y así poder distraer su mente. Seguro seguía medio dormido. Amabilidad no era un tono parte de él.

Sayen miró hacia atrás, la puerta continuaba cerrada, sin embargo, podía escuchar las voces del otro lado. ¿Por qué fueron? ¿Por qué ahora después de tanto tiempo? Agarró las mantas con fuerza como si solo con eso se pudiera proteger.

—¿Sayen? —reiteró, pensándose olvidado.

La escuchó titubear.

—¿Puedes venir? Por favor.

¿Necesitaba que fuera? Su falta de explicación le hizo cuestionarse si jugaba con él. Aquellos modales suaves lo dejaron pensando.

—¿Es urgente?

—Sí, lo es.

En cuanto llegó al hospital, creyó que se encontraría otra escenita como la ocurrida en la mañana, Sayen haciendo un berrinche o algo por el estilo. A medida se acercaba a la habitación, aquel pensamiento fue cambiando. Ni gritos, ni cosas volando, solo a la rubia afuera hablando con dos personas.

Parecía enfrascada en una conversación con una pareja a la que podía deducir tenían alrededor de cincuenta o un poco más. Esta agitaba sus manos como si explicara algo demasiado complicado y luego se las pasaba por su rostro afligido.

¿Qué había ocurrido?

Se acercó los pasos faltantes hasta ellos. Se habría desviado hacia la puerta, fingiendo no

haberlos visto, lo cual fue imposible, estos estaban junto a la habitación y Natalie lo vio como si cayera del cielo a salvarla.

—Doctor Wömpner, ¿qué lo trae por aquí? ¿Por qué no entra?

—¿Ocurre algo? Sayen me llamó diciendo que era urgente.

La forzada sonrisa de Natalie se quebró al instante, ¿por qué había tenido que decir eso?

—¿Por qué Sayen nos hace esto? —dijo compungida la mujer, llevándose sus manos al rostro y refugiándose entre los brazos del hombre que la acompañaba.

—Soy el padre de Sayen. Apenas nos enteramos de lo que ocurrió. Vinimos a verla, pero...

Confundido, Alex miró a Natalie.

—¿Por qué no han pasado?

—Porque Sayen lo tiene prohibido, lo siento —respondió la rubia—. Por favor señores Sáez, no hagan esto más difícil para Sayen. Cuando ella desee verlos o hablar con ustedes, lo hará.

—Pero... es nuestra hija, ella tiene que escucharnos, necesitamos hablar de algo, ella...

Natalie suspiró. No se había imaginado estar en esa situación. Incluso había creído que se mantendrían en la distancia, otra vez.

—Sayen es una mujer adulta, ya hablaré con ella, pero entiéndanme, ahora está delicada y muy sensible, necesita descansar para recuperar fuerzas. Si ustedes entran ella va a alterarse y eso es lo que menos necesitamos, créanme.

Alex los observó. Lucían honestos y de verdad parecían querer verla, probablemente sí tenían algo importante que hablar con Sayen. Ese hombre, que quizás en su momento debió verse imponente con su altura y complexión, no parecía más que un hombre débil, protegiendo a alguien aún más débil, su mujer, que quizás era más joven de lo que aparentaba ser. Ambos mostraban una profunda tristeza, pero no sabía qué más decir, no podía ir en contra de las palabras de la castaña, aunque pensara que era absurdo. Después de todo, no habían hablado de sus padres hasta el momento.

Natalie le hizo un gesto para que entrara a la habitación, por lo que, sin otra opción, se despidió del matrimonio y cruzó la puerta, cerrándola tras él por indicaciones de la rubia.

En el silencio que abundaba en la habitación se encontró a Sayen sentada en el borde de la cama, mirando en dirección a la ventana, tan calmada que ni siquiera podía oír su respiración. Con los auriculares puestos, su mirada estaba perdida en el horizonte, quizás soñando despierta.

La bata se le abría en la espalda, mostrando su piel desnuda y la braga rosa que llevaba debajo. Podía ver por las orillas un moretón algo verdoso asomarse y que seguro era mucho más grande bajo la tela. Quizás de aquella vez que la atropelló.

Se acercó lo suficiente para quitarle el auricular y tomar su atención.

—Llegaste —susurró bajito.

Alex miró hacia la puerta con duda, aunque suponía que ella debía saber quiénes estaban del otro lado.

—¿Por qué...?

—¿Por qué no quiero verlos? —desvió sus ojos de él otra vez hacia la ventana, parecía con menos energía que en la mañana—. Porque alguna vez fueron ellos quienes no me quisieron ver.

Recordó que, en una de las citas, cuando le mencionó acerca de sus padres, ella solo respondió que estaban bien. Seguro lo había supuesto, pues esa pareja allí afuera estaba de todo, menos bien.

—Parecen muy preocupados.

Ella soltó una mueca como si le diera risa. No podía creerlo, años sin verlos, sin llamadas, ¿y ahora se preocupaban?

—De verdad no le tomes importancia.

—¿Entonces por qué me dijiste que era urgente? No creo que no debemos tomarle importancia, es obvio que importa.

—¿Podrías hablar más bajo? —le imploró con la mirada, pero él ya se había obcecado con el tema.

—No me parece. Soy tu psiquiatra y veo que esto realmente te afecta, ellos te afectan.

Sayen se volteó bruscamente a él.

—¡Claro que me afectan! Claro que lo hacen...—volvió a susurrar, no, no susurraba, solo no tenía fuerza en la voz. Alex se percató de su mirada entristecida—. No puedo hablar de esto...

—En algún momento tendrás que hacerlo. Mira cómo te tiene.

Afligida, pasó una mano por su ojo derecho para fregarlo. Se estaba agitando y una presión en el corazón le incomodaba. Al darse cuenta, Alex la ayudó a recostarse en la cama. Continuaba débil.

—¿Podrías respetar el hecho de que no estoy preparada para hablarlo ahora?

—Sé que te duele... Está bien, lo hablaremos otro día.

Bien sabía que ella era quien tenía que acercarse primero para hablarlo. De seguro lo llamó creyendo que podría lidiar con ese sentimiento, pero no. Al menos se había dado cuenta de que Sayen realmente se iba a apoyar en él.

Sayen lo miró de reojo, parecía ido.

—Alexander...

Era la primera vez que ella lo llamaba por su nombre y no de una forma ofensiva como idiota, desgraciado, imbécil o lo que fuera que saliera de su boca. Sorprendido, tardó un instante en responder, el gesto de sus cejas lo delató.

—Lo siento, dime —Pareció ver que se ruborizaba un poco.

—Gracias por venir.



# Capítulo

## 9

Cuatro días después, Sayen obtuvo el alta junto al trato con Alex donde había dicho que comenzaría a cuidarse mejor, o que al menos sería más prudente. Natalie había ido a visitarla tres días de los cuatro junto con Javier y su esposo Misael, pero en ningún momento vio a Alexander allí. Incluso John, el jefe de cardiología, había ido a visitarla.

Eso le molestaba.

Natalie se había empeñado con que vistiera algo diferente a lo usual o se la llevaría desnuda de regreso, por lo que a riesgo de que la rubia cumpliera su palabra, aceptó la ropa que le llevó. Reconocía el vestido de mangas largas negro de invierno con flores amarillas, le encantaba, aunque no se había atrevido a usarla por miedo de romperlo. Al ponérselo pensó que la vida útil de la prenda había llegado a su fin, pero para su sorpresa, este le había quedado muy bien, al igual que la ropa interior. Le extrañaba porque sabía que aún le faltaban algunos kilos por bajar.

Usó medias negras y botas cafés hasta la rodilla. Natalie la miraba con una sonrisa satisfecha desde la camilla, como si viera a su hija modelar ropa nueva.

—Te ves tan linda —le pidió que se acercara, necesitaba hacer algo con ese cabello. Sayen se sentó delante, sometiéndose a la tortura del cepillado.

—¿Iremos directo a casa?

—Em... Primero debes hacer algunas compras para tu cocina, casi no tenías comida —comentó nerviosa. No quería decirle que no iría con ella—. ¿Te parece que te haga una trenza?

—¿Crees que tengo doce años? —Natalie la ignoró y comenzó a hacerle una trenza espiga desde sobre la frente para ocupar todo ese largo de cabello.

Sayen por su parte, miraba su celular con impaciencia. En ninguno de esos días tuvo llamadas o mensajes de Alex, ¿no se suponía que debía apoyarla? Aunque tal vez... Claro, no era obligación de él estar ahí como un niño.

La puerta se abrió de pronto llamando su atención. Vio sorprendida a Alexander entrar demasiado tranquilo. Vestido con un traje formal color marengo, camisa celeste, corbata azul y un chaquetón azul marino. Seguro saliendo recién de su trabajo.

Por un instante, algo tan parecido al agrado se resintió en su corazón al verlo allí, lo cual no duró mucho al recordar que ningún día pasó a visitarla, terminando por molestarse.

—Ah, eres tú —gruñó.

Natalie la miró extrañada debido a ese cambio de humor y luego al azabache, quien se detuvo a pasos de la camilla, mirando a Sayen con cara de pocos amigos.

—Buenas tardes para ti también —bufó, luego dirigiéndose a Natalie—. Pensé haber dicho algo sobre los colores oscuros.

—Pensé que se sentiría más cómoda con algo que le gustara, además tiene flores —respondió nerviosa.

—¿Enserio te vas a meter con mi ropa? Mira esto, parezco una niña —le señaló su cabeza. Alex observó su rostro despejado. Así lucía mejor, podía ver con claridad sus facciones y sus

ojos almendrados.

—Tenemos un acuerdo, debes obedecerme —se encogió de hombros—. Yo solo lo hago pensando en lo mejor.

—Sí claro, ni vienes —murmuró entre dientes, creyendo que solo ella se había oído, pero se equivocó. Alex clavó sus ojos en ella, prefiriendo quedarse callado.

Una vez Natalie terminó de amarrar la trenza, le acercó el abrigo negro a la castaña y el bolso de esta a Alex, quien miró discretamente a la rubia y viceversa, mirada que no pasó desapercibida para Sayen, preguntándose si estos se traían algo entre manos.

Se bajó de la camilla para terminar de abrigarse. Alex solo tuvo que aceptar para sus adentros que lucía bastante bien con esas ropas.

—Bueno, ¿nos vamos? —le dijo a Natalie, quien no pudo ocultar una sonrisa nerviosa.

—La verdad es que... yo debo irme, tengo una junta en la agencia.

—Oh.

¿Entonces qué iba a hacer sola? Apenas estaba por salir del hospital y un sentimiento de abandono la embargaba.

—Pero descuida, el señor Wömpner te acompañará. Ya sabe que tienes que hacer unas compras antes y luego te dejará en casa.

—¿Me estás hablando en serio? —cuestionó impresionada, casi en tono hosco, ¿por qué tanta maldad?

Alex se cruzó de brazos.

—Tampoco me hace tanta gracia. Enróllate la bufanda y vamos.

En cuanto Natalie se separó de su camino, ellos continuaron por el ascensor hasta el estacionamiento subterráneo. No habían cruzado miradas y mucho menos palabras desde que salieron de la habitación, como si estuviesen peleados por algo.

Se encaminaron hasta un auto negro que reconoció muy bien, solo que esta vez estaba en impecable y perfecto estado. Se detuvo a pasos y miró a Alex con fastidio.

—No es necesario que me acompañes. No estoy inválida y puedo hacer perfectamente mis compras sola.

Él solo tiró el bolso de Sayen en la parte trasera.

—Lo dudo. Sube.

—¿En serio? —frunció el cejo—. ¿Es que te quedaste sin cosas para hacer que vienes a molestarme?

—Solo creo que después de tanto incidente en tan poco tiempo prefiero cumplir con que llegues bien y comas algo decente —notó cómo arrugaba el cejo—. Envejecerás pronto si sigues haciendo eso.

Enseguida intentó relajar sus facciones con ayuda de sus manos. ¿Por qué le gustaba fastidiarla tanto? Lo miró de arriba abajo, jocosa.

—¿Te preocupa que te alcance? ¿qué edad tienes? ¿cincuenta?

Sin evitarlo, Alex cerró de golpe la puerta de donde había guardado el bolso. ¿Pensaba que

decir eso lo haría enojarse y dejarla sola? Él no jugaba sin perder, no estaba para niñerías, aunque debía admitir que jugar con su edad era algo que le tocaba las pelotas.

Sabía que sus rasgos duros, producto de un agotado desarrollo, no lo dejaban verse de su edad, pero ¿cincuenta? Caminó a la puerta de copiloto y le señaló que entrara o la metería a la fuerza.

—El número no importa, sino cuán sabio eres.

—Uy, seguro que tú eres Dalai Lama, ¿no? —se burló, sin acercarse.

—Sayen, solo deja de comportarte como una niña y entra de una vez.

—Deja de decirme niña, varias veces me lo has dicho.

—Entonces deja de comportarte como una.

—¿Entonces tú déjame tranquila! —se cruzó de brazos.

Cansado, cerró la puerta del copiloto que con gentileza había abierto pero que ella había estropeado. Se dio la vuelta y se subió sin mediar palabras, tan solo bajó la ventanilla para decirle algo.

—Lástima, ¿con qué entrarás a tu apartamento? —le señaló el bolso que estaba atrás, haciéndola reaccionar, y antes de que intentara subir, él encendió el auto.

—¡Alex! —gritó, dando unos pasos hacia él, pero ya se había alejado unos metros cuando se detuvo. Suspiró molesta y caminó hasta él, pero otra vez antes de poder abrir y sacar el bolso, él se corrió otros cuantos metros, dejándola atrás—. ¡De acuerdo, iré contigo!

Ver a Alex sonriendo con sus perfectos dientes blancos como un ganador cuando se montó al auto, le tocó los ovarios. ¿No podía ser más infantil?

A cada cosa que él agregaba a su carro de compras, alegando el alto contenido nutricional, ella los devolvía al anaquel. Cuando doblaron por el pasillo de cereales, ella no tardó nada en meter un par de cajas de hojuelas integrales.

Alex suspiró.

—Eso no es suficiente desayuno. Deja de creer en la magia.

—Me importa tan poco lo que me digas. Me gusta este cereal, además tiene almendras.

—Bueno, ya veremos qué me dices cuando te tenga que recoger desmayada del suelo otra vez.

No le contradijo porque no podía. Hizo una seña con el dedo para que la siguiera hasta el pasillo de higiene personal, sección que más allá de los orillados desodorantes y papel higiénico, Alex odiaba.

Por alguna razón, ver toallas higiénicas, tampones y todo lo que se incluyera en “esos días” lo ponía nervioso.

De pronto, un fuerte olor a vainilla le invadió la nariz de golpe. Sayen había apretado un envase de champú casi sobre su rostro.

—¿Y? ¿Qué tal?

—¿Quién usa algo tan asqueroso como eso? —frunció aún más el gesto con cierta molestia por haber recibido de lleno el aroma.

—Yo, es el favorito de Daemon. Creí que estaba agotado.

Qué increíble la forma que ella tenía para hacer que le doliera la cabeza tan pronto. Estaba

seguro que no llevaban ni dos horas cerca y ya la migraña lo estaba matando.

—Dame eso, ya no usarás más esa porquería —se la arrebató de las manos y lo tiró por cualquier anaquel. Sin pensarlo tomó el primer envase que llegó a sus manos—. Usa este, o cualquier otro. Tienes prohibido el de vainilla.

—¿Rosas? ¿Por qué?

—Solo hazme caso, te estoy haciendo un favor.

Sayen desvió su rostro, taimada. ¿Quién se creía él? Pensó distraída, dándose la vuelta para buscar el acondicionador a juego hasta que vio a un par de metros de distancia aquel conocido rostro. Sus pupilas se ampliaron y la respiración se le cortó, sintiendo otra vez como el pecho se le apretaba al punto de llevar una mano, como si su corazón se fuera a arrancar en cualquier momento. De todos los lugares de la ciudad, después de tanto tiempo, tenía que encontrárselo allí. Sintió sus ojos aguarse cuando vio otra vez a esa mujer, quien cariñosamente se acercaba al rubio y le robaba un beso.

¿Eran ellos tan felices?

Su cuerpo estaba estático, aunque por dentro moría por ir hasta él, hablarle y obligarlo a que la reconociera, demostrarle cuánto mejoró desde ese día en que la ignoró. Decirle que lo extrañaba, que lo necesitaba y todas esas cosas que perduraron guardadas durante tantos meses.

Alex notó la ansiedad acrecentarse en su rostro. Guio la mirada a donde ella observaba, pudiendo percatarse, sin tener que ser un genio, quién tenía toda su atención. Un hombre alto, rubio, bien vestido y con una chica colgándole del brazo. No podía ser otro más que el famoso Daemon.

—Debemos irnos —dijo, sin darse cuenta que ella ya no estaba a su lado. Al mirar a su alrededor, la halló más cerca de ellos que de él.

Temiendo que hiciera una tontería, la agarró del brazo para devolverla a donde dejó el carro. Por suerte ella no hizo nada por impedirlo. La alejó otro par de pasillos más, pues no podía dejar que hiciera el ridículo, provocando que su baja autoestima decayera más.

Menos por ese tipo.

Al detenerse, la tomó de los hombros buscando que reaccionara, pero ella ya lo hacía. Lloraba, por fin. Derramaba lágrimas en silencio, sin ocultar el dolor en su expresión.

—¿Por qué hiciste eso, Sayen? ¿por qué?

Ella apenas pudo verlo sin que sus labios temblaran producto del llanto. Desesperándose al notar que algunas personas los estaban viendo y lo señalaban como el culpable, sacó un rollo de papel higiénico del carro para limpiarle las lágrimas de su rostro empapado. ¿Se habría tomado la dosis correcta en la noche o le estaría mintiendo? Lloraba con mucha facilidad.

De repente ella lo detuvo tomando sus manos. Sus ojos estaban tan fijos en los suyos que no pudo decir nada. No era justo tener que sufrir por la culpa de alguien más, menos cuando era evidente que poco le importaba a esa otra persona.

—¿Cómo... te sientes?

Era difícil pensar en algo consolable, ya que nunca lo había hecho. Aquellos grises ojos cristalinos se cerraron un segundo.

—El agujero de mi corazón... crece... y duele, duele tanto.

Sayen agarró un poco de papel higiénico del carro para limpiarse el rostro. Sus ojos se habían hinchado por el llanto y aquello la avergonzaba. En silencio, Alex esperó a que estuviese más tranquila.

—Lo siento —susurró de pronto ella, limpiándose la nariz.

—¿Pensabas ir a hablar con él?

—Ya ni recuerdo qué iba a hacer —había sido como estar poseída un momento, como si Daemon tuviera un campo magnético del cual no podía escapar.

Ahora necesitaba verlo, tenerlo cerca y sentirlo. Que esa chica rubia y alta que estaba con él desapareciera. Que ya no lo besara más. Que Daemon no le correspondiera sus sentimientos.

—Quiero... quiero verlo otra vez —susurró.

A pesar de todo, Alex no dejaba de sorprenderse.

—¿Quieres saludar a ese hombre? —ella asintió—. Al hombre que te abandonó después de seis años de noviazgo. Que te dejó así, como si no valieras nada.

Escucharlo decir aquello comprimía su corazón.

—No me digas eso.... No quiero escucharlo, por favor.

—Por favor tú, Sayen, reacciona de una vez y hazme caso. Si retrocedes solo vas a sufrir, ¿por qué no lo quieres entender? —estaba inquieto. Ella recién salía del hospital, no podía pasar por cosas así. Jamás.

—Quizás Daemon no me vio.

—Estoy seguro de que sí lo hizo —gruñó.

Solo cuando pudo calmarla y hacerla entender que no debía ir tras ese hombre, lograron terminar de hacer las compras e irse al apartamento de ella, quien confundida se preguntó si en algún momento le había dicho donde vivía, ya que Alex no necesitó preguntar por dónde ir. Quizás en algún momento la vio pasar por allí, después de todo era bastante cerca del centro comercial y su consulta.

Subieron las compras al apartamento. Apenas entraron, ella notó todo diferente. Si bien los cambios no venían de la orientación de los muebles, sí podía darse cuenta a leguas lo prolijo que estaba todo. Incluso las cortinas parecían recién lavadas.

Alex resintió su mirada cargada de sospecha y cómo rápidamente corrió a su habitación. En menos de cinco segundos la escuchó gritar y maldecir todo hasta volver disparada a la cocina para encararlo.

—Tú y Natalie se robaron mis cosas, ¿verdad?

Suspiró. Había supuesto que sería así, por eso la rubia había inventado que tenía mucho trabajo.

—Solo hicimos lo que es mejor para ti.

¿Lo mejor para ella? ¿llevándose sus tesoros? ¡Era imperdonable!

—¡No tenían que robarse mis recuerdos!

—No nos robamos nada, solo botamos a la basura cosas que ya no te sirven. Esas cosas no te iban a dejar continuar con tu vida. ¿Acaso piensas que te trataré si cada vez que despiertas veías

la cara de ese idiota?

—¡Daemon no es un idiota! —gritó enfadada—. ¿Quién dice que no me sirven? ¿Quién les dio permiso para tocar mis cosas?

—¿Cuándo vas a entender que necesitas iniciar una vida que sea tuya? No una a base del recuerdo de alguien más —explicó, intentando ser lo más tranquilo posible—. Tenías demasiados recuerdos que no te permitían avanzar. Normalmente no hago estas cosas, pero... —pero, ¿qué? Carraspeó—. Si cooperas, todo será más llevadero. No solo para ti, sino para mí y seguro que para tu amiga también.

Hacerle recordar que Natalie se había estado esforzando mucho por ella era como pegarle una puñalada por la espalda. Sabía cuánto quería que mejorara, los dolores de cabeza que le provocó y esos momentos en los que seguro sintió que el corazón se le salía por sus tonterías.

Pero ¿era necesario quitarle sus recuerdos?

—Si mejoro... ¿me devolverás todo?

Alex la miró directo, casi traspasándola con la mirada.

—Cuando mejores ya no las querrás devuelta.

El rostro de Sayen sonrojó por la ira. Estaba harta de que se metieran en sus cosas y decidieran todo por ella. Intentar ayudarla en llevar una vida más equilibrada era algo, pero muy distinto era que se metieran a su apartamento y se llevaran todo lo que atesoraba.

Apretó sus puños con fuerza.

—¡Yo jamás dejaré de amar a Daemon!

Y corrió a encerrarse a su habitación.

La oscuridad ya invadía su habitación cuando volvió a abrir los ojos. No recordaba qué había soñado, aunque sí apreció esas horas reponedoras en las que nadie la molestó. Ya marcando las nueve de la noche se preguntó si estaba sola. ¿Alex ya se habría marchado?

Se sentó entre las penumbras de su habitación sin quitarse la manta de los hombros. El frío por la falta de calefacción le hizo pensar todavía más que Alex ya no estaba. Se levantó para mover el reloj del termostato, notando que sí estaba puesto. Era ella quien tenía baja la presión.

¿Qué había soñado? Seguro nada reconfortante, tenía un deje de soledad, miedo, dolor. Entonces recordó un par de ojos azules. ¿Aquellos eran los ojos de Daemon? Quizás. Solo él era el dueño de ese vacío que cargaba cuando incluso creía no tenerlo en mente.

De pronto, un fuerte ruido proveniente de la cocina la asustó. Esperó expectante a que sonara de nuevo o algo que delatara que había alguien más en su apartamento. A paso silencioso se acercó a la puerta de su habitación con el pulso a mil. Temía hacer el más mínimo ruido que alertara que estaba despierta.

Apenas pisando con las puntas de los pies, caminó orillada por el pasillo, donde vio tanto la luz de la sala como el de la cocina encendidas. Al acercarse, se encontró con Alex, a quien vio con curiosidad cómo sacaba un envase negro humeante del microondas, del cual terminó acomodando su contenido en un plato. En el mesón ya había otro plato con comida junto con los cubiertos y dos vasos de agua.

—Pensé que tendría que ir a buscarte —dijo de pronto, exaltándola. ¿Cómo adivinó que estaba ahí sin siquiera voltearse?

—Yo... no pensé que estuvieses aquí hasta ahora —se acercó, mirando todo confundida—. ¿Eso es comida congelada?

—Lo era, ahora está caliente. Pruébala.

Alex le hizo una seña para que se sentara en el banquillo de en frente. Sin rechistar ella hizo caso, después de todo tenía demasiada hambre, sin embargo, al probar la comida, prefirió quedarse con el agua. Actitud que desagradó por completo al azabache.

—Le he comentado a tu amiga lo ocurrido hoy —Sayen no lo miró, quizás ya se habría imaginado que lo haría—. Dijo que vendrá más tarde, que estaba en el trabajo.

—Siempre está en el trabajo —susurró desanimada, casi sonando como Javier—. La comida congelada no sabe como la de casa.

—Perdone usted, su majestad, por no prepararle un fino banquete. ¿Alguna vez te oyes?

Enseguida soltó el tenedor al escucharlo. El hambre se esfumó en el primer bocado. ¿No podía ese hombre dejar su mal carácter para cualquier otro momento?

—Come, debes hacerlo.

—No tengo hambre, gracias.

—Tenemos un trato, debes comer si no quieres enfermarte.

—Dije que ya no tengo hambre.

Prefirió ignorarla para poder comer algo, al menos él sí quería llenar su estómago antes de tener que pasar por otro enojo.

—Deja de fastidiar y come —ordenó.

Pero ella solo rodó los ojos a otro lado y se levantó, acercándose al hervidor. Necesitaba algo caliente, como un té de hierbas.

Alex soltó el tenedor y se giró a ella, sin levantarse del banquillo. La observó de corrido, notando que llevaba la misma ropa con la que había salido del hospital, su cabello estaba revuelto y su expresión era la de una persona que tenía el mundo encima.

Ella, con una vida que parecía tan resuelta, se quejaba por lo que él consideraba nada. Evidentemente tenía dinero, un apartamento, todas las comodidades que podría requerir. O al menos así creía él.

—¿Enserio? ¿Crees que beber té será suficiente?

—Es solo que no tengo hambre, ¿bien? —se volteó molesta—. Eres tú, tu actitud y la forma de pedir las cosas. Ver tu cara de ogro mientras intento comer es un fastidio.

—¿Tú crees que me lo voy a creer? —su sonrisa burlesca irritó cada vez más a Sayen—. Sé que es por tu tonta idea de adelgazar. ¿Crees que a los hombres nos gusta morder huesos?

Sayen sonrojó, permitiendo sin querer que una pequeña mueca se le formara en el rostro, parecida a una sonrisa tímida.

—¿Qué vulgar! Sé que no, pero así como estoy...

—No sigas, ya sé lo que dirás: “Así Daemon no me va a mirar” —imitó su voz, con unos cuantos tonos más finos y gestos torcidos por la burla.

Y tenía razón.

—No necesitabas hacer eso, tonto.

—Para que veas que no digo mentiras.

Para no hacerse más mala sangre, prefirió ignorarlo y tomar el aire suficiente para remover esa presión que quería acentuarse en su pecho. Era un total fastidio sentirlo cuando ya había llorado por horas antes de dormirse y ya lágrimas parecían no quedarle. Sus ojos estaban tan hinchados que dolían. Pero eso era algo que el frío Alexander jamás comprendería, supuso.

Rodeó el mesón, volviendo a sentarse frente a él con su taza de té en manos, aunque sin la intención de volver a probar bocado a eso que jamás podría llamarse comida. Por su parte, Alex siguió tranquilo y, de vez en cuando entre bocados, echaba una mirada a su celular, quizás leyendo alguna noticia.

¿De verdad no tenía nada más que hacer? Pensó Sayen, observando sus manos. No tenían argollas ni marcas de haber tenido una en el pasado. Fingiendo desinterés, bebió un poco de té.

—¿A tu esposa no le molesta que estés en la casa de una paciente?

Alex la miró, analizando el trasfondo de esa pregunta. Incluso sus ojos parecieron achicarse suspicaces.

—Por fortuna no tengo tal cosa.

—¿Cosa? —repitió estupefacta—. Una esposa no es una cosa, pero vale, estamos hablando de ti, así que no me extraña. Suerte que no seas casado, sino la pobre ya estaría loca de remate.

—Y supongo que tú me puedes decir todo lo bueno de estar casado, ¿no es así?

—Nunca he estado casada, pero sí enamorada. Tal vez no necesites estar casado. Solo me imaginé que alguien de tu edad debía estarlo.

¿Por qué era tan insistente con su edad? ¿Habría notado que el tema lo sonsacaba? Ella lo miró de reojo, como si esperara una respuesta. Sí, definitivamente se había dado cuenta.

—A ver, ¿qué edad piensas que tengo?

—Ya dijiste que no son cincuenta —no necesitaba repetirlo, estaba segura de que él lo recordaba—. ¿Cuarenta y cinco?

Juego o malicia, Alex terminó soltando su tenedor para apoyar el codo en el mesón. Su expresión se tornó agría y algunas arrugas le surcaron la frente.

—Nada más lejos de la verdad.

—¿Enserio? ¿era más?

—¡Claro que no! —respondió cabreado—. Tengo treinta y dos años, los cumplí en febrero.

Entonces no estaban tan distanciados en números. Seguro su mal carácter y esa continua expresión de estar estreñido le incrementaban los rasgos maduros.

—¿Y por qué crees que es tan malo casarse?

—¿No crees que lo que estás viviendo nos sirve de prueba? —dijo, sin inmutarse por lo que ella sintiera. Lo importante era que se había mordido la lengua—. Amar... es dar el consentimiento para que te hagan daño. Prefiero vivir tranquilo, sin tener que pasar por el día que quieran romperme el corazón. No soy tan débil para aceptarlo.

“Dar el consentimiento para que te hagan daño” daba vueltas por la cabeza de Sayen como un



acertijo o algo parecido. No sabía si admitir lo cierto de sus palabras, sin embargo, anticiparse a decir que el sufrimiento solo era por equivocaciones que se cometían, era algo que tampoco funcionaba. El dolor que sentía ella no era un juego, quemaba más que poner las manos sobre fuego.

Debía encontrar las palabras adecuadas para defender sus creencias contra lo que decía ese hombre

—No es... no es como tú dices.

—¿Enserio? —cuestionó irónico—. ¿Te has visto en un espejo? —sin notarlo, su voz comenzó a cargarse de resentimiento. Todos sus músculos se tensaban al pensar en ese tema que tanto odiaba—. Prefiero tener paz y soledad, al menos así vivo tranquilo.

—Eso lo dices porque no te has enamorado —dijo firme ella.

—No quiero pasar por cosas innecesarias. No quiero regalarle mi valioso tiempo a una persona que seguramente no lo valorará y se irá con cualquier otro que le de distintas posibilidades más interesantes.

Verlo responder como si lo atacaran, con ese tono rencoroso, le hizo cuestionarse si alguna vez Alexander amó demasiado y terminó siendo herido. Pero ¿era válido hablar así sabiendo cuánto le afectaba a ella? Él lo consideraba tonto, como si en realidad jugara y pronto se le fuera a quitar ese dolor. Solo que no era así. Alex mostraba una fortaleza... No. Una dureza. Un escudo de apariencia impenetrable que buscaba ocultar sus emociones, como si algo dentro de él temiera salir a la luz. Como si algo en realidad lo matara en su interior.

Alex fue suavizando su expresión hasta obligarse a relajar su rostro. En cambio, Sayen lucía abstraída en sus emociones, haciéndolo creer que estaba pensando en su ex novio. ¿Habría dicho algo que no debía? Odiaba soltar tan fácil las palabras con ella. Era difícil mantenerse al margen como un profesional cuando se trataba de Sayen y terminaban discutiendo por temas así. Ella lo hacía perder la compostura.

La vio abrir su boca, pretendiendo decir algo, quizás refutar sus palabras, sin embargo, prefirió quedarse callada. Seguro pensaba en el pasado y lo lejos que estaba de ese tal Daemon, quien seguía avanzando, y con otra mujer a su lado.

¿Por qué dedicar a destruirse? ¿Por qué dedicarse a una persona de esa manera? Luego se cansaban, encontraban a alguien más y te abandonaban. Incluso a veces no se despedían. Olvidaban que se llevaban una parte importante de ti, dejando solo nudos en el corazón. Y esa parte que se iba jamás volvía, porque debías adaptarte, empezar de nuevo y formar algo con los pedazos que sobraron. O al menos así era propuesto por cada paciente que pasó por situaciones parecidas. Él jamás permitiría que alguien se metiera en su vida lo suficiente para que cuando se fuera, lo dejara herido.

No otra vez.

El ruido de los cubiertos al caer en el plato lo alertaron. Al parecer había pasado mucho tiempo con la mirada puesta en ella y la había hecho sentir incómoda. Su rostro sonrojado la delataba.

—¿Tengo algo en la cara? —él negó—. ¿Entonces por qué no dejas de mirarme?

—Es solo que... hay cosas que nunca entenderé.

—Solo dímelo, ya me tienes preocupada.

Lo pensó un poco, no demasiado. Siempre fue malo para elegir las palabras con pinzas.

—¿Por qué ese afán de deshacerse por una persona? ¿Qué tiene de bueno si sabes que te harán daño? Sobran personas en el mundo, no tiene sentido para mí.

—Ya sé que no soy tu primer caso...—susurró.

—Eso que tú sientes no es...

—No lo digas, claro que lo es —lo interrumpió, levantándose de golpe del banquillo. No quería escucharlo otra vez—. Lo es, es amor, yo lo sé. Daemon me hacía sentir la más bonita siempre, la más amada, la más... valiosa.

¿Cómo contradecirla sin ser hiriente?

—Entonces ¿por qué Daemon te ha hecho sufrir tanto? —notó cómo sus ojos volvían a brillar por el dolor—. Sayen, dudo que valga la pena seguir sintiendo eso cuando él ya no siente lo mismo.

—Es porque lo amo...

Su voz fue tan débil que no logró convencer a Alex, dejando que soltara un bufido, pero esta vez no percibió burla.

—Sentirse así, sabiendo que uno de los dos terminará cansado y el otro lastimado... no vale la pena. ¿Sabes cuán frecuente es esto? No eres la primera en vivirlo y tampoco te quedarás sin superarlo. Pasará cuando menos te des cuenta y ya conocerás a alguien más.

Sayen sintió su rostro hervir y un quejido se le escapó de los labios. A pesar de que su mirada se nubló de nuevo, no cayeron lágrimas. Tan solo lo miró con el mayor odio que podía sentir crecer en su pecho y se encaminó fuera de la cocina, solo que esta vez Alex no permitiría que volviera a hacer el mismo berrinche y se encerrara en su cuarto como si eso fuera una solución a cualquier problema. Debía hacerla enfrentar las situaciones.

La agarró del brazo para detenerla. Sin medir su fuerza, la hizo reaccionar atrayéndola a él. Sayen reaccionó, batiendo su brazo para soltarse y se giró hacia él, señalándole el pecho con su dedo índice.

—Tú no eres más que un cobarde. ¿Te crees superior por no haberte enamorado todavía? ¿Por no haber pasado por lo mismo? Eso es porque vas por la vida temiendo a que ocurra. Tienes miedo de cruzar la línea con alguien y tienes la suficiente inseguridad para pensar que fracasarás. Al menos yo puedo arrepentirme, llorar y sufrir, incluso anhelarlo y buscarlo mil veces, pero yo sé los buenos recuerdos que tengo, lo que disfruté y... fui feliz —terminó susurrando entre tanta agitación que le dolió que su corazón se le acelerara, mas no lo suficiente para terminar desmayada—. Tú no sabrás lo que es eso porque solo vives del miedo. Cobarde.

Además de su edad, algo que realmente no tomaba para nada bien eran las críticas, y que más encima ella lo descubriera así, llamándolo cobarde, cruzaba lo permitido. Todo el rencor por su auto que había contenido por lástima se borró para recordarle que esa mujercita de metro sesenta tenía una lengua demasiado ácida.

—No es así. Solo soy lo suficientemente inteligente para decidir a quién admito en mi vida y a quién no. No tiene nada que ver con el miedo. Es que prefiero quedarme solo.

¿De verdad decía todo eso en serio? Pensó ella con una mueca burlesca que a él le dieron ganas de borrar.

—Aunque no lo prefieras, dudo que alguna mujer te aguante.

La intensidad de aquellos profundos ojos negros que la miraban se volvió amenazante, tanto que Sayen no los pudo ignorar. Algo en su cuerpo se sacudió de forma desconocida, pero no doblegaría a nada.

O eso pensaba.

—¿Eso crees? —susurró pausado. Su tono era profundo, casi un ronroneo ronco que contenía algo oculto en cada palabra.

Sayen tuvo que tragar saliva.

—Tienes demasiado amor propio. Eres... tan molesto.

Él sonrió como si estuviese a punto de reírse de una broma.

—Al menos puedo amarme lo suficiente. Nadie me amará más que yo mismo. No tengo que depender del cariño de nadie.

Logrando apartarse de él, se dio la vuelta para largarse a su habitación, cosa que Alex no permitió. No habían empezado una guerra para dejarla como si nada, debía ganar. Se cruzó en su camino con aire de superioridad, obligándola a levantar la cabeza a su metro ochenta de altura.

—Déjame ir.

—Al menos nadie me abandonará después.

La forma en que Alex saboreó cada palabra le causaron náuseas y deseó haber tenido algo entre las manos para lanzárselo a la cabeza. Las empuñó con fuerza, conteniéndose.

—Eres un cobarde, una terrible pesadilla, ¿por qué no te largas? ¡Vete de mi casa!

Alex la miró sorprendido por sus palabras que, más que ofenderlo, le causaron cierta gracia que provocó en ella levantar una mano amenazante, la que él retuvo en el aire sin dejar de sonreír.

—¿Qué es lo que soy?

—Una pesadilla... ¡Ya lárgate!

—¿Una pesadilla? Bien, eso prefiero ser, la pesadilla que te carcome la mente a que estés pensando en un estúpido que seguro ya ni te recuerda —sonrió todavía más al notar la rabia en sus ojos—. Seré la peor pesadilla que hayas tenido en tu vida y no podrás quitarme de tu cabeza... —susurró—. ¿Y sabes qué harás después? —ella desvió la mirada, obligándolo a inclinarse hacia ella hasta que lo viera a los ojos. Negros versus grises—. Me lo agradecerás.

Sus miradas lucharon unos cuantos segundos más hasta que él se dio cuenta de que ella ya no haría nada. Había terminado desviando sus ojos de los suyos, lo que le indicó que había ganado. Lentamente la soltó, y solo en aquel momento Sayen se dio cuenta de algo. Había estado conteniendo la respiración desde que Alex retuvo su mano.

¿Por qué saboteaba de esa manera sus emociones?

Lo odiaba.

# Capítulo

## 10

El frío del invierno se había acrecentado tanto que en algunas zonas retiradas hacia la cordillera ya había comenzado a nevar. Era tanto el hielo que, aunque se despertara temprano, se le había vuelto difícil ir al gimnasio en la mañana, por lo que algunas veces iba en la tarde. Su cama la absorbía como antes de iniciar el tratamiento.

Enredada entre sus mantas, alargó la mano para agarrar el celular que estaba sobre la mesa de noche junto a su cama. Todo indicaba que ya no había ido ese día a ejercitarse, después de todo, tenía un compromiso esa noche y pronto tendría que comenzar a prepararse.

Ese jueves, como el de cada semana desde hace un mes, nuevamente tenía una sesión con Alexander programada en dos horas más y ni siquiera había comido debido a la pereza. No tenía ánimos para discutir con ese hombre, lo cual estaba segura que acabaría ocurriendo.

¿Qué tan malo sería no ir? Lo pensó. Así que llamó a la consulta, inventándole a la secretaria que cambiaría la sesión por estar en cama con una supuesta gripe. Quizás no había sido la primera en usar esa excusa barata y, aunque la mujer sonó muy poco convencida, no se negó a cambiarle la cita.

Solo quince minutos después, Natalie la estaba llamando. Hizo una mueca, sabía lo que vendría.

—¿Sí?

—¿Cómo es eso de que no irás a la sesión de hoy?

Seguro por ser su tutora, Alex ya había ido con el chisme.

—Sé que ocurrirá si voy, y estoy muy segura de que no vas a querer tenerme toda la noche con los ojos rojos, hinchados y un humor de perros para tu fiesta.

La escuchó gruñir entre murmullos.

—Claro que no quiero —sabía muy bien que eso significaba preguntas—. Tampoco puedes saltarte las sesiones como si nada.

—He ido a cada sesión, soportando cada momento por el que he tenido que estar cerca de ese hombre. Tomo mis medicamentos y no veo avance, solo termino sintiéndome más deprimida.

—Pero Sayen...

—Solo no quiero mostrarle a nadie lo mal que me siento —susurró.

—Lo siento, no puedo creerte. Ya no.

—Sé que no —susurró. No quería admitirlo, pero le dolía que fuera por su propia culpa—. De verdad necesito sentirme descansada.

Natalie meditó sus palabras, y por el bien de su imagen, lo aceptó.

—Bueno, que no se repita. Solo por hoy, ¿está bien?

—¡Claro!

Cortó la llamada y se hundió entre las almohadas hasta que se hizo urgente comer algo. No quería cocinar nada laborioso, así que se preparó una sopa de fideos para apaciguar el frío.

La tarde llegó entre películas en la sala y con Natalie armada de dos profesionales que las

arreglarían para esa noche. “O intentarían hacerlo”, pensaba Sayen. ¿Qué de bueno podrían sacar de ella?

—Supongo que ya te bañaste —dijo Natalie, mientras les ayudaba a acomodar sus materiales en la mesa del comedor. Sayen levantó la cabeza del sofá, notando los largos vestidos de gala siendo acomodados sobre las sillas. Eran muchos, pero ninguno oscuro—. Si buscas algo negro, te aviso que vamos a un aniversario, no a un funeral.

—Pero... ¿entonces? —vio unos calipsos, amarillos, dos blancos y uno rojo—. Seré un chiste con esto, como una piñata. ¿Quieres que se rían de mí?

—No digas tonterías. Adelgazaste mucho con tus “ingeniosos métodos” —la miró reprochante—. Seguro todo tu armario te queda bien e insistes en usar ropa suelta.

—Al menos son largos...—murmuró, tomando el rojo. Todavía le faltaba un par de kilos para alcanzar su peso ideal, y aunque la panza le bajó, no se sentía segura—. ¿Cuál usarás?

—Creo que el amarillo —se acomodó en una silla para que una de las estilistas comenzara con el maquillaje—. ¿Te depilaste?

—No... ¿Es necesario?

—¡Claro que lo es! —soltó una risa divertida—. Creo que con tus ojos se verá mejor el rojo. Lucirás despampanante.

—Bromeas, ¿verdad? —dijo avergonzada—. Al menos es largo.

—Mira el costado.

Curiosa, la castaña lo alzó entre sus manos y observó ambos costados hasta encontrar la gracia. Una atrevida y sensual abertura larga para obviamente una pierna depilada e hidratada.

—Creo que mejor uso uno calipso.

—Claro que no, usa el rojo —dijo, a lo que ambas estilistas la animaron a usarlo. La piel trigueña de Sayen era como estar con un bronceado dorado todo el año. Su cabello oscuro resaltaría y qué decir de sus ojos pardos.

—Quizás... quizás me quede bien —murmuró bajito, casi con timidez—. Me iré a depilar rápido, solo por si acaso.

Una hora después llevaba una trenza por el costado derecho, enmarcándole el rostro hasta llegar a un moño bajo, anudado por un par de horquillas de perlas doradas. Algunos mechones de su cabello caían largos y rizados por su espalda semi desnuda debido al corte del vestido. Un elegante escote en uve y bajando estilizado, holgándose por un conjunto de telas traslúcidas encima, y abriéndose elegante en la pierna izquierda. Se colocó unas sandalias altas doradas de pulsera y taco aguja.

El maquillaje acabó con un toque ahumado con tonos cobre y un ligero color damasco en los labios.

—Lista —dijo la estilista con una gran sonrisa que puso nerviosa a la castaña.

Tenía miedo de verse en el espejo y que nada le gustara, pero ver el rostro alucinado de Natalie le dio algo de esperanzas. Contó hasta tres antes de mirarse, respiró profundamente y abrió sus ojos.

Estaba sorprendida. Se veía distinta, guapa, se sentía... bonita. Antes le encantaban las fiestas

elegantes, siempre era la primera en buscar un vestido nuevo... Aquel recuerdo parecía demasiado lejano. ¿Cómo cambiaron tanto las cosas?

Natalie aplaudió maravillada. Hacía meses no veía así a su amiga. Era como volver a los buenos tiempos, aunque aún faltaba algo y no lo podía comprar en ninguna tienda.

Su sonrisa.

Se acercó tras ella, agarrándola de los hombros para mover un mechón y admirarla con satisfacción, tal como una madre a su hija en su primera fiesta.

Sayen volvió a sentir timidez e inseguridad.

—¿No me veo ridícula? ¿gorda? ¿o fea?

Natalie negó enseguida y la hizo levantarse para que se viera por completo, moviera su vestido y viera la piel bonita que dejaba a la vista.

—Te ves preciosa.

El Blue Hotel siempre acogía las fiestas de la editorial a lo grande. Cien años de aniversario terminaron reuniendo varias generaciones de la firma más exitosa. Todo era elegante, glamoroso, muchos rostros conocidos y otros tantos nuevos. Era un salón enorme, del que estaba segura no terminaría ni recorriéndolo toda la noche.

¿Habría alguna otra joven escritora que también se volvió un éxito como ella lo fue en su tiempo? Cada vez que iba a una fiesta recordaba con nostalgia la primera vez que fue invitada para ser premiada por la novela que la inició en el rubro. Había sido un sueño. Sus ventas se dispararon a lo loco, pudo tener su agente y cumplir sus más grandes deseos.

Y ahora solo ansiaba poder volver a escribir.

—Mira quién viene a saludarte —escuchó a su amiga. Cuando sus ojos giraron hacia donde ella apuntaba con la mirada, se encontró con Terry Black, o como él se apodaba: Sir Blackster. Terry era un encanto de persona, treintañero, joven y atractivo. ¿Algo malo? Que él lo sabía muy bien. En resumidas, un presumido adorable.

El día que lo conoció fue también en su primera vez ahí. Pese a la diferencia de edad Terry, al conocerla, no se le despegó hasta que ella comenzó su noviazgo con Daemon.

No tuvo tiempo para deprimirse al recordarlo, Terry había dejado su copa de champagne ya vacía y aceleraba el paso hacia ellas.

—Señoritas... Qué sorpresa más agradable encontrarmelas —sonrió galante. Llevaba un esmoquin blanco como solo él usaría y una pajarita lila con lunares. Intentando verse como todo un caballero, Terry se inclinó besando las manos de ambas, tardándose más con la castaña, a quien no evitó recorrer de arriba abajo—. Tanto tiempo Sayen. No te he visto hace mucho por la editorial.

No encontró malas intenciones en sus palabras como otros habían hecho antes apenas entraron al salón. Supuso que Terry sabría algo de por qué no se había aparecido, y seguro el pajarito soplón tenía nombre y cabellera rubia.

—He estado bastante ocupada. ¿Qué tal te va a ti?

—Eh... yo voy por una copa, ¿quieres una bebida? —preguntó Natalie, haciéndole un gesto con la boca, implorándole que no se fuera.

Sayen miró con cierto nerviosismo al rubio. En cuanto Natalie se había ido, él aprovechó para acercarse más. Sus ojos verdes le sonrieron con cariño, después de todo eran colegas, casi amigos.

—Luces increíble, muy radiante.

—Oh... g-gracias —¿de verdad se veía tan bien?

—Supe que estás sola.

Una pregunta que ya se había tardado en venir. Vio a Terry como si esperara que le afirmara que Natalie le había contado, pero él sonrió como niño bueno.

—Desde hace casi un año, sí.

—Realmente es una suerte. ¿Champagne? —preguntó al pasar una mesera cerca de ellos.

Y aunque se sentía tentada a probar algo de alcohol, tuvo que negar. Alexander le había repetido que, si bebía siquiera un poco, terminaría convulsionando como sacada de película de terror, echando espuma por la boca y todo eso. No se arriesgaría a que algo hiciera reacción con los químicos que tomaba, fuera cierto o no.

—Gracias, pero estoy bien así.

—Parece que muchas cosas han cambiado, ¿no es así? —ella sonrió sin responder, era cierto—. ¿Cómo va tu vida?

—«Un desastre» —recordó, dando vuelta los ojos a cualquier lado que no fuera él— Descansar, solo eso. ¿Qué tal tú? Supe que publicaste otra novela.

—Hace dos semanas salió a la venta. Hoy lo reconocerán como best seller, ¿ya lo compraste? —ella negó nerviosa—. No lo hagas, te regalaré una copia de las que me llegaron a la casa, autografiado obviamente. Estoy ansioso por leer algo nuevo tuyo. ¿Habrás continuación de tu última novela?

—No la he comenzado —había estado enfrascada en una novela que aún no podía continuar. ¿Qué haría?—. Tranquilo, pronto empezaré algo nuevo —mintió.

—¿Enserio? Vamos, anticipame un poco, ¿“Ellos” volverán a verse? —parecía un niño ansioso.

—Sí, cómo no —se burló—. Lo siento, voy por Natalie, tarda mucho con mi bebida.

Caminó lo más rápido posible sin tropezar con su vestido. A cada paso, este se abría como una cortina, mostrando su pierna con coquetería. A solo dos pasos, sintió cómo alguien la agarraba del codo. Se giró encontrándose con Terry, quien con su cariñosa mirada la ponía de nervios.

—Realmente me alegra verte.

Por suerte Natalie llegó acompañada de algunos agentes de su compañía. Ella le sonrió como si esperara que le contara algo nuevo.

—¿Qué tal?

—¿Qué tal qué? —se apartó un poco con Natalie para que los demás no escucharan—. ¿Tú le dijiste que ya no estaba con Daemon?

—Bueno, digamos que nos encontramos un día en la editorial y andaba algo desprevenida. Me sacó un poquito de información.

—¿Un poquito? Sí, claro —chasqueó la lengua, notando cómo Terry la miraba a lo lejos

mientras conversaba con una chica—. Seguro le dijiste porque piensas que saliendo con alguien más podré olvidarme de Daemon, ¿cierto?

—Claro que no —¿cómo lo supo? Pensó—. Solo se me salió y ya.

—No te creo —la miró con sospecha—. Solo no ventiles mi vida privada, ¿sí?

—Sabes que no lo haría. Además, Terry no es alguien que anduviera hablando esas cosas. Sabe lo justo, que estás sola, y no es algo que busqué hacer. Y sí, admito que te vendría bien salir con Terry.

¿Por qué tenía que pensar por ella? Escuchar esas cosas y tener a Terry rondando solo le hacía pensar que esa no sería una noche tan buena como Natalie se lo había prometido.

Las horas pasaron entre saludar, hincharse con gaseosa y escuchar tortuosamente a los anfitriones alabando a los nuevos escritores. ¿Qué tenía de bueno un lugar que jugaba con su sensibilidad? Ver a esa chica nueva siendo galardonada solo le recordó cuánto había dejado atrás su carrera, sus sueños.

Necesitaba respirar al menos un poco.

—Iré al baño —le murmuró en el oído a Natalie, quien la miró con desconfianza, sin embargo, estaba demasiado ocupada con los jefes de la editorial como para acompañarla.

—Vuelve, ¿de acuerdo?

Poco le faltó para salir corriendo del salón. Estar del otro lado de esas puertas resultaron un alivio para su corazón y de paso, para el color de su rostro. No quería volver a entrar.

Guardó la corbata en el bolsillo interior de su saco. A esas horas de la madrugada ya no era necesario volver a colocársela cuando lo único que haría sería volver a su apartamento. Observó a la mujer con la que había compartido un no tan grato momento, ahora durmiendo a sus anchas en la cama, sin tener idea de que estaba por irse. Por simple educación, le dejó una nota agradeciendo su compañía. Nada más.

Nunca dormía con una mujer. Aprovechaba el simple acto del sexo y luego solo se iba. Tampoco usaba su apartamento para esos fines, porque conllevaría el riesgo de que estas volvieran cuando quisieran. Era imposible tener un acercamiento tan íntimo, como lo era permitirse estar indefenso por compartir el sueño con alguien. Y por alguna razón, no había salido a divertirse desde que su loca paciente despertó aquella vez en el hospital. Esa noche fue la última que pudo disfrutar.

Bajó en el ascensor y caminó hacia las pretenciosas escaleras de alfombrado rojo que lo guiaban hacia el vestíbulo. En los últimos peldaños, mimetizándose con la tela, se encontró con una espalda desnuda y atractiva, la cual llamó su atención. Una piel pura que volvió sus pasos cada vez más lentos, e inconsciente del deseo de seguir observando a la desconocida mujer.

Se encontraba un poco inclinada, por lo que al estar más cerca no pudo ver su rostro, pero sí el corte de su llamativo vestido, que permitía ver su pierna y pies desnudos que jugaban con los zapatos que se había quitado. Se detuvo casi a su lado, como si esa mujer de pronto tuviera un imán que lo atrajera. Parecía delicada, gentil.

—Maldición —la escuchó gruñir, exaltándolo al reconocer esa voz.

De pronto la mujer se enderezó y apoyó sus codos en los peldaños detrás de ella, dejando a la vista su rostro. Por un momento Alex creyó no reconocerla, hasta que ambos fijaron sus ojos en el



otro. Por poco cayó al dar un traspiés. Esa mujer era... ¿Ella?

A pesar del gesto de molestia que se había instalado en el rostro de la castaña, podía de igual manera apreciar sus facciones despejadas y sus grandes ojos, los cuales con ese maquillaje destacaban aún más. Su piel parecía muy suave, tenía un bonito escote, y la figura que ella se negaba a querer le parecía bastante atractiva. Era como si fuera otra. No, era la chica de las fotos de internet. Ella era la Sayen que se negaba a mostrar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —en definitiva, no había duda que era ella. Su mal genio era palpable—. ¿Natalie te dijo que vinieras?

Por primera vez se halló sin palabras. Tuvo que carraspear para recomponerse y se irguió como si nada hubiese ocurrido, ni siquiera horas atrás con otra mujer. Sus ojos no eran capaces de dejar de pasearse por ella.

—Claro que no —ella se levantó, acercándose con los tacones en las manos, y por primera vez prestó verdadera atención a sus ojos—. Tú... ¿Qué haces tú aquí? Estás... estás...

Pero no podía decirlo, no podía hacerle un cumplido.

—¿Estoy qué? —ladeó su rostro, confundida—. ¿Sola?

—Sí —mintió—. ¿Andas sola?

—No, vine con Natalie a una fiesta de la editorial —señaló una enorme puerta a la cual se negaba volver a cruzar—. Muy aburrida.

—Por eso tan elegante —volvió sus ojos a ella. Eran grises, no, ¿azules? Quizás con un matiz verde—. ¿No piensas entrar?

—No, solo quiero irme. Esto me frustra demasiado, ¿sabes? Todo me recuerda a mi pausada carrera.

—Pausada —repitió con burla, haciéndola enojar—. Contendrías mejor tu frustración si no faltaras a tus sesiones. Las programo una vez a la semana por una razón, ¿sabes?

—Debía prepararme para esto. Ir a una sesión contigo es parecido a ir a la guerra. Te odio.

Alex rio divertido. Debía admitir, en un lado nada profesional, que Sayen había decidido bien. Parecía animosa.

—No me dijiste qué haces aquí. ¿Te estás hospedando?

—No, solo fue... momentáneo —ella lo miró como si entendiera, aunque él deseó en ese momento que tuviera una idea equivocada. Sabía que ella podría usarlo para molestarlo—. ¿Has bebido alcohol?

—Claro que no, aunque no sabes cuánto lo deseo.

—Eso suena muy alcohólico de tu parte —ella hizo una mueca que lo divirtió—. Quizás te estás perdiendo algo bueno.

—Estoy segura que no. ¿Qué tal si me das un aventón?

—¿Y llevarme un regaño de tu amiga? Prefiero que te aburras aquí.

—Qué agradable, ¿no? Tienes un alma tan caritativa. Si te digo que sufro, ¿no te apiadas ni un poco?

—No.

Muy simpático, pensó sarcástica la castaña, haciendo una mueca que no pasó desapercibida por Alex. Quizás el tener el cabello tomado hacía más clara cada una de sus expresiones. Al momento en que se volteó para sentarse otra vez, se giró enseguida hacia Alex como si se ocultara de algo o alguien, y antes de poder preguntar, un alto rubio, de traje blanco, caminaba hacia ellos. Por alguna razón, la sonrisa de ese sujeto le era un fastidio para Alex.

—Conque aquí estabas. Natalie está como loca buscándote —vio cómo ella se giraba lentamente con aspecto derrotado—. Te has tardado, ¿pasó algo?

—No, solo quería respirar un poco —algo que Alex no le creía del todo—. Deberías volver con Natalie, ya iré pronto.

—Quizás ya me vaya a casa. ¿Quieres que te lleve de camino? Le puedo avisar a Natalie.

¿Quién rayos era ese sujeto? Se preguntaba Alexander sin quitarle ojo de encima. Parecía el clásico payaso que siempre tenía muchas amigas y buscaba sacar provecho de cada una de ellas. Sus intenciones con Sayen eran demasiado obvias, incluso para ella, quien apenas formó una mueca nerviosa. ¿Acaso ese sujeto no se daba cuenta que sus tratos la incomodaban? Se arrepintió de no haber aceptado llevarla antes cuando se lo había pedido.

—No te preocupes, espero a Natalie o pido un taxi —se alejó un poco, Terry estaba demasiado cerca—. Debes tener mucho que hacer y escribir, ¿no? Ve a casa.

El rubio tomó aire profundamente y suspiró como un enamorado.

—Sí, esta noche me siento inspirado.

Terry elevó su mano a ella para tomar un delgado mechón, el cual acomodó tras su oreja, tan lento y delicado que Sayen pudo sentir el roce de las yemas en sus mejillas coloradas. Terry sonrió con una galantería que casi hizo vomitar a Alex.

Y como si se hubiese dado cuenta al fin, el rubio giró su mirada a él.

—Estás acompañada al parecer.

—¿Eh? Ah, él es Alexander —se apartó un poco para que se saludaran—. Un amigo. Alex, él es Terry.

Alex la miró con curiosidad. No eran amigos, pero supuso que intentaría matarlo si revelaba que era su psiquiatra. Con los dientes apretados, estrechó manos con el payaso de Terry.

—Alexander Wömpner.

—Terry Black, colega de Sayen.

—«Así que otro escritor» —pensó. Otro ser intenso y emocional.

De pronto, Natalie llegó corriendo casi lanzándose sobre Sayen.

—¿Por qué me haces esto? ¿Dónde te habías metido? ¡Casi me vuelvo loca! ¿Quieres matarme?

—Te... te dije que iba al baño —respondió nerviosa.

—¡Hace dos horas! —¿Cómo contener la molestia si ella no le hacía caso? Después de enfrentarla con el enojo, tornó su mirada a Terry, cargándole cierta responsabilidad y luego encontrándose al azabache, quien los miraba como si hubiesen salido de un circo. Avergonzada, se recompuso—. ¡Señor Wömpner! ¡Qué sorpresa encontrarlo aquí!

—Buenas noches, señora Nast —murmuró—. Qué coincidencia encontrarnos aquí. Sayen me comentaba que deseaba irse a casa ya.

Natalie miró a su amiga con reproche, sin tener otra opción. Entendía que debía sentirse agotada. Muchas emociones y sus medicamentos debían cansarla. Le pidió a Terry que fuera por sus abrigos, y solo cuando el rubio estuvo lejos, Sayen se volteó a Alex como si Natalie sobrara.

—Ni se te ocurra decir que eres mi psiquiatra.

—Tranquila, reconozco que somos un tabú para la sociedad — sabía bien cuánto se avergonzaban las personas en admitir que tenían alguna patología mental, como si fueran a ser rechazados o molestados—. Ese tipo, de verdad lo tienes comiendo de tu palma, ¿no?

Ver cómo se sonrojaba le molestó demasiado, incluso cómo prefirió contener el silencio antes de refutar y discutir al menos un poco con él. Estaba loco, ¿acaso se había acostumbrado a discutir con ella? De pronto aquellos labios rosados de la castaña, que habían permanecidos sellados en una escueta línea, se fruncieron hasta formar una sonrisa tímida y risueña que no solo él detectó, sino que Natalie también. Era la primera sonrisa sincera que veía en meses. Tímida y natural, como si contuviese un secreto. Era hermosa

Natalie sintió una especie de revelación producto a esa emoción por verla así. Cuando Terry volvió con los abrigos y se apartó para ayudar a la castaña, ella se acercó a Alex.

—Creo que Sayen ha tenido un buen desarrollo con usted. Gracias.

Confundido, metió sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—Solo no la deje faltar a otra sesión.

—Oh sí, por supuesto, claro que no volverá a ocurrir —lo miró avergonzada, ella era la “permisiva” para Alex—. Me gustaría agradecerle. Este domingo habrá una parrillada en mi casa con algunas personas de la agencia y Sayen estará ahí. Por favor vaya.

Y como si Sayen tuviese una increíble audición, clavó sus ojos pasmada en ellos y se acercó corriendo.

—Espera, ¿tú estás loca? ¿Cómo lo invitas?

—Sayen, no seas maleducada.

—Oh vamos, aprovecha tu momento —se jactó Alex—. Sé que querrás envenenarme.

Palabras santas para la castaña, quien lo miró como si él mismo le hubiese regalado una maravillosa idea.

—Pero señor Alexander, qué valiente sería si va.

Tanto Alexander como Sayen se miraron cómplices. Alex, al notar cómo ese sujeto los miraba, se inclinó hasta ella para susurrarle como si le contara un secreto. La sentía exaltada, ansiosa, pero veía el reto habitando en esos ojos, aquel que conllevaba contradecirla o agachar la cabeza.

Con una sonrisa excitante en los labios, susurró:

—Lo soy.

# Capítulo

## 11

Pensó en todas las razones por las que no debía ni tenía por qué aceptar la invitación de la rubia. Entre ellas, la principal causa era la de ser el psiquiatra de su amiga y no debía vincularse demasiado para mantener el código de ética fuera de conflictos. Vaciló entre las mantas tantas horas que había ignorado por completo el desayuno y ya casi se acercaba el almuerzo. Cuando de pronto, su celular sonó y al verlo se encontró un mensaje de Sayen

Un simple emoticono que le sacaba la lengua con burla.

Diez minutos después ya se encontraba montado en su auto. Él no iba a quedar mal ni como cobarde, llegaría aun sabiendo que ella intentaría envenenar su comida con algún laxante. Tan solo pensarlo, una ligera mueca se formó en sus labios.

Hallar la casa de Natalie no fue tan complicado al aceptar que usar el GPS sería más eficiente que su orientación. Cuarenta minutos después, retirándose de la zona central de la capital de camino a la cordillera, llegó a una villa bastante tranquila y limpia, aparentemente de muy pocos años. Las casas eran grandes, familiares, con jardines bien cuidados. Parecía un lugar perfecto para establecerse, claro, con una suficiente condición económica.

Se estacionó fuera de una casa de dos pisos de color blanco y tejado azul. Tenía un adornado antejardín con un largo camino de cerámicos que lo guiaban hasta la puerta principal. Recorrió el camino con una botella de vino en mano, y cuando tocó un par de veces, esperando que la misma rubia se apareciera, se dio cuenta de que quizás ya estaban en el jardín trasero. ¿Dónde más harían una parrillada? Rodeó la casa comprobándolo. Miró a cada lado, en busca de la castaña, pero solo terminó coincidiendo con la dueña de casa. Natalie dejó lo que hacía, y haciéndole un gesto a un hombre bastante alto y corpulento de tez morena —que casi parecía un gorila—, se acercaron a él.

—¡Señor Wömpner! Me alegro que viniese. ¿Le fue muy difícil encontrar la casa? —dijo alegremente, tomando el brazo del hombre que la acompañaba—. Él es mi esposo, Misael. Querido, él es Alexander Wömpner, ya te he hablado de él.

Alex elevó la mirada, encontrándose con una amable expresión.

—Mucho gusto —dijo Misael, extendiendo su mano al azabache—. Por fin conozco al hombre que le aguanta el genio a Sayen

Este fue golpeado en el pecho por la rubia, quien además lo miró con regaño. Alex solo sonrió con gracia. Al menos alguien coincidía que lidiar con la castaña era una proeza.

—Quizás no han sido cosas muy favorables —bromeó, levantando la botella que tenía en manos—. He traído vino.

—Oh, muchas gracias —enseguida Natalie tomó la botella—. Por favor, tome lo que guste. Ya casi va a estar la comida.

Vio a cada lado. Había una mesa con comida para picar, un pequeño grupo de personas conversando animadamente, sin embargo, no vio a la castaña por ningún lado. De pronto, un fuerte golpe llegó a sus partes bajas, obligándolo a doblarse por causa del dolor. El sonido fue tan fuerte que se formó un profundo silencio por parte de los demás. Apenas pudo abrir los ojos, observó a

un crío de quizás no más de cinco años sacándole la lengua y luego el mismo salió corriendo en dirección a la piscina. Detrás de un largo asiento playero apareció una mano extendiendo un billete al niño. Pronto la misma persona asomó su mirada, y con ello, una expresión burlesca.

Allí estaba la cabecilla de todo.

Sayen se levantó, tan tranquila como si todo estuviera bajo control, y a pesar del resentimiento que sentía por haberse metido con sus testículos, no pudo ignorar la pinta que llevaba. Vestía un pantalón negro ajustado con unas largas botas café, un suéter color damasco de un cuello lo bastante grande para hacer de bufanda y un gorro de lana blanco. Su cabello, aunque demasiado largo, estaba rizado en las puntas. Se veía tan parte de la temporada que parecía una foto de catálogo. ¿O sus ojos estaban fallando? Quizás debía culpar al frío por dañarle el cerebro. ¿Pensar que se veía bonita? Nunca. Se apretó el puente de la nariz y suspiró. Sí, seguro estaba loco y, sin evitarlo, aquel pensamiento cambió cuando ella se paró a centímetros de él. Se veía todavía mejor.

—Miren a quién tenemos aquí... —Alex se recompuso, estirándose y fingiendo que no le dolía nada—. Muy valiente, ¿no? ¿No temes que le ponga algo a tu comida?

—Pagarle a un niño para tus trucos baratos y viejos... Creo que tendrás que esforzarte un poco más si quieres hacerme huir.

—Quizás debas estar más atento, Alexander —susurró divertida. Le hizo un gesto para que se acercaran a la mesa a servirse algo. Ella le ofreció gaseosa, a lo que Alex degustó una fría cerveza que abrió frente a sus tentados ojos—. Vaya, cuánta maldad.

—Comienza a aprender, niña —se burló, dando un largo sorbo. Quizás así sentiría que las pelotas le bajaban de la garganta.

Natalie se apareció con Javier colgándole de la mano y haciendo un berrinche para intentar zafarse.

—Vamos Javier, dílo ahora.

El pequeño moreno hizo un puchero con los labios y le imploró con sus ojos azules a su tía, esperando en vano que ella lo salvara. La misma no tenía ningún poder sobre la autoridad de su madre.

—Javier...—arrastró las palabras, dejando un rastro de molestia.

Y antes de terminar siendo castigado, miró a Alex con pesar.

—Lo siento, señor —murmuró bajito y sin mirarlo, a lo que su madre le tiró un poco la oreja para que subiera la cabeza—. ¡Ay! Que lo siento. ¡Ya lo dije mamá! ¿Me puedo ir a ver tele ahora?

—Puedes —dijo soltándolo—. No vuelvas a hacer ninguna tontería, y tú —miró a su amiga con desacuerdo—, no le sigas enseñando esas mañas a cambio de dinero. Se va a convertir en un mafioso.

—¿Yo? Por favor, le brillan los ojos con una moneda. Quizás él lo provocó —señaló a Alex.

Natalie volvió sus ojos a Alexander, esperando que contradijera a su amiga, sin embargo, ellos solo se miraban con cierta complicidad, donde al parecer, ella no estaba invitada.

—De igual manera lo siento por el comportamiento de Javier. Por cierto, Sayen, ¿no deberías presentar a Alexander a los demás?

Ella solo asintió, y en cuanto la rubia se fue, Alex hizo una mueca.

—Realmente no es necesario.

—¿Enserio? No me digas que eres un hombre tímido.

—Claro que no —bufó—. ¿Tímido? Lo dudo.

—Algo me dice que sí...

Y a pesar de sus negativas, Sayen lo acercó al grupo de amistades que ya rondaban la parrilla, robando algo de chorizo y pan. Vio que Alex se había quedado un poco atrás, por lo que tuvo que agarrarlo del brazo para que se acercara rápido.

—Chicos, les presento a Alex.

Un colorín que trabajaba en la agencia de Natalie, como todos los demás presentes, lo miró de arriba a abajo con cierta curiosidad y recelos, como si la existencia de otro hombre pusiera en peligro sus tácticas de ligue con sus compañeras.

—¿Un amigo tuyo? —Sayen asintió—. ¿A qué te dedicas, Alex? No te he visto antes. ¿También eres escritor?

A sabiendas que Sayen le había pedido confidencialidad con su profesión, tuvo que inventar algo rápido. Hasta el momento, los únicos realmente cercanos a ella para que dijera la verdad, no eran más que Natalie y su esposo. Ningún otro amigo.

—Soy doctor —a pesar de la seguridad con que lo dijo, notó que lo miraban como si no le creyeran—. Especialista en cardiología.

Enseguida una chica se puso junto a Alex, a quien sonrió con coquetería y cada vez inclinándose un poco hasta topar sus hombros. Sayen la miró reticente, esperando que el azabache hiciera algo.

—Vaya, quizás necesite hacerme un chequeo pronto. ¿Crees que tengas hora disponible para mí, Alex?

Él solo la miró como si no tuviera ni tetas ni culo y se separó de ella. La mujer hizo un puchero con los labios, y Sayen se dio la vuelta divertida, como si hubiese ganado algo.

Minutos después estaban reunidos en la mesa, repartiéndose las fuentes para servirse comida. Alex, junto a Sayen, le colocó en medio del plato una jugosa chuleta.

—¿Es broma? —lo miró ceñuda—. Esto es muy grasoso, ¿cuánto engordaré si pruebo un bocado?

—Nada, es proteína y lo quemarás ejercitando. Además, nadie te está diciendo que te comas mi plato también y la parrilla entera.

—Pero...

—Tenemos un trato, recuérdalo —y le agregó una papa cocida.

Entre murmullos y diversas conversaciones agradables en el grupo, Alex dedicó la velada a prestar completa y minuciosa atención a la castaña. No compartía mucho, hablaba bastante poco y a veces evitaba mirar directo a los ojos. Quizás tenía miedo de decir algo y ser pillada en un estado demasiado sensible, o quizás temía que descubrieran su secreto. Seguro se sentía avergonzada.

Sayen estiró la mano para alcanzar la fuente de ensalada, pero Alex la tomó primero y la alejó lo suficiente de ella.

—Oye, ¿qué haces?

—Demasiada ensalada. ¿Acaso eres un conejo? Come algo de pollo.

—No quiero pollo, quiero ensalada —se intentó parar, a lo que Alex le cargó el hombro para evitar que lo hiciera.

Estaban en eso cuando de pronto alguien gritó un saludo. Al mirar, Alex reconoció a cierto payaso que casi daba zancadas para llegar, batiendo su larga bufanda con el viento.

—¡Hola, hola! ¿Llego muy tarde? —sonriente, Terry se acercó a la mesa para saludar a Misael primero, quien enseguida lo abrazó amistoso. Al parecer eran buenos amigos.

Sayen desvió la mirada, fingiendo beber concentrada su bebida, creyendo que se salvaría del saludo de Terry, cuando este recorrió toda la mesa hasta llegar a ella, estrechándola fuertemente entre sus brazos.

—¡Pero qué guapa! —la estrujó, haciéndola quejarse—. Pensé que no vendrías. Cuando te pregunté ayer no sonabas muy bien.

—Claro que lo iba a hacer, solo estaba algo agripada —mintió. Casi pensó que este caería en su intento de voz ronca—. ¿Cómo estás?

Los de un costado de Sayen se corrieron un espacio para que Terry colocara su silla. Un segundo después se encontraba sentada entre Terry y Alex, y no sabía cuál era peor.

—Mejor, me alegra que vinieras.

—Creí que ya no llegabas.

—¡Casi! Tuve una muy larga noche trabajando. Pensé que llegaría y ya se estarían yendo.

La ligera sonrisa que Sayen había mantenido, se atenuó hasta desaparecer. Alex sabía muy bien que ella no había vuelto a escribir y estaba seguro de que, si lo hiciera, ella se lo diría. O más bien, le restregaría el manuscrito por la cara.

De un momento a otro, Terry se inclinó lo suficiente para alcanzar el oído de Sayen y susurrarle lo más discreto posible:

—Luego quiero que hablemos. En privado.

Alex no pasó por desapercibido aquello ni mucho menos la expresión de la castaña. Sus mejillas se habían sonrojado pero sus ojos tristes no se iluminaban con nada, como era costumbre desde que la conoció. Alex se preguntó si ese hombre de verdad estaba interesado en Sayen, y de ser así, ¿no se habría preocupado al menos un poco al verla tan destruida? Su espantosa apariencia de antes no pasaba desapercibida para nadie. A pesar de que la ropa la hiciera verse bien en esos momentos, aun con el vestido más despampanante como el de la otra noche, ella no tenía lo más importante.

Hora después todos habían acabado de comer, sin embargo, nadie se había atrevido a levantarse de la mesa todavía, pues todos conversaban muy animados, contando viejas anécdotas o solo escuchando los viajes de Terry.

Abrumada, Sayen extendió su brazo para tomar la botella de gaseosa que estaba algo lejos y entre su intento, pasó a chocar el puño con la copa de vino de Alex, la cual se derramó sobre su

pantalón. Al ver lo que hizo, se levantó exaltada.

—Lo siento, lo siento, no fue intencional —tomó rápido un montón de servilletas para limpiarlo, no obstante, al ser la misma zona que ella había mandado a liquidar horas atrás, se las quitó de las manos.

—Está bien, solo es vino...—no estaba bien, ese pantalón había sido lo bastante caro como para ahora tener que solo tirarlo a la basura. Seguro lo había hecho intencional.

—Alexander, lo acompaño al baño —se ofreció Natalie.

Escucharla acarreó en Sayen un impulso que la hizo tornarse hacia ella como si hubiese dicho una locura, lo cual la avergonzó al haber reaccionado así por sus palabras.

—Tranquila, fue mi culpa, yo lo acompañaré.

Alex terminó aceptando de mala gana, sin notar que la atenta mirada de Terry y Natalie los siguió hasta que entraron a la casa por el ventanal del jardín. Pasaron por la sala hasta un pasillo que los llevó hasta una tercera puerta del mismo piso. Sayen se metió con él al baño.

—No es necesario que entres, puedo yo mismo.

—Solo quiero pasarte lo que necesites.

Alex se sentó en el borde de la bañera, viendo cómo ella sacaba unas toallas de un mueble.

—Solo vete rápido, ¿o tienes algo más entre tus planes? ¿quizás mojarme con enjuagatorio bucal o enterrarme los cepillos de dientes en los ojos?

—¿No lo hice a propósito! Enserio.

—¿Cómo voy a creerte si cuando llegué mandaste a un niño a dejarme sin herencia genética?

Recordárselo de esa forma la hizo sonrojar.

—Bueno, de todas formas no planeas casarte más que contigo mismo. Es un desperdicio que las tengas.

Alex la miró con odio.

—Largo.

Cerró la puerta al salir, escuchando enseguida como Alex colocaba el seguro.

—«Ni que quisiera verte, idiota» pensó.

Caminó de regreso a la sala de camino al jardín, cuando se encontró a Terry observando unas fotos familiares que estaban sobre un esquinero caoba. La mayoría de las fotografías eran ya con Javier nacido.

Al darse cuenta de su presencia, Terry se giró a ella, observándola con una calidez que traspasó la piel de Sayen, mas no su corazón. ¿Qué era eso de lo que tanto quería hablar en privado?

—¿Pasa algo?

Terry se acercó los pasos restantes a ella, arrastrando los dedos por el mueble hasta meter ambas manos en sus bolsillos.

—Te estaba buscando. Ven.

Terry la llevó hasta la cocina. Llenó el hervidor de agua y sacó dos tazas de un mueble. Sayen lo miraba con impaciencia, apoyada en el mueble. ¿Qué era eso que tanto quería hablar?



—Sé que en la fiesta te pregunté sobre tu ex, pero... ¿Cómo llevas lo de Daemon?

¿En realidad era eso lo que quería preguntarle él? ¿o Natalie se lo habría pedido? De solo escuchar ese nombre, algo en su cuerpo se apagaba un poco más. Era tan parecido a descomponerse como un trasto viejo. Su recuerdo le producía tristeza junto a una ansiedad terrible. Dolía y no podía ocultarlo.

—Hago lo que puedo —admitió en un susurro. Hablar más fuerte solo significaba perder el control de su voz y seguro quebraría—. La verdad es que ha sido bastante difícil.

—Supongo que debes estar muy triste todavía, pero ¿no crees que ya es tiempo de seguir adelante? Sin él...

Esperaba que para decir esas cosas al menos tuviera la receta para lograrlo. Seguir adelante era lo que intentaba hacer, aunque siempre con la idea de que Daemon volvería.

Ensimismada en sus pensamientos, no se dio cuenta en el momento de que Terry se acercó lo suficiente a ella para tomar sus manos y envolverlas calurosamente entre sus dedos. Al sentir aquello se exaltó, quitándolas enseguida.

—Lo siento, fui imprudente —se apartó nervioso. Con el agua hervida, terminó de preparar ambos té y le extendió una taza, la cual apenas fue recibida—. Sayen, ¿lo sigues esperando?

—Sí —no lo dudaba.

Terry suavizó su expresión sin quitar sus ojos de ella, a pesar de que Sayen rehuyera a su mirada.

—¿Lo amas?

Vio cómo el rostro de Sayen se deprimía más por su pregunta y todo su cuerpo se contraía. El brillo en sus ojos delató cuán mal le hacía pensar en ese hombre, al que insistía en amarrarse.

Sus labios al fin se separaron cuando ella se atrevió a mirarlo.

—Claro que lo amo.

¿De verdad ella se creía eso?

—Sayen —tomó aire, preparándose para lo que iba a decir. Sayen siempre había sido una mujer algo difícil, pero de buen corazón—. Quiero volver a leer algo tuyo. Quiero ver otra vez tu corazón plasmado en páginas.

—Terry...

Su pecho advirtió la presión de su corazón, casi haciéndole creer que se desmayaría. ¿Cuántos más deseaban lo mismo que Terry? ¿Habría alguien que se acordara de sus libros y deseara volver a leer sus historias? El concepto de escritora se percibía como algo tan lejano, como si hubiese pasado décadas.

Terry se puso frente a ella y volvió a tomar sus manos, y esta vez no fue rechazado.

—Voy a viajar a Francia por una temporada para inspirarme. Sé que si vas conmigo te podrás distraer, disfrutarás y... volverás a escribir.

¿De verdad le importaba tanto? Pensó conmovida. Antes de dejar libre una solitaria lágrima, Terry la atrajo a él con cariño y la arrulló entre sus brazos. ¿Cuánto tiempo sin sentir algo tan cálido como los brazos de un hombre? Un pecho ancho con latidos fuertes era tan reconfortante que, por un momento, creyó encontrar una salida a toda esa oscuridad que la rodeaba. Reparó en

ello, ¿no sería igual que escapar?

—Me encantaría...

No se imaginaba que no eran los únicos conscientes de ese momento. Junto a la entrada, otra persona escuchaba a escondidas su conversación, analizando cada palabra de ambos.

¿Acaso ese payaso sentía algo por Sayen? ¿realmente estaba preocupado por ella? Era difícil para Alex confiar en alguien que parecía no haberse preocupado en todo ese año en que ella se estuvo arrastrando con su dolor como un gusano.

Tampoco entendía por qué todo eso le molestaba.

—Me encantaría, de verdad... es solo que... no puedo.

Sorprendidos, ambos miraron a la castaña.

—¿Por qué? ¿He dicho o hecho algo malo? —preguntó Terry con aspecto preocupado.

—No, claro que no, no has hecho nada malo... —se mordió el labio inferior como un tic nervioso—. Pero... ¿cómo irme evadiendo todo esto? ¿sin mejorar? Solo escapando... No quiero hacer eso.

Alex lo comprendió. Ella en serio quería mejorar, solo que aún parecía no entender la clave esencial para lograrlo. Pasó una mano por su frente, soltando una ligera risa. ¿Por qué de pronto se había sentido preocupado?

—¿Qué dices? No, claro que no será huir, solo cambiarás de aires, conocerás gente nueva y te vas a divertir. Vamos, estarás bien conmigo, yo cuidaré de ti.

¿Cuidar de ella? ¿cómo? No lo había necesitado ni lo necesitaba ahora.

—Terry, ¿por qué haces esto?

Necesitaba saberlo...

Las palabras tardaron demasiado, o quizás más de lo que debía ser en una situación como esa. Cuando creyó que ante su ausencia de respuesta podría marcharse, él abrió la boca.

—Porque te quiero.

A cualquiera le emocionaría escuchar el cariño de otra persona, menos a ella. No se sentía como una confesión especial, sino más bien una diseñada que la hizo cuestionarse si Natalie tendría algo que ver con eso, lo cual la molestaba.

—Yo amo a alguien ya y dudo amarte así alguna vez. Irme contigo sería tapar el sol con un dedo. No funcionaría.

—Sayen, yo...

—Gracias Terry, gracias por intentarlo.

Cada vez que Alex creía que Sayen había avanzado un poco, lo decepcionaba con su retroceso. Quizás, en el fondo, que ella hubiese aceptado irse no habría sido tan malo. Solo quizás.

—¿Qué eres tú de mi tía Sayen?

Se exaltó al escuchar aquella aguda voz. Guió la mirada a los costados y luego hacia abajo, notando al crío que antes lo golpeó con su balón, ahora con unas figuras de acción entre los brazos. Lo miraba muy fijo, perspicaz. Antes de poder responder, la castaña se apareció a su lado.

—Cuidado, Javier. Alex es un ladrón.

—¿Un ladróóóón? —preguntó asombrado el pequeño y luego viendo otra vez al azabache, acusándolo con sus ojos azules.

—¿Cómo que un ladrón? —se quiso defender.

—Así es. Roba mucho dinero a las personas a cambio de nada —le sacó la lengua.

¿Qué habría hecho si le hubiese jalado la lengua? Aún con la seriedad reflejándole el rostro, por dentro le causaba gracia.

—¿Estás segura de eso? Entonces debo comenzar a ser peor para que resulte algo de todo ese dinero que te robo, ¿no crees?

—¿Todavía más? —cuestionó “horrorizada” —. Eres terrible ya.

Una sonrisa surcó los labios de Alex.

—No sabes cuánto me halagas.

El pequeño Javier, que los miraba confundido, soltó los muñecos de pronto y saltó a la pierna de la castaña en un acto receloso.

—¡Tía! ¡Quiedo bebida! ¿Me das?

—Claro —se agachó para tomarlo entre sus brazos—. ¿Qué comes que cada vez estás más pesado?

Alex los observó alejarse de regreso al jardín. Terry se apareció por su lado, callado y con expresión pensativa. Ambos se miraron.

—Tú... dijiste que eres su amigo, ¿verdad? —Alex afirmó en silencio, solo moviendo la cabeza—. La cuidarás... ¿Verdad?

No respondió y Terry tampoco esperó a que lo hiciera, como si en ese silencio ya hubiese interpretado un “sí”. Debía hacerlo, le pagaban para su bienestar mental. Aunque claro, solo eso, nada decía que debía estar al pendiente de ella las veinticuatro horas cada día. Todo lo relacionado fuera de su consulta no debía importarle.

Entonces, ¿qué hacía allí?

Cuando pasó la tarde y el frío se atenuó para dar comienzo a una intensa lluvia, que hizo a los invitados retirarse de a poco hasta solo quedar él y Sayen con los dueños de casa, esta se desapareció un rato para hablar con Natalie, mientras él conversaba acerca de su trabajo con Misael. Al rato la castaña volvió.

—Por suerte encontré un taxi disponible, llegará en un rato — dijo, acercándose a donde estaban reunidos estos. Tras ella la seguía la rubia.

—¿Estás segura? ¿De verdad no quieres que te llevemos? —preguntó el moreno que la consideraba como su “cuñada”.

—No te preocupes, estaré bien.

Alex la miró con curiosidad. Cuando ella rato después se fue al baño y faltaban apenas unos cuantos minutos para la llegada del taxi, se despidió de todos, marchándose de la casa. Esperó en la calle de al frente en su auto hasta ver llegar al taxista, al que vio hablar por teléfono, probablemente avisando su llegada. Aprovechó que la castaña todavía no salía y corrió bajo el intenso aguacero hasta la puerta del conductor, donde dio unos golpecitos al vidrio hasta que este lo bajó.

—Te doy tres billetes de cien si te vas ahora, sin avisar.

Sin pereza alguna el taxista aceptó el dinero y se marchó. Empapado ya en el poco tiempo que estuvo expuesto, corrió de regreso a su auto cuando vio a Sayen salir corriendo de casa para encontrar al taxista. No llevaba paraguas y se estaba mojando. Después de mirar a cada lado, notó que el taxista no estaba y que seguro se habría equivocado de calle. Alex notó como ella sacaba el celular, seguro intentaría contactarlo, pero al notar su frustración y cómo maldecía al aparato, pudo sonreír con satisfacción.

Al ver que Sayen se daba la vuelta para entrar a la casa de nuevo, tocó la bocina un par de veces, llamando su atención. Confundida y apenas divisando con el rostro mojado, Alex encendió las luces, tomando su interés. Sayen, aunque desconfiada, corrió hacia él e intentó abrir la puerta, sin embargo, esta estaba con seguro.

Muy lentamente Alex bajó la ventanilla.

—Parece que tu taxi no llegó —comentó con un tono que la hizo fastidiarse. ¿Pensaba dejarla subir o no? Alex sonrió al verla mojada hasta los dientes—. Vamos, te llevo.

—Cuánta amabilidad —gruñó—. Creo que mejor no.

—Sube que te estás mojando.

¿Volver y esperar a que otro taxi la fuera a buscar o aceptar irse con la pesadilla de doctor que tenía y llegar pronto a casa? En lo que Alex quitó el seguro y subió la ventanilla, se subió enseguida antes de que el mismo le jugara otra broma.

—Espera, antes de llevarte a tu casa, dime que no eres un Gremlin.

—¿Un qué? —lo miró sorprendida.

—Un Gremlin, de los que se reproducen con el agua.

Ofendida, antes de cruzarse el cinturón le pegó unas cuantas palmadas en el hombro, aunque quizás le faltó fuerza, pues Alex solo se partió de la risa.

—Idiota —gruñó molesta.

Cuarenta minutos de camino por la lluvia, con el único sonido de los dientes castañeando de la castaña, podría molestar a cualquiera, menos a Alex. Desesperándose por ello, Sayen metió mano en la radio y la colocó a un volumen moderado en una sintonía moderna. Por suerte Alex no dijo nada, es más, él también sintió cierto alivio. De su cabeza no había salido aquel momento de la cocina. Ella no decía nada y él creía que debía hacerlo. ¿No era su psiquiatra?

Y como si le hubiese leído la mente, ella habló:

—Ignora todo lo que viste u oíste en la cocina.

—¿Por qué?

—Porque estoy segura de que Natalie se lo pidió.

No lo había pensado de esa manera, pero al notar lo convencida que estaba, le pareció raro dudar. Después de todo, ella conocía mucho mejor a su amiga, más que él, eso era claro.

—¿No te molesta?

—Claro que me molesta, estoy demasiado enojada.

Algo que nadie podía ver en su expresión, la cual parecía tan neutra que lo hizo pensar que

mentía.

—¿De verdad? ¿esa es tu cara de molesta? Porque he visto unas mucho peores.

Y aunque de verdad le molestaba recordar esos momentos en que la hacía querer partirse ella misma las pelotas, la hizo sonreír. Quizás con cierta malicia.

—Tú te estás ganando ser el arco de práctica de Javier.

—Como si no se lo estuvieras planteando, pero te advierto que si te vuelves a meter con cualquier región desde mi ombligo hasta las rodillas, me las pagarás.

La sola idea de intentarlo le causaba cierto interés. Miró a Alex con diversión, misma mirada que él le devolvió, aunque luego frunció el cejo como advertencia.

Minutos después, ya estaba fuera del edificio y la lluvia no disminuía.

—Gracias por traerme.

Al bajarse y cerrar la puerta tras ella, Alex bajó la ventanilla y la llamó. Quizás ignorar lo ocurrido en esa cocina sería lo mejor. Sayen lo miró impaciente, se estaba mojando más de lo que ya estaba, pero Alex no se había olvidado de algo, ya que verla así le llenó el rostro de una gran sonrisa.

—Por cierto, cambia al avaricioso de tu taxista. Se fue muy contento con la propina que le di.

Sorprendida, no dudó en correr hacia el auto para intentar matarlo, a lo que Alex fue más rápido y apretó el acelerador, arrancando con su venganza ya hecha.

—¡Desgraciado!

# Capítulo

## 12

Llegó julio y con ello la nieve en todos lados. En el pasado, para Sayen aquello había significado tardes de abrazos, chocolate caliente y películas románticas, lo cual se fue atenuando hasta desaparecer.

Salió de una, para nada común, sesión con su psiquiatra. “Nada común” significaba: cero discusiones, cero indirectas, cero peleas y cero dolores de cabeza. Por un momento creyó haberse equivocado de lugar o que todo se trataba de un sueño. A pesar de ello y lo extraño que le parecía, no quiso decir nada que provocara al azabache. Únicamente porque esa tarde tenía entrevista en la agencia con un periodista de una vanidosa revista, que seguro intentaría sacarle información sobre el accidente que había tenido ya hacía varias semanas, y muy probablemente también sobre su infarto.

Volvió a casa para almorzar algo ligero, como había aprendido —o más bien se forzaba hacer. A causa de tanto frío no pudo evitar tentarse por un chocolate caliente con un toque de canela. Lo saboreó y se deleitó como si fuera lo último en su vida. Luego de descansar un rato, registró su armario por completo en busca de algo decente para el encuentro, pero cada cosa que le gustaba de primera lo terminaba descartando. El exagerado ejercicio y la alimentación tonificaron su cuerpo de una forma que no recordaba antes. Sentía sus glúteos inflamados y las piernas duras. Eso conllevaba a destacar demasiado con cualquier pantalón ajustado, como todos los que tenía.

Finalmente eligió un pantalón azul de mezclilla con cintura alta, un suéter negro con una blusa blanca por abajo y una chaqueta de cuero café para abrigarse, además de unas largas botas del mismo color. Se dejó el cabello suelto para colocarse un gorro, aunque no evitó pensar que estaba demasiado largo. Antes de tomar su cartera observó el canasto de maquillaje. ¿Qué tal un poco de sombra o colorete? Sin embargo, cuando se veía otra vez en el espejo, no creía ser lo bastante buena para usarlos. Mejor era pasar desapercibida.

Aunque podía llegar caminando, como a cada lado por las ventajas de vivir tan central, prefirió tomar un taxi. Después de todo diez o doce calles, aunque pocos para ella, cubiertas de nieve solo podrían ocasionar un accidente. Como caerse.

A medio llegar, su celular sonó. Era Natalie.

—Quédate tranquila, estoy a unas calles de llegar.

—¿Tomaste tu medicación? —preguntó de pronto, haciendo notar la urgencia en su voz.

—Creo que me siento algo ofendida con esa pregunta, como si me dijeras loca. ¿Qué tiene que ver si me lo tomé o no?

Escuchó a Natalie suspirar. Su minuto de silencio no hizo más que preocupar a la castaña.

—Porque el periodista de la revista es Sam Lorza.

Oírla casi causó que su corazón se detuviera. Sam Lorza no era más que un zorro cuarentero del periodismo que le encantaba sonsacar y enfadar a las personas para hacerlas escupir la información que quería conseguir. Años atrás ya había tenido un encuentro con ese hombre, uno demasiado malo, donde acabó teniendo la razón después de haberle arrojado el café por la sarta de idioteces que le había preguntado. Amargó el gesto y maldijo en su interior sabiendo, que Sam

Lorza lo que menos haría, sería ser amable. ¿Podría soportarlo sin explotar debido a su extrema sensibilidad? Estuvo tentada a devolverse cuando las iniciales de la agencia aparecieron frente a sus ojos al momento en que el taxista aparcó.

«Tienes que ser fuerte», se imploró mentalmente.

Subió al cuarto piso donde se encontraba la oficina de Natalie. No podía ir directo a la sala de reuniones, no sin antes pasar por ella e intentar asesinarla por su imprudencia. ¿Cómo aceptó esa reunión? En cuanto cruzó la puerta del despacho de la CEO, Natalie saltó a ella agarrándola de los brazos, la haló a su escritorio para obligarla a sentarse y cerró la puerta para que nadie escuchara.

—Prométeme que te comportarás, por favor. No quiero que repitas lo mismo de la otra vez.

—Siempre me comporté. Que esa vez Lorza me haya provocado y sacado de mis límites no fue más que culpa suya, por ser un completo idiota.

—Esa vez sí, pero esta vez intentará vengarse por lo del café. Te exprimirá y buscará que te alteres con lo más mínimo. Necesita algo para conectar con lo que te ha pasado, dirá que estás loca si lo atacas.

—Creo que esa vez ya lo hizo. Seguro ahora tienes un buen filtro para la entrevista, ¿no? Eres mi agente, debiste aprender con lo ocurrido esa vez.

—Claro que lo hice —bufó, cansada de solo pensar en todo lo que podría pasar en esa reunión—. Sabes bien cómo es él.

Las cosas siempre iban a ser complicadas cuando se trataba de ese hombre, y ambas lo sabían muy bien. A medida se acercaban a la sala de reuniones, Sayen recordó su tranquila mañana. Había sido muy diferente a todas, casi como... Claro, la mano negra de Natalie seguro habría intervenido y pedido a Alexander que fuera suave con ella. Estresarla solo la haría estar doblemente a la defensiva. ¿Acaso Natalie tendría familia en la mafia? Pensar en la empatía que tenía su amiga con Alexander la hizo incomodarse por alguna razón que desconocía. Lo más probable sería porque era su amiga, y ser amiga de él solo significaba traición. O al menos así quería creerlo.

En cuanto se detuvieron frente a la sala, apresuró su mano para que Natalie no abriera todavía.

—¿Qué ocurre? —preguntó la rubia.

¿Por qué había reaccionado así? Se preguntó Sayen. Confundida, fue apartando su mano hasta devolverla al bolsillo de su chaqueta.

—Tú... ¿hablas mucho con Alexander?

—¿A qué va esa pregunta? —cuestionó confundida—. A veces para saber de tu avance, nada especial. ¿Por qué?

No sabía qué respuesta darle a su amiga cuando había sido ella misma quien la había atacado con esa tonta pregunta. Era obvio que estaba interesada en saber de su estado. De que el tratamiento, por el cual habían pagado, funcionara. Además, su amiga era una mujer que estaba en un matrimonio sano y feliz.

Y sobre todo, ¿qué le tenía que importar a ella lo que ese hombre hiciera?

Una vez entraron, los ojos de Sayen enseguida se encontraron a Sam Lorza encogido en sus apuntes y acomodando sus anteojos varias veces. En segundos, él levantó la cabeza y forzó una

mueca al encontrársela. Claro que él tampoco olvidaba lo ocurrido la última vez que estuvieron allí.

—Señorita Sáez —se levantó para saludarla con cortesía forzada—. Qué bueno que vino, ya pensaba que no lo haría.

En una mirada fugaz con la rubia, que le clamaba paciencia, se esforzó por sonreír al menos un poco, aunque lo que ella pensaba que era una sonrisa no parecía más que una mueca torcida.

—También me alegra verlo, señor Lorza.

Natalie les pidió que se sentaran de una vez y ella lo hizo un poco más alejada, casi como una mediadora. Evitó llevarles café y se limitó a pedirle a su asistente solo jugo y galletas.

Sam acomodó la grabadora de voz en la mesa central que los separaba.

—Bien, señorita Sáez, por cuestiones de tiempo seré lo más directo posible en las preguntas, y espero de su parte también ser lo más clara y concisa por favor, ¿de acuerdo?

—«Sí claro, tiempo...» pensó regocijándose en el sofá. Ninguno se soportaba, es más, ¿quién soportaba a Sam Lorza? Seguro ni su propia madre lo aguantaba. No era más que un pedante—. Comience cuando guste.

Sam dio vuelta a la página de su libreta.

—A base de antiguas informaciones y entrevistas, tengo entendido que su largo noviazgo se terminó hace un año. ¿Ha afectado eso a su creatividad? Puesto que no ha publicado nada desde entonces.

Boquiabierta, Natalie giró enseguida su mirada hacia la expresión congelada de la castaña. Era más que claro que intentaba ocultar lo que sintió con esa pregunta tan... directa, pero su aliento contenido la delataba al igual que la sonrisa que apenas formó con dificultad.

Sayen acercó el vaso de jugo a sus labios, necesitaba quitar esa amargura de su garganta.

—Claro que no. El término de mi relación no tiene ningún vínculo con mi carrera, solo me he tomado un descanso.

Sam anotó unas cosas demasiado tranquilo.

—¿Tiene en planes una pronta publicación?

Estuvo en sus planes, ya no. Admitir en ese momento que no tenía nada para mostrar al público por falta de inspiración era inaceptable y mucho menos quería admitirlo delante de su amiga, Natalie confiaba en que lo estaba intentando cuando la verdad era que ni siquiera se daba el tiempo necesario frente a la computadora.

Esa historia de amor... estaba muerta.

—¿Necesita que repita la pregunta?

—No, lo oí. La verdad es que sí he estado escribiendo algo, pero todavía no tiene fecha, por ahora.

Natalie la miró de reojo, sabía cuánto debía cuidar sus palabras.

—Por lo que tampoco tiene un título previsto para su “obra” —la castaña negó, sin pasar desapercibido aquel tono despectivo—. Podría confirmar que es otra historia romántica.

“Otra historia romántica”. La hizo fruncir el cejo. Odiaba que alguien hablara así de las obras



tanto tuyas como de sus colegas. Ninguna se equiparaba con las de otros. Todos tenían una esencia distinta y propia de cada escritor. Y si eran románticas, ¿qué? ¿algún problema?

—Escribir novelas románticas es algo que me gusta y surge por sí solo, lo hago con mi alma.

—¿Aunque ya no tenga su “muso”?

—Usted... —se mordió la lengua antes de despilfarrar una sarta de insultos. Lo único que buscaba ese tipo era sonsacarla—. Escribo desde mucho antes de haber iniciado alguna relación con mi ex pareja.

Sin embargo, era cierto. Daemon había servido de inspiración para varias novelas contiguas a su primera publicación. Otro minuto más con Sam la volvería loca, se estaba desesperando.

—Se especula que el accidente ocurrido el treinta de mayo, donde usted fue atropellada, no fue más que un intento de suicidio, tanto por la ruptura que también conllevó a la falta de creatividad. ¿Es cierto eso?

—¡Espere! —se exaltó la rubia—. Habíamos quedado que nada de preguntas de ese tipo, solo se orillaría al trabajo literario y ya incluso pasó dos veces a su vida personal. Creo que esta reunión debe culminar ahora mismo.

Sam sonrió como un zorro bastante pillo.

—Entonces, concluir dejando la pregunta al aire permite la libre especulación, incluso la mía.

«Zorro desgraciado», pensó la castaña entrecerrando sus ojos.

Ese hombre sí sabía cómo sacar información e inclinar las cosas a su favor, por lo que tuvo que pedirle a Natalie que se calmara.

—Como usted dijo, son solo especulaciones. Para aclarar aquello, el accidente ocurrió porque no me fijé al cruzar la calle. Es tonto, ¿no? Pero así fue. No se trató de ningún intento de suicidio, ni por falta de creatividad como piensa. Cualquiera puede tener un mal día.

Un muy mal día, sin dudas. Natalie suspiró con alivio debido a esa respuesta tan madura como nunca creyó. En cambio, Sam estaba demasiado mosqueado.

—Según fuentes cercanas del hospital regional, usted fue ingresada por intoxicación de fármacos hace unas semanas, ¿qué tan cierta es esa información?

—¿¡Intoxicación de fármacos!? ¡Qué idiotéz! —se levantó exaltada, eso sí que pasaba los límites—. Esto es indignante, ¡inventar una cosa así!

—No son inventos, son investigaciones de una fuente...

—Un idiota tu maldito investigador mentiroso —escupió cabreada las palabras—. ¿Ahora nadie puede tener una vida como cualquiera que tienen que inventar tanta mierda?

Por su parte, Sam había conseguido lo que quería, solo debía apretar un poco más las cosas.

—Señorita Sáez, mi investigador es de plena confianza.

—Pues búscate otro porque no hace más que inventar idioteces. Ingresé por problemas de salud, me sobre exigí ejercitando, ¿de acuerdo?

No iba a contarle que había comprado fármacos en el mercado ilegal. La Sibutramina no era permitida y eso arruinaría por completo su ya dañada imagen. Se pasó las manos por el rostro, ofuscada y bufando desesperada. Lo único que quería era largarse.

—Muchos accidentes en poco tiempo.

Y ya la había orillado. Natalie alejó los vasos de jugos.

—¿Sabe qué? ¡Estoy harta! No publicaré nada en un buen tiempo, he estado escribiendo tranquilamente “OTRA HISTORIA ROMÁNTICA”. No estoy buscando suicidarme, ni tampoco consumo cosas dañinas. No tengo ninguna relación porque no necesito de nadie en estos momentos, y si me permites, antes de que te lance el agua del florero, me largo.

Sam cruzó una mueca por su rostro.

—¿Se cree muy valiosa? —la miró burlesco—. No es más que una escritora en picada y pasada de moda que ya nada la hará superar las ventas necesarias para mantenerse en un anaquel de quinta en el rincón de un supermercado, eso, si tiene suerte. Su tiempo ya fue, y fracasó.

Aunque matarlo hubiese sido grandioso, solo se limitó a lanzarle el agua del florero, con flores incluidas. Apenas recogiendo la poca dignidad que le quedaba, se aferró a su orgullo y se largó de allí, sin escuchar a Natalie ni mirar atrás.

Apagó el celular luego de cientos de llamados de Natalie que solo pasaron directo al buzón de mensajes. Necesitaba estar sola un buen tiempo para recuperarse de aquel horrible encuentro con Sam Lorza. Quitarse la ropa, meterse a la cama y dormir largamente hasta que cuando despertara a altas horas de la madrugada, creyera que había sido una pesadilla. Sin embargo, la ansiedad la carcomió, arrastrándola a su despacho. Quería demostrarle a ese hombre que se equivocaba, que ella sí podía dedicar tardes enteras a escribir y lograr algo incluso mejor que todas sus novelas publicadas juntas. Se cambió a una ropa cómoda, llevó una gruesa manta que acomodó en su silla, encendió un par de velas aromáticas y colocó un poco de música para ambientar los posibles escenarios en su mente. Incluso se preparó un capuchino con crema.

Pero las horas no se detenían y a su paso nada surgía. Tuvo que releer rápido un par de capítulos antiguos para recordar lo que dejó congelado y meterse en el contexto. Escribió páginas que tuvo que borrar varias veces, afligiéndose ante cada palabra que desaparecía ante sus pupilas. Y con la ansiedad llegó la noche, dos cafés se consumieron antes de poder imaginar los momentos, las situaciones, las caricias y los besos. Necesitaba recordar qué se sentía con los ‘te quiero’, necesitaba adorar lo que estaba escrito allí, lo cual no ocurría.

Odiaba cada línea, odiaba la historia y los recuerdos que estos emergían en su memoria. Detestaba ver las líneas forzadas a crear algo solo por existir cuando nada de ello salía de su corazón. Detestaba las palabras de Sam Lorza porque estaba segura de que no era una escritora en picada por sus historias. Aún no había renunciado, todavía podía escribir. Sabía que podía emocionarse y emocionar a los demás, pero para ello, debía hacer otras cosas antes.

Ocultó su rostro entre sus brazos y se inclinó hasta topar con el escritorio. ¿Podría caer más que eso? Las velas ya se habían apagado y apenas siendo iluminada por la luz de la luna filtrándose por la ventana, intentó llorar, chillar o patallar con todo ese dolor que encogía su corazón, hasta que acabó mirando aquella obra una vez más. Nada de eso era de ella, casi parecía ser escrito por otra persona. Esas palabras... Esa voz no era la suya. ¿Un año obligándose a ser quien no era? No con esa pasión que necesitaba para revivir, no con sus sueños. Su corazón estaba destruido, mas no sus anhelos.

Con la firme decisión adelante, tres tonos fueron suficientes para que la rubia contestara.

—¡Sayen! ¿Cómo estás? ¿a dónde fuiste? No quise ir a tu apartamento porque pensé que solo te

molestaría... ¿Estás bien? Ese idiota se fue apenas lo mojaste, estaba furioso. ¿Puedo ir a verte? Me preocupas.

—Nat... —susurró cautelosa, observando detenidamente la pantalla frente a sus ojos. Cerró el archivo y buscó la carpeta donde estaba guardado—. Lo siento, ya no puedo escribir la novela que te prometí.

Natalie tardó unos segundos en contestar. Procesar aquellas palabras la hacía pensar en todas las dificultades que se presentarían con la editorial. El contrato incumplido, el nombre de su amiga, la imagen de su agencia y compromiso. Aunque todo eso no significaba nada si Sayen no podía estar mejor, si obligarla a escribir solo provocaba que empeorara.

—¿Por qué? —quiso escuchar, aunque ya supiera la respuesta.

—Porque... está vacío. Carece de todo, de momentos, de vida, de emociones... —suspiró con amargura—. Carece de mí. No parece ser mía. Cancela el contrato con la editorial, que no sigan esperando.

Cerrando sus ojos, a Natalie no le quedó más que suspirar. Solo esperaba que todo el mal rato que tendría valiera la pena.

—¿Estás...de verdad estás segura?

El puntero se deslizó lentamente por las opciones del archivo donde la advertencia apareció. Si aceptaba eliminarlo, no tendría copias para recuperarlo en caso de quererlo de vuelta. Lo perdería por siempre. Y si lo continuaba, se quedaría allí, estancada más tiempo.

Necesitaba cortar ese círculo vicioso de intentar y no hacer nada, de ver siempre lo mismo, esperando cambios y no buscarlos. Debía encontrar algo nuevo, encontrarse ella.

Tenía que avanzar.

# Capítulo

## 13

Pasó el fin de semana y en el cuarto día del mes iniciaba la semana. La alarma empezó a sonar desde temprano cuando todavía no amanecía y ya la rubia daba vueltas por su casa. Primero hacía el esfuerzo de despertar a Javier, quien envuelto entre las mantas como un rollo le causaba cierta lástima. Y aunque su esposo la tentara a no mandarlo a la escuela, siempre terminaba por hacerlo. La formación de Javier era valiosa.

Cambiada por un pantalón de tela negro de corte acampanado y un suéter color marengo sobre una blusa azul, bajó a la cocina tras retocarse el labial, donde ya Javier revolvía el cereal y Misael daba vueltas preparando el café.

—Vaya que te has tardado hoy, ¿dándote una siesta en el baño?

—También soy humana —se burló, buscando un par de tazas—. Tú tan temprano vestido, ¿no que abres la florería a las diez?

—Me está por llegar un pedido de Lirios y Dalias antes de tiempo, ¿quieres pan? —ella negó—. Te veo algo preocupada.

—¿Viste mi Ipad? No lo encuentro por ningún lado, dudo haberlo dejado en la oficina.

Misael rodeó el mesón llegando hasta Javier, sacando de pronto el Ipad de su colorida mochila. Al verse descubierto, sonrió mostrando su dispareja dentadura con travesura.

—Papi la metió allí.

—Sí, claro, papi lo hizo —sonrió la rubia.

Se sentó frente al pequeño mientras lo encendía, buscando las noticias. El buzón comenzó a llenarse con correos a la agencia de algunos subalternos y otros tantos a su correo personal, incluso el abogado de su compañía se había hecho presente.

Revisó cada correo, pasando página cada vez más rápido. Todos hablaban de lo mismo y le enviaban el vínculo de la entrevista. Sam Lorza no había esperado a la quincena como había prometido, sino que publicó la entrevista en la revista de curiosidades de la semana para descargar su enojo contra Sayen, inundándola de pestes y llamándola “Una escritora pasada de moda y mediocre”, lo cual no hizo más que gatillar una guerra entre él y su amiga, lo que terminó relacionando a su agencia. Ese hombre de verdad buscaba destruir la imagen de la castaña. Hablaba incluso del agua que terminó sobre él.

Cosas que nunca debieron salir de las cuatro paredes estaban allí. Siguió la página del artículo, bebiendo un poco de café para calmarse... Tuvo que afirmarse cuando escupió todo el líquido sobre Javier y tratar de no caer al levantarse atolondrada de la silla. En toda la portada, la imagen de Sayen en plena histeria, con la mirada distorsionada y una mueca horrible en el rostro en el momento que le lanzaba agua.

¿Cómo diablos filtró una cámara?

Solo esperaba que Sayen no usara ni su celular ese día, lo cual no era más que un sueño utópico.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó preocupado Misael.

—Lo peor que puede pasar. Sam Lorza, el tipo del que te comenté el otro día...

—El que terminó con flores encima.

—Ese mismo. Él busca destruir la imagen de Sayen y bueno... la publicación de hoy solo habla pestes. Se suponía que el artículo debía ser primero aprobado por relaciones públicas, pero este tipo nos pasó por el...—miró a Javier, quien limpiándose el rostro miraba atento a su madre—. Este tipo es de lo peor.

—¿No tienes un abogado en la agencia? ¿Ha dicho algo?

—Dijo que debemos levantar una querrela contra Lorza y obligarlo a rectificar, aunque eso no reparará el daño causado, Sayen va a estar de ataque cuando vea la revista.

—Bueno, pero ¿qué tan dañino puede ser? Es su palabra contra la de ustedes —Natalie giró el Ipad, mostrándole la portada con el máximo apogeo de la castaña. Misael torció la boca, queriendo reírse—. Eso sí... vaya, ¿cómo? De verdad... es terrible.

—No sé si llamarla para saber qué está haciendo porque va a sospechar.

—¿No tiene cita hoy con Alexander?

—Oh-por-dios...

—Mamiii estáááá en probleeemaaaaas —canturreó Javier.

Tras haberse dado una larga y relajante ducha para despabilarse de una pesada noche de insomnio, vistió uno de sus típicos trajes formales, uno gris y camisa blanca con una corbata azul. Se jaló el sacó y se sonrió al espejo. No podía ver más que un hombre bastante apuesto y exitoso. Cruzó la amplia sala para beber algo de café mientras miraba las noticias en televisión, misma que le alertó que si no se iba en ese momento, acabaría llegando tarde, y hacer esperar era algo que encontraba desagradable.

Cuando conducía por el puente de la estación central, sus pensamientos fueron interrumpidos por su celular. Miró de reojo a la intrusa y colocó el altavoz.

—Señora Nast, ¿a qué se debe su llamada? No me diga que Sayen piensa faltar.

—¿Entonces sí tiene cita con usted hoy?

¿Por qué sonaba tan preocupada?

—A las nueve, ¿por qué? ¿Ocurrió algo?

—Algo terrible. ¿Recuerda la entrevista que tuvo Sayen el otro día?

—Si algo pasó no fue culpa mía, fui lo más complaciente posible, tal como usted me lo pidió.

—No, no, no fue usted. Sayen tuvo un percance con el periodista, ¡Y ahora la tiene en primera plana!

—¿Cómo es eso? —cuestionó sorprendido—. ¿Fue muy malo?

—Terrible. Por favor, avíseme si Sayen no llega a la cita, temo llamarla porque podría sospechar que algo va mal.

—La mantendré informada.

En cuanto llegó a su consulta su secretaria lo saludó, entregándole el habitual café que bebía antes de iniciar su trabajo. Ya había un par de pacientes esperando en la sala cuando de las manos de uno de ellos estaba la cara de la castaña en primera plana. Buscó enseguida una copia en el

alto de revistas de la semana hasta hallar uno. Su gesto y todo lo que se decía de ella en tan pocas líneas.

—Doctor, ¿sucede algo? —preguntó la secretaria al verlo alterado— ¿Quiere que haga pasar al primer paciente?

—Te avisaré —dijo antes de encerrarse en su oficina.

Sentándose de golpe en la silla de su escritorio, fue a las primeras páginas donde estaba la fallida entrevista. Antes de siquiera iniciar con las preguntas que el periodista hizo a Sayen, había un extenso párrafo introductorio que dejaba bastante mal a la castaña.

Leyó el artículo completo. Las preguntas eran estúpidas, ¿a quién le podía interesar su vida personal? Bueno, quizás algunas personas por allí tendrían interés, pero se notaban las malas intenciones.

‘De la culminación de esta entrevista solo se deja al descubierto que Sayen Sáez ya no es una escritora comprometida con sus lectores, que juega con las ilusiones de estos y que pasa por un terrible despilfarro mental’

En el momento en que Sayen viera aquel artículo, ¿cómo sería su reacción? Esa mujer era tan... Impredicible.

Notar que nadie parecía indiferente a su presencia le hizo pensar que tenía algo en la cara, como quizás restos de pasta de dientes. Estaba segura que ya más de diez personas se habían dado vuelta a mirarla de una forma más que burlesca, por lo que intentó refugiarse hasta las orejas con la bufanda y aceleró el paso. A pesar de la densa nieve, tomar un taxi era tan caótico que solo tuvo que caminar a la consulta. Sin embargo, en cada cuadra por la que doblaba las miradas se acrecentaban, y no lo comprendía, no al menos hasta que pasó cerca de una pareja y vio pasar su rostro en una conocida revista. Luego otra y otra persona más. Corrió al negocio más cercano y lo comprobó.

—Ese hijo de...

‘No comprende el fracaso en el que se ve ligada. Luego de su ruptura amorosa, Sayen Sáez no es capaz de escribir, ni volverá a hacerlo’

Su celular comenzó a sonar. Pagó la revista y contestó apenas con una mano mientras intentaba hojear el artículo, sin fijarse en quien llamaba.

—¿Quién? —respondió hosca.

—Solo llamo de la consulta del doctor Wömpner, recordando su...

—¡Sí, sí, ya sé! ¡Tengo depresión, no pérdida de memoria!

Y cortó. Se pasó la revista por el rostro, arrepentida por su forma de actuar que mucho le había costado al parecer. ¿Qué podía hacer?

Cuando asomó la cabeza por la puerta para ver si la joven había llegado, la encontró en la sala de espera. La pierna le temblaba nerviosa, se mordía las uñas y su respiración estaba lejos de ser normal mientras hojeaba la condenada revista. Carraspeó, asomándose por completo y le hizo un gesto a la secretaria de que él lo haría.

—Señorita Sáez.

Como un resorte la castaña se levantó y giró a él, acercándose a pasos agigantados. Aunque en su rostro intentaba mostrarse tranquila, podía ver la ira contenida en ellos. Tuvo que hacerse a un

lado para que esta pasara con sus demonios.

—Buenos días para ti también.

—¿Buenos días? —se tornó hacia él, ya una vez adentro solos—. Este día no tiene nada de buenos, si vine tan solo fue por cumplir, pero en cuanto salga de aquí, iré donde ese tipo y...

Explicaba gesticulando con sus manos como si hubiera un cuello imaginario entre ellas y aprovechara de ahorcarlo.

—¿Qué? ¿Irás a destruirle el auto a ese tal Sam Lorza?

Sayen bajó los brazos, sorprendida por sus palabras.

—¿Lo viste?

—Creo que a estas alturas ya todo el mundo te conoce.

Las palabras de Alexander jamás arreglaban nada. Lejos de sentarse y calmarse para responder las habituales preguntas del azabache, Sayen comenzó a caminar desesperada de un lado a otro hasta acercarse al gran ventanal. Alex solo se metió las manos en los bolsillos, quedando a pasos tras ella.

—¿Sabes? Así no se arregla nada, primero debes calmarte.

—¿Calmarme? ¿Acaso leíste el artículo?

—Lo hice, también vi la foto. Por dios, ¿debías alterarte así?

—¡Me entenderías si hubieses estado conmigo!

—A ver, cálmate, siéntate y cuéntame qué te dijo.

—No lo hagas —se volteó a él, apuntándolo con el dedo—. No hagas de esto uno de tus análisis porque no es nada que tú puedas controlar.

—No quiero controlarlo, quiero que tú lo hagas.

¿Cómo podía hacerlo? Sus ojos se mantuvieron en contacto con los suyos el tiempo suficiente para que su respiración pasara de una ira amenazante a una relajación diferente. Sus hombros bajaron la tensión y terminó maldiciendo en silencio al verse ella misma caminar al diván. Lanzó la revista, que ya estaba más que estrujada, sobre la mesa de centro y cayó rendida.

—Entonces... —murmuró Alex, tomando asiento en su habitual lugar frente a ella—. Ese día cuando te fuiste de aquí ibas muy bien, ¿fue allá que te alteraste o ya ibas de mal humor?

—Ese hombre altera hasta a su madre...—gruñó—. Yo sabía que eso pasaría en cuanto Natalie me llamó avisando. No puedes estar en la misma habitación con Sam Lorza y no terminar todo en un incendio.

Alex asintió como si comprendería bien, aunque quizás la sensación no era tan diferente a la que tenía con ella.

—¿Qué fue lo que te dijo?

Qué no le había dicho. De solo recordar hacía que sus manos se empuñaran por la rabia contenida.

—No es muy diferente a lo que escribió en la revista.

—O sea que te llamó fracasada.

Sayen agitó la cabeza desesperada, escucharlo era peor que leerlo.

—Ese hombre se tomó la atribución de meterse en mi vida personal. Habló de Daemon, del abandono, me llamó suicida y drogadicta, ¿puedes creerlo?

—Bueno, técnicamente eres una ‘drogadicta’, pues los fármacos cualesquiera sean son químicos, y los necesitas para tu estabilidad. Además, estuviste un tiempo consumiendo Sibutramina, la cual es ilegal, por lo tanto fomentaste las transacciones ilícitas. Eres toda una traficante, Sayen.

Anonadada, sintió cómo la mandíbula casi se le caía.

—¡Dios mío! ¿No te pago para ayudarme? Todo te causa mucha gracia, ¿no? Incluso las desgracias ajenas.

—No lo decía enserio, pero vale, trataré de no ser tan...

—¿Imbécil?

—Directo, iba a decir directo —Sayen tornó los ojos en blanco, haciéndolo sonreír—. Por lo que tengo entendido, Natalie está hablando ya con el abogado de su agencia, impondrán una demanda.

—Eso no es suficiente, él ya arruinó mi imagen. Él debe hacer algo más, otra cosa... Él debe disculparse.

—¿Y crees conseguirlo?

Sayen lo miró con cierto brillo en los ojos.

—Sam Lorza debe recibir de su propia medicina. No puede ser que esto se quede así, como si nada.

Y antes de poder decir algo, el celular de la castaña sonó. Le pidió un momento a Alex y esta vez sí miró la pantalla, donde encontró el nombre de Terry Black.

—Solo dame un minuto —le pidió antes de levantarse y alejarse un poco del azabache, quien la siguió con la mirada—. Hola.

—¡Cariño! Dime que lo que leí no es cierto.

—Claro que no... no todo. Terry, Sam me está difamando por venganza, ya sabes.

—Pero la foto...

La condenada foto que la dejaba en evidencia en el perfecto momento en que enloqueció tirándole el agua.

—Eso sí... ¡Pero es que él se lo ganó! Tú sabes cómo es él.

Alex se inclinó en el sofá y prestó especial atención. En cuanto escuchó a la castaña pronunciar el nombre de ese hombre, su oreja se convirtió en una especie de antena. Sayen hablaba demasiado bajo para su gusto y eso despertaba su curiosidad. Un rato después, sin decir mucho, esta cortó y volvió a sentarse frente a él.

Alex la miró, fingiendo desinterés.

—¿Ocurrió algo?

—Era Terry. Habló con Natalie para dar su apoyo, pero no quiero que se involucre en nada.

—¿Por qué? —cuestionó curioso, ¿le importaba?

—Porque Lorza podría contraatacar. Esto que me hizo fue su venganza porque años atrás hizo



algo parecido que me sacó de quicios y terminó igual, solo que ahora vino preparado. ¿Cómo no notamos que llevaba una cámara? Ni siquiera estaba maquillada.

Alex sonrió divertido por su último comentario.

—Si te vengas, él volverá a hacerlo y será un círculo vicioso.

—¿Tú no pensabas hacer lo mismo? —Alex guardó silencio, a lo que la castaña suspiró profundamente—. ¿Es mucho pedir que se arrodille y me implore perdón?

—¿Acaso te meterás a su casa y lo obligarás a hacerlo? Debes ir por la vía legal —bajó la cabeza y murmuró—. Cabezota.

—¿Qué? ¿Cómo me llamaste?

—Nada. ¿Cómo vas con los medicamentos?

Respiró tan profundo que Alex pudo oírla también. Se veía tensa, tanto que incluso podría usarla de mesa para planchar sus camisas una tarde entera. Lo cierto era que ella tenía toda la razón para estar enojada. ¿Por qué tuvo que ser tan impulsiva?

Sus ojos tristes se volvieron amenazantes, y en apenas un hilo de voz cuestionó a Alex:

—Alex... ¿Por qué nada me puede salir bien?

—Porque te dejas dominar por las emociones. Debes aprender a manejar la ira, la tristeza, debes aprender a darte diez segundos.

—Es imposible para cualquiera controlarse... —él negó—. A ver, tu sí puedes, ¿verdad?

—Necesitamos que aprendas a controlarte, que pienses antes de actuar. Está bien que tengas emociones, pero no puedes basarte en lo primero que sientes, sino... siempre terminará mal.

—A veces...—susurró bajito— quisiera no tener sentimientos, así no me preocuparía por nada ni nadie.

Alex frunció el gesto pensando cómo corregirla. Tampoco se trataba de no sentir nada, aunque claro eso haría más fácil las cosas. Él también a veces deseaba tener esa capacidad, así nunca habría sufrido lo que sufrió, nunca recordaría con amargura y jamás volvería a atormentarse por las pesadillas.

Verla encogerse en el diván, aferrada a los cojines, le hizo mantenerse en silencio. Y aunque aún no lloraba, veía aquellos ojos cargados de emociones.

—No se trata de eso —musitó inseguro.

—¿Entonces? Dime cuál es tu truco, a ti nada te afecta.

—«Eso crees tú»

Pensó en preguntarle si el tal Daemon se había comunicado con ella, después de todo era el ex que había “destrozado su carrera”, aunque lo terminó reconsiderando. Estaba a punto de explotar y eso sería como echarle leña al fuego.

—¿Qué debería hacer..., Alex?

No sabía qué aconsejar. ¿Irse de la ciudad? ¿del país? ¿cambiarse el nombre? Nada serviría. Ella era una escritora de renombre con una fama forjada por su trayectoria literaria, en cualquier lugar podrían reconocerla. Aunque quizás cambiar de aires un tiempo no sería tan malo.

De pronto la puerta se abrió, con su secretaria entrando hecha un rayo. Estaba agitada y

demasiado nerviosa.

—¡Doctor, mire por el ventanal! —le pidió la mujer. Confundido, Alex se levantó y, ante la sospecha, Sayen lo siguió rápida. Al ver hacia la calle, se encontraron con la entrada copada de periodistas y camarógrafos.

—Mierda, mierda, mierda —se agarró la cabeza, asustada. ¿Cómo se enteraron de que estaba allí? —. ¡Debo irme! Van a entrar, debo ocultarme. ¡Mi chaqueta, mi bolso!

Se movió nerviosa por la habitación, buscando desorientada sus cosas que tenía frente a ella. Su mente se había bloqueado y solo sus pies parecían responder con suerte para solo hacer un agujero en el suelo, moviéndose por donde mismo. Alex al ver cómo comenzaban a entrar al edificio, corrió a ella tomándola de los hombros y la agitó con la fuerza necesaria para despabilarla.

—Mírame a los ojos —se agachó un poco para quedar casi a su altura, al menos así sus ojos se encontraban—. Vas a hacer lo que yo te diga. Saldremos de aquí, ¿de acuerdo?

Sayen estaba demasiado nerviosa y él mismo podía comprobar sus hombros temblorosos.

—¡Nos van a encontrar! No hay más salidas, no son tontos —dijo casi al borde de las lágrimas.

Frunciendo los labios, Alex apretó sus hombros con más fuerza para que ella sintiera que no estaba sola.

—Sí la hay, vamos.

La secretaria al ver que estos tomaban sus cosas y salían de la consulta, se interpuso enseguida en el camino de ambos.

—Doctor, ¿qué debo hacer con los pacientes que ya están esperando?

—Re-agenda las citas —respondió tajante e ignorando a los que ya estaban ahí. Tomó a Sayen del brazo y la hizo correr.

El pasillo estaba despejado, pero ambos ascensores marcaban los pisos que iban ascendiendo. Corrieron a la escalera de emergencia, sin embargo, las voces aumentaban desde los pisos inferiores. Corriendo por otro pasillo, Sayen se detuvo jalando del brazo de Alex. Sus latidos estaban a mil como su respiración agitada.

—Vamos Sayen, no hay tiempo —la tomó del brazo otra vez, pero ella se soltó.

—¿A dónde? No hay más salidas. Solo me queda enfrentarlo.

No podía dejarla hacer aquello, ¡colapsaría! Además, ¿cómo se enteraron de que ella se atendía allí? Solo pudo haber un soplón, alguien que la vio entrar a su consulta. Quizás algún paciente...

—No digas tonterías, no te dejaré ser devorada por esos idiotas.

Al escuchar algunas voces y ver a un hombre asomarse por el final del pasillo y gritar su ubicación, Alex tomó la mano de Sayen y se apresuraron a entrar por unas puertas que marcaban restringido. Todo estaba a oscuras. El olor era denso y húmedo, y cada cierto paso pisaban cosas peores.

—¿Por dónde vamos? No puedo ver, ¿qué es esto?

Alex no respondía, estaba muy pendiente del camino por el que iban para que no terminaran haciéndose daño. De pronto, casi topando con una pared, Alex se detuvo y comenzó a palpar hasta hallar un tablero de botones. Un pesado ruido metálico resonó, estremeciendo el corazón de

ambos, más aún cuando la puerta por la que antes habían entrado se abrió de golpe.

—¡Allí está! ¡Señorita Sáez! ¡Solo unas preguntas!

Dos camarógrafos y tres hombres más corrían hacia ellos. Cerró sus ojos asustada cuando de pronto Alex la jaló con fuerza. La gravedad hizo lo suyo y al darse cuenta que ambos estaban a salvo dentro del ascensor, pudo observar cada rincón con la luz intermitente.

—Este es un viejo ascensor de carga, lo usan para sacar la basura de los insumos médicos de otras oficinas —comentó Alex, mirando alrededor.

Para ambos el lugar estaba lejos de ser limpio. Había bolsas negras en los rincones e incluso residuos líquidos en el suelo. Al darse cuenta que continuaba tomada de la mano del azabache, ambos se quedaron mirando como si hubiesen cometido algo malo y se distanciaron, pero al momento en que Sayen retrocedió y movió una bolsa con el tacón de la bota, dos ratones salieron disparados como locos.

—¡Aaaah! —Y tan pronto se había alejado, terminó saltando a los brazos de Alex—. ¡Que no me toquen, que no me toquen!

Asustado por aquella cercanía de sentir sus brazos rodear su cuello, y como todo su cuerpo pegado al suyo emitiendo un calor tan extraño, su rostro se calentó producto a la vergüenza, no pudiendo reaccionar como hubiese deseado. Solo la dejó hacerlo, no era algo que se sintiera tan... mal. Sin contener sus acciones, dubitativo, fue subiendo sus manos. ¿Cómo reaccionaría? A solo centímetros de tocar su espalda, el ascensor se detuvo de golpe. Ya habían llegado al primer piso, y con ello el calor de Sayen se fue alejando junto a ella, dejando rastros de una sonrisa de alivio, mientras en él, un sentimiento de confusión y curiosidad.

—Alex —su voz lo hizo reaccionar, tomando ahora ella su mano—. Vamos.

Encontrando la puerta trasera de la bodega, y entre que tuvieron que arrastrar cajas y bolsas con los pies, corrieron por el callejón lo más rápido posible para llegar a la esquina y tomar el primer taxi que pasara. Lo más probable era que el estacionamiento estuviese custodiado por otros reporteros y eso haría imposible para Alex sacar su auto. En cuanto llegaron a la esquina, subieron a un taxi.

—Esto es terrible, ¿por qué tiene que pasar esto?

—Concéntrate ahora. ¿Ir a tu apartamento será seguro?

¿Lo sería? Se cuestionó.

—Nadie debería saber que vivo allí, solo pocas personas lo saben.

Aunque no estaba seguro, debían llegar a algún lugar, no podían quedarse vagando por las calles. En cuanto llegaban al edificio donde vivía la castaña, vieron a lo lejos el equipo periodístico de Lorza esperando en la puerta de entrada. Sorprendida por encontrarlo allí, con su maldita sonrisa socarrona, intentó bajarse con el auto en movimiento para ir a poner a ese desgraciado en su lugar.

—Espera, ¿qué diablos haces? —la agarró de la cintura, obligándola a sentarse—. Señor, siga andando. Sayen, ¿en qué pensabas?

—Ahí está ese maldito, ¡déjame ir a partirle la cara!

—¡Claro que no! ¿Quieres hacer otra tontería? Piensa antes, ¿sí?

—Pero... pero...

—Pero nada —cortó y se acercó al conductor dándole otra dirección.

—¿A dónde vamos? Parece que ningún lado será seguro.

Aunque no fuera la mejor decisión, ya no tenía otra opción que esa, al menos por ese momento.

—Todavía hay un lugar.

# Capítulo

## 14

Pasando el centro comercial, e incluso por la calle que los dirigía a su consulta, diez minutos después se encontraban por el otro lado de la comuna al sector oriente. Las calles lucían superiores, las pocas tiendas más que exclusivas y los edificios de completo lujo.

De pronto, el taxi aparcó.

—Bajemos aquí —dijo Alex.

Tuvo que seguirlo al menos dos cuadras antes de entrar a un altísimo edificio llamado “Odín”, un complejo de edificios demasiado imponentes.

—¿Por qué nos bajamos antes?

—Porque no sabemos si el taxista podría ser un soplón.

Los guardias de la recepción ni se molestaron en levantar la mirada por suerte, ni mucho menos un saludo. Subieron al estrecho ascensor donde Alex marcó el décimo piso. Ambos iban en completo silencio, guardando las distancias, a diferencia del rato atrás.

Al final del pasillo, Alex abrió la puerta tan solo digitando un código en un tablero especial de cerradura que sorprendió a la castaña, a lo que Alex la hizo reaccionar haciéndola entrar. En completo silencio dio unos cuantos pasos al interior y esperó por él hasta que la curiosidad la hizo caminar por sí sola hasta una amplia sala de piso marmolado, y luego al extenso ventanal que dejaba una gran vista de la ciudad. Pensar en lo sorprendente del lugar era quedarse corta.

Volvió sus ojos al interior, encontrándose a Alex quitándose el saco y dejándolo en un impecable sofá blanco individual. El más grande, del mismo color, no parecía tan mullido como el otro.

—Creo que lo mejor sería que llames a tu agente.

Era cierto. Al revisar su celular, descubrió las numerosas llamadas perdidas de Natalie, las cuales de seguro no escuchó por tanto ajeteo. Marcó su número y en cuanto sonaron dos tonos, ella respondió.

—Dime que estás a salvo...

—Estoy en el apartamento de Alexander —murmuró. Viendo a Alex alejarse por el pasillo y desaparecer tras una amplia puerta corrediza color negro que cerró tras de sí. Confundida, se sentó en el largo sofá, pensando en todo lo ocurrido—. ¿Por qué está pasando todo esto? De pronto llegó un montón de periodistas a la consulta. Tuvimos que huir como ladrones.

—No me digas más. Pasé por tu apartamento y me encontré con Lorza —la castaña suspiró.

—También lo vi, ¿no podemos denunciarlo por acoso? Esto me va a volver loca. ¿Cómo podrá dormir tranquila si solo pienso que se me va a aparecer por la terraza? ¿no hizo suficiente daño ya?

—Ahora mismo voy directo a la fiscalía con Brian a poner una denuncia. Ya llamé a la policía para que vaya a quitarlo de tu edificio, pero por ahora mejor no vayas, yo pasaré a buscarte.

—¿Quieres que me quede aquí? —cuestionó pasmada.

—Por ahora.

Lejos de relajarse, lo único que consiguió fue tensarse. Aun cuando Natalie había cortado y pasaron minutos para que Alex volviera cambiado por un jeans oscuro y camiseta azul. Ella no hizo otra cosa más que callar sus quejidos con sus manos y sollozar en silencio. Creía que si cerraba los ojos las lágrimas se contendrían, lo cual no fue nada más lejos de la realidad. Estas caían como si alguien hubiese abierto una llave interna que cedía el paso de todas ellas. Para Alex, verla así resultaba incómodo. Ver las lágrimas, sus manos temblorosas...

No sabía qué hacer.

—¿Tienes hambre? Sigue siendo temprano, pero puedo pedir algo —dijo, encendiendo el televisor para distraerla o al menos escuchar algo diferente.

—¿Puedo usar tu baño?

Él solo le indicó con el mando el pasillo.

Se enjuagó el rostro varias veces hasta notar que los ojos se le deshincharon un poco. Aunque su nariz continuaba roja, no podía permanecer allí encerrada. En cuanto salió por el pasillo, sus ojos se encontraron otra vez. Nada en las paredes ni en la mesa de arrimo le indicaba algo de la vida personal de Alex. A pocos metros, él cortó una llamada y cambió el canal.

—¿Pasó algo? —¿por qué había reaccionado así?

—No es nada, solo hablaba con John.

¿Con John? Se acercó, quitándole el mando, y volvió al canal anterior. Un estúpido programa farandulero repetía el video del día en que Alex la atropelló.

—Dame eso, dámelo —se lo arrebató de un tirón—. No necesitas ver esas cosas. Ya está más que claro que ese hombre ha hecho mucho.

Los sentimientos volvieron a ella, golpeándola como una roca en la cabeza. Alex notó la tensión llegándole a la cara, estaba seguro que tenía un relajante en su botiquín.

—¿Puedo tomar un café? —preguntó curiosa.

Y aunque en otra condición se lo hubiese permitido, a pesar de todo, no podía dejarla ceder.

—No, prefiero que bebas té. Ya sabes que el café es estimulante, creo que debemos evitarlo por ahora.

Sin refutar, volvió a sentarse en la sala. Por su parte Alex, después de dejar el agua calentar, volvió a su habitación en búsqueda de la pastilla, por suerte tenía varias cajas.

—Toma, bébelo, no está muy caliente.

Sayen obedeció sin preguntar que era, todo lo ocurrido hasta ahora le dejaba en claro que no podía desconfiar de él. ¿O sí? Después de todo, ¿cómo los periodistas descubrieron que se atendía allí? Además, ¿de verdad hablaba con John “el cardiólogo”?

—¿Qué te dijo tu amiga? —preguntó él.

—Que me recogerá más tarde —¿necesitaba saber algo más? Fue atando cabos en su mente... ¿Por qué Alex se había expuesto así?

Pasando casi media hora, y cada vez más próximos al medio día, Alex tomó en cuenta el profundo silencio en que estaban sumergidos. Siempre creyó que llevar a una mujer a su apartamento sería lo más bullicioso y molesto.

Todo estaba demasiado tranquilo, ella lo estaba. Su inexperiencia con mujeres en otro aspecto fuera del sexo no le daba información alguna para entender lo que acontecía.

—¿Qué tanto piensas? —le preguntó curioso.

—Pienso en... ¿qué te he hecho yo para que me hicieras esto?

¿Acaso ella sugería lo que él estaba creyendo? Debía ser una broma.

—¿Disculpa? ¿Qué he hecho aparte de salvarte?

—¿De verdad me salvaste? Entonces, ¿cómo me explicas que descubrieran donde me atiendo? Es obvio que ni Natalie ni yo fuimos, mucho menos Misael, y dudo que Javier lo haya hecho.

—Entonces porque no fueron ustedes, sugieres que fui yo —pasmado, esperó a que Sayen se retractara de sus palabras, lo cual no ocurrió, parecía que llevaba todo ese rato pensando lo mismo—. Sorprendente. Dejo a mis pacientes de lado, perdiendo buenas ganancias por un día, busco una salida para la niña, la traigo a mi apartamento y ahora me sale con esto. Eres una malagradecida.

—¿Malagradecida? —se levantó ofuscada, buscando sus cosas—. ¿Yo? Eres el único con el que tengo contacto, el que sabe mis secretos, el que lo sabe casi todo de mí.

—Todo lo que dices son tonterías —se levantó también siguiendo sus pasos, parecía querer marcharse—. Yo tengo un compromiso de ética, jamás he hablado sobre mis pacientes e incluso he tenido gente más famosa que tú sentada en mi diván.

—¡Pero tú me odias! —se giró a él a solo pasos de llegar a la puerta—. Nos odiamos desde el día del maldito atropello, ¿por qué debería pensar que de verdad te importa mi privacidad? ¿esta es tu venganza? ¡lo conseguiste! ¡de verdad lograste lo que querías!

¿Su venganza? Su venganza estaba lejos de ser así. Es más, ¿cuáles eran los planes de su venganza? Cuando se dio cuenta esa vez que hacerle pagar con su dolor no era complaciente y que jugar con los sentimientos de alguien tan deshecho como ella estaba lejos de ser divertido.

Él planeaba otras cosas, como hacerla arrepentirse de sus idioteces, que lo necesitara, y que le rogara por ayuda. No como ella creía

—¡Que no he sido yo! —gritó cabreado, y dando los pasos restantes para llegar a ella y tomarla del brazo—. Sí, te odié mucho, destrozaste mi auto, pero lo superé. Jamás me vengaría con algo así.

¿Cómo creerle...?

—Y si no has sido tú entonces, ¿quién?

No podía caer, no podía hacerlo. Pero la intensidad de sus grandes ojos negros traspasando cada fibra de su piel y viendo a través de ella, solo hacía sus rodillas temblar y sucumbir a sus palabras. ¿Por qué? ¿Cómo podía creerle a ese hombre? Pensar todo ello la inquietaba más que buscar al culpable.

—Creo sospechar de alguien, aunque quiero estar seguro primero.

La tensión de su cuerpo fue bajando junto a la represión de Alex.

—¿Y con quién hablabas entonces?

—Te lo dije, con John, mi amigo cardiólogo que te visitó en el hospital —bufó—. Vio las noticias y salió mi nombre, por el accidente.

Sayen suspiró, apoyando su cuerpo en la puerta. El agarre de Alexander se debilitó hasta ya no tocarla más. Vio cómo su mano pálida y largos dedos volvían a meterse en su bolsillo.

—¿Por qué me ayudaste a escapar? Pudiste haberme escondido.

Sí, era cierto. Podría haberla escondido en su oficina y haber cerrado las puertas, incluso haber llamado a la policía para echar a los periodistas. Sin embargo, ¿por qué hizo toda aquella locura? Sobre todo, ¿por qué la llevó a su apartamento? Pudo haberla llevado a la misma casa de la rubia, y en cambio acabó prefiriendo abrir las puertas de su hogar.

—Yo... yo no quería asustar a los demás pacientes.

Fue todo lo que pudo decir, y al notar cómo los ojos de Sayen pasaban de la curiosidad a la decepción, se mordió la lengua. ¿Por qué le importaba tanto lo que hiciera o pasara con esa mujer?

—De todas formas estás a salvo aquí, así que deja de preocuparte.

—¿De verdad lo estoy?

Ver otra vez esa pizca de desconfianza le alteró hasta los pelos.

—Mira, puedes hacer lo que quieras. Ve y encuéntrate con esos periodistas, o quédate aquí hasta que las cosas se calmen un poco. Tú eliges.

Se fue de regreso a la sala, dejándola allí parada con las dudas. No era posible para ella quitarse la idea de la cabeza de que él tenía algo que ver con todo ello, aunque por otro lado no podía simplemente irse y meterse en la cueva de los leones.

Se sentó en el largo sofá, contemplando desde la distancia al azabache, quien desde su sofá individual, tal como si estuvieran en la consulta, se mantenía al margen de todo lo que oía en televisión. Miró a cada lado, preguntándose si Alexander viviría con alguien, o si alguna vez lo hizo. Ese lugar era tan frío y tan... él. Todo era tan amplio, moderno y frío, que no sabía ni cómo tocar el suelo por temor a arruinarlo. Seguro vivir allí era muy costoso, pues hasta su inodoro parecía estar a otro nivel. ¿Acaso el tablero de botones que lo acompañaba a un costado de verdad funcionaba?

Para cuando Alex pensó que ya tendría que volver a cambiar de posición en el sofá, las noticias comenzaron, lo cual significaba que había pasado de una hora decente para empezar a comer y tendría que calentar pronto algo en el microondas. Percibió cómo Sayen parecía estar sumergida en un profundo sueño mientras con sus mismos brazos se arrullaba intentando darse calor. Se acercó a pasos silenciosos, creyendo que al más mínimo sonido ella despertaría, lo cual no fue así. Incluso cuando sus manos se posaron en sus hombros para recostarla a lo largo del sofá, ella continuó metida en sus sueños. Le quitó las botas y la cubrió con una manta de lana azul que quitó de los pies de su cama. Tuvo que subir la temperatura de la calefacción, pues había vuelto a nevar.

Vio cómo se acurrucaba relajadamente y cómo sus mejillas sonrojaban por la calidez del lugar. Desvió su mirada hasta sus numerosas y largas pestañas, luego bajando por su recta nariz y rosados labios... ¿En qué demonios estaba pensando? Se sorprendió a sí mismo casi con las manos en la masa. Abofeteándose por dentro por las tonterías que pensaba, se alejó lo suficiente de ella para espantar ese extraño efecto. Mirarla se volvió tan cautivador que tuvo que irse rápido de allí y renovar aires en su habitación.

Estaba casi oscuro cuando Sayen volvió a abrir los ojos y notó que estaba sola en un lugar que



por poco había olvidado. Su reloj en el celular marcaba las seis y ninguna llamada de Natalie, solo de algunas viejas amistades que para esas horas debían saber “todo” por el reportaje de Sam Lorza.

Buscó el interruptor, iluminando la sala con una tenue luz poco antes que el atardecer se fuera y nubes oscuras cubrieran el cielo. ¿Dónde estaba Alexander? No había ruido que anticipara dónde se encontrara más que la luz que se filtraba bajo las negras puertas corredizas, la cual seguro era la única habitación. Se preguntó si estaría durmiendo e incluso pensó llamarlo, cuando de pronto la puerta se deslizó y se dejó ver con apariencia despeinada y fregándose los ojos.

—¿Hace cuánto estás despierta? —preguntó entre bostezos.

—Acabo de despertar —susurró—. Lo siento, no tuve que haberme relajado tanto.

Alex se encogió de hombros. Después del relajante que le había dado mezclado con el té, eso era lo más normal.

—¿Te ha llamado Natalie?

—No, pero no te preocupes, si necesitas que me vaya...

—¿Por qué siempre tiendes a ponerte en situaciones en las que nadie te ha orillado? —su hastío volvía con creces—. Ya es hora de cenar, vamos a la cocina.

Lo siguió, cautivada por la idea de ver a Alex en la nueva faceta de cocinero. Se acomodó en el mesón que se ubicaba en el centro de la amplia cocina y observó impaciente a que sacara un montón de ingredientes del refrigerador. Sin embargo, Alex sacó solo dos bandejas negras del congelador.

—Espera —dijo antes de que los metiera al microondas—. ¿Solo conoces la comida congelada? Porque no es muy sana.

—Seguro es más sano de lo que sabes tú de comida. Además, es lo único que tengo, jamás cocino.

—¿Entonces por qué tienes esta enorme cocina full equipada? —No podía no sorprenderse con tanta modernidad y elegancia y pensar que solo usaba el microondas—. Es un verdadero desperdicio.

Caminó al refrigerador para buscar algo distinto, pero tal como había pensado, no encontró más que comida congelada, vino tinto y unas latas de cervezas. Al parecer el “gran” Alexander no era muy distinto a otros hombres. Mismo que la hizo apartarse con cuidado.

—¿Puedo proseguir con la cena?

Sayen le hizo un gesto decepcionada y volvió al mesón en silencio. Cinco minutos después tenía un plato de arroz y pollo, tal como la vez pasada en su apartamento. ¿Acaso ese era el único menú que Alex conocía? Le colocó más sal, aunque ni así se desaparecía aquel sabor insípido. Por su parte, Alex parecía muy cómodo comiendo aquello.

—¿Solo comes cosas congeladas?

—No tengo nada de tiempo para cocinar —respondió, restándole importancia.

—«Sí, claro», pensó ella. Había tenido todo el tiempo para haber preparado incluso fideos blancos—. No sabes cocinar, ¿verdad?

Aunque la miró de reojo con ganas de hacerla tragarse el pollo entero de una vez, prefirió

guardar silencio para no fomentar sus burlas. No era que no supiera cocinar, tan solo llevaba mucho tiempo sin hacerlo y eso había provocado que olvidara algunas cosas. También consideraba mucho más práctico que algo estuviese pre cocinado y solo tener que ponerlo en el microondas para que terminara su proceso, luego solo era cosa de relajarse con la comida, aunque Sayen se encargara de hacerlo complicado.

—Tú sí debes ser una experta en cocina, ¿no?

—Bueno...—lo miró altanera, como si Alexander hubiese tocado un punto de plena satisfacción—. Hago cosas muy deliciosas, al menos eso me han dicho... muchas veces.

—¿Quién? —preguntó en tono burlesco, arrepintiéndose en segundos. Claro que una persona en especial le habría dicho esas cosas—. Bueno, supongo que deberías demostrarlo, así para al menos creerte.

—Ah, ¿sí? —sonrió forzada. Recordar a Daemon en un día tan ajetreado era perjudicial—. Quizás un día tengas el honor de probar mi mano.

Con gesto jocosó dio otro bocado, sin creer en que ella tuviera tales cualidades culinarias de las que tanto se jactaba. Aunque debía admitir que pensar en comida casera lo tentaba de tal manera que estaba dispuesto a comprarle todos los ingredientes si ella se lo dijera. ¿Hacía cuántos años no probaba una deliciosa cena hogareña? Quizás muchos, muchos años atrás.

—Solo te tiras flores, ¿no? ¿Qué cosas sabes preparar?

—Sé preparar un jugoso pollo con verduras y un arroz que no sabe a plástico, lo cual no es poco.

—Bueno, si te desagrada tanto... —alargó su mano para quitárselo, pero la castaña lo evitó moviendo su plato como un perro que protegía su comida—. ¿Qué más?

—Muchas cosas más, te morirías.

—¿Intoxicado?

Enseguida ella frunció la frente.

—No, de dicha. Amarías mi comida.

—Quizás sí debas demostrarlo un día, ¿te parece?

—Claro, ¿por qué no? —sonrió con tal genuinidad que interrumpió la comida y sometió a Alexander unos minutos para observarla con detalle. De nuevo esa sonrisa preciosa...—. Natalie tarda mucho.

Recordó que Natalie pasaría a buscarla, y ya se estaba haciendo bastante tarde, bueno, al menos en invierno lo era, ya estaba oscuro.

—Ustedes parecen muy cercanas, como hermanas. Ella se preocupa mucho por ti.

—Así es, Natalie es más que mi mejor amiga —explicó calmada—. Siempre lo ha hecho y yo por ella, solo que parece que yo le doy más razones que ella a mí.

Alex se apoyó relajado en el mesón, casi inclinándose hacia ella.

—¿Desde cuándo se conocen?

Y aunque su sonrisa era tenue, pudo percibir en esos ojos, que ahora lucían azules, que estaba contenta y relajada por conversar aquello, de que los recuerdos eran gratos. Que era feliz en ese instante.

—Desde el día que nos declaramos rivales.

—¿Cómo? —cuestionó confundido—. ¿Rivales?

—Es una laaaaarga historia... pero puedo resumirla —bajó la mirada y se mordió el labio inferior con cierta ansiedad—. ¿Quieres oírla?

Y apoyando los codos en la mesa realmente interesado, clavó sus ojos en ella.

—Claro.

Sayen rodó la mirada como si buscara el comienzo o las palabras indicadas para remontarse a aquellos días. Algo brilló en sus ojos, cosa que provocó cierto temblor en el habitual rígido cuerpo de Alexander.

—Natalie es un año mayor que yo, pero entramos el mismo año. Es decir, entré cumpliendo dieciocho —Alex asintió—. La primera vez que nos vimos fue en la universidad.

—¿Estudiaron lo mismo?

—No, ella estudió periodismo y yo estudiaba kinesiología —el azabache la miró con una ceja en alto—. Enserio, de verdad lo hice, y realmente era buena.

—Bueno, te creo —sonrió tenuemente, algo divertido por imaginarla en esa faceta y con uniforme—. Lo dejaste.

—Eh... sí, pero eso va más adelante, mucho más. Era nuestro primer aniversario en la universidad, y tú sabes, las carreras compiten en distintas actividades y uno siempre quiere hacerlo todo. Con Natalie tuvimos un instantáneo cruce de miradas, nos caímos mal, chocamos desde el primer momento con solo saber nuestra existencia y rivalizamos cada cosa, incluso la carrera de sacos. Siempre tuvimos esa clase de encuentros donde apenas nos podíamos ver. Por alguna razón, yo la encontraba demasiado engreída y ella a mí demasiado molesta.

Imaginarla como una adulta reciente se le hacía divertido. ¿Habría sido la típica rebelde que daba dolores de culo?

—¿Entonces cómo se hicieron amigas?

—Ese mismo año nos quedamos atrapadas en la biblioteca —comentó divertida—. También competíamos en calificaciones y estudiábamos mucho para destacar entre nuestros compañeros y se corriera la voz. Demasiado pretenciosas, pero también me pasaba horas escribiendo allí. Entonces nos pilló a ambas el sueño y cuando despertamos, ya todos se habían ido.

Alex soltó una ligera risa.

—Nos encontramos en la puerta. Discutimos, intentamos llamar al guardia, la policía, romper los vidrios y gritamos como locas, pero solo tuvimos que quedarnos allí —hizo una mueca—. Después de discutir, solo nos quedó hablar... Hablamos demasiado.

—Se conocieron sin prejuicios.

Con expresión nostálgica, ella asintió.

—La quise desde ese momento. Cada día hablábamos, nos íbamos juntas cuando coincidíamos, me animó en todo... —se calló pensativa, volviendo habitual para el azabache aquel gesto que formaban sus labios cuando algo rondaba su mente—. Quizás demasiado.

—¿Por qué lo dices?

—Quizás si... no me hubiese dado el valor para salir con Daemon, no estaría pasando por todo esto.

Alex no pudo evitar la sorpresa que le causaba sus palabras. ¿Hablabas en serio?

—¿Te arrepientes?

Pregunta que, tras meditar, negó cambiando de idea.

—No, no me arrepiento. Jamás podría hacerlo.

¿Era así o solo se negaba a la verdad por ser tan cabezota? Necesitaba saber más de ella, conocer mucho más para poder comprender esa fijación enfermiza.

—¿Aun después de todo...?

—Él no tiene la culpa.

Allí iba de nuevo, solo que esta vez, escucharla era más desesperante.

—Bueno, olvidémonos de ese hombre por un momento. Entonces, tu amiga hizo su agencia y te promocionó como escritora, ¿no?

—En realidad fue al revés. Yo promocioné su agencia —recuperó su egocéntrica expresión—. Ya había ganado un concurso literario con mi primera novela y ya tenía dos novelas más con la editorial. Ser parte de su agencia fue mi apoyo incondicional como amiga, aunque pasara a quedarse con parte de mis ganancias.

—¿Ganas mucho? —preguntó curioso—. Me he preguntado varias veces cómo lo haces para sustentarte si no estás escribiendo nada.

—Gané mucho y fui inteligente en algo. Compré propiedades con el dinero del premio, además de mi apartamento, por lo que vivo de los arriendos y otras inversiones. Por suerte lo hice... porque creo que ya no escribiré más.

—¿Qué? ¿Cuándo decidiste eso?

Toda la expresión de Sayen se aflojó entristecida.

—Creo que sería lo mejor quitarme las ilusiones de una vez.

—Pero... ¿por qué lo dices? —había leído en muchos foros lo grandiosa que era, incluso había ganado premios. ¿Por qué renunciar ahora? —. ¿Lo haces por lo que te hizo ese tal Lorza?

Y aunque lo meditó, no quiso aceptarlo.

—Borré la novela que estuve intentando hacer por tanto tiempo, ya no podía continuarla. Si fallé en eso, ¿cómo me puedo llamar a mí misma escritora? Ya todo se acabó para mí.

De verdad esperaba que no hablara en serio porque no sería más que decepcionante. Lo único que probablemente la aferraba a la cordura era aquello, sus sueños, lo que ella era. Deseaba que al menos fuera por un momento de tristeza y no por ese tal Daemon-sersuperior-con-falo-de-dos-metros, cuando ni pelotas tenía ese sujeto.

—No digas tonterías, ¿quieres? Si un idiota te llama fracasada debes demostrarle lo contrario, no lo que él quiere. Si los más grandes edificios se caen, los aviones... ¿Por qué no tú? Fallaste una vez, eso no tiene por qué ser siempre.

—Alex...

La frente de Alex se había arrugado por el enojo. Todo en él mostraba la irritación que ella le

provocaba con sus decisiones, haciéndola bajar la cabeza por la vergüenza.

—¿Vas a dejar todo tu esfuerzo así? Lo que hiciste de ti por años...

—Pero... es que no puedo ya seguir escribiéndola.

—¿Y qué? Puedes borrarla si no te gusta, puedes recomenzar o escribir otra cosa. ¿Por qué abandonar lo que eres? Eres una escritora.

Después de tantos regaños, de tantos errores y de tantos oídos sordos, las palabras de Alex parecían tener sentido para ella. Y aunque un nudo se formó en su garganta por el agradecimiento que se hundió en ella, pudo sonreír algo débil.

—Siento como si me regañaras.

Poco a poco la expresión del azabache se fue relajando hasta volverse apenada. De verdad la estaba regañando. Confundido por el momento, aguardó en calma que ella dijera algo más, pero solo el celular de Sayen destacó, teniendo que contestar con algunos monosílabos, luego pidiéndole la dirección y al rato cortó. Significaba que ya estaba por irse.

—Ya viene Natalie a buscarme.

¿Por qué el día se fue tan rápido? Pensaba Alex.

—Nunca me has dicho por qué dejaste los estudios, si me dices que eras buena en eso.

—Jamás preguntaste —susurró—. En realidad, no me gustaba lo que estudiaba. Solo lo hice para complacer a mis padres. Yo solo quería escribir y cuando me atreví a concursar y gané, solo pensé en que podría tener éxito felizmente.

—¿Y qué te dijeron tus padres cuando ganaste? Supongo que estaban orgullosos, ¿no?

Lamentablemente el pensamiento no era compartido por ella.

—Cuando les comenté que ya no quería estudiar y que solo quería escribir, me dijeron que era una estúpida —su voz iba descendiendo al igual que su mirada—. Ya había ganado, conocí a Daemon y bueno, él me animó a elegir. Solo me faltaba un año para acabar la carrera e incluso así lo dejé. Busqué dónde vivir y bueno... Lo demás ya lo conoces.

—¿Te fuiste de tu casa solo por eso?

—En realidad... me corrieron por querer hacer algo que me hacía feliz a mí.

Pudo comprender ahora sus palabras aquella vez en el hospital, cuando sus padres llegaron y ella no quiso recibirlos. La razón por la cual era ella quien ahora no los deseaba cerca, era por el simple hecho de que ellos una vez le hicieron lo mismo. También sabía que, si ella no arreglaba ese vínculo, siempre tendría ese sentimiento de tristeza.

—¿Ahora lo entiendes?

Alex apenas respondió con la cabeza.

—¿Jamás piensas en volver a hablar con ellos?

—Hay muchas cosas que ya no sé... Siento que mi vida es un caos. Ya sé que dirás que hay quienes están peor, lo sé, pero... yo me siento débil soportando todo esto.

—«Lo estás haciendo bien» —quiso decir, mas no pudo hacerlo, perdiendo esas palabras en lo más profundo de su voz. Aquello no era algo típico de él, menos tener un trato tan distinto y poco cordial como lo tenía con ella. Y antes de poder recobrar la decencia, ella atendía otra vez su

celular, levantándose luego de intercambiar un par de palabras. Al rato volvió, con su chaqueta en mano, botas puestas y la cartera cruzándole el hombro.

—Natalie ya está abajo esperando, debo irme.

Decir “debo” irme era tan extraño y confuso, cuando se suponía ser un “quiero” irme. Por alguna razón, sentía que el tiempo no había sido suficiente, y Alex no pensaba muy diferente.

La acompañó a la puerta y aunque sugirió acompañarla hasta abajo, ella negó diciéndole que estuviera tranquilo, que con Natalie era suficiente para espantar a cualquier periodista.

—Bueno, supongo que... gracias por todo —dijo ella, no muy feliz de tener que decirlo, porque seguro él se lo restregaría por la cara.

Él la miró satisfecho.

—¿Escuché bien? ¿Me estás dando las gracias?

Ella sonrió avergonzada y rodó los ojos. Alex la siguió hasta el ascensor.

—Si ocurre algo...—murmuró serio—. O si necesitas algo de mí... solo llámame. No importa la hora.

Ella batió sus largas pestañas sin creer sus palabras, pero eran ciertas. El ascensor llegó y antes de marcar el primer piso, Sayen murmuró con sinceridad:

—Gracias.

Por fortuna nadie esperaba en la entrada más que Natalie. Al subir por el lado del copiloto, Natalie soltó un prolongado suspiro.

—No tienes idea de lo horrible que fue este día...

—Siento que si pregunto, no será bueno para tu salud —se notaba a leguas que lo había pasado mal, y ella no quería un regaño todo el camino.

—Pasamos casi todo el día en la fiscalía. Ese hombre tiene prohibido acercarse a ti o a tu apartamento e incluso a la agencia. Te juro... fue demasiado horrible.

—¿De verdad no molestará? ¿Qué hay de las calumnias?

De solo pensarlo, Natalie sintió que se le daba vuelta el estómago. Aceleró más para llegar pronto al apartamento de su amiga.

—Estaremos en juicio por ello. No pude conseguir tanto en un día.

—Lo siento. Lo estás pasando difícil por mi culpa —Natalie la miró de reojo como si esperara más que eso—. Te compensaré.

—Sabes que no necesitas hacerlo, lo haría mil veces por ti — ambas se sonrieron más animadas—. Pero por favor, no intentes hacerle nada. Al menos no por ahora, ¿bien?

—Bueno.

En cuanto llegaron al apartamento, Natalie corrió directo al baño para dedicarse todos los minutos perdidos en el día a un pequeño relajo, y de paso, quitarle calambres a su abdomen.

Mientras ella hacía lo suyo, Sayen se fue a la cocina a preparar algo de té y buscar unas cuantas galletas. Pensó en enviarle un mensaje a Alexander para confirmarle que habían llegado bien, pero de un “hemos llegado bien : )”, terminó en una página en blanco. ¿No sería extraño comentárselo? Escribió diferentes cosas, intentando hallar las palabras adecuadas, cuando de pronto este

comenzó a vibrar ante una nueva llamada de un número desconocido. Desconfió, pensando en las posibilidades de que fuera Sam Lorza, aunque de ser así, sería bueno dejar a ese idiota en su lugar, así que contestó:

—Creo que ya tienes suficientes problemas en fiscalía como...

—Sayen —interrumpió una voz.

Una voz que ella reconoció perfectamente y que provocó que cada tramo de piel se le erizara. No podía ser posible que después de tanto tiempo fuera él, quien sin pedírselo la estuviese llamando. Seguro había visto las noticias que la vinculaban incluso con su psiquiatra. ¿Se habría preocupado por lo que pasaba con ella? ¿Estaría pensando hablar de ambos por el pasado? De solo imaginarse todas las posibilidades de volver, su cuerpo enloquecía por las distintas emociones que la sucumbían.

Miedo, felicidad, rabia, y por sobre todo, ansiedad.

—¿De... de verdad eres tú...?

El prolongado silencio la hizo creer por un segundo que había sido su imaginación jugándole una broma, que la llamada nunca existió, al menos hasta que volvió a escucharlo.

—Sí, soy Daemon.

# Capítulo

## 15

—Daemon...

Tantos pensamientos cruzaron por su cabeza a la vez que apenas se podía imaginar algo en concreto. La razón por la que llamaba después de tanto tiempo. Solo quería saber cómo estaba, lo que hacía de su vida y si seguía viviendo en la ciudad. Si se podrían ver o si en realidad necesitaba algo de ella. No obstante, si algo así salía de su apresurada boca, lo único que conseguiría sería el rechazo absoluto. El miedo se hizo presente y se quedó muda.

—Me enteré hoy de varias cosas. Precisamente por eso quiero hablar contigo y seré breve.

Tragó con esfuerzo aquel temor que sentía bajando por su garganta y se preparaba para responder. Había algo en sus palabras que alejaba cualquier emoción diferente.

—Te escucho.

—No quiero que vuelvas a hablar de mí en alguna otra de tus entrevistas. He tenido un montón de problemas por culpa de eso y estoy hastiado.

—¿Qué? —¿Era su corazón rompiéndose otra vez lo que sentía en su pecho? —. N-no...no, yo no te mencioné, el reportero por sí solo se hizo ideas y...

—Sayen —cortó de una. No quería explicaciones innecesarias—. No quiero que nada vuelva a conectar nuestras vidas. Si estás mal o pasando por un mal momento en tu carrera, no es mi problema, por lo que por favor, evita hacerme más problemas.

—Pero... pero... —las lágrimas volvían a agolparse en sus ojos—. ¿Qué hice tan mal, Daemon? ¿qué hice tan mal para que te fueras? ¿me puedes decir eso al menos? Quiero entenderlo... necesito entenderlo...

Del otro lado de la línea hubo una pausa. Ni siquiera podía escucharlo respirar cuando volvió a hablar de repente.

—No creo que sea necesario hablar de algo que ya fue hace mucho tiempo y debieses tener superado. No te preocupes de llamar a este número de regreso, volveré a cambiarlo mañana.

¿De verdad no quería saber nada de ella? La había excluido de cada parte de su vida como si no fuera más que un insecto obstaculizando su camino.

—¿Por qué ya no me amas? Estuvimos muchos años juntos... ¿Por qué me dejaste tan de pronto? Yo te amaba Daemon... yo te...

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó, ya harto de escucharla—. Solo ya no te amaba. Me cansé de ti.

—¿Qué? Pero, ¿por qué? ¿Qué hice?

Lo escuchó suspirar profundo y ronco. ¿Tan molesta era? Su garganta se apretó doloroso.

—No alarguemos más esta conversación que no tiene sentido ya. No quiero ser vinculado más en tu vida. En un par de meses me voy a casar y no quiero más problemas con mi novia, ¿bien?

Algo se quebró dentro de ella otra vez, algo que apenas pensó en recuperarse de a poco. Escuchaba los escombros de su corazón agolparse en el piso de su vida.



—¿Ca-casarte...? —preguntó con voz desecha—. ¿Con...ella?

—Sí, con Elena.

—¿Elena? La chica con la que me engañaste... ¿Con ella te casarás?

—Vamos, deja de victimizarte. Estar contigo ya no era divertido.

Sin contenerse más tiempo, las lágrimas escurrieron por su rostro y detenerlas era imposible cuando la poca esperanza que aguardó por tanto tiempo en su corazón, se iba junto al adiós de Daemon.

Natalie escuchó unos rápidos pasos dirigiéndose a la habitación principal, los cuales ignoró en un principio hasta que la escuchó cerrar de un portazo y acto seguido, largarse a llorar tan fuerte que le erizó la piel. Apresurada, se subió la pantaleta y salió del baño corriendo a la habitación, pero la puerta estaba cerrada y por más que golpear y forcejeara, esta no abría.

—¡Sayen! ¡Abre la puerta! ¡Sayen!

Dio puñetazos, empujones, patadas. Buscó algo con que golpear la perilla, pero nada cedía. Vuelta un manojo de nervios, y escuchando de fondo su desgarrador llanto, marcó el número de su esposo.

—Cariño, por favor ven al apartamento de Sayen. No sé qué pasó, se encerró en su cuarto llorando y temo que haga alguna tontería.

—¿Qué? Voy enseguida, intenta distraerla. ¿Llamaste a su psiquiatra?

Claro, Alexander. Enseguida cortó y llamó al experto, la primera llamada pasó directo al buzón, mientras pateaba la puerta, este contestó al segundo llamado.

—Señora Nast.

—Por favor Alexander, venga urgente al apartamento de Sayen.

Enseguida Alex se incorporó en la cama. Solo hacía un rato la castaña se había ido y muy bien.

—¿Qué pasó? ¿Le pasó algo a Sayen?

—Si no viene... ¡Por favor, venga! De verdad lo necesito aquí. Sayen solo llora y llora, no me quiere decir qué pasó y está encerrada en su cuarto.

Alex cortó la llamada y tan solo tomó una chaqueta, se puso unas zapatillas deportivas y se dirigió apresurado al apartamento de la castaña. El trayecto de veinte minutos se convirtió en diez apresurando al taxista y un pequeño infarto asomándose en su pecho lo descontroló. ¿Qué había hecho esa mujer?

Al llegar, la rubia lo llevó enseguida a la habitación, cualquiera podía oír su llanto desde el pasillo de afuera. Tan fuerte, tan desconsolada.

—¿No ha dicho qué pasó?

—¡No! Yo solo salí del baño y ella ya estaba así, no tengo idea de qué pudo pasar. He golpeado y gritado, pero no me dice nada.

Alex suspiró y dio varios golpes fuertes en la puerta, ella no dejaba de llorar e incluso parecía hacerlo más fuerte.

—¡Sayen! ¡Sayen, abre la puerta ahora!

Al no haber respuesta dio unos pasos hacia atrás y tomando vuelo se impulsó contra la puerta

varias veces hasta romper el seguro y conseguir entrar. Miró a cada lado, siguiendo su voz hasta escucharla desde su baño personal. Le pidió a la rubia que se quedara en la sala mientras él, a paso cuidadoso, abría la puerta y miraba a cada rincón, encontrándola metida en el pequeño espacio que había entre el inodoro y la bañera. ¿Cómo había cupido ahí? Entrando cauteloso, vio cómo ella tenía la cara hundida entre las rodillas que abrazaba, y en su mano derecha, un frasco de pastillas para dormir.

Se sentó frente a ella en el suelo, viéndola temblar y apretar sus manos. Gemía de dolor e hipeaba cuando se ahogaba hasta volver al llanto desgarrador. No había pasado mucho de cuando ella se había marchado tan tranquila de su apartamento, donde incluso había sonreído con tanta calma contagiosa. Alargó su mano para intentar tomar el frasco, pero ella reaccionó exaltada, escondiendo sus manos.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó con seriedad. ¿O qué tontería había hecho ya?

—Ve-vete... por... por favor... vete—le imploró con la voz quebrada—. Déjame sola.

Su rostro hinchado, rojo y lleno de lágrimas solo mostraban una gran amargura, un dolor tan intenso como si alguien hubiese muerto. ¿Habría tomado algo?

—¿Dejarte sola? ¿para qué? ¿para que hagas una tontería? —preguntó, sintiendo cómo la rabia lo abarcaba—. Sé que eres mejor que esto, no lo hagas.

—¡Ya no quiero más!

—¿Qué pasa contigo? ¿qué pasó?

No era como si no quisiera responder a sus preguntas. Intentar limpiar su rostro resultaba tan en vano como dejar huir las palabras sin sentir que moría. Buscó tomar aire para controlar su temblorosa voz.

—Daemon... él... él va a casarse... se comprometió con esa... mujer —susurró con la poca fuerza que tenía su alma y cerró los ojos derrotada. No podía contener ese dolor—. Alex... esto duele, duele mucho... mi corazón... mi alma... Mi alma está desecha.

¿Cómo se había enterado de eso?, se preguntó. Ella se alejó de ese rincón para acercarse a él y le tomó una mano, la cual llevó hasta el centro de su pecho.

—¿Puedes... puedes sentirlo? Ya no existe... mi corazón... —cerró los ojos y se dejó llevar por ese dolor, por las lágrimas—. No puedo respirar...

Alex soltó un suspiro que más bien pareció ser un bufido, aunque no era molestia lo que sentía. Aquella rabia que había experimentado en un comienzo por verla tan derrotada, se atenuó hasta convertirse en algo tan similar a la tristeza. Era increíble cómo por un momento se había afligido contagiado por aquella carga emocional a la que Sayen se aferraba. Bajó sus ojos por ella, estremecido por el sentimiento y la tomó por los hombros para levantarla, a lo que ella respondió desmoronándose entre sus brazos y hundiendo sus dedos en su pecho, llenándole el cuerpo de lágrimas.

—¡Quítamelo! ¡quítamelo! No quiero sentirlo más, ¡odio sentir todo esto! —rogó con la voz desgarrada.

Sin contenerse más tiempo, la estrechó con fuerza entre sus brazos. Ya no podía negar más aquella necesidad, no podía tenerla en su pecho llorando desconsolada y no poder aceptar lo que ese frágil cuerpo necesitaba. No podía rechazarla.

—¿Qué... qué quieres que te quite? —preguntó curioso y sorprendido a su vez por el dolor en su voz. La intentó alejar al menos un poco para verla, pero ella se negaba.

—¡Quítame a Daemon! Ya no quiero sufrir más, ya no quiero extrañarlo —respiró agitada, como si le quedara un último aliento y Alex temió por su delicado corazón—. Hazme olvidarlo, enséñame a amarme... enséñame a vivir.

Su pecho se apretó en ese instante, pasmado por tal petición, y aunque antes ya le había dicho que la ayudaría, ahora era diferente. Ahora ella misma le rogaba por ello, que lo sacara de su vida como si se tratara de magia. En ese momento estaba dispuesto a todo, e incluso creer en esas tonterías con tal de no verla sufrir más de esa manera.

—Claro que lo haré, te ayudaré... solo... solo debes ser paciente, ¿sí? —pedía cada vez más tenso.

Quería que dejara de sufrir por ese hombre, ya.

—No me dejes sola. Te necesito, por favor Alex...—este apretó aún más la boca y solo la estrechó con todas sus fuerzas. ¿Qué podía hacer en ese momento para aliviarla? Para que ya no sintiera que el mundo se le acababa—. ¿Cómo he podido ser tan tonta? Ya nunca más quiero enamorarme, no quiero volver a sufrir. Te juro que nunca más me enamoraré otra vez. No quiero que jueguen así otra vez conmigo... No quiero esto, no quiero sentir más esto...

Era curioso escucharla decir aquello cuando justamente ella se había enojado con él por pensar así. Que enamorarse era inútil, un sentimiento intrascendente que le otorgaba el poder a otros para hacerte daño. Esta vez se guardaría su opinión y solo la siguió abrazando todo lo que necesitaba para calmarla, para que el llanto se fuera junto a las lágrimas, en algún momento.

Allí, en el gélido piso del baño, solo pudo asegurarle una cosa.

—Te juro que saldremos de esto.

¿Por qué de pronto hablaba en plural? Quizás recordar que él ayudaba en su recuperación no lo haría sonar tan mal.

Cuando el tiempo pasó, y después de oír todo lo ocurrido, ella se durmió al fin. Como pudo en ese estrecho espacio, la tomó entre sus brazos y la llevó a su cama, envolviéndola entre muchas mantas para que no sintiera frío. Recordó entonces el frasco que, hasta entonces, ella aún tenía entre sus manos. Cuidando de no despertarla, se lo quitó y revisó enseguida. Estaba casi lleno, seguro solo faltaban las que había tomado religiosamente, lo cual hacía surgir un alivio increíble en él, y también un poco de orgullo. No lo había hecho. Había sido fuerte. Contuvo el deseo de terminar con todo allí y rematar intoxicada en el hospital o con un sueño profundo de veinte días con tal de no tocar fondo. Era fuerte, y él debía hacer que lo descubriera.

—Señor Wömpner —susurró la rubia desde la entrada de la habitación, a lo que Alex solo miró por última vez a la castaña y dejó que la habitación fuera cubierta por la oscuridad. Cuando cerró la puerta al salir, vio que también había llegado el esposo de la rubia.

—Sayen va estar mejor —aseguró con demasiada simpleza que dejó disconforme a la rubia—. Se enteró que su ex novio va a casarse.

—¿¡Qué!?... —¿cómo?, pensó extrañada. ¿Cómo podría haberse enterado? —. ¿No dijo nada más?

—No.... —mintió, metiendo con disimulo el frasco de pastillas en su bolsillo—. Ahora que

duerma. Ha tenido mucho estrés.

—Cariño, ¿te quieres quedar? —preguntó Misael, a lo que Alex interrumpió apenas Natalie aceptaba.

—Creo que lo más conveniente es que yo me quede. Sabré controlarla mejor.

—Pero...yo... —murmuró insegura. Aquello era cierto, ella no podía hacer nada por su amiga. Si ese hombre se había contactado con Sayen, ella como amiga solo buscaría la forma de hacerlo picadillo. No sería neutral en ningún aspecto.

—Sé que quiere consolarla —dijo Alex—. Pero lo que necesito hacer con ella no es consolarla, es hacerla entender.

—¿Y si se encierra otra vez...? Estoy muy preocupada.

Él ya había pensado en eso.

—¿Sayen tiene una caja de herramientas?

La cabeza le dolía tanto que se sentía morir. De a poco se fue incorporando hasta sentarse en el borde de la cama, donde se dedicó a mirar perdidamente la entrada de su habitación. Por alguna razón, sentía que algo tenía diferente, solo que no hallaba qué cosa.

Arrastró los pies hasta el pasillo, encontrándose con la libre entrada del despacho, y adentro, usando su computador, cierto azabache que conocía y odiaba. ¿Por qué razón estaba él ahí? En cuanto entró se dio cuenta de lo que faltaba. No había puertas. Ni en su cuarto, ni el despacho ni ningún lugar de ese apartamento, incluso los baños.

—¿Qué haces aquí? ¿Y mis puertas?

Alex la miró por sobre su hombro y tecléo un par de veces hasta terminar lo que hacía. Se giró en la silla hacia ella, inspeccionándola de pies a cabeza. Su rostro estaba hinchado como un globo, sus ojeras enormes, y sus ojos rojos. ¿Su pelo? Diez nidos de pájaros. ¿Y cómo osaba preguntarle? ¿acaso no recordaba o no quería?

—Las puertas son un privilegio que tú perdiste.

Confundida, llevó una mano a su cabeza. Imágenes pasaban por ella fugazmente, provocando que el dolor creciera. Cerró sus ojos hasta que volvió a abrirlos, embargada de vergüenza. Aquel recuerdo de anoche, cuando se aferró a Alexander, rogándole su ayuda.

—Te quedaste callada, ¿no tienes nada que decir?

—Yo... —susurró sonrojada, evitando su mirada—. No sé qué decir en realidad.

“¿Gracias? ¿Olvídalo? ¿Déjame sola?”. Rehuir de su mirada más tiempo se volvió imposible cuando él se acercó y buscó su rostro con insistencia.

—Anoche ya dijiste suficiente, así que supongo que estás bastante avergonzada por lo que quisiste hacer.

Cierto, casi había cometido la peor tontería de todas. Recordar la razón hacía que su corazón se oprimiera y a la vez sintiera rabia. ¿Había pensado hundirse aún más por él? Daemon ya había decidido compartir su vida con la mujer que los había separado.

—Por suerte no hiciste nada.

Levantó la mirada, encontrándose con la reprochante expresión de Alex. Era innecesario inventar algo para excusarse, por lo que sus labios se sellaron.

—No vuelvas a intentar hacer algo así, eres mejor que eso.

Su sonrojo se acrecentó con nuevos motivos, ¿era mejor?

—Lo... siento.

—Debes aprender a pensar las cosas antes de actuar. No le des el poder a nadie de hablar de ti o solo demostrarás lo que ellos quieren —debía hacerlo, aunque doliera mucho—. ¿Qué quieres, Sayen? ¿Sabes al menos eso?

—Yo... —¿Qué quería? —. Yo quiero... —¿lo que de verdad quería? —. Yo solo... quiero ser feliz.

El gesto duro de Alex se aligeró al oírla, conforme de sus palabras.

—Entonces comienza a desligarte de lo que ya no te sirve en tu vida para continuar, a dejar atrás a los que no quieren ser parte de ella y comienza a atesorar los momentos que sí importan.

Sin decir más, volvió al computador de Sayen. Ella se acercó para ver la hora, recién iban a ser las diez de un día martes. Bastante tarde para alguien ocupado como él.

—¿No tienes que trabajar?

Alex la miró como si estar ahí fuera lo más obvio del mundo luego de la tontería que casi había cometido en la noche. Le señaló la pantalla del computador.

—Agregué unos bloqueos y filtros. Quiero evitar ciertos motores de búsqueda y haré lo mismo con tu celular.

¿De verdad era necesario llegar tan lejos? Se preguntó ella.

—Seguro estás perdiendo dinero hoy... ¿No?

—¿Buscas que me vaya? —se rio, burlesco—. Sí, quizás unos dos mil dólares por tener que cuidar de cierta persona. ¿Puedes creer lo comprometido que es tu psiquiatra?

—¿Por qué estás tan comprometido conmigo? Tan solo soy una paciente más.

Alex cerró el computador y se tornó hacia ella para responderle, aunque él tampoco lo entendía muy bien. No le pagaban más por estar ahí. Tampoco nadie se lo había rogado, como tampoco nadie le pidió que la salvara de los periodistas el día anterior, o fuera a verla al hospital cuando estuvo internada e inventara cosas por su bien. Si algo le ocurría a esa mujer, sentía que debía estar ahí. Suponía que debía ser lo que llamaban lástima.

—Anoche me rogaste que te enseñara a vivir, a amarte, y eso es precisamente lo que haré.

Aunque él apenas supiera lo que era eso.

Suponía que Alex tendría piedad con ella y la dejaría descansar para recomponer energías perdidas —al menos hasta medio día—, pero demostró ser un demonio que no conocía la paz. A pesar de las ganas que tenía de quedarse en cama y llorar por lo que Daemon había hecho con ella, también deseaba poder salir adelante y retomar su carrera. Ya el rubio la había desechado. Él ya no la amaba.

—Ve a cambiarte de ropa, limpiarás todo.

La obligó a mover cada mueble y limpiar hasta el más pequeño rincón, hacer relucir el piso y dejar con olor a roble cualquier mueble sin importar su procedencia. Por su parte, él solo se dedicó a dar las órdenes cual capitán de barco.

Aseó ambos baños, la cocina y luego su despacho. Si bien amaba cada espacio de su casa, en ese momento odiaba su vasto librero. Limpiar cada uno y organizarlos era agotador. Como se demoraba mucho y estaba tan ensimismada en lo suyo, Alex se acercó con curiosidad a observar qué hacía. La encontró en el suelo, rodeada de montañas de libros, abriéndolos cuidadosa y soplándolos para quitarles el polvo. Luego abría algunos y leía algo que la hacía sonreír.

—Sí que te gustan los libros. ¿Nunca pensaste ser bibliotecaria?

Vio a Alex entrar y acomodarse en el largo futón tras ella, donde de seguro él había dormido anoche.

—¿No me piensas ayudar en nada? —lo miró molesta—. Estoy agotada y sudando hasta en los poros de mis poros, me duele mucho la espalda. ¿No podrías al menos acomodar los libros mientras los limpio?

—Sí, claro —ironizó.

—Bien, entonces sigo después —se levantó caprichosa y caminó a su habitación para encerrarse un rato y descansar, cuando la triste realidad azotó, recordándole que alguien le había robado las puertas. Tuvo que conformarse con entretenerse en algo por ahí.

Alex observó cómo su atención se plantaba en la parte superior de su armario.

—¿Vas a dejar todos tus libros tirados? —se acercó a ella.

—Mejor ayúdame a bajar esa caja.

Le señaló una colorida caja de zapatos en la parte alta. Para él no fue nada complicado bajarla, y en cuanto se la acercó, Sayen se sentó en su cama y comenzó a revisarla. Adentro estaba lleno de fotografías de sus tiempos de universidad, los paseos, viajes de estudios y la titulación de Natalie. Incluso los viajes con ella. Sin pensarlo demasiado, Alex se posicionó a su lado, mirando cada cosa con curiosidad.

—Vaya, así que esta eras tú más joven —dijo, tomando una fotografía donde la castaña aparecía en un kayak con su amiga. Se veía muy viva y radiante.

—Solo fue hace unos años atrás —le sacó la lengua—. Ni que fuera tan mayor.

—Te veías muy bien —murmuró sin pensar, hasta que ella se quedó mirándolo—. Digo, parecías muy... contenta.

—Cualquiera está feliz si está de viaje —le quitó la fotografía de las manos y la observó. Esos tiempos fueron buenos.

—¿Y esta? —miró divertido una foto de la castaña con unos veinte años, vestida de princesa Disney—. ¿Mulán?

—Era la temática de la fiesta —dijo avergonzada—. ¿Qué? ¿Nunca fuiste a una fiesta de disfraces?

—No —mintió—. Es ridículo.

Sin darse cuenta, mientras veían las fotografías, el tiempo fue pasando, incluso la hora de la comida se les había volado. Entre tantas historias que él se dedicó a escuchar con atención, no perdía oportunidad de hacer preguntas para conocerla mejor.

—¿No te arrepientes de dejar la universidad?

—Algunas veces me pregunto si habría sido una buena profesional.

—Todavía puedes terminarla, ¿no?

—Eso creo, solo me faltaba un año, tal vez podría —frunció la boca—. Quizás para tener una fotografía así, como esa.

Señaló una foto de la titulación de Natalie. Alex se percató de un sobre cerrado dentro de la caja.

—¿Y eso qué tiene? —la castaña al ver que tomaba el sobre, se lo intentó quitar, pero él fue más rápido—. ¿Un secreto? ¿fotos vergonzosas? ¿tú cuando bebé?

—N-no... solo son copias.

Sin creer en sus palabras, se alejó lo suficiente de ella y lo abrió. Adentro encontró fotografías de ella con ese tal Daemon. Fotos en restaurantes, playas, otros países, lo cual hizo sospechar algunas cosas, como las razones por las que tal vez ese sujeto estuvo con ella.

—¿Y esto?

—Las había olvidado, recién recordé qué eran —dijo sincera.

—¿Y qué piensas hacer con ellas?

—Lo que sea —desvió su mirada—. Solo llévatelas.

Esperaba que lo dijera enserio.

—Bien.

Aguardaron en silencio, esperando que el otro dijera algo. Aquel descubrimiento había sido bastante incómodo. Tras revisar la hora, Alex preguntó:

—¿Y el almuerzo? Supongo que ahora me deleitarás con esas habilidades culinarias de las que tanto te jactas.

No quería admitir cuán ansioso estaba por probarlo, pero ella negó.

—Ya pedí comida china.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Por Face hace un rato —vio satisfecha su decepción—. Ahora, si me permites... seguiré arreglando mi despacho.

Con expresión altanera, como si nada hubiese ocurrido, se levantó despidiéndose de él con la mano y volvió a su despacho. Alex solo se dedicó a mirarla con una sonrisa creciente y sincera en los labios. Si antes se quejaba de tratar a una niña de veintisiete años de que no hiciera algo tonto, ahora se volvía difícil molestarse con ella cuando se mostraba tan pacífica y resuelta, aunque durara poco.

# Capítulo

## 16

Dos semanas pasaron. El frío se había atenuado, dejando espacio a solo días lluviosos y de tormentas eléctricas. Sam Lorza emitió disculpas públicas en un programa de televisión del cual Sayen se negó a participar. Lo único que quería era desligarse de todo lo tóxico. Además, sabía que las disculpas de Lorza estaban lejos de ser sinceras.

Natalie se pasaba casi todas las tardes o los almuerzos con ella, haciéndola salir de compras entre su descanso. Por otra parte, Sayen fue a cenar los últimos dos viernes a su casa, como si de una reunión familiar se tratara. También, como madrina y tía del pequeño Javier, aprovechaba los momentos para malcriarlo y ayudarlo con sus tareas.

La rubia le había advertido que, si no llegaba temprano y decente a la escuela, no le mostraría ninguna fotografía del evento de Javier aunque pateara por verlas. Por lo que, levantándose temprano, se vistió con un jeans azul parcialmente cubierto por un largo suéter palo rosa que se sostenía en la cintura por un grueso cinturón marrón y sus largas botas café, habituales para ese invierno que la abrigaban hasta las rodillas.

Cuando llegó a la escuela, saludó a algunos maestros de Javier que conocía por las múltiples veces que acompañó a Natalie a buscar al pequeño, y por algunas veces que el maestro de gimnasia la había invitado a salir. En cuanto cruzó la puerta del anfiteatro, un pequeño niño corrió veloz como el viento y se lanzó a ella con sus mallas verdes y un sombrero con plumas.

—¡Tía! ¡Llegaste!

—Ouch, qué pesado estás —dijo, apenas cargándolo a sus brazos—. Estás tan... verde, ¿qué eres?

—¡Soy Peter Pan! —señaló su espada con una mirada maliciosa.

—¡Peter Pan! Qué niño tan talentoso eres... —lo meció mimosa.

—Talentoso como la madre —escuchó a la rubia. Se giró, encontrándola tras ella—. Qué bueno que viniste, te llamé un par de veces y no me contestaste.

—Sabes que casi nunca lo pillo a tiempo. ¿Llegué muy temprano?

—No, estás bien. ¿Vamos por un café?

—¿Tendrán té? —preguntó, con las palabras de Alex resonando en su cabeza—. Necesito algo suave.

—Nunca me habías rechazado un café un día tan helado. ¿Dirías lo mismo si fuera capuccino con crema?

—¡No me tientes! —sonrió divertida—. Tengo mis debilidades, no las uses.

Javier corrió hacia su maestra para terminar de alistarse mientras ambas iban al mesón donde estaban la mayoría de los padres reunidos y conversando sobre sus orgullos. Sayen hizo un gesto de saludo general y se acercó directo al termo por agua caliente, y de paso, robarse una galleta.

—¿Y cómo va todo? —preguntó la rubia—. ¿Ya todo parece más tranquilo?

—Inexplicablemente, sí —dijo un ligero sorbo a su té—. He ido tranquila a las sesiones, puedo ir y venir del gimnasio sin problemas, pareciera que ya nadie me presta atención.



—Y eso es bueno, ¿no? ¿O prefieres que todos te apunten?

—Claro que no —no era eso a lo que se refería—. Está todo calmado, demasiado... normal, excepto yo.

Natalie decayó la mirada. Pensar que su amiga sonreía con el dolor escondido en su corazón la inquietaba. No quería que estuviera nuevamente reprimiéndose y de repente fuera a estallar otra vez.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Creo que...

No pudo decir más ya que una maestra se acercó al grupo, alertando sobre el comienzo de la obra.

—Por favor padres, acomódense en sus asientos que la obra está por comenzar.

Con un palmoteo hizo que todos se fueran directo a sentar, como si hubiesen vuelto a la escuela. Seguro muchos se sentían más jóvenes cuando compartían esos momentos con sus hijos, algo que a Sayen le producía cierta nostalgia pensarlo. Se habían prometido con Natalie que sus hijos tendrían una edad cercana, pero la rubia se había adelantado ya bastante, y ella... pues ella se preguntaba a qué edad se acababan los óvulos o regalaban gatos.

—Javier me preguntó toda la mañana si vendrías —comentó la rubia en cuanto se sentaron en la tercera fila. Sayen sonrió conmovida y vio a Javier asomarse entre las cortinas con sonrisa traviesa—. A veces pienso que te quiere más que a mí.

—¿Cómo crees? Solo soy la tía que lo malcría. Si quieres dejarlo una noche conmigo, solo hazlo. Seguro Misael estará feliz.

—No lo digas como si buscara una niñera, puedo dejarlo con mis suegros.

—Eso no es lo mismo —le guiñó un ojo—. Será divertido para mí también si lo dejas conmigo.

Natalie sonrió convencida y pensando ya todo lo que podría hacer con Misael en cuanto estuvieran solos, quizás podrían darse una buena cena sin estar aguantando los berrinches de Javier cada cinco minutos.

—Perfecto.

Las luces se apagaron y solo el escenario quedó iluminado.

Muchos cantos, bailes y Javier volando por los aires, agarrado de un arnés que casi dejó infartada a Natalie. Cuando acabaron, la misma corrió a la parte trasera, tanto para felicitarlo como para regañar a la maestra, perdiéndose de la vista de Sayen.

Buscó su celular para preguntar dónde andaba en el momento en que el mismo comenzó a sonar, y con ello el nombre de Alexander adornaba su pantalla. En el último tiempo, incluso con su humor sarcástico y rutinarias discusiones, hablaban sin falta cada día, asimismo en mensajes de texto.

—Si llamas para confirmar la sesión de esta tarde...

—¿Viste la revista? —preguntó, ignorando sus palabras.

—¿Y su disculpa en televisión? Sí, claro que lo hice. También lo grabé y subí a muchos foros de internet, ¿por qué?

—Porque no es la única persona que te debe una disculpa.

¿A qué se refería con eso?

—¿Cómo dices?

—Te lo diré más tarde. ¿Puedes venir a las cuatro en vez de las dos?

—Claro, pero... ¿Qué me ocultas?

—Nada —dijo en un tono diferente, menos misterioso—. ¿Dónde estás ahora? Hay mucho ruido.

—En la escuela de Javier, fue Peter Pan. ¿Puedes creerlo? Yo siempre quise ser Peter Pan en la escuela.

—Vaya, ¿algún complejo que deba agregar a tu ficha?

—Tú solo toma apuntes.

Ambos sonrieron a la vez sin saberlo.

—Entonces te veo a las cuatro.

—Allí estaré.

Cuando cortó, Alexander miró seriamente a la mujer que tenía frente a él. Continuaba llorando, como si mereciera hacerlo.

—Quiero tu renuncia en mi escritorio.

Una vez Sayen logró reunirse con Natalie y Javier, este ya se había cambiado de ropa, y de paso se había llevado la espada de utilería. Fueron a comer para celebrar el duro esfuerzo del pequeño, premiándolo con la elección del lugar, y como supusieron, acabaron en McDonalds.

—Ah... Hace tiempo que no venía a uno de estos —dijo la rubia, contemplando los juegos a donde se había escapado su hijo.

—En la universidad vinimos mucho cuando salíamos con uno que otro chico —comentó divertida, recordando los beneficios monetarios del gobierno—. Fueron buenos tiempos.

—Para mis arterias no tanto, pero supongo que por una vez no me hará mal.

—Oye, ¿Javier? —miró a cada lado preocupada la castaña.

—Muy lenta, ya está en los toboganes. Enserio Sayen, cuando un día tengas hijos deberás tener ojos por todos lados.

La sonrisa de Sayen se disipó, ¿le estaba bajando el sentido de la maternidad? Porque de solo pensarlo se deprimía.

—Quizás nunca seas tía, lo siento.

—Ay, Sayen —le palmeó la nuca—. No digas tonterías. Algún día serás madre de los niños más revoltosos que te puedan salir, y con lo que te tardes serán gemelos. Y yo me vengaré de todo lo que le has enseñado a Javier y pasarás muchos, pero muchos dolores de cabeza, vas a ver que sí.

—¿Gemelos? ¡No, por favor! Recuerdo los primeros años de Javier y todavía le falta tanto para la pubertad. No, espera, aún falta esa etapa, la más tediosa.

—Ni me lo recuerdes —suspiró Natalie—. No quiero que crezca.

Luego de comprar hamburguesas y la dichosa cajita feliz para Javier, lo obligaron a mantener el

trasero apoyado en la silla al menos diez minutos, antes de que un niño lo incitara a volver a los toboganes con media hamburguesa en la boca y los bolsillos llenos de papitas fritas.

—¿Cómo va la florería?

—En esta fecha no muy bien, creo que solo los aniversarios y eventos grandes en hoteles salvan. En primavera repunta.

—Es muy agotador, ¿no? Podría haberse dedicado a la ingeniería, pero prefirió las flores. Muy masculino.

—Ay, ¿ya qué? —de solo pensarlo le daba migrañas. Estaban a meses de tener a Javier y a Misael se le había ocurrido renunciar a su trabajo para formar su propio negocio, y no cualquier negocio—. Al menos se porta bien. No tengo quejas.

—Eso es verdad, creo que mejor hombre que él no se podría encontrar. Al menos estamos seguras de que él no te romperá el corazón.

Dio un largo sorbo a su bebida hasta que Natalie le quitó la pajilla de la boca. Se miraron, sabiendo que su expresión era de reproche.

—Un idiota en la vida no es nada, fue un noviazgo joven e inmaduro. Ahora vendrá lo bueno.

—Tú también eres de un noviazgo joven.

—¡Sí! Pero no tiene por qué ser igual. No todos los hombres son malos, de eso estoy segura.

—Está bien, ya no pienso preocuparme por eso. Lo último que quiero ahora es saber de hombres.

Natalie no sabía si abofetear a su amiga o dejarla así. Quizás lo mejor era permitirle pensar de tal forma por un tiempo. Si no consideraba a ningún hombre —lo cual incluía a Daemon— era mejor. Y esperaba que luego de haberlo ido a visitar en la clínica donde trabajaba no le quedaran ganas de volver a llamarla. Por otra parte, se había dado cuenta de una manía que Sayen tuvo durante toda la comida.

—¿Por qué miras tanto la hora? ¿tienes algo que hacer?

—No, es solo que Alex me cambió la sesión para las cuatro y casi pensé que me había atrasado.

—¿Alex? No Alexander. Vaya familiaridad.

—Am... es más cómodo llamarlo así. No imagines cosas.

—¿Imaginar qué? —la miró suspicaz—. Yo no he imaginado nada.

Javier saltó a la silla y atacó la bandeja devorándose las pocas papas fritas que quedaban en la bandeja.

A esas horas ya no quedaban más pacientes cuando ella llegó, ¿por qué la habría dejado para lo último? Saludó a la secretaria, misma quien apenas le dirigió la mirada, lo cual le extrañó bastante. Antes de poder sentarse, la puerta de la consulta se abrió. Alex se despidió de un hombre y en cuanto este se fue, se acercó a cerrar la puerta de entrada.

—¿Crees que no tengo más que hacer para que me cambies la cita?

Pero Alex ni siquiera sonrió.

—Necesitaba que estuviéramos solos... —ante su confusión, la tomó con cuidado de la espalda, acercándola al mesón donde la secretaria lo miraba atacada—. Brenda tiene algo que

decirte.

Brenda se veía demasiado afligida, algo que ninguno pasaba por alto. Sayen la miró calmada, cosa que no podía transmitir.

—Discúlpeme por haber revelado que se atiende aquí... Realmente lo siento.

¿Entonces había sido ella?

—¿Cómo?... ¿A quién?

La mujer miró de reojo a Alexander y automáticamente comenzó a llorar por los nervios.

—Sam Lorza es mi primo. Yo le dije de usted.

Ahora entendía todo. Nunca fue Alexander, la soplona había sido ella, quien sin escrúpulo la había saludado como si nada los días posteriores a los que asistió. Escucharla pedir disculpas resultaba controversial. Aceptarlas era como decir que nunca importó, y no era así. Por otra parte, negarlo era como si no pudiera superarlo. Vio a Alex, esperando que él la ayudara con su respuesta, sin embargo, él solo miraba con molestia a su secretaria, a quien ella tuvo que volver a mirar. ¿Qué podía decir sin reprocharse luego a sí misma?

—Haber... haber hecho algo como eso... exponer mi vida así y pedir disculpas después de todo... no te hace diferente a él. Acepto tus disculpas porque te sientes obligada a hacerlo, pero ni tú eres sincera al darlas, ni yo al aceptarlas.

Dio media vuelta para meterse rápido a la consulta de Alex donde fue seguida por él. Alex cerró la puerta para quedar a solas, y ella se devolvió hacia él bastante molesta.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—De hace un par de días. No te dije nada porque nos íbamos a ver hoy —se encogió de hombros tranquilo—. La escuché hablar por teléfono, le decía a alguien que tenía miedo de ser descubierta porque yo la correría.

—¿Y entonces?

—Tuvo razón. Esta es su última semana.

Por alguna razón, aquella respuesta no la hizo sentir mejor. Esa mujer había perdido su trabajo.

—Si es por mi...

—No, es porque ya no puedo confiar en su discreción.

Entonces era eso...

—Cierto... ¿Cómo vas a confiar? Es lógico.

—De todas formas —llamó su atención—, deberíamos salir ahora.

—¿Y la sesión?

—Tu terapia será hoy... ¿Cómo se dice? Como un día de campo.

Se abrigó con un grueso chaquetón marinero del cual Sayen no pudo quitar la mirada, teniendo Alex que hacer un chasquido frente a sus ojos para despabilarla, momento en el que ella sonrojó y él sonrió divertido. Cuando menos lo pensaron, ambos se encontraban en el centro comercial. Siempre el tiempo se les pasaba demasiado rápido cuando estaban juntos, aunque permanecieran por largos minutos en silencio.

—No me digas que necesitas ayuda para una nueva corbata —se burló esta, aunque bastante

curiosa de lo que hacían ahí.

—Claro que no, tengo un gusto excelente. Estamos aquí por ti.

—¿Cómo? —cuestionó extrañada.

Sin decir nada más entraron a las distintas tiendas. Él le señalaba variadas prendas que sin dudar ella las rechazaba. Al parecer el gusto de Alexander no era tan excelente si era para una mujer.

—No insistas, no quiero nada de eso.

—Es común que dentro de las renovaciones, si está al alcance, también se haga con lo que usas habitualmente. Esas ropas viejas que usabas para tus citas en un comienzo debemos quemarlas.

—Pero esto no es mi estilo, ¿ya? ¿Por qué no mejor te elijo algo a ti?

—Dudo que aciertes —la retó.

—¿Enserio? Pues lamento decirle señor Wömpner que usted es un hombre con gustos predecibles.

Una sonrisa altanera surcó el rostro de Alex.

—¿Apostamos?

Sayen no tardó en caminar a la sección de hombres y señalar varias prendas clásicas y elegantes. Algunas las sacó y lo obligó a probárselas cuando este hacía un gesto de desacuerdo. A Alex no le quedó más que aceptar que ella había tenido razón, quizás enserio era predecible.

—Los hombres no tenemos tanta variedad como las mujeres — se justificó.

—Sí, claro. Apuesto que lo único que no tienes en tu armario es una corbata en escala de morados, ¿verdad?

Y era cierto.

—¿Cómo supiste?

—El morado es un color sentimentalista, no te va. Supongo que el rosa tampoco, pero al menos sabes que ese sí te queda bien, ¿no?

Sorprendido por su análisis, tardó un poco en procesar sus últimas palabras. Al hacerlo, ella ya se había sonrojado. Casi era habitual verla así, y no le molestaba en absoluto. Es más, le agradaba.

—Eso... eso creo. Ven, vamos a otro lado.

Pararon fuera de un salón de belleza bastante glamoroso, donde muchas chicas con pinta de modelos entraban y salían a cada rato. Algo para lo que no estaba preparada aún. Un cambio grande.

—Tu cabello es demasiado largo, seguro te incomoda.

—¿Hablas enserio? No puedo creerlo —su rostro había cambiado por completo. Estaba seria, casi amargada—. No lo haré Alex, esto es demasiado para mí.

—¿Demasiado? Es solo cabello, un cambio ligero no te hará mal.

—Precisamente es eso. Es un cambio y no estoy preparada para cortar mi cabello. No estoy lista para verme diferente.

—Vamos, tampoco digo que te rapas, solo es cortarlo un poco.

—¡No quiero hacerlo! Me gusta mi cabello así como está.

Algo que ambos sabían que era mentira.

—¿Enserio? ¿Aunque parecieras que vendes biblias?

Lo miró fulminante en segundos. Cuando creyó que Alex en el fondo era una persona agradable, este terminaba siempre arruinándolo cuando abría la boca.

—Tú no comprendes. Para las mujeres, hacernos un cambio en el cabello es transitar de una etapa a otra, y yo... yo no estoy lista para eso, siento que falta algo. No me pienso renovar con eso.

—No es para tanto, si no quieres hacerlo está bien.

—No Alex, es solo que me molesta que quieras cambiarme más de la cuenta. Me ayudas, genial, pero luego... te portas así tan... tan idiota.

—¿Ahora soy un idiota?

Vaya que poco duraba lo bueno.

—Siempre lo fuiste —dijo huraña—. Siempre te portas como uno.

¿Era demasiado pedir que midiera sus palabras? ¿Costaba mucho decir “te verás mejor”, “te verás linda”? No, esas palabras jamás las obtendría de alguien como él, y por lo mismo tampoco merecería creerse el gurú de su vida.

—Me voy a mi casa.

—¿Qué? ¿por qué? —intentó detenerla metiéndose en su camino dificultosamente, ya que ella lo evadía y pasaba de largo.

—Tengo cosas importantes que hacer —Alex le seguía los pasos—. Oye, deja de seguirme, me pondré a gritar.

Alex se puso frente a ella y la obligó a detenerse.

—Vale, quizás me pasé un poco, pero ¿es necesario que te pongas así? Aún podemos ir a otros lugares... a comer quizás.

Sin embargo, Sayen ya no quería nada. Alex tenía una forma muy simple de hacerla sentir indispueta.

—Tengo trabajo que hacer y Natalie me está esperando. No te preocupes, tomaré un taxi.

Una mentira que al menos la libró de sus pasos. Mientras ella se iba, Alex refunfuñó su mal carácter y blasfemó para sí. Él había sido imprudente y ella había sido la tonta en perderse una cena gratis.

En vez de irse directo a casa, decidió pasar a comprar algo de sushi y pollo en el camino. Le había enviado un mensaje a Natalie avisándole que iba a su casa, evadiendo de paso todas las preguntas de la rubia.

Luego de una cena de la que no quedó tan satisfecha por tener en su mente a cierto desgraciado deslenguado, se encargó de acostar a Javier y dormir unos minutos a su lado antes de que se hiciera más tarde. Dejó la luz del espanta cuco encendida y bajó a la cocina, encontrándose con su amiga siendo abrazada por detrás por Misael, quien le propinaba besos en el cuello y la hacía reír por las cosquillas.

Avergonzada por aquella escena que le causó cierta envidia, carraspeó fuerte para ser oída y estos se separaran en el acto.

—¿No se despertó? —preguntó la rubia.

—Duerme como una roca —pasó al mesón de la cocina—. Qué suertudos.

—No siempre fue así. ¿Recuerdas que una vez te amaneciste ayudándonos? Cuando recién nació —recordó Misael. De solo pensar en su pequeño la sonrisa se le ensanchaba.

—Aaaah sí, qué demonio era —sonrió—. O cuando comenzó a redecorar las paredes con el pañal sucio.

—¡Ni me lo recuerdes! —rogó la rubia—. Menos mal está creciendo, cada vez es más listo.

La hora de irse se acercaba, había pedido un taxi para media hora más, ¿por qué debían vivir tan apartados de la zona central de la capital? Bueno, quizás si ella tuviese su familia, también gustaría de vivir alejada de tanto ajeteo y contaminación.

Observó la espalda de su amiga, quien secaba la loza.

—¿Sabes? Creo que si tomo un descanso algo alejada de todo, podré reconectarme y volver a escribir.

Natalie se exaltó emocionada, e incluso una sonrisa torpe asomó sus labios.

—¿Hablas en serio? ¿Ya tienes pensado algo nuevo?

—Sí, en realidad tengo una buena idea rondando por mi cabeza.

—¡Eso es genial! Me alegro tanto —dejó todo lo que hacía para abrazarla con fuerza, hasta meditar bien las palabras de la castaña—. Pero... ¿Qué es eso de un descanso algo alejada? ¿a qué te refieres?

—¿Recuerdas la cabaña en la playa a la que fuimos hace dos años? Bueno, tampoco es tan lejos, la costa queda a dos horas y media —aun poniéndolo así, no convencía a Natalie—. Quiero estar sola, lo necesito... Solo quiero estar conmigo y recomenzar.

—¿Como cambiar de etapa?

—Sí. Quiero avanzar haciéndolo sola. Me iré mañana y volveré el domingo en la noche, solo son cuatro días. Lo necesito.

Aunque sus palabras no dejaban tranquila a la rubia, debía confiar en su amiga. Hasta el momento había dejado de hacer tonterías.

—¿Me prometes que volverás bien?

Aquella pequeña confianza iluminó el rostro de la castaña.

—Solo no le digas a Alex.

# Capítulo

## 17

Desconcertado por escuchar el buzón de voz, volvió a intentarlo, sin embargo, terminaba en lo mismo una vez más. Había pensado que, siendo la mujer más directa que conocía, sería capaz de decirle qué regalo sería el mejor. Se tuvo que conformar con un par de globos enormes que decían: “¡Felicidades! Tocó doble” y un par de mudas que probablemente había comprado en la talla equivocada. Después de todo, dudaba que fueran tan pequeños, ¿o sí? No recordaba haber atendido partos en sus años de internado de medicina.

Al asomarse a la habitación, fue recibido por muchos colores pasteles y algunos conocidos en el interior. Después de todo, varias de sus amistades trabajaban en el mismo hospital.

—Qué bueno que viniste amigo, gracias —dijo John, acercándose y estrechándolo en un apretado abrazo.

—Felicidades amigo, ahora sabrás lo que es no dormir —pero su burla no sirvió de nada para cambiarle la cara. La expresión de John era un completo poema sumergido de arcoíris, unicornios y reinados mágicos—. Toma, unos regalos.

Se acercó a Millena felicitándola, lo cual fue breve ya que, aún convaleciente, estaba rodeada de casi toda su familia y amigas.

Michael, un viejo compañero de la universidad encargado del área de psicología infantil, se acercó junto a Christopher.

—Mira —susurró el mayor, Christopher—. Esas dos creo que son amigas de Millena, están muy buenas, ¿no?

Michael y Alex sonrieron divertidos, volviendo la mirada a donde su amigo les decía. Ni siquiera en el nacimiento de los hijos de su amigo descansaba las hormonas. Si bien ambas chicas eran bastante guapas, su atención pronto cambió a John que le quitaba casi a la fuerza uno de sus hijos a su cuñada y lo acercaba a ellos.

—Mira nada más qué preciosidad —dijo John, haciendo caras al neonato. Su hija, era tan pequeña y frágil que Alex no lo pudo creer—. Se llamará Sanya, ¿no es preciosa?

¿Sanya? Pensó Alex, recordando automáticamente a Sayen, pensamiento que lo hizo sonreír. De pronto el contacto de algo blando en su pecho lo exaltó. Sanya estaba siendo recargada contra él.

—¿Qué?

—Vamos, cárgala, a ver si te queda gustando la idea —dijo John entusiasmado—. Tómala con cuidado. Pobre de ti si se te cae.

—No, espera, yo no sé...—fue demasiado tarde cuando tuvo que poner sus brazos bajo la pequeña y aferrarla a su pecho con miedo de que fuera a caer.

La sensación de fragilidad lo atemorizó, haciéndole pensar en las múltiples posibilidades de hacerle daño. ¿Estaría apretando muy fuerte?, ¿la estaría tomando mal? ¿si se le caía y se golpeaba? Sin embargo, la pequeña nunca se quejó, incluso cuando sus ojitos se abrieron, mostrando dos lagunas azuladas, sus sonrisas se cruzaron.

—Es preciosa John. Felicidades —lo miró sincero.



La meció suavemente un momento, e incluso la acomodó mejor entre sus brazos para acercar sus dedos a esas sonrosadas mejillas de bebé. Era tan suave como la seda y el contacto le producía cosquillas a la pequeña, haciéndola sonreír más. Algo en su pecho se removió y aquello lo asustó.

—Toma, no quiero contagiarme de tu paternidad —intentó alejar ese sentimiento nostálgico. ¿Sería la edad?

—Vamos princesa, vamos con mamá...—la meció, llevándosela de vuelta a su esposa, intercambiando su hija ahora por el varón—. Miren a este muchacho. Será el orgullo de papá.

—Olvidalo, teniendo la niña se te caerá el cabello —dijo Michael—. Solo espera a que crezca. Tendrás que espantar los pretendientes y todos los buitres que se le acerquen y te llamen suegro.

El color de la piel de John se volvió pálida.

—¿Enserio, colega? Asustándome así tan pronto. Qué desgraciado eres, maldito.

Todos rieron divertidos por ello. No era ninguna mentira que John tendría pronto que asimilar.

A medida fue atardeciendo, iba siendo hora de irse como varios habían hecho ya. Todo era llanto, ternura, llanto y ternura alternada. Si uno de los bebés comenzaba a llorar, pronto lo seguía el otro.

Por suerte, nadie más que John y Millena eran los padres. Verlo tan entusiasmado le daba un ápice de envidia. John era un hombre con suerte. Había encontrado una mujer fiel que lo amaba, le daba cariño y un bonito hogar, que le había regalado una familia sana, normal.

—Oye amigo, ya nos vamos —avisó Christopher a John, quien con su ancha sonrisa dejó a la pequeña en el cunero y los acompañó por el pasillo.

—Sabes que si te quedas esta noche no vas a dormir, ¿no? —comentó Michael, pero a John poco parecía importarle.

—Estaré donde mi mujer me necesite.

—Oh cielos, ¿qué les pasó a tus pelotas? —cuestionó Christopher.

—Olvidenlo, es el amor —Alex torció una mueca al decirlo—. Vale amigo, de nuevo felicidades y que pases una buena noche.

—Oye, oye, ¿por qué tan rápido? ¿tienes prisa? —John lo miró inquisidor—. ¿Vas donde ella?

—¿Ella? No sé de quién me hablas —se encogió de hombros. ¿O sí?

—A ver, ¿qué cosa, Alex? —preguntó divertido Christopher—. ¿Tienes una chica y no nos habías contado?

—Claro que no. John se refiere a... a una amiga —no podía admitir que era una paciente, se burlarían de él.

—¿Y cómo está? ¿mejor que la última vez?

—Bueno... —lo tomó del brazo y lo llevó a un rincón, no quería que los demás oyeran—. Está bien... está estable, aunque creo que sigue confundida. Todo el rollo de su ex la pone mal.

—O sea que tienes competencia de un fantasma —se burló.

—Claro que no, nada de competencia, Sayen es solo una paciente —murmuró algo alterado.

—Bueno, si insistes...—se metió las manos a los bolsillos—. Ya sabes lo que dicen, “un clavo

saca a otro clavo”.

—Ya te dije que yo...

John se alejó antes de que Alex pudiese decir algo más en su defensa. ¿Estaría muy implicado con Sayen que ya se distorsionaban las cosas de esa manera? Sin dudas la trataba como a ningún otro paciente.

Fue a beber esa tarde un par de cervezas con sus amigos hasta que marcó las nueve. Varias chicas se habían acercado, buscándolo con insinuaciones que acabó rechazando. Extrañamente no quiso compartir esa noche de viernes con ninguna desconocida.

Sin entender por qué, llegó hasta el edificio de la castaña. No sabía cómo, solo que acabó con la mirada clavada hacia la terraza de ella. No había luz a pesar de ser de noche, ¿habría salido? Podía esperar. Subió hasta su apartamento, y esperando tener suerte, tocó la puerta lo más decente posible. Pese a ello, no hubo respuesta alguna.

Tampoco cuando probó llamarla otra vez al celular. Dos veces que fueron directo al buzón de voz.

—Oiga, oiga joven —escuchó un murmullo detrás de él. Se volteó, encontrándose con la vecina asomada por una pequeña apertura de la puerta—. ¿Busca a la chica? A la escritora.

Aunque esa mujer no le inspiraba confianza, no perdía nada. Parecía ser de esas mujeres que sabían absolutamente todo lo que ocurría tras cada puerta del lugar. Una chismosa.

—¿Sabe si salió?

—Ella se fue. Ayer temprano en la mañanita, cuando salí a comprar comida pa’ mis canaritos, la hallé en la escalera con una maleta bien grandota oiga.

—¿Qué? — «¿una maleta?»—. De casualidad... ¿no sabrá dónde?

—No joven, yo solo salía pa’ allá pa’ la feria por comida pa’ mis canaritos. La escritora es muy callada.

“Callada” era lo que menos definía a Sayen. ¿Acaso nunca escuchó sus escandalosos lloriqueos?

Volvió a su auto, fundido en la curiosidad. Si había desaparecido así, y cierta persona no había llamado hasta ahora desesperada por ello, era porque también era responsable. Y ella debía decirle dónde estaba.

—Señora Nast, buenas noches. Sin rodeos, ¿dónde se metió Sayen?

—Ah... Bueno, señor Wömpner, Sayen necesitaba descansar un poco, así que volverá el lunes. No se preocupe.

¿Descansar? ¡Ni que se matara trabajando!

—Señora Nast, usted comprenderá, como médico tratante de Sayen, debo estar en constante comunicación, ¿no lo recuerda?

—Descuide, me prometió que no hará nada.

—¿Y usted le cree? ¿de verdad confía en su palabra?

—Claro, ¡es mi amiga!

—Su amiga... —gruñó mordaz. Carraspeó, intentando aligerar su tono—. Solo estoy siendo

responsable como médico. Si usted prefiere que me desligue de Sayen, podemos renunciar ahora, pero yo debo saber dónde está metida.

Cortó, sin entenderse a sí mismo por toda esa molestia que lo embargaba. No estaba pendiente de ningún otro paciente. Era como si ella hubiese pasado a un plano muy distinto.

Para cuando llegó a su apartamento ni se molestó en colocar la calefacción. Si bien hacía frío, nada reemplazaría el vacío que siempre había en ese lugar. Refugiándose entre sus mantas cerró los ojos, esperando que el sueño llegara por sí solo, pero el sonido de un mensaje lo obligó a revisar su celular por última vez antes de querer apagarlo. Era un correo de Natalie. Había una imagen adjuntada de una casona blanca en la playa y la dirección abajo.

‘Litoral costero kilometro ochenta y tres con colina oeste’

# Capítulo

## 18

Amaneció el sábado y se cumplía su tercer día en ese lugar, donde lo único que había hallado fue una infinita paz interior. Tan relajada se había sentido esos días que había logrado desconectarse por completo de todo lo referente a la capital y todo lo que implicaba su pasado. Ese momento quería disfrutarlo sin agobios. Se sentía más limpia, nueva. Se sentía como comprar cien zapatos y mil libros nuevos.

Todavía no eran las nueve de la mañana y ya andaba de pie. El aire limpio de la playa hizo fluir sus ideas como no recordaba de hace tiempo. Había conseguido pasarse horas frente a la chimenea, escribiendo varias cosas decentes y juntarlas en una libreta donde tendía apuntar todas las historias.

Vestida únicamente con una camisola de seda y mañanita abierta de lana gris, fue bajando la escalera de piedras hasta que sus desnudos pies tocaron la húmeda arena. No había mejor sensación que la frescura de la mañana a orillas del mar. Pateó la arena, corrió hacia el agua y evitó tocarla cuando esta venía de regreso. Dio la mano a una vieja amiga que hacía tiempo no recordaba.

Libertad.

—¡Con que aquí estabas!

Se tropezó, golpeándose las rodillas y las manos con la arena. Miró hacia arriba, en el último peldaño de la escalera estaba él. A quien menos pensó ver allí la miraba ahora con una sonrisa altanera y lentes de sol oscuros. Vestía un pantalón color caqui con los tobillos arremangados, una camiseta piqué azul y zapatos de lona. Todo tan distinto como lo había visto siempre, con excepción en la parrillada. Se veía tan relajado... ¿Qué demonios hacía él allí?

—¿Es este tu escondite? ¿Vienes por un bronceado dorado en pleno invierno? Podrías haber aguantado hasta la primavera y no volver con una infección respiratoria.

—Mira tú... —se levantó limpiándose la arena. La humedad le provocó un poco de irritación en la piel—. ¿Qué haces aquí? ¿cómo... cómo me encontraste?

Pero ella misma se respondía cuando a su mente solo aparecía Natalie. Subió los doce peldaños de piedra hasta llegar a él, ignorando por completo la mirada de Alex paseándose por ella a través de sus cristales polarizados.

A pesar de sus cuestionamientos, él solo podía ver la delgada camisa de seda, y cómo bajo eso no llevaba ropa interior ni nada que se marcara.

—Alex, te estoy hablando —se cruzó de brazos.

—¿Por qué te desapareciste así? ¿No podías avisar al menos?

—¿Y qué eres tú para avisarte cada lado al que voy? —¿acaso tenía que avisarle todo? —. Se supone que me quería desconectar de la rutina, por eso dejé el celular en casa.

—Te recuerdo que soy tu psiquiatra, casi tu niño —la cara de Sayen enrojeció. Bajó de su rostro hasta notar que el frío hacía lo suyo y los pezones se le marcaban por la camisola—. Abrígate.

Ella bajó la mirada por su cuerpo, y al notar lo que él había visto, cerró la mañanita y se abrazó. Obviando la expresión burlesca de Alex, le sacó la lengua.

—Per-ver-ti-do. Parece que viniste preparado, se te ve muy playero.

La sonrisa de Alex se ensanchó. Luego miró hacia la casona, la cual era enorme y muy antigua, construida de madera, de dos pisos y un techo tan alto que seguro daba a un ático. A primera vista parecía agradable, seguro con los faroles que la rodeaban en la noche debían hacerla ver mejor.

—¿No es muy grande para ti sola? —preguntó curioso—. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—¿Quién dijo que vine sola? —lo miró divertida, a lo que Alex tornó la mirada a ella—. Bueno, sí vine sola. Tiene diez habitaciones.

Le hizo un gesto para que la siguiera adentro. Alex no perdió detalle del lugar, viendo lo antigua pero segura que era la edificación. La chimenea de piedra y las gárgolas que se situaban a cada esquina, la cocina de alerce caoba y el crujido del suelo al pisar. Todo estaba a la vista, incluso un pequeño comedor a lo lejos en una esquina. Vio que el sofá que estaba frente a la chimenea ya había sido más que apoderado por la castaña, pues este tenía mantas, almohadas y un computador.

—¿Vienes por algo más que por mí? —preguntó ella de pronto. Desconcertado, la acompañó hasta la cocina, donde él se sentó en un banquillo—. ¿O solo viniste a verme?

Si lo decía de esa forma sonaba tan extraño que él mismo se avergonzaba, casi era como decirle acosador. Quizás había exagerado al ir. ¿Por qué esa urgencia de verla? Ella tenía su largo cabello suelto y con esa pinta no lucía tan mal. Tenía un aspecto salvaje y relajado que le atraía. Nada de maquillaje, como era costumbre. Un par de lagañas, la cara de frecura. Natural.

—¿Me sirves un café? Fue tedioso manejar casi tres horas en una carretera en reparación.

—¿Trajiste tu pobre auto a sufrir? —lo miró divertida—. Vaya, qué psiquiatra más preocupado. Extrañabas a tu paciente.

Puso el agua a hervir y buscó huevos en el refrigerador. Alex aguardó desde su lugar en silencio mientras ella, por primera vez, preparaba el desayuno para ambos.

—¿Me acercas las tazas? Están detrás de ti.

Al final terminó ayudándola en las pocas cosas que ella le pedía. Colocó lo necesario en la mesa y luego la paila con abundante huevo revuelto en medio. Sayen sacó el pan calentado del horno, dejando que el lugar se impregnara por todos lados con un toque a orégano.

En cosa de segundos Alex se contagió de ese aire relajado. La buena comida, el sonido de las gaviotas y las olas al reventar. Con razón la castaña lucía tan calmada.

—¿Habías venido antes por estos lados? No es tan bonito como la parte turística del casino, pero tiene su encanto.

Alex tragó algo brusco su comida.

—Es bastante rústico, todo.

—¿Sabes? Hay un restaurante que vende unas empanadas de camarón exquisitas, ¿te apetece ir después?

Realmente le había hecho bien ese cambio de aire.

—Bueno, pero... ¿no estás molesta? —ella lo miró confundida—. Por haber venido así nada más.

—La verdad es que estoy extrañada, no era necesario que te preocuparas y vinieras. Decidí vivir mejor, te lo dije.

—Sí lo hiciste, solo que... no lo sé. Me imaginé las posibilidades de que algo pasara e hicieras una tontería.

A pesar de ello, Sayen sonrió.

—Intentaré rearmar mi corazón, por mí. Si siento debilidad en algún momento, te llamaré.

Después de comer, Sayen le hizo un recorrido por la casa. Tenía cuatro habitaciones abajo y arriba las demás, las cuales eran más amplias, además la habitación que usaba la castaña tenía un enorme ventanal que permitía ver la playa en todo su esplendor.

—¿De quién es esta casa?

—Bueno... los dueños son unos conocidos de Natalie, me la arriendan a buen precio. Pero antes, mucho, mucho antes, esta había sido la casa de un pirata.

—¿De un pirata? —repitió incrédulo.

—Sí, dicen que la mayor parte está construida con restos de su viejo barco. Cuando naufragó aquí hace siglos, se enamoró de una nativa, y fue tanto su amor por ella y por las tierras, que solidificó una familia aquí, por ella, y se olvidó de sus tierras originarias.

No sabía si era una historia inventada o real, pero la verdad es que se la había creído. Cuando bajó la escalera, Sayen le pidió que la esperara un momento, por lo que aprovechó de relajarse en el sillón grande entre las cosas. Manejar tres horas en una carretera en mal estado era un asco.

—Listo, ¿vamos?

Abrió los ojos algo aturdido, no supo en qué momento los cerró, pero sí que lo primero en ver fue a ella. Vestía un pantaloncillo corto blanco, una blusa holgada color rosa y abrigada con una sudadera gris.

Caminaron por la arena por varios minutos, conversando de pequeñas nimiedades hasta que comenzaron a acercarse a la parte más concurrida, encontrándose algunas lanchas estancadas en la arena y niños jugando de un lado a otro.

—Ven, ya abrieron.

De pronto su mano era atrapada por la de ella. Su piel era caliente y suave, sus dedos largos en unas manos muy pequeñas, y su agarre simplemente fuerte. Apurando el paso, Sayen lo llevó hasta un puesto de mermeladas de frutas artesanales.

—Mira, mira, Pruébalo —dijo, agarrando una galleta con una mermelada roja, y aunque intentó evitarlo, ella fue más rápida y se lo metió a la boca—. ¿Qué tal?

Mascó y degustó su sabor. Era una mezcla de frutos rojos un poco ácida, la cual parecía adherirse al paladar.

—Está muy buena. ¿Qué tal esa? —señaló una azul.

—No me gustan los arándanos, ¿a ti? —como él asintió, le dio de probar también. Y luego Alex le dio a probar también uno que otro. Al final, ambos terminaron comprando.

Lo más típico de ver allí eran los surfistas por las grandes y agitadas olas en esa playa. Pocos bañistas producto del frío, aunque sí bastantes personas visitando los restaurantes.

La vio mirar unos vestidos tejidos a crochet. Se le veía tan tranquila y entusiasmada que se

preguntó si sería malo que se quedara allí más días. De pronto, ella le pidió que se acercara y le mostró un vestido por encima, pidiéndole su opinión.

—¿Qué tal? ¿No es lindo?

Entre los puntos tejidos del vestido había espacios grandes, lo cual solo mostraría más piel. Hizo una mueca y miró los demás. Había uno corto blanco, pero que al menos no mostraría más allá de brazos y piernas.

—¿Este no te gusta? —ella pareció meditarlo—. No eres muy alta, si te pones ese celeste serás un pitufo.

—¡Oye! —Golpeó su brazo y regresó el vestido—. Mejor te hubiese dejado en la casona.

Se dio media vuelta para irse molesta por las palabras que Alex, segundos después, les tomó peso. La retuvo del brazo para evitar que se fuera y con el vestido blanco aún en la otra mano, se lo cruzó por delante para que se viera en el espejo.

—Este color es más bonito —corrigió ante su suspicaz mirada—. ¿Por qué no te lo pruebas?

Y aunque dudó de sus palabras, lo terminó aceptando igual. Pasó tras un vestidor improvisado que tenían los pequeños locales artesanales, y aunque pensó que la castaña le mostraría con detalles el vestido, solo se había asomado para pedirle a la vendedora que la ayudara con algo. De todas formas no perdió la oportunidad de verla, y cuando la vendedora volvió y Sayen se volvía a cambiar de ropa, pagó por el vestido.

Al acercarse la castaña a pagar, la vendedora solo se lo entregó en una bolsa y le comentó que ya estaba pagado. Confundida, notó a Alex mirando unos cuarzos en un puesto. Caminó hasta él, ubicándose a su lado.

—¿Estoy soñando o te hizo mal el aire salado? Gracias.

Alex sonrió tenuemente y siguió caminando. No iba admitir lo bien que le quedaba y cómo deseaba verla con eso puesto otra vez.

Caminaron por largas calles tan solo ensuciadas por la arena que arrastraba el viento y permitía dejar sus huellas. En un cómodo silencio, donde ambos respetaban los pensamientos del otro, observó el perfil de Sayen con cierto detalle. Su rostro, algo cubierto por su cabello, dejaba de igual forma definir su fino contorno, sus pómulos redondos y una nariz recta y empinada. Incluso sus pequeñas orejas, cosa que le causó gracia.

Entonces, como un reflejo, se alertó de un hombre que pasaba muy cerca de ella. Bajó la mirada y lo pilló queriendo meter mano en su morral. Enseguida aprovechó de pasar su brazo por su espalda baja y mover el bolso, a su vez acercándola a él. El hombre captó cómo Alex lo miraba y solo atinó a irse por otro lado, sin haber conseguido su propósito.

—«Ese idiota...»

—Alexander.

Su mirada se dirigió a ella, dándose cuenta que se habían detenido. Aquellos ojos, que ahora lucían verdes, estaban bien abiertos, sus mejillas rojas y los labios separados con las palabras a medio salir. Y él estaba igual, solo que con la mano todavía en su cintura, la cual quitó rápido al darse cuenta de lo atrevido que había sido.

—Lo siento, es que un tipo estaba demasiado cerca de ti, pensé que quería tu bolso —habló atropellando sus palabras.

Con dificultad, ella formó una risa torpe. ¿Por qué se había creído otra cosa? Qué tonta...

—Ah, entiendo... esto... ¿Empanadas?

Sin decirle más aceleró el paso, dejándolo unos cuantos atrás. Estaba tan avergonzada que el rostro le hervía.

Llegaron al local de empanadas que estaba situado dentro de la playa, toda su construcción era de madera y techo rústico con hojas de palma, no había mayor suelo que la misma arena incluso adentro. Diversas plantas adornaban por todos lados, pájaros pequeños volando de un lado a otro o posándose en las mesas y algunas campanas sonando por el viento. Alex miró cada rincón con fascinación.

Las cartas ya estaban en la mesa con una amplia variedad que se hacía difícil decidir.

—Mira esa, carne queso —dijo ella, haciendo un gesto con los labios como si se deleitara de solo pensarlo—. Camarón queso, camarón champiñón.

—Creo que acá no se puede comer solo una —sonrió, viéndola negar—. ¿Cuál piensas elegir?

—Aparte de la de camarón queso, creo que ésta... —señaló una de carne—. Y una soda, muero de sed.

En cuanto la mesera llegó, Alex pidió lo mismo que la castaña. Aprovechó de revisar su celular para ver si tenía alguna llamada, a lo que Sayen, en total desacuerdo, alargó la mano y se lo arrebató.

—Oye, dame eso. Es mi herramienta de trabajo.

—Es fin de semana, no tienes trabajo y... si yo estoy desconectada, tú también lo estarás —metió el celular en su morral—. Me estresa cuando la gente usa esas cosas en la mesa.

—¿Y qué sugieres entonces?

—¿Hablar? A la antigua, con la boca y no mensajes de texto —se encogió de hombros—. Por cierto, ¿hasta qué hora te vas a quedar?

—Hasta mañana, ¿por qué? —¿acaso ya quería que se fuera?

—¿Y dónde te piensas quedar? —lo miró curiosa—. No hay muchos hoteles por aquí.

—Tengo una amiga que se está quedando en una casona aquí. Me quedaré con ella.

¿Una amiga? Pensó exaltada la castaña. ¿Él tenía una amiga allí y se quedaría la noche con ella? Entonces vio cómo Alex levantaba sus cejas y la miraba divertido. Junto a la comprensión, llegó una especie de alivio a su pecho.

—Te daré la habitación más fea y húmeda que haya.

—Lo creo —sonrió. La mesera llegó primero con las bebidas, momento en que ella aprovechó de dar un largo sorbo—. ¿Has estado trabajando en algo nuevo? Vi tu computador.

—Así es. Una nueva obra maestra.

Alex apreció su vanidosa actitud.

—¿Y puedo verlo más tarde? Quizás pueda darte una mirada crítica.

—¡Claro que no!

De solo pensar que Alex leyera sus nuevas ideas la ponía en alerta. Él no podía enterarse en qué se basaba su nueva historia de amor. Nunca. Jamás en la vida.



Cuando por fin saborearon las empanadas, el queso chorreaba por sus dedos. El sabor único con el aire marino lo hacía una experiencia tan gratificante que los absorbía demandando tener más tiempo allí.

—Esto es tan delicioso. Podría vivir de estas empanadas el resto de mi vida —comentó la castaña.

—Podrías, pero no sería muy sano —ella frunció la boca, gesto que lo hizo darse cuenta de una mancha en su comisura—. Tienes algo ahí.

—¿Dónde? —Se llevó el dorso de la mano al lado contrario.

—Al otro lado, más arriba, no, más abajo.

Antes de que la castaña dejara un desastre con sus manos, tomó una servilleta y la acercó a su boca, deslizándola con el suficiente cuidado y lentitud para detenerse un instante a mirar con fascinación ese rincón de sus labios. ¿Cómo sobrevivir hasta mañana con tales pensamientos?

En la noche el aire estaba extrañamente tibio, no había rastros de nubes e incluso la mar estaba demasiado calma. Los pocos turistas de la fecha comenzaban a retirarse cuando ya el comercio comenzó a cerrar alrededor de las ocho, pero para ellos ese día seguía siendo joven.

Faltaban algunos metros para llegar a la casona cuando la castaña se metió a un negocio de veinticuatro horas.

—¿Qué necesitas? No me digas que ya tienes hambre.

—Es para la cena de esta noche —solo que no se fue por los pasillos de las pastas, sino por los dulces—. ¿Qué tal una fogata y malvaviscos?

—Estás muy entusiasmada —no podía negar que él también—. Quizás tuviste que haberme invitado a venir contigo antes. ¿Llevamos algo salado también?

—¿Galletas? No hay muchas cosas saladas.

—Con eso está bien. ¿Sabes hacer una fogata?

—Sí, pero de la fogata y la chimenea te encargas tú hoy.

Todo ese plan lo convenció. Incluso cuando tuvo dificultades para prender la fogata y Sayen tuvo que ayudarlo sin dejar las burlas a su persona.

Sayen volvió a la terraza donde estaba la fogata, que a su vez era rodeada por un armazón de rocas como todo lo demás. Dejó la fuente de malvaviscos en el banco del costado y se sentó frente a él. Quitándose la manta, dejó al descubierto el vestido blanco que llevaba. Algo escotado y a medio muslo, siendo un detalle no menor para Alex.

—Parece que sí aprecias los regalos.

—Es bonito. Además, siempre he recibido pocos regalos, más que nada de Natalie.

Se podía imaginar que entre ese comentario quería decir en realidad “Daemon jamás me dio un regalo” o algo por el estilo. Tan solo recordarlo le molestaba.

—Está muy tranquila la noche, y eso que ayer hubo marejadas.

—Tienes una muy buena vista, seguro que dormiste poco.

—Me he despertado temprano —admitió—. Este lugar es único, me encanta todo.

Su perfil brillaba con la luz del fuego, resaltando esa piel sutilmente trigueña. Alex delineó con

la mirada la pequeña sonrisa que iluminaba aquel rostro.

—¿A qué hora piensas irte mañana? —preguntó, ensartando un malvavisco en un largo pincho. Ella lo imitó.

—Quizás en la tarde, tipo siete. Por suerte voy con un amigo que tiene auto, así que iré muy cómoda.

Alex comprendió enseguida su indirecta.

—Mientras no lo destroces, está bien.

Ella hizo una mueca de desagrado y se comió el malvavisco casi sin soplar.

—¿Siempre me lo recordarás?

Se sonrieron con la mirada. En el fondo escuchaban numerosas gaviotas alejarse por los cielos, los pocos autos que pasaban a lo lejos por la carretera y la leña que se quemaba frente a ellos.

Los minutos pasaron y ya marcaba diez para las diez.

—Ah... —suspiró Alex. El sueño poco a poco se iba apoderando de él—. ¿Cómo te has sentido? En general, ya sabes.

—Ahm... bueno, muy sola —admitió en un susurro—. Sé que Natalie hace lo que puede, pero no debo estar pegada a su familia siempre. Daemon no volvió a llamar ni siquiera tras las disculpas de Sam Lorza. Creo que en el fondo... ni bien, ni mal.

Le sorprendió la forma en que ella pudo pronunciar el nombre de ese hombre sin quebrarse, y aunque su mirada se perdió un instante, se volvieron a encontrar.

—Supongo que ya no lo necesitas —o eso esperaba él.

—Eso... yo... yo no sé. No sé lo que quiero. ¿Es normal sentirse así de perdida cuando ya sabes que todo acabó?

Suponía que debía responder algo a lo que él nunca en su vida había sentido. Él jamás había pasado por lo mismo.

—No lo sé. Debe ser que extrañas el tiempo juntos, por eso debes hacer cosas nuevas aparte de escribir. ¿Qué tal un pasatiempo?

—Sí, debería, ¿no? Quizás aprender a bailar tango, siempre he querido hacerlo, pero Daemon jamás quiso acompañarme.

Escuchar a ese hombre nuevamente acoplado a una oración lo puso de nervios, no tuvo que haber sacado jamás el tema.

—A veces pienso en él con la cabeza fría, en esos momentos en que puedes ver los defectos, y recuerdo que él había dejado de darme cariño en el último año de relación.

—¿Cómo? —¿a qué se refería con eso?

—Cuando cumplimos cinco años, él cambió. Llegaba más tarde a casa, apenas me besaba y se metía al cuarto a dormir. Ya no comíamos juntos en su tiempo libre y fueron contados con una mano los fines de semanas que salimos juntos. Siempre lo atribuí a sus estudios.

—¿Seguía estudiando? Pensé que era mayor que tú.

—Por dos años... Yo pagué su especialización.

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio? —comenzaba a entender más. ¿Cómo ella recién lo hacía?

—. Me imagino que además de los estudios, también lo vestías y le dabas todo lo que quería.

—Bueno... él ganaba muy poco en un principio en urgencias, luego empezó a estudiar la especialización y los materiales no eran baratos.

—Claro —sonrió con cinismo—. Necesitaba de ti, ¿no?

—Yo...

—Déjame resumir cómo es todo esto. Él cuando vio que ganaste ese concurso se acercó a ti, te incitó a independizarte, y tan pronto consolidaron el noviazgo, se fue a vivir contigo. Por supuesto tú pagabas todo; alimentación, ropa, sus libros caros y cualquier cosa que se le ocurriera, ¿no? Supongo que las vacaciones también. Después, cuando se graduó, las cosas se pusieron un poco frías, empezó a ganar un poco más y apuesto a que apenas tenían sexo.

Su mirada perpleja fue suficiente afirmación.

—Sayen, contéstame, ¿tenían sexo?

Era imposible mentir, su rostro la delataba.

—No. Nuestro último año ya casi no me tocaba, meses después dejó de hacerlo.

—Y aun así llegaba muy cansado, ¿no? Seguro a veces se desaparecía o no llegaba a casa, ¿verdad?

Era vergonzoso ver la realidad así de golpe, con tanta claridad.

—Yo... yo supe que tenía otra mujer, lo sabía —susurró—. Intenté cambiarlo, intenté que dejara de verla, de verdad intenté quitarla de su cabeza...

—Pero solo te abandonó. Sacó todo de ti, te aisló, te dejó con ese agujero en tu corazón y solo continuó con su vida.

¿Cómo podía haber una mujer tan tonta? No, sabía que en realidad muchas pasaban por algo así. Que ella hubiese pasado por eso le molestaba, porque dentro de todo ese mal genio y locura, ella era una mujer que solo se había entregado demasiado por alguien que no valió ni valía la pena.

—Dicen que en una relación siempre hay un débil y un fuerte, el que ama más y el que ama menos. ¿Quieres saber quién eras?

No necesitaba decírselo, ella bien lo sabía, ¿y qué podía hacer ya?

—Para mí, aunque suene estúpido, la relación fue valiosa.

—«Y por eso eres estúpidamente hermosa», pensó con profunda rabia, la cual se aflojó al darse cuenta de sus pensamientos.

En el fondo no podía negar que era atractiva, que los colores la avivaban y se veía hermosa cuando sonreía. Eso era algo que a nadie podría discutir. ¿Y su corazón hecho de la más pura idiotez? Ella amaba como pocos se atrevían a amar.

—Me siento tan estúpida, Alex. Ni siquiera teníamos sexo porque él ya estaba muy agotado por acostarse con ella, ¿en qué momento dejé de ser atractiva para él? —vio llevar su mano al centro de su pecho, ¿le dolería el corazón? —. No fui lo bastante buena.

—Claro que no, él no fue un hombre a tu altura.

Aquello había sonado como una defensa a todas esas palabras duras que se dirigía a sí misma. La mirada de Alex se introdujo en la suya como si pudiera ver en su interior y tocar con sus

pupilas cada una de sus heridas, e incluso jugar con sus pensamientos sin dañarlos. Esa intensa mirada que calaba cada tramo de piel sin siquiera tocarla la hizo sentir tan intimidada y ansiosa a la vez como hacía tiempo no se había sentido. ¿Qué sentiría él cuando era ella quien no podía quitarle los ojos de encima? Cuando solo parecía querer hundirse un poco más en él.

—Siempre he tenido curiosidad...—la voz de Alex sonó grave, como un ronroneo que erizó su piel—. Tus ojos siempre cambian de color... ¿Lentes de contacto?

Él siempre miró sus ojos sin perder detalles y eso la animó.

—Son pardos, aunque parecieran cambiar...—explicó apenas con un tono firme—. Si es un día despejado, se ven azules. Si está nublado, se ven grises, o a veces se ven...

—Verdes, lo sé.

Eran como ella; a veces bien, a veces mal, pero honestos. La tensión se volvió tan difícil de contener, que ella optó por levantarse primero para intentar calmar ese nerviosismo que la recorría.

—Voy... voy por más malvaviscos.

Tuvo que haberse quedado en el momento que ella volvió a la casona y reprimir esas emociones que lo embargaban, pero no pudo. Sus pies no obedecieron sus órdenes y fue tras Sayen a ciegas. Desde la entrada la vio de espaldas apoyada en el borde del copero, sosteniéndose como si intentara alivianar su respiración. Delineó su silueta a cada paso que daba, lo más silencioso posible, hasta acercarse a ella. Su propia respiración se pausó por los incomprensibles nervios y luchó consigo por poder decir algo, o quizás alejarse, pero los centímetros agobiaban y fue acercando una mano, anhelando despejar su espalda y tocar su piel. ¿Qué le ocurría? Ella era una paciente, una más de tantas que había tenido en su diván. No era la más guapa ni la más simpática, y aun así era tan vibrante que se sentía atrapado en algo caótico e incorrecto.

Apretó los puños, bajando su mano, reteniendo aquel deseo de agarrarla de la cintura y dejar a riendas sueltas sus instintos, al menos hasta irse a la cama, solo. O eso pensó hasta que ella se dio vuelta y se descubrió a solo centímetros de su cuerpo, casi tocándose.

—Alex...

Su voz lo hizo reaccionar, apartándose rápidamente para ocultar la vergüenza que se plasmó en su rostro debido a su desconcertante actitud. Por sus deseos...

—Olvidé comprar algo. Solo quería avisarte, no tardo.

Salió de la casona tan rápido como sus pies le permitieron correr. Quizás lo que tuvo que haber hecho era haberse lanzado al mar para enfriarse y darse unas cuantas sacudidas entre las olas hasta que esas ideas tontas desaparecieran de su cabeza.

Buscó pasta de dientes y maquinillas de afeitar tan solo porque no podía llegar con las manos vacías y obligarse a inventar otra tontera. Quizás también necesitaba unas largas vacaciones con sus amigos, en algún lugar donde conociera chicas de intereses pasajeros, disfrutar del sexo y olvidarse de sus pacientes. Cualquier cosa que no le hiciera pensar en ella.

Caminó por los pasillos hacia la caja, cuando de pronto la luz de los focos se atenuó un segundo y luego parpadeó en el momento en que sintió un ligero temblor bajo sus pies, el cual fue en aumento hasta percibirse en los vidrios que comenzaron a retumbar. Tuvo que alejarse de los

estantes hasta el pasillo transversal justo cuando el remezón los sacudió, botando todo al suelo, inclusive a él. Las botellas de vino estallaron en el piso. Uno de los estantes cayó a un costado, botando los demás y el techo falso se desplomó sobre todos. El encargado se escondió detrás del mesón de la caja, y otro hombre salió corriendo cuando se cortó la luz general del alumbrado público. Dos minutos se sintieron eternos.

Cuando el terremoto se detuvo, se levantó tambaleando y con un ligero temblor en su cuerpo producto de la adrenalina. ¿Había sido eso real? No podía regular su respiración. La luz no volvía, algunos autos chocaron fuera del local y personas aparecieron corriendo colina arriba mientras otros solo se reunían para hablar de lo ocurrido. Sabía muy bien que luego de algo así había que huir lejos de la costa, pues la amenaza de tsunami era alta. ¿De cuánto habría sido? ¿grado siete? ¿ocho?

La policía apareció, pidiendo que evacuaran a la colina y su celular comenzó a sonar con una desconocida sirena que casi le produjo un infarto.

“Alerta de Tsunami, evacuar”

—Sayen...

# Capítulo

## 19

Entre la oscuridad de las calles y uno que otro foco de los autos que iluminaban al pasar, llegó corriendo a la casona con el aliento entrecortado y descubriendo que esta, como todas las demás, no tenía luz.

—¡Sayen! ¿¡Dónde estás!?! ¡Sayen!

Subió a buscarla al segundo piso cuando otro remezón, casi igual de fuerte que el primero, lo desestabilizó. Gritó de nuevo, buscándola unas cuantas veces más en caso de que estuviera oculta en alguna habitación, sin embargo no hubo ninguna respuesta. Aun así, con un sentimiento vacilante recorriendo sus instintos, salió de allí a la siguiente réplica. Ya no la encontró en ese lugar, quizás había pasado por su lado en la oscuridad en la dirección contraria, lo más probable es que hubiese sentido las fuertes sirenas de los policías y huido a zona segura.

La gente subía en su mayoría al cerro en auto, algo que estaba prohibido pero la aparente necesidad de rescatar lo material se volvía primordial para algunos. Observó hacia atrás, ya había subido bastante y seguía sin rastros de ella. Solo quedaba seguir subiendo.

Las personas se amontonaron en el mirador, lo cual dificultó la tarea. Miró a cada lado y cuando creyó que tendría que seguir caminando, la encontró. Su largo cabello era imposible de confundir.

—¡Sayeen! —gritó, corriendo hacia ella.

Y antes de que la misma pudiera darse cuenta, apenas se había volteado se encontró en medio del pecho del azabache siendo abrazada con fuerza.

—Tonta, no te encontraba...—susurró, estrechándola cada vez más y sintiendo un alivio en su pecho.

—¿Alexander? —escuchó detrás de él.

Confundido por ello, miró por sobre su hombro, encontrándose con la mirada desconcertada de ella. ¿Entonces a quién estaba abrazando? Separó a la persona de su pecho, encontrándose con un delgado barbón de cabello castaño con mirada asesina.

—¿Te parezco una mujer, amigo? —gruñó fastidiado, al parecer no era la primera vez que le ocurría porque antes de que Alex creyera que lo golpearía, solo se fue por su camino.

Una suave risa junto a otra más chillona lo hizo avergonzarse.

—¿Es enserio? ¿Tan mal me veo? —se burló Sayen. Alex se volvió hacia ella otra vez. A pesar de la vergüenza, al menos ahora sí la había encontrado, o ella a él, sin embargo, no iba sola, de su mano se sostenía un pequeño de aparente siete años que también se reía de él.

—¿Quién es él? —preguntó curioso.

—Es Martín, está perdido —explicó mirando al pequeño—. Buscamos a sus padres y abuelos. Me sorprende que llegaras recién, pensé que te encontraría acá cuando llegara.

Alex hundió su mirada en ella con cierta molestia, ¿creía que era así de individualista? Bueno, quizás algunas veces demostró serlo. Notó que solo llevaba el vestido y unas sandalias puestas, y él no tenía nada para abrirla.

—Volví a la casa, pensando que te encontraría allí.

¿Quería hacerla quedar mal a ella por no esperarlo? Hizo una mueca que poco duró cuando otra réplica sacudió hasta los árboles. Martín comenzó a llorar asustado, y repeliendo su propio miedo, la castaña se hincó para calmarlo con un abrazo. Era tan parecido a Javier... ¿Se habría resentido también allá el terremoto? ¿Cómo estaría Natalie? Probablemente con ataque.

—Ya, ya... calma... ya pasó...—le susurraba—. Vamos a buscar a tu familia, ¿ya?

Veinte minutos después de buscar, yacieron en un rincón en el pasto. Era difícil con tantas personas aglomeradas entre sí.

—Estoy cansado —murmuró el pequeño—. Y extraño a mis papás... a nono... y nona...

—Quizás si te subimos en algo alto podrás verlos —opinó la castaña, mirando luego al azabache. Él sí era bastante alto.

—A mí no me mires.

Cinco minutos, después Martín estaba de rodillas sobre los hombros de Alex.

—¿Puedes verlos? —preguntó la castaña.

—¡Sí! ¡Allí están! —se removió exaltado, casi cayéndose de los hombros de Alex—. ¡Maaaaamááá! ¡Papáááá!

—Oye, detente o te vas a caer —decía Alex intentando mantenerlo estable, pero Martín no daba más de la emoción. La castaña lo ayudó a bajar y en cuanto sus pies tocaron tierra, comenzó a correr.

Lo siguieron para cerciorarse que estaría bien. Había acertado. Su madre lo notó primero y corrió a tomarlo entre sus brazos. Los había encontrado.

—Menos mal, ya casi se me rompía la espalda —se quejó Alex, tocándose los hombros, mientras ella le hacía un gesto de despedida al pequeño.

—Por cierto, ¿por qué volviste a la casa? —caminó a su lado en búsqueda de un lugar para descansar, no sabían cómo llamar zona segura a un lugar que tenía más árboles que espacio libre.

Alex la miró de soslayo. ¿Acaso no era obvio?, pensó mientras se recostaba en el pasto. La noche estaba demasiado estrellada y el aire que antes se sintió tibio se había vuelto muy frío. Vio que ella de verdad esperaba una respuesta.

—No quería que te pasara algo.

Admitirlo le torcía la lengua, y ver cómo ella sonreía lo complacía inevitablemente. Las preguntas cesaron y ambos permanecieron allí a esperar que levantaran la alerta y fuera seguro bajar. Según oían, la mar se había recogido lo suficiente, pero ninguna información oficial.

La cruz roja repartía café, galletas y mantas. Al verlos juntos y solos, les ofrecieron una, la cual debieron compartir. Sin problemas, ella se apegó lo suficiente para que sus brazos se tocaran y aprovechara ese calor.

—¿De verdad puedo beber café?

—Prefiero que te aceleres un poco a que mueras de frío. Un café no hará nada si todavía no te has tomado el medicamento.

Pasaban de las dos de la madrugada y solo les quedaba mirar el cielo. La alerta de Tsunami se había cancelado, pese a ello, la mayoría prefirió quedarse un rato más, sobre todo por las fuertes réplicas que de vez en cuando se hacían sentir entre otra seguidilla de temblores menores.

Las luces de las calles no volvían, y según oyeron en una radio, solo hubo uno que otro destrozo de materiales ligeros y ventanas. El epicentro había sido al norte del país, por lo que máximo se había sentido hasta esa zona y a la capital había llegado como un sismo ligero, lo cual hizo sentir aliviada a la castaña, en parte.

Entonces llegaron las cuatro de la mañana y continuaban allí. Sayen se había dormido pegada a él y casi ya no sentía el brazo. No pudo pegar ojo como ella producto al contacto. Jamás dormía con nadie, jamás usaba posiciones distintas a las recomendadas por el Kama Sutra para tener cerca a otra mujer.

Y cuando pareció más seguro volver a casa, la miró de reojo, pensando cómo despertarla. Optó por sacudirla suavemente, pronunciando su nombre hasta que ella abrió los ojos y lo observó desorientada.

—Por un momento sentí haberlo olvidado todo...—susurró ella.

—Volvamos, ya es seguro bajar.

Aunque su propuesta no le daba certeza, pensar que estaría con Alex atenuaba ese miedo. En cuanto llegaron, iluminaron la entrada con la linterna del celular. Varias cosas de la cocina habían acabado destruidas en el suelo y uno que otro cuadro se había caído, pero lo demás parecía estar bien. Pasaron de largo al segundo piso, donde Alex usaría la habitación de al frente de la que usaba Sayen. Se miraron con la poca luz que le quedaba al móvil, el cual seguía sin señal a esas horas.

—Entonces... nos vemos en la mañana —dijo ella. Alex solo asintió con la cabeza.

—Intenta descansar algo, si tiembla...—hizo una pausa. Si temblaba, ¿qué? ¿Qué fuera a su habitación? Ella lo miraba curiosa, casi animada—. Si tiembla solo ignóralo, estará así por un tiempo.

Se sintió tan idiota cuando la vio asentir silenciosa y meterse en su habitación. La ansiedad lo carcomía y solo terminó dando demasiadas vueltas por la cama. Agarró la almohada y enterró el rostro, lo único que esperaba era... Un temblor.

Escuchó algo caerse en la habitación de al frente. Demasiado suave había sido para que Sayen se cayera por culpa del sismo, por lo que solo significaba una cosa... Salió corriendo y la atajó de frente, ella estaba exaltada y respiraba rápido.

—¿Sentiste eso? Fue muy fuerte, no creo que pueda dormir con esto. Quizás no debería dormir, ¿y si viene un tsunami?, ¿y si se equivocaron con la alerta como hace años?

Estaba demasiado asustada.

—Tranquila, estoy aquí. Si algo ocurre, estaré atento.

—Pero... pero debes tener sueño, ¿y si no te das cuenta?

—Lo haré —aseguró, cuando una nueva réplica remeció la casona.

—¡Tenemos que salir! —gritó Sayen antes de correr hacia la escalera y Alex tuvo que seguirla para que no saliera de la casa. Apenas la alcanzó a metros de la puerta, la tomó del cuello de la mañanita y la haló hacia él.

—¿Estás loca? ¡Solo fue una réplica!

—¡Ya sé! ¡ya sé! —lo miró angustiada, algo demasiado obvio en su voz—. Es... es que de



verdad me asustan, me da mucho miedo. ¿Y si morimos Alex? No quiero morir.

—Nadie morirá —suspiró—. No puedo estar toda la noche pensando en que saldrás huyendo al más mínimo movimiento —ella lo miró cabizbaja, temblando asustada—. Durmamos en la sala, ¿de acuerdo?

—¿Ah? ¿Los dos? —preguntó curiosa. Alex la sentó en el sofá y le pidió que lo esperara. Se apresuró en volver con almohadas y varias mantas, de las cuales le entregó un par a ella y él se acomodó sobre la felpuda alfombra. Allí en la oscuridad, iban a compartir un poco de espacio común.

Cruzó los brazos tras la nuca y cerró los ojos, sabía que lo último que podría hacer sería dormir. Ella, a pesar de no compartir el suelo, estaba invadiendo su descanso.

—Alex —la escuchó susurrar—. ¿No te asustas?

—No es el primer terremoto que vivo... —admitió, también susurrando—. En el ochenta y cinco, era pequeño cuando hubo uno.

—Oh —era cierto. Alex era un poco mayor que ella, cosa que ya ni recordaba ante la extraña comodidad que sentía a su lado—. Es mi primer terremoto.

—Pude darme cuenta. Al menos corriste a la colina.

Ella sonrió con timidez, aunque él no lo pudiese ver.

—En realidad corrí al almacén a buscarte —los ojos de Alex se abrieron por la sorpresa que causaron sus palabras, ¿era verdad aquello?—. Para cuando llegué ya no había nadie.

No podía creerlo, ¿realmente había ido a buscarlo?

—Entonces pensé que subiste a la colina, creí que te hallaría allí pero no te encontraba por ningún lado y... me preocupé mucho.

Desvió la mirada a ella. Tan solo percibiendo su silueta en la oscuridad. La sintió tan... cerca.

—Estaba pensando...—volvió a decir—. Cada vez que estamos juntos ocurren cosas.

—¿Cosas como qué? ¿Me estás diciendo que te doy mala suerte?

Ella rio divertida.

—Cuando estamos juntos, o me atropellas; acabamos en la policía, tengo un infarto, nos siguen periodistas, o un terremoto... Es raro.

—Todas esas cosas se han debido porque tú estás... Mi vida antes... —“mi vida antes era muy aburrida” pensó. Sin embargo, no lo dijo.

—Sí, ya sé que tu vida era tranquila. Somos un desastre juntos.

Sí que lo eran.

Sentía los parpados muy pesados al igual que el cuerpo y algunos ruidos en el fondo lo terminaron de despertar. Desorientado, observó el cielo raso y las vigas sobre él. Ya era de día.

¿Había dormido? ¿Cuánto?

De pronto, la castaña se asomó vestida con su vestido blanco y una amplia sonrisa como si nada hubiese ocurrido.

—¡Dormiste tanto! Por un momento pensé que estabas muerto.

Sí, por primera vez lo había podido hacer con alguien cerca.

Durmió, teniéndola a ella.

# Capítulo

## 20

—¡Gracias por venir! Me has salvado, ya no sabía qué hacer sin volverme loco cuando Marcos me dijo que no podía venir.

Misael envolvía flores tras flores con una habilidad que ella nunca tendría. Intentaba seguirle el paso para aprender a cruzar el moño de las cajas, y aunque no le quedaban tan bien como al moreno, por lo menos lucían decentes y él se mostraba conforme.

—Tranquilo, no es como si tuviera mucho que hacer más que ir al gimnasio y escribir —dejó el arreglo junto a otro montón en la camioneta de Misael—. ¿Te tardarás mucho? ¿Y si me equivoco?

—No te preocupes, todo está anotado en la libreta que dejé junto a la caja registradora, no podrás equivocarte —le sonrió—. Bueno, te dejo. Llámame si tienes algún problema.

Se despidió de Misael y volvió a entrar a la florería, cambió el letrero de cerrado a abierto y esperó a que alguien pasara a recoger uno de los tantos pedidos. Creyó que por ser las nueve nadie entraría, pero se equivocó. Ya antes de las diez de la mañana todo el local era un caos. Flores por aquí, arreglos por allá. Al no conocer todas las razas de flores a veces cometía errores. ¿Quién compraba cien rosas para su mujer? No, no debía ser para una esposa, sino más bien para una amante, las esposas no exigían tanto.

Estuvo tentada en llamar a Misael en varias ocasiones y decirle que ya no podía más, pero por suerte el flujo de personas bajó hasta desaparecer. Ya para entonces, el reloj marcaba las doce.

—¿Es enserio? —se echó en la silla—. ¿Por qué justo hoy?

Comenzó a anotar cada cosa en la libreta que Misael le había dejado, donde marcó ventas nuevas y las salidas de algunos encargos. Cuando pensó que podría cerrar un momento e ir al baño, dos señoras bastante elegantes entraron entre risas.

Haciendo a un lado su agotamiento, puso la mejor cara que pudo.

—Buenas tardes. ¿En qué las puedo ayudar?

Una de ellas sonrió mientras la otra la miró con curiosidad, incluso había guardado silencio.

—Querida, ayer hice un encargo de un arreglo de lirios blancos para un matrimonio, ¿estará listo?

—Lirios blancos... ¿Señora Taylor? —preguntó al revisar la libreta. Al verla asentir, le pidió un momento para buscarlo en la bodega, lo cual fue fácil de hallar, pues este era enorme—. ¿No prefiere que se lo lleven al lugar en que lo necesita? El despacho es gratuito.

—Ay, querida gracias, pero no, mi chofer se encargará.

Registró la venta cuando un hombre entró por el arreglo. La señora que se había mantenido en silencio se acercó un poco más al mesón para observar con mayor detalle a Sayen, poniéndola tensa.

—No serás de casualidad... ¿Sayen Sáez? La escritora.

A pesar de las múltiples veces que tuvo esos momentos, de igual forma se ruborizaba como la primera vez, como si hubiesen descubierto un secreto de ella.

La otra mujer abrió la boca, sorprendida.

—Sí Alma, tienes razón. ¡Es ella! —dijo a su amiga—. Qué sorpresa tan maravillosa, nos encantan tus libros. Tan joven que eres y tan talentosa.

—Pues... gracias —respondió con timidez.

—¿Estás escribiendo algo nuevo? Hace tanto no leemos nada tuyo, continúas en eso, ¿verdad? No puedes dejarlo.

Escuchar aquellas palabras era tan reconfortante que le habría encantado que Sam Lorza estuviera allí para escucharlas y tragarse sus propias mentiras.

—Sí, estoy en eso. Quizás en un par de meses ya esté publicado.

—¡Ay, que emoción! ¿Nos podemos sacar una foto contigo? ¡Por favor! Seremos la envidia de las chicas del club de lectura.

¿Sus obras eran leídas en un club de lectura? No pudo evitar emocionarse y simplemente asentir. Como poco conocían la tecnología de sus celulares, fue ella misma quien tuvo que sacarlas, posando las tres. Luego se despidieron más amable de lo que ella acostumbraba de las personas el último tiempo. Justo cuando ellas se fueron, otro hombre alto que reconoció al instante entró.

—Pero miren a quién me encuentro aquí. ¿Cambiando el rubro?

La castaña sonrió al hombre al ver que la recordaba.

—Ayudando a un amigo por hoy... John, ¿verdad?

—Qué bien que lo recuerdas —sonrió—. ¿Cómo va todo? ¿Te has portado bien? Alex ha estado de mejor humor desde que viajó a verte.

—¿Viajó? ¿Se refiere a la playa? Oh... eso, bueno, va todo bien. Tal vez no es tan mal psiquiatra como pensé al inicio.

Ambos rieron divertidos.

—Qué bueno que estás tú aquí. Hace un mes fui padre y mi mujer ha estado muy sensible. Pensaba llevarle unas flores, pero no sé cuáles serán las mejores, nunca tuvo unas favoritas.

—¿Hace un mes? ¡Felicidades! ¿Niña o niño?

—Ambos —fingió un gesto atareado—. No tienes idea de cuánta atención requieren.

—No sabría decir si es suerte, pero amo las horas que puedo dormir tranquila y luego malcriar a mi sobrino sabiendo que lo puedo devolver —admitió mientras cruzaba el mostrador—. Entonces no tiene ninguna preferencia...

—Ama todo lo que le regale, jamás se queja, solo ahora último por la falta de sueño —explicó—. En realidad, pocas veces le regalé flores y de eso ya ha pasado mucho.

—Entonces es muy cariñosa, una mujer abnegada. ¿Sus intenciones son solo consolarla?

—Bueno, quiero que se sienta mejor, que yo estoy con ella.

—Pero eso debería repetírsele siempre —dijo mientras tomaba un conjunto de rosas color damasco y otras amarillas, en medio dejó una sola de color rojo—. ¿Qué tal así?

—Me parece perfecto.

Sayen sonrió satisfecha y terminó de decorarla con otras pequeñas flores. La envolvió en papel

rojo e hizo el moño más decente que logró.

—¿Hoy ves a Alex?

—Lo veo muy seguido —sonrojó al darse cuenta de cuánto se podrían malinterpretar sus palabras, así que agregó—. Cada jueves o martes, es obligatorio por las sesiones.

—¿Solo eso? —sonrió mientras ella hacía la factura—. Alex habla muy seguido de ti.

No pudo evitar levantar la cabeza al escuchar aquello. ¿Alex hablaba de ella? ¿sobre qué? ¿y por qué? ¿Debía preocuparse por ello?

—¿Qué cosas dice?

—Bastantes cosas, nada malo si eso te asusta, pero sí parece estar... demasiado pendiente de ti, como con ningún otro paciente... o mujer.

Verla sonrojar era adorable, tal como había dicho Alex el fin de semana luego de haber bebido demás en su casa, admitiendo de paso que ya ninguna mujer le interesaba ni aunque le hiciera malabares desnuda y se prendiera fuego.

—Pareces una buena chica —le guiñó un ojo, tomando el ramo—. Es una suerte que ambos sean solteros, ¿no?

—John, yo...

—Llámalo, se aburre mucho sin ti —y se fue, dejándola sola con esa emoción que tuvo que reprimir, más cuando Misael volvió.

—Te veo muy roja, ¿tienes fiebre?, ¿te sientes mal?

—N-no, solo... solo está haciendo calor.

Cuando llegó al gimnasio pensó que se encontraría con Alex ya en la trotadora desquitándose, sin embargo, todas estaban desocupadas. ¿Habría llegado muy temprano? Casi estaban por marcar las siete y el horario de trabajo del azabache ya se había acabado hace rato.

Pasó una hora cuando se bajó de la cinta con la camiseta mojada por completo. El agua le corría por la cara, cuello y escote como si se hubiese ido a tomar una ducha. Habitualmente hacía veinte o treinta minutos máximos, pero como una tonta se había quedado esperando a que Alex llegara y encontrárselo. ¿Acaso no iba a ir?

—¿Te preparas para una maratón? —se exaltó y volteó con el pulso acelerado, encontrándose decepcionada a Francis, su entrenador personal, quien le extendía su toalla para que se secara.

—Perdí la noción del tiempo.

—Pensé que esperabas a alguien —¿había sido tan obvia?—. Es raro verte sola cuando vienes en la tarde. Por lo general estás con ese sujeto...

—Alex —corrigió ella. Alex no era cualquier sujeto—. Sí, no siempre. A veces nos encontramos, aunque parece que hoy no vendrá.

—Me alegro entonces. ¿Piernas o brazos?

Lo miró confundida por sus palabras, aunque prefirió ignorarlo para no ahondar en ello.

—Piernas.

Estaba en la colchoneta recostada, con los ojos cerrados recuperándose, cuando sintió algo caerle en la cara, su toalla otra vez. Ya había acabado todas sus rutinas con Francis, por lo que le

pareció extraño que este, ya habiéndola hecho estirar cada músculo, siguiera rondando por ahí.

Al quitarse el paño de su cara lo vio, no a Francis, sino a Alex, quien con una pequeña sonrisa en los labios la veía aún de pie. Vestía una camiseta ajustada azul y pantaloncillos cortos. Le gustaba ver sus piernas porque Alex era uno de los pocos hombres que trabajaba todo, no solo sus brazos. Incluida la retaguardia.

—¿Hace cuánto llegaste? —preguntó él.

—Hace muchas horas —aunque solo fueron dos, necesitaba exagerar para removerle la consciencia—. ¿Por qué llegas tan tarde?

—Ah... un paciente intentó tirarse del edificio médico —suspiró—. Pasamos mucho rato convenciéndolo de que no lo hiciera.

—¿Enserio? —se sentía avergonzada por sus pensamientos egoístas y fuera de lugar—. Pensé... que no vendrías ya.

—«Supuse que vendrías» —pensó, con ese sentimiento que oprimía su pecho. Era molesto, y a la vez, agradable—. ¿Ya hiciste todo? ¿Ya te vas?

Le extendió la mano y Alex la ayudó a levantarse. Estaba roja, el moño flojo y muy sudada, era obvio que había terminado.

—Llegaste muy tarde. Ya casi son las nueve.

—¿No hay ninguna clase? Podrías quedarte un rato más, tengo unas barras de proteína en el bolso.

—Muerdo de hambre por comida de verdad. Además, Misael vendrá con Natalie a buscarme para ir a cenar a su casa.

Alex sintió cierto desánimo por sus palabras. No la había visto en días, y cuando pensó que al menos compartirían unas horas, ella ya se iba y se lo restregaba por la cara. La siguió fuera de la sala de abdominales hasta la sala principal de máquinas.

—Supe que trabajaste en la florería hoy —ella se giró hacia él—. John fue a comprar flores.

Ambos al pensar en lo que habían hablado con ese hombre, se tensaban.

—Es un tipo muy simpático. Su esposa tiene mucha suerte.

¿Por qué le decía algo como eso?, se cuestionó Alex. Ella jamás había dicho nada bueno de él, solo que lo odiaba, detestaba y que era un maldito por meterse en su vida. ¿No tenía ninguna pequeña buena opinión respecto a él también?

—¿No te dijo nada? —preguntó curioso.

—¿Nada? ¿nada como qué? —claro que le había dicho cosas.

—Ahm, bueno, no sé... algo raro.

—No —mintió.

—¿Enserio? —aquello lo confundió, pues cada vez que veía a John este no dudaba en preguntar por ella.

—Ya me tengo que cambiar, se me seca el sudor. Nos vemos — pero antes de irse, Alex la tomó de la muñeca.

—¿Enserio debes irte? —quería pedirle cenar juntos, pero calló. ¿Por qué pensaba tantas

cosas? Ella solo asintió y se metió al vestidor.

Veinte minutos después salía ya lista. Por su parte, Alex trabajaba sus bíceps con unas pesas cerca del mostrador para ser visible para ella. La joven le sonrió y él correspondió, cuando vio de repente a ese sujeto que la ayudaba en sus entrenamientos tomarla por la cintura. ¿Quién se creía ese cabeza de músculo?

—¿Qué pasa, Francis?

—Voy a ser directo. Ambos somos solteros, ¿no? —ella asintió—. Salgamos el viernes. Vamos a comer algo y luego a bailar.

Alex soltó las pesas y caminó a una máquina cercana a ellos.

Francis, al darse cuenta que el azabache estaba muy cerca, tomó a Sayen del hombro y la alejó un poco.

—¿Enserio quieres salir conmigo? —¿o era una broma?

—Eres una chica muy guapa y simpática. Claro que quiero.

No había esperado escuchar algo así. Ya ni recordaba cómo era ese sentimiento de sentirse la última coca cola del desierto. Animada por su propuesta, no hizo más que aceptar.

—Entonces el viernes en la noche nos juntamos.

—Perfecto —sonrió, mostrando todos sus blanquísimos dientes.

Frustrado, Alex intentó colgar la barra en los soportes para levantarse a por ella, pero este no encajó por un lado y todo el peso se desniveló casi sobre su cabeza hasta doblar su brazo, tanto que un crujido resonó fuerte.

—¡Mierda!

—¡Alex! —lo miró asustada al ver cómo se agarra el hombro. Ignorando a Francis tras ella, corrió hacia Alex ayudándolo a sentar—. Alex, tu hombro...

—Déjalo, no es nada —gruñó adolorido, agarrándose el hombro. Dolía tanto que juraba ver estrellas. Le quitó las manos, pero ella lo agarró otra vez—. Te dije que me dejaras, solo vete.

—¿Y a ti qué te pasa? Estás actuando como un idiota otra vez —se apartó ofuscada—. Se te zafó el hombro y hay que reacomodarlo ahora, ¿sabes hacerlo acaso, doctor?

—Claro que sé —ella lo miró molesta. Aunque supiera hacerlo, solo no era posible. Era un quejica—. ¿Qué importa? Iré al hospital.

Francis se acercó a ellos, fastidiando a Alex.

—Qué mala suerte. Quizás usaste más peso del que soportas.

Ahora sintió ganas de matarlo. Él podía con eso y mucho más. Se levantó para ir a buscar sus cosas, intentando contenerse, pero Sayen sabía que debía estar muriendo de dolor. Lo siguió, agarrándolo de la camiseta.

—Deja de actuar así y ven conmigo.

Se lo llevó de regreso a la sala de abdominales, el lugar menos concurrido del gimnasio, y que a esas horas estaba vacío. Obligó a Alex a sentarse en una banca.

—¿Qué piensas hacer?

—Aprovechar que estamos ahora solos.

¿Aprovechar que estaban solos? Las múltiples posibilidades lo pusieron ansioso. Ella se hincó ante él, acercándose demasiado. Sus manos palparon el borde de su camiseta, provocando que el aliento se le cortara. ¿No debería ser al revés la situación? Ella subió poco a poco su camiseta, sus dedos le rozaban la húmeda piel, provocándole cosquillas.

¿Cosquillas? ¿Cuándo él había sido cosquilloso?

—Intentaré quitarte esto con cuidado, solo aguanta un poco.

Entonces el dolor volvió golpeándolo, cosa que no podía ocultar en su rostro y obligó a Sayen a apresurarse. Se colocó detrás de él, palpando toda su espalda hasta llegar a su hombro.

—Estás tan lleno de nudos, eres el hombre más estresado que conozco.

—¿Cómo lo sabes?

—Tocándote —susurró cerca de su oído, permitiéndole a Alex sentir su cálido aliento rozándolo—. Quiero que respires profundo y sueltes cuando te diga, no te va a doler.

—Espera, ¿estás segura? ¿y si me dejas manco? ¿si me arruinas el tendón?

—Ya sabes que estudié kinesiología. Puedo hacerlo aunque no me hubiese titulado.

Y antes de que se diera cuenta y Alex pudiera aguantar la respiración, le reacomodó el hombro de una sola vez. El crujido fue suficiente para asustarlo más que el dolor de antes. Por suerte el hueso ya estaba otra vez en su lugar.

—Listo.

—¿Enserio? ¿terminaste? —se giró para verla—. Me sigue doliendo, ¿estás segura?

—Te quedará delicado por unos días, lo cual es normal. Al menos ya tienes el hombro en su lugar. Quizás deberías buscarte un quiropráctico para quitarte todos esos nudos de tu cuerpo.

¿Y si ella lo hacía? Seguro ella podría. Se levantó, tornándose a la castaña, percibiendo cómo sus ojos bajaban por sus pectorales y luego a su trabajado abdomen, ¿se sentiría impresionada?

—Toma, pónela ya —le tiró la camiseta al pecho.

Aunque le divertía la situación, recordó qué derivó todo aquello. Ese cabeza de músculo tenía la culpa.

—¿Qué te dijo ese tipo?

—¿Cuál tipo?

—Ese que te entrena, el cabeza de músculo. ¿Qué hablaron?

No pudo sonreír ya que Alex aún no se colocaba la camiseta y eso solo la ponía nerviosa. Además, ¿qué le importaba a él? Por suerte su celular comenzó a sonar, era Natalie, quien en un mensaje le avisaba que ya estaba afuera esperándola.

—Debo irme, Natalie llegó. Mejor vete a tu apartamento y acuéstate a dormir. Si te sobre esfuerzas, solo te dañarás de nuevo.

—¡Espera! ¿No me dirás nada?

—Nada Alex, no me dijo nada. Ya vete a casa, ¿necesitas aventón?

Pero la mirada de Alex se diluyó en la suya como si quemara. Era tan intenso que recogió sus cosas con torpeza.

—No, no es necesario.



Lo único que pudo hacer fue dejarla ir.

# Capítulo

## 21

Era jueves en la tarde y caminaba a la consulta luego de haber asistido a Javier en la escuela a escondidas de su madre para que no lo regañaran. Sabía bien que en cuanto su amiga se enterara la intentaría asesinar, sobre todo porque ella tenía la culpa de que Javier aprendiera a usar pequeñas bolas de papel, el tubo de un lápiz y un alfiler.

Tan solo habían pasado dos días desde la última vez que vio a Alex en el gimnasio y su accidente, pero no había conversado con él ni para preguntarle su actual estado. Algo en su interior le decía que debía alejarse de él antes de quedar como una tonta.

Al llegar, Alex la recibió en total silencio, haciéndose a un lado de la puerta como solía hacer desde un principio, y luego la cerró dejándolos a solas.

—¿Cómo sigues? —preguntó ella—. ¿Ya no te duele?

Él la miró desde su sofá, ¿ahora le importaba?

—Bueno, todavía duele mucho —mintió—. ¿Segura que lo hiciste bien?

—Claro que sí. Además, tú eres médico, sabes que lo hice bien.

¿Estaba jugando con ella? ¿O tal vez ella se había equivocado?

—No estoy tan seguro, siento unas punzadas por aquí —se señaló el hombro y parte de la espalda—. Quizás deberías revisarme.

—¿Tú crees? —con cierta sospecha le pidió que se acercara, cosa a la que Alex reaccionó como un resorte, despegándose de su sofá y llegando a su lado.

Se había acostumbrado a ponerla en la tarde como su última paciente, así siempre podía tomarse su tiempo sin prisas, aunque aún había cosas que no lograba sacar de esa lengua ácida que tenía ella.

—¿Te puedes quitar el suéter?

Ella notó cómo Alex ni siquiera se quejó para quitárselo, lo cual solo la hacía pensar en algo. Se colocó tras él, poniendo sus manos sobre sus hombros, aprovechando de sentir sus músculos fuertes, grandes y tensos.

—Por favor, relájate.

Cerró sus ojos con agrado, ella clavaba sus dedos con tanto cuidado que solo terminaba siendo satisfactorio. De pronto, Sayen asomó su cabeza por su costado, deteniendo toda acción.

—Pensé que te dolía, pero tal parece que lo disfrutas.

—N-no, es que trato de concentrarme, solo eso —ella lo miraba con desconfianza—. Ay, ahí, ahí, agh... duele bastante.

—¿Aquí? —bajó sus manos—. ¿Te duele si presiono aquí?

—Agh, cuidado, ¿de verdad sabes lo que haces? —comportarse como un idiota era la forma más fácil de cubrir sus tontas emociones. ¿Por qué de todas las mujeres del mundo, tuvo que despertar atracción genuina por ella? Una que no implicaba el sexo, sino otras cosas que lo asustaban.

—Es extraño, no encuentro nada malo.

—¿Y esos nudos? Me están matando.

—Ya te dije que para eso vayas con un quiropráctico —sonrojó. Si lo veía otra vez sin camisa no lograría ocultar la fascinación visual que sintió al ver sus marcados abdominales, recuerdo que le costaba quitar de su cabeza cuando se encontraba sola...—. Es tu idea, estás bien.

—Sayen —en el momento que sintió que se apartaba, se giró tomándola demasiado rápido del brazo. La castaña chocó el pie tropezándose con el diván y Alex reaccionó intentando tomarla, cayéndose de espalda al suelo con ella entre sus brazos. Ahora sí le dolía el hombro.

—Alex...—susurró avergonzada por la cercanía, casi podía sentir su respiración entremezclarse con la suya—. Tu hombro...

—Está bien, no duele tanto. Al menos no se salió de su lugar —la acercó más a él por inercia—. ¿Tú estás bien? ¿Te golpeaste en algún lado?

Pero ya era demasiado tarde, lo que menos quería había ocurrido, ¿por qué sus ojos debían mirarla con tanta intensidad? El silencio fue interrumpido cuando la puerta se abrió y en segundos tuvieron que levantarse entre tropezones.

Alex carraspeó, viendo a su nueva secretaria. Tendría alrededor de la edad de la castaña, pero a diferencia de la anterior, esta era realmente callada.

—Lo siento, yo pensé...—murmuró nerviosa—. Lo siento.

Se retiró enseguida al ver que algo había arruinado. Sonrojada y con el corazón en la mano, Sayen rodeó el diván hasta el ventanal. Quizás un poco de vértigo le serviría para despejar su tonta cabeza.

—Sayen...

Al escucharlo tuvo que fingir una sonrisa como si nada hubiera pasado, incluso tuvo la osadía de sentarse en el sofá de Alex.

—Es tan cómodo —le señaló el diván—. ¿Qué tal si tomas asiento?

—¿Qué? ¿Me vas analizar? —bufó, haciéndole caso.

—Alexander Wömpner, treinta y dos años, psiquiatra, con un buen auto y apartamento, soltero, ummm... digamos que bien parecido. Sí, tienes lo tuyo —«estás para...»—. Sí. Supongo que es suficiente para no enamorarse, ¿verdad? No lo necesitas.

—Yo... —¿Qué podía decirle sin equivocarse? —. Jamás dije que nunca lo haría.

—¿Enserio? Siempre pensé que lo encontrabas una tontería.

—Lo es —dijo sincero—. Pero a veces... a veces puede resultar algo inevitable.

¿De verdad Alexander sería capaz de enamorarse? ¿Cómo sería la mujer en la que él clavara sus ojos?

—Tu secretaria... es bastante joven y guapa.

—Ella es solo mi secretaria, nada más.

Ambos parecían nerviosos con esa conversación.

—¿Cuáles son sus temores, señor Wömpner? ¿Tiene miedo a algo?

¿Miedos? No. No los llamaría miedos, o al menos no quería hacerlo. Sí, había un temor

producto de una experiencia en concreto. Un día despertar, recorrer el pasillo de su apartamento y ver lo mismo que una vez hace años atrás ocurrió. Cuando la única mujer que debió prometer siempre estar a su lado, lo abandonó.

Ella... lo abandonó.

—¿Alex?

Su mirada nublada se despejó de un sacudón. ¿Por qué tenía que recordar aquello en ese momento? Lo único que lo había hecho llegar hasta donde estaba, ser así.

—Hay una razón...

—¿Una razón?

—Una razón por la que siempre he pensado que no es bueno amar.

—¿Cuál es?

¿Por qué necesitaba saberlo?

—Una vez... una mujer me lastimó.

Sayen sintió su pecho oprimirse al escuchar que una mujer había roto su corazón. Que una mujer era su razón de ser. ¿Cuánto debió dolerle para ser así? Cuando lo conoció, solo pensó en él como un idiota pretencioso y sin sentimientos. Aunque debía admitir que el tiempo con él había sido como escarbar en su verdadero yo. Pensar que Alex había pasado lo mismo que ella...

—¿La amabas mucho...?

Él se guardó la respuesta. ¿Cómo acabaron así? Ellos eran paciente y psiquiatra, él no debía hablar de su vida, aunque quisiera. Después de tantas emociones aflorando, tuvo que reprimirse otra vez, recordando que solo era una paciente.

—¿Saliste con el cabeza de músculo? —preguntó de pronto, dando por zanjado el tema anterior.

—No, ¿por qué? ¿No quieres que salga con él?

¿Y qué haría ella si Alex dijera que no?

—Eso debes pensarlo tú. Solo quería saber si estabas lista para salir con alguien... ¿Lo estás?

Ella bajó la cabeza preguntándose lo mismo.

—No sé, solo es salir... Sé que si me enamoro, tarde o temprano, me romperán el corazón —sonrió forzosamente—. Tú me enseñaste.

Sí, él había tenido la culpa. Entonces, al parecer sí pensaba salir con ese hombre después de todo.

—¿Alguna vez me hablarás de tus padres?

—Ellos están fuera de lugar. No necesitas saberlo.

—Siempre pienso que ellos son importantes para tu recuperación.

—Ya dije que no. ¿Acaso tú me hablarás de los tuyos?

—Eso es... distinto.

—¿Porque somos paciente y psiquiatra?

Ambos sabían que era cierto. Alex suspiró.

—¿Cómo estás durmiendo? ¿algún problema al bajar la dosis?

Terminó haciendo las preguntas recurrentes que hacía siempre a sus pacientes. Regulaba las dosis de sus medicamentos, algo que cada vez que pasaba, era como si ella empezara a dejar de necesitarlo. Tenía todo asumido. Lo intentaba, controlaba mejor el dolor y además había aprendido a alimentarse. Su vida estaba cada vez más en orden.

Los treinta minutos que alargó para conversar con ella terminaron. Su secretaria ya se había ido y una vez más quedaron a solas. Mientras él cerraba la puerta cuando salieron, la castaña echó una última mirada al interior.

—Cada vez que vengo, imagino una decoración diferente. Realmente le vendría bien un cambio.

—¿Qué tiene la decoración? Yo encuentro que es elegante.

—En efecto. Es elegante, distante y fría —«como tú»—. Tus pacientes necesitan sentirse reconfortados.

—Quizás, pero a mí me gusta.

—Debe gustarles a tus pacientes —marcó el botón del ascensor, las puertas enseguida se abrieron—. Yo le pondría más cojines, algo de celeste, amarillo. Cambiaría ese diván típico de loquero.

—Me encanta el diván, nadie podrá quitarlo —aseguró divertido.

Cuando la castaña acercó su mano al tablero, Alex impidió que marcara el primer piso y los llevó directo al estacionamiento. La había visto muy poco como para no estar al menos cinco minutos más con ella.

—Uy, olvidé que traje el descapotable de Barbie.

Alex rio jovial, dándole un pequeño golpe con su maletín en la pierna. Por suerte el auto estaba cerca.

—Sabes muy bien que yo te llevaré.

—Gracias. Volviendo a lo anterior —dijo, metiéndose en el lado del copiloto—. ¿Me dejas un día redecorar tu despacho? Un día sábado. Ya verás cómo quedará de genial.

—Es broma, ¿cierto? Lo único que quieres es divertirme destrozando mi espacio.

Ella rio risueña. Toda ella, incluso sus ojos, se iluminaron.

—Vamos, nos hará bien.

“Nos hará bien” sonaba mejor que bien. La miró de reojo, con cierta complicidad de sus deseos, y cedió ante sus peticiones. Quizás estaba bajando otra vez la guardia, pero ya no sabía cómo controlarlo.

—¿No tienes hambre? —antes ya se había quedado con ganas de invitarla—. Es demasiado tedioso comer solo en un restaurante, ¿te parece acompañarme?

El pecho de Sayen se infló, entusiasmada por la idea de comer juntos.

—¿Algo sano o...?

—Lo que quieras estará bien.

Comenzó a maquinear en su cabeza los diversos lugares que le gustaría ir con Alex, cualquiera donde no hubiese como plato principal arroz y pollo. ¿Sushi? Quizás sería un problema abrir tanto la boca. ¿Una parrillada? Muy grasoso. ¿Vegetariano? Demasiado aburrido.

—¿Comida italiana?

La sonrisa de Alex, tan natural y atractiva, se ensanchó por su rostro. Buscaba un lugar decente que recordaba haber visto en el centro, cuando su celular comenzó a sonar. En el primer alto revisó la llamada perdida, momento en que este volvió a sonar. Era un número que conocía muy bien, y del cual no esperó ver por un tiempo. Miró a la castaña de reojo y apartó su mirada. Su semblante había cambiado por completo.

—¿Diga?... Sí, claro... Por supuesto. Sí, me iré hoy... Lo veo mañana, sí. Gracias. Hasta luego.

Vio el color desaparecer del rostro de Alex, junto a esa expresión de felicidad. Ahora estaba serio, preocupado y sus manos se habían adherido al volante con cierta tensión. También el ritmo de su respiración había cambiado.

—¿Alex? ¿Qué pasó? —tomó sus manos con cuidado, aún no quitaba el freno, por suerte—. ¿Ocurrió algo malo?

La tensión de su mandíbula apenas le dejó pasar la saliva. Miró a Sayen de reojo un segundo, inquieto.

—Era... era un familiar.

Nombrarlo como tal era demasiado complicado. Sayen quitó sus manos con cuidado y deslizó una caricia por su hombro.

—¿Le pasó algo a un familiar tuyo? ¿Debes ir?

—Era por... mi padre... —pasó su mano por su frente. Decirlo así le retorció la lengua—. Él... él tiene cáncer terminal... se está muriendo.

—¿Alex! ¿Qué haces aquí todavía? Tienes que irte rápido —él la miró con inseguridad—. No te preocupes por mí, mi apartamento está cerca, camino o tomo un taxi.

Pero él parecía demasiado ensimismado en sus pensamientos. Lo tomó del brazo para despabilarlo, dándole un ligero sacudón.

—Sí, no... no, la comida...

—Alex, eso no importa. Ya podremos comer cuando vuelvas —aseguró—. Ve a ver a tu padre. Te llamo más tarde para preguntarte cómo te va, ¿bien?

Como él no dijo nada, lo dio por sentado.

Bajó y caminó un par de calles que le faltaban para llegar a su apartamento. Por suerte no hacía el frío de antes, y aunque ya pronto llegaría la primavera, todavía faltaban las últimas lluvias de invierno. Antes de poder entrar a su edificio, alguien la jaló, obligándola a voltearse. Alex la miraba agitado, con la mirada nublada y el aliento entrecortado.

—Necesito tu ayuda. Necesito que vengas conmigo.

—¿Qué? ¿A dónde?

—A ver a mi padre.

—¿Qué? —lo miró pasmada—. ¿Por qué?

Alexander se reincorporó, intentando relajarse, lo cual fue imposible.

—Alex, estás tan pálido... Dime algo.

—Yo... yo le menté diciendo que tenía novia, ¿sabes? El anciano solo quiere verme junto a esa

mujer antes de estirar la pata. Por eso necesito que vengas, no tengo a nadie más.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre inventar algo así? ¿No tienes alguna amiga íntima a la que pedirle? ¿Alguna chica del pasado o novia?

Alex negó rotundo.

—No tengo novias del pasado, ni amigas íntimas. Tampoco es algo que pueda pedirle a un amigo. Además, contigo sería diferente.

“¿Diferente? ¿Cómo?” pensaba ella.

La mirada de él le rogaba como un niño pidiendo lo que más deseaba en el mundo. Ella no era su amiga, solo su paciente. Una mentira sin compromiso. Un “contigo es diferente”.

Los hombros de Alex se encogieron al no recibir respuesta, incluso su cuerpo encorvado lo hizo ver más bajo. Parecía tan hundido...

—¿Es lejos?

—A una hora, ¿irás?

—Iremos.

¿Por qué había aceptado? ¿lástima? ¿solo porque se lo pidió? Alex no le había dicho cuántos días estarían en su antigua casa, pero sí llevó lo suficiente para al menos tres días, más otras cosas puntuales. Pasaron por el apartamento del azabache por lo mismo, y en menos de lo que pensó, ya iban en camino por el troncal a donde fue su infancia.

En todo el trayecto Alex se mantuvo en completo silencio, tenía la mandíbula rígida al igual que su cuerpo. Sayen intentó relajarlo con algo de música, lo cual no sirvió para cambiarle la cara al menos un momento. Aprovechó que pasaron a un servicentro por bencina para ella ir a comprar algo. Como su dosis de antidepresivo había bajado y estaba lejos de su hora de dormir, compró dos expresos y dos sándwiches de miga, ave y palta. Ninguno había comido hasta ahora y necesitaba distraerlo al menos con algo en la boca. Se acercó a él, apoyándose también en el capó del auto y colocando el café delante de sus ojos.

—Solo había endulzante, le puse dos.

—Gracias... —dijo apenas viéndola—. Lo siento, quizás te pedí demasiado al hacerte venir.

—¿Tenías a quién más pedirselo? —él negó—. ¿Yo soy nadie?

—No, claro que no... Solo pude pensar en ti. Solo a ti te puedo presentar a ese viejo.

Le pareció extraña la manera tan hosca de referirse a su padre que estaba muriendo. Antes lo había pasado por alto, pensando en lo agitado que estaba cuando le pidió ir con él, sin embargo, ahora la hacía cuestionarse aquella relación familiar. No debía ser muy buena.

—¿Odias a tu papá?

Había acertado. La mirada de Alex se escondió con ápices de vergüenza, la cual luego se endureció.

—Alex, si voy a conocer a tu padre, debería conocer un poco de ti. ¿Por qué no te abres?

Ella tenía razón.

—No es que no quiera... es que no sé hacerlo.

Claro. Siempre duro, frío, distante. Siendo él quien se sentaba a analizar los demás con cierto

margen de crítica.

Buscó en la bolsa uno de los sándwiches, le quitó el envoltorio y se lo acercó a los labios. Él solo la miró como si cazara moscas.

—Necesitas comer un poco.

Aquello lo había hecho sentirse como un perro al que alimentaban con lástima, pero lo aceptó tan solo porque agradecía que se preocupara hasta en esos detalles. Esperaron llegar a su casa para hablar, al menos así en el camino podría ordenar sus ideas sin terminar reprimiéndose, para explicar un poco el porqué, lo que llevaba atorado en su pecho después de tantos años. Algo que incluso John conocía a medias.

—Llegamos.

Observó el barrio iluminado por los faroles. Parecía muy tranquilo, un barrio normal donde quizás nunca se veían cosas malas. La casa de dos pisos tenía un color azul envejecido atacado por la maleza.

Cruzaron el pequeño ante jardín luego de asegurar la reja. Alex, quien aún conservaba las llaves, le hizo un gesto para que esperara mientras abría, ni siquiera él sabía con lo que podría encontrarse. Primero encendió la luz para asegurarse de que todo estuviera en orden.

Un extraño nudo se formó en su garganta al ver aquel lugar que hacía años no veía. Los muebles de siempre, las fotos y el polvo que se fueron juntando en la dejación de su padre. Se notaba que, a diferencia de lo que pensó, nunca rehízo su vida. Todo seguía tal como ese día. El tiempo se había detenido en ese lugar.

—Ponte cómoda. ¿Tienes frío?

—No, solo estoy un poco cansada. ¿Iremos hoy?

—Descuida, iremos mañana temprano.

Dejando sus cosas de lado, Sayen se acercó a un mueble empotrado, muy parecido al de Natalie que contenía varios adornos además de fotografías. En una pudo ver la foto de una mujer, muy hermosa sin dudas.

—Ella era mi madre.

¿Era? ¿había muerto? Tomó el cuadro entre sus manos para apreciar mejor la imagen. La mujer era alta y de cabello negro, columpiaba a quien supuso sería Alex en su infancia. Era tan parecido a ella que asustaba. En las fotos en las que era pequeño parecían todos muy unidos junto a otro hombre, su padre. Pero a medida que Alex iba creciendo, la relación parecía carecer de lazos, hasta volverse distante.

—Era muy hermosa. Te pareces mucho a ella.

Pudo ver en los ojos de Alex una profunda y dolorosa nostalgia.

—Lo era. Hasta el último día siempre me pareció hermosa.

—¿Cómo se llamaba? Tu madre.

Hacía años no decía su nombre, el cual ahora solo pudo mencionar como un último aliento de aquellos días que seguían atormentándolo.

—Ester. Ella murió hace muchos años, cuando yo me estaba por especializar en psiquiatría. Ella... ella era bipolar, y mi padre jamás supo cómo cuidarla.



Bipolar. Conocía vagamente el término, como también supuso que debió pasar por muy malos momentos.

—¿De qué murió...?

Alex dejó la fotografía de vuelta al mueble.

—Suicidio.

Sayen comenzaba a comprenderlo todo. Entonces recordó aquellas palabras que Alex mencionó cuando estaban en su consulta.

—La mujer que te rompió el corazón... ¿Fue tu madre? Ella te dejó y no pudiste amar por miedo a que te pasara lo mismo.

Alex frunció la boca, recordar era un asco.

—Nadie puede tolerar tanto daño —notó entonces cómo ella lo miraba con esa compasión que detestaba, algo con lo que nunca había querido vivir y por lo que siempre calló—. Estás cansada. Te llevaré a mi habitación.

Se detuvieron en la primera puerta a la izquierda del segundo piso. Al encender la luz se pudo distinguir un poco de polvo en el denso aire, por lo que Alex dejó abierta la ventana, al menos hasta que se renovara ese ambiente.

La decoración azul, las fotografías, los posters de autos, incluso el edredón con balones de fútbol, era algo que no podía ver en el apartamento de Alex. Acá había personalidad, había algo que describía los gustos de Alex, a él.

—No te molesta, ¿verdad? No se ha usado desde hace mucho.

—Descuida —respondió ella—. Estaré bien. ¿Dónde dormirás?

—Hay un cuarto abajo —se acercó a la puerta, evidentemente cabizbajo y casi arrastrando los pies—. Descansa. Mañana hablamos.

No se atrevió a hacer más preguntas por esa noche, Alex parecía desgastarse por cada minuto que permanecía en esa casa. Su madre se había suicidado y su padre estaba muriendo. ¿Por qué no entrar en su vida?

Ah, sí...

Ambos eran un desastre juntos.

# Capítulo

## 22

Al abrir los ojos se sintió perdida en el tiempo. Los posters, algunas calcomanías e incluso los colores del lugar tardaron en hacerse conocidos. Los recuerdos de dónde se encontraban se agolparon en su cabeza, haciéndola pensar enseguida en Alex. Su habitación lucía tan lúgubre y vieja que tuvo que abrir otra vez la ventana para ventilarla.

En la noche, apenas se había puesto el pijama se durmió en segundos, pero ahora cuando veía todo con más detalle, se fijó en el escritorio y los amarillentos cuadernos que se encontraban encima. Todos ellos tenían apuntes de la escuela y uno que otro examen con nota perfecta. En un rincón se encontró un alto de libros de policías. ¿Habría Alex querido ser policía en alguna etapa de su vida? Suponía que la elección de ser psiquiatra se había basado en el noble deseo de ayudar a tratar y controlar la enfermedad de su madre.

Bajó las escaleras, encontrándose a Alex tendido en el sofá, el cual tenía un par de mantas.

—¿No me habías dicho que dormirías en otra habitación?

—Me pareció más cómodo el sofá —respondió con demasiada simpleza. La castaña miró hacia el fondo del primer piso. Pasando la escalera había dos puertas.

—Me mientes, ¿verdad?

Prefirió cerciorarse por sí misma. Una puerta daba a un baño y la otra a un despacho. Bufó frustrada. ¿Qué ganaba con mentirle? Le echó una rápida mirada, llevaba una camiseta azul y un pantalón de algodón gris, su cabello estaba todo desordenado y un par de ojeras adornaban su blanca piel.

—Yo pude haber dormido aquí, soy mucho más pequeña que tú. Seguro ahora te duele todo.

—No, está bien —se tapó la boca para dar un largo bostezo—. Fui al almacén a comprar pan y huevo, esperaba a que despertaras para hacer el desayuno. Espero que no te importe, no encontré nada mejor.

—No te preocupes, me gusta. Luego del hospital, podríamos pasar a comprar algunas cosas. Me gusta tu pijama, es tan raro verte... desordenado.

Aunque ya una vez lo había visto así, esa noche en la playa cuando durmieron en la sala producto de sus miedos.

—Bueno, no esperabas verme tan perfecto temprano por la mañana, ¿verdad?

Su fingido aire de grandeza le causó gracia momentánea, porque se afligía cuando veía sus negros ojos llenos de preocupación.

Lo ayudó a preparar té y acomodó la mesa del comedor con sus puestos. Alex volvió con una paila llena de huevo y una panera que despedía un exquisito aroma. Observó la hora.

—Recién son las diez, ¿a qué hora podemos entrar a ver a tu padre?

—Por ser terminal, cualquier hora.

—¿Y por qué no fuimos anoche? —lo miró extrañada.

—Porque estaba cansado.

Escucharlo hablar así con esa calma forzada le erizaba la piel. ¿Por cuánto tiempo más lograría ocultar sus sentimientos?

—Tu papá... ¿Cómo es?

—Es un hombre viejo y acabado —su voz sonó demasiado arisca—. Solo verás un montón de huesos arruinados en la cama, apenas puede hablar.

—Alex... —quería regañarlo por hablar de esa forma, sin embargo, no conocía a ese hombre—. Le dijiste a tu papá que tenías una novia muy guapa, ¿no?

Él la miró con curiosidad. ¿A qué iba esa pregunta?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Por qué elevaste tanto las expectativas? ¿Ahora qué haré? — lo miró afligida—. ¿Qué más le dijiste?

—No te preocupes, está agonizante y dudo que recuerde cada cosa que dije. Además... —la miró fijamente. Sus ojos brillosos por el sueño, su cabello enmarañado, la figura curvilínea que escondía bajo un pijama dos tallas más grandes que ella. Era hermosa—, no eres tan incómoda de ver o algo así.

¿No podía haberlo dicho mejor? Se abofeteó en sus pensamientos, sobre todo al notar la inseguridad en esos ojos grises.

Era obvio que tendría que esforzarse, pensó ella. Al menos eso intentó en la media hora que Alex le dio para arreglarse.

—Sayen, ¿estás lista? —tocó por cuarta vez la puerta de su habitación.

—¡Qué ya voyyyy!

Estaba segura que no había tardado mucho en hacer todo, pero se había tenido que esforzar para lucir lo bastante guapa para hacer verdad la mentira de Alex, o así pensaba ella.

Cuando abrió la puerta, Alex se quedó pasmado. Sus ojos maquillados destacaban aún más su color natural, su piel sin tocar contrarrestaba un suave color coral en sus labios, el cual le molestó ver porque cubría ese tono natural rosa que ella poseía y que siempre le daban una apariencia muy cálida. Su cabello...

—¿Qué te hiciste...? Hay algo... pero no sé qué es.

—Lo corté un poquito —se giró, dejando ver que bajaba en escalas hasta terminar en punta sobre la curva del coxis—. Cuando vuelva pasará a arreglarlo mejor.

—Pero... ¿por qué?

—Porque ya no lucía bonito... y creo que ya tuve suficiente de esa etapa —explicó—. Dime qué tal, ¿está a la altura de lo que le inventaste a tu papá?

Lo estaba y más que eso. Y aunque toda ella iba acorde, nada de eso era necesario. No para él, quien la conocía al natural.

—Te ves... te ves muy bien —admitió, causando una emoción que se reflejó en el rostro de Sayen, quien estiró esos labios anaranjados en una amplia sonrisa—. Pero no necesitabas hacer todo eso... Quiero que te sientas cómoda.

Sayen rodó los ojos. Todo ya estaba hecho y se había tardado mucho en aprender a usar otra vez el delineador y no quedar ciega en el intento. Alex permaneció observándola por un instante con

seriedad penetrante, hasta que acercó a ella solo una mano por su rostro y deslizó el pulgar sobre sus labios, quitándole ese falso color hasta verlos con ese rosa tan natural del que era dueña.

La sensación de sus labios en sus dedos...

—Creo que... ya debemos irnos, ¿cierto? —el temblor de sus labios al preguntar hizo reaccionar a Alex. Si veía el sonrojo de su tibio rostro terminaría bajando la guardia, así que se apartó rápido y corrió al primer piso, dejándola con un nudo en el estómago.

Alex volvió a practicar el mutismo todo el trayecto hasta el hospital, solo allí sacó palabras para preguntarle a la enfermera sobre su padre, misma que le advirtió sobre su delicado estado y después le señaló el piso de los enfermos terminales y el número de habitación.

Al llegar, su mirada se pegó en la puerta. No quería cruzarla, se sentía casi asustado y ni un largo suspiro lo hacía retomar su ánimo. ¿De verdad quería estar ahí? ¿o solo lo hacía por cumplir? Cualquiera fuera su respuesta, Sayen estaba allí para apoyarlo, y pronto sintió cómo ella tomaba su mano, enlazando sus dedos.

—No estás solo, Alex.

Como pudo ordenó a su cuerpo moverse de una vez. Mientras antes lo hiciera, antes podría irse y estaría cumplido. Empujó la puerta y apenas asomó la cabeza se dio cuenta que el hombre estaba solo, respirando pausadamente con ayuda de una máquina. Como tenía los ojos cerrados, se atrevió a entrar con la joven de su mano, gesto que lo ayudó a conseguir algo de valor.

Ese hombre ya no era ni la sombra de lo que alguna vez fue. Aquel hombre de antaño que había sido su padre, fue imponente, recto, causando respeto al peor de los criminales que alguna vez tuvo que defender en sus tiempos de abogado. Ahora era solo huesos entre sábanas, calvo, y sin poder usar sus propios pulmones a causa del excesivo consumo de cigarrillos que le terminó pasando la cuenta.

Sintió cómo la mano de Sayen apretaba la suya, despertándolo de sus recuerdos. Su padre había abierto los ojos y lo miraba con detención.

—Ale...xander...—musitó apenas, con voz casi robótica. El tubo que tenía conectado a su garganta se movía con cada palabra pronunciada.

—Um... Papá —atinó a decir cuando logró sacar voz. Verlo lo incomodaba, como también sentía más rencor del que podía recordar—. Te ves mejor de lo que esperaba.

—Tantos... años...—cerró sus ojos un segundo, volviendo a abrirlos con una pequeña sonrisa en los labios—. Estás... he...cho... un... hombre.

—Siempre lo he sido, solo que tú no lo viste antes —la castaña apretó su mano en un gesto de reproche. Alex la miró de reojo—. Ella es Sayen, mi novia.

—¿Tu... novia? —un intento de risa ronca y ahogada escapó del hombre, la cual se convirtió en una prolongada tos—. Ah... lo... siento. Nunca pensé... conocer... a la mujer... de mi hijo.

¿Nunca? ¿Acaso no le había dicho que la llevaría? Miró a Alex con curiosidad, pero él evitó mirarla. Los ojos de Alex estaban clavados en el hombre postrado en esa cama.

—Es un gusto conocerlo, señor. Alex me ha hablado mucho de usted. Alex, ¿por qué no te sientas?

Él la miró como si le hubiese ofrecido comer arañas e hizo oídos sordos. Sayen soltó su mano y acomodó la silla frente al hombre para que se sentara cerca de él, a lo que Alex apenas reaccionó,

haciendo caso.

—Seguro... no muchas... cosas... buenas...—miró a su hijo con cierta ilusión. Verlo era como ver a Ester, excepto por su presencia imponente y aspecto calculador, igual al suyo en sus mejores años. Espantaba—. ¿Sigues... siendo... médico?

—Psiquiatra —corrigió él. ¿Ni siquiera sabía eso? —. Hace varios años que me especialicé.

—Oh... tan inteli...gente —volvió a toser, parecía que no podía decir más de tres o cuatro palabras sin ahogarse y arrojarse agotado entre las almohadas—. Tu novia...

—Yo soy escritora —se adelantó a decir la castaña—. Con Alex llevamos unos meses saliendo —agregó con una tranquila sonrisa. El hombre la miraba con atención.

—¿Es...cri...tora?

—Sí. Ella escribe novelas —dijo Alex con seriedad, casi molesto por lo que su padre podría estar pensando. ¿No la aprobaba? Para él, Sayen era más de lo que podía pedir cualquier hombre.

—Es tan... diferente... a ti —miró a su hijo, quién le devolvió la mirada con molestia—. Tan... hermosa... y contigo.

—¿Cuál es el problema? —gruñó ofendido. ¿Entonces era él el problema? Su madre había sido muy hermosa, y estuvo casada con él, quien nunca la mereció.

Su padre sonrió como si le hubiese lanzado una broma arisca, típica de ellos. Su piel se veía apagada, tenía muchas arrugas y unas bolsas bajo los ojos que le colgaban.

—Estás tan viejo, y eso que todavía no cumples sesenta.

—Me estoy... muriendo, Alex... —apenas pudo elevar su mano debido a los temblores. Sus dedos señalaron el costado de la cama y miró a la castaña, haciéndole entender que se acercara.

Al sentarse cerca, ella notó la tensa postura de Alex, por lo que tomó su mano, intentando calmarlo tal como cuando no podía entrar a la habitación.

—¿La... la amas..., hijo? —sus ojos se habían nublado de repente como si fuera a llorar, lo que sorprendió a Alex—. No... no seas... como...yo...

—Papá...

—Tú... —miró a la castaña—. Él... es bruto, iró...nico..., algo... torpe, pero... n-no es malo... no es... un hombre... malo.

Los ojos de la castaña se humedecieron, como si aquella ficticia relación fuera de verdad. Alex apretó su mano.

—Alex es un gran hombre, muy inteligente y... preocupado, y... claro que lo amo, mucho... No se preocupe, yo lo cuidaré.

Los ojos del hombre, quien más parecía un anciano, se cerraron dejando escapar unas lágrimas, algo que Alex jamás en sus años juntos había visto en él. Incluso muchas veces pensó que ese hombre no era humano. La miró a ella, parecía tan afectada como si hubiese conocido a su padre de hacía muchos años, cuando no tenía idea de nada. Luego ella lo miró, se miraron. Aunque fueran mentira sus palabras, habían tocado en lo más profundo de ese corazón.

—Hijo... lo siento... tanto, no fui... un buen... padre.

No, no lo había sido. Recordó de golpe todos esos años de súplica por algo de atención, de cariño y comprensión, que les dedicara un poco más de tiempo a él y a su madre, que intentara

ayudarla. Ese hombre... los había ignorado.

—Tampoco un buen marido, ¿recuerdas? Nos abandonaste.

—Yo solo... quería... quería darles... lo mejor.

—¿Trabajando hasta morir? Te olvidaste de mí, te olvidaste de mamá cuando más te necesitábamos... Tú la dejaste morir.

—¡Alex! —intentó Sayen calmarlo en vano. Los ojos de Alex estaban aborados por la ira.

—Mamá murió por tu culpa, porque no le diste la atención que necesitaba cuando tú sabías que estaba muy enferma. ¿Sabes lo que era intentar dormir mientras oía cómo se golpeaba contra las paredes? ¿o como rompía cosas o solo lloraba como si el mundo se fuera acabar porque tú no estabas? Para un niño, estar escondido en su habitación por miedo..., por no saber qué hacer, mientras tú... mientras tú solo te preocupabas de hacer dinero y ganar prestigio. ¡Y mírate! ¿De qué te sirvió? ¡Dejaste que una familia se destruyera! ¡Qué tu mujer muriera y tu hijo se hundiera solo!

—Alex... —murmuró el hombre, pero Alex negó.

—Que un niño sintiera miedo cada día y cada noche de su propia madre... No poder dormir, pensando que entraría a la habitación y me mataría en un brote de locura, o que llegaría de la escuela y ella...— Sus labios se sellaron por un momento, uno que le trajo los recuerdos más dolorosos que habitaban en su alma—. Y se cumplió mi mayor miedo. ¿Sabes lo que fue llegar un día y verla colgada en el baño? Verte a ti en su funeral solo diez minutos... Y luego no saber más de ti. ¿Y quieres que te tenga lástima? ¿Ahora te pones a hablar cosas? ¡Como si hubieses sido un buen hombre!

El hombre reventó en un llanto tan agitado que la máquina comenzó a alertar sus pulsaciones demasiado aceleradas. Una enfermera entró pidiéndoles salir, pero el hombre, usando toda su fuerza, agarró del brazo a Alex.

—Perdóname... hijo.

No obstante, Alex soltó su agarre y salió rápido de la habitación. Sayen tuvo que seguirlo, apurando sus pasos alcanzándolo en el pasillo. Parecía que a Alex se lo llevaba el diablo. Se agarraba la cabeza, y golpeó las paredes hasta que finalmente se apoyó en una ventana.

—Alex... —tomó su hombro con cuidado—. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque nunca se lo pude decir antes, porque se atreve a morir sin ser castigado por todo el daño que nos causó.

¿Cómo calmarlo? ¿Cómo hacerlo olvidar por un rato todo ese dolor? Se imaginaba todo aquel sufrimiento que reprimía a la fuerza, siendo reemplazado por la ira. Se acercó a su espalda y agarró sus brazos, intentando hacerlo ceder, y apoyó su rostro en su cuerpo. Alex temblaba bajo esa tensión que lo estaba matando.

—¡Alexander! —se escuchó una femenina voz. Se giraron, encontrándose con una anciana colgada del brazo de un hombre igual de mayor que quizás bordeaba los ochenta años, afirmándose a paso lento en un bastón.

—¿Abuela? ¿Qué hacen aquí?

—Hemos venido cada día —contestó el mayor, llegando al fin a ellos—. Estás tan apuesto... ¿Cómo has estado? Apenas te reconocí, hijo.

—Bien, bien... —respondió confundido, notando la atención de sus abuelos desviándose a su acompañante—. Ella es Sayen, mi novia.

—Oh, qué jovencita más guapa. Por eso siempre estabas tan ocupado —comentó su abuela, acercándose para saludar.

Sayen los miró avergonzada por la respuesta de Alex. ¿A todos les diría que era la novia? Más bien... ¿les mentiría a todos?

—Es un gusto conocerlos...

—Alex nunca dijo que tenía una novia. Nos alegra tanto saber que está bien acompañado —dijo la anciana.

Alex los miró abochornado y luego a ella, quien solo le sonrió entre la timidez compartida que sentían.

—No sabía que vendrían tan temprano. ¿Desayunaron?

—Como siempre, tu abuela se levanta temprano para obligarme a comer —dijo el anciano—. ¿Cómo está tu padre? ¿Ya lo viste?

No necesitó decir nada, la enfermera salió junto al médico tratante y se acercaron a ellos.

—Por favor, no alteren al paciente, es perjudicial para su condición.

Con eso quedaba claro. La pareja de ancianos miró al azabache, quien solo suspiró, sintiéndose incriminado. No era algo que había provocado queriendo, solo sintió la necesidad de decir lo que pensaba antes de que ese hombre se muriera.

Antes de que dijeran algo o se lo reprocharan, Sayen intervino.

—Ya que debemos dejarlo descansar un rato, ¿qué tal si vamos a la cafetería por un bocadillo y luego volvemos? Ya estará mejor para entonces.

Y aunque “estará mejor” era imposible por estarse muriendo, Alex la miró agradecido y tomó su mano como en ninguna otra situación podría hacer.

En la cafetería acabaron desayunando por segunda vez. Alex a su lado, platicaba un poco de su vida laboral con su abuelo.

—¡Tan trabajador! ¿Cómo se conocieron si siempre estás tan ocupado?

—Ah... eh... bueno... —Alex la miró pidiéndole que se le ocurriera algo, a lo que ella solo alzó una ceja y lo miró retadora. ¿Diría la verdad o se avergonzaría de su acto? —. En la calle...

—¿En la calle? ¿Así nada más? —preguntó la abuela.

—Alex me atropelló —declaró la castaña, a lo que ambos ancianos la miraron sorprendidos y Alex con aspecto de tragedia. ¿Por qué contaba eso? — Fue un accidente. Luego me llevó al hospital y me cuidó diligentemente. Ya cuando me sentí mejor y él se hizo cargo de todo, me invitó a cenar.

Nada más lejos de la realidad, pues nada de eso había ocurrido posterior al atropello, cuando realmente eso tuvo que haber sido, tendría que haber actuado de esa forma. Preocuparse por su estado, llevarla al hospital y pagar por los daños. De haber actuado bien, ella jamás se habría ofuscado y vengado destrozando su auto. ¿Y si la hubiese golpeado más fuerte? ¿o si se hubiese golpeado la cabeza? o si jamás ella hubiese cruzado y él no estuviese llegando tarde...

Jamás se habrían conocido, y su vida seguiría siendo monótona y aburrida.

—Pero Alexander Wömpner, ¿cómo manejas que atropellaste a esta pobre chica? —regañó su abuela.

—Abuela...

—¿Y si la hubieses matado? —preguntó su abuelo—. ¡No seríamos bisabuelos por tu parte!

Ambos se atragantaron con sus bebidas. ¿De dónde provenía la manía de los abuelos por anticipar el deseo de una familia más numerosa? Aunque debían admitir que era divertido, para los dos.

—Suponemos que planean casarse, ¿verdad? —Alex miró a la castaña, quien tenía la absorbente mirada de la anciana encima—. ¿No te ha pedido matrimonio?, ¿y el anillo?

—Ah, eso... es que y-yo pensaba pedirselo pronto, pero... —Sayen comenzó a tartamudear, por lo que Alex tomó su mano para calmarla

—Nana, arruinas mis posibilidades de sorprenderla. ¿Por qué quieren bisnietos tan pronto?

—Porque estamos viejos, y eres nuestro nieto favorito. Todos tus primos fueron unos zánganos tontos.

—Tata...—suspiró, aprovechándose de la situación para acercarse a la castaña más a él, provocando que ella cediera su cabeza hasta tocar su hombro y reposar allí, apegados.

—Te ves tan enamorado, hijo. Estamos felices por ustedes. Tienes un buen trabajo, eres tu propio jefe, una novia con la que te quieres casar... No cometas los errores de tu padre, no prefieras el trabajo.

Alex miró a la castaña, misma que subió sus ojos a él, impregnándose de esa sensación electrizante. Él susurró, en un tono de promesa, demasiado cerca de su rostro:

—Nunca.

Un rato después, se sentaron en la sala de espera en completo silencio mientras la pareja de ancianos se adelantaba para saludar a su hijo. Así también, Sayen aprovechó de regañar al azabache.

—Tienes que entrar calmado, Alex. No puedes alterarlo.

—Eso ni siquiera me importa —toda su atención estaba en esa puerta que lo separaba de ese desgraciado—. Me da igual lo que pase con él.

—¿Y si muere, Alex? Morirá sin tu perdón... ¿No lo quieres ni un poquito?

—Claro que no, él destrozó nuestra familia.

—Pero Alex...

—Por favor, no digas más... Solo necesitaba de este favor.

—¿Favor? Me quedó claro que nadie sabía que tenías novia, ¿también me mentiste?

—No sé de qué hablas, claro que lo sabían. Quizás lo olvidaron.

Sí, alguna vez lo mencionó, aunque solo a su padre como algo sin importancia. ¿Cómo decirle que no quería dejarla con la oportunidad de salir con el cabeza de músculo? Cuando estuvo a punto de irse a casa lo recordó, y pensar en que volvería de ese viaje y ella estaría saliendo con ese otro idiota le causó náuseas.



Por su parte, Sayen no le quitó la mirada de encima. Alex era un hombre que había vivido demasiados años con el dolor de una pérdida tan grande como esa. Llegaba incluso a sentirse tonta al haber sufrido tanto tiempo por un hombre que solo demostró ser un idiota cuando había cosas peores en la vida, dolores más grandes que el suyo.

Cuando al fin entraron a la habitación, el hombre recorrió con la mirada a su hijo, viéndolo irse a un rincón, tal como cuando niño se aislaba de las visitas. Pese a que había crecido tan bien, podía ver a través de su hijo y darse cuenta que seguía siendo el mismo niño asustado, como cuando descubrieron la enfermedad de su mujer. El mismo hombre compungido de dolor en el funeral, y el mismo hombre lastimado que se mostraba duro al lado de su novia, así como él, cuando no supo qué hacer al perder a la mujer que amó durante casi toda su vida.

—Hijo... ven... —le rogaba con su voz casi robótica. Pero Alex tan solo lo miró en la distancia.

—No es necesario, sigan con lo suyo.

Todos se quedaron callados. Sayen sintió unas incontenibles ganas de decirle que se comportaba peor que un niño caprichoso, no obstante, se contuvo tan solo porque Alex tenía sus motivos, y ella debía respetar su elección.

A pesar de todo, Alex se quedó allí hasta que sus abuelos tuvieron que irse, casi alrededor de las siete de la tarde. Ya estaba oscureciendo y aunque el hombre pareciera más lúcido que cuando llegaron, tuvieron que hacerlo.

—Vendremos mañana también, ¿bueno? —le decía la mujer a su hijo, acariciando su cabeza. Él sonrió.

Cuando Alex se acercaba a la puerta para irse de una vez por todas, la voz de su padre se escuchó más fuerte que antes e incluso había levantado su cabeza de la almohada.

—Hijo —Alex se detuvo, impaciente—. Siempre... te he amado.

Y aunque la respiración se le cortó al oírlo, el dolor y la rabia pudieron más y lo ignoró, yéndose de ahí como tanto había deseado por horas, solo que ahora llevaba un peso adicional encima, como si él hubiese hecho algo malo.

Antes de que Sayen pudiera seguirlo, el hombre la llamó.

—Hija... —al acercarse lo suficiente, él le extendió sus manos pidiéndole atención, a lo que la castaña las envolvió en las suyas. Estaba tan frío...—. Aunque... no fue mucho, sé que tú eres perfecta... para él... Cuidalo, perdónalo... y ámalo, por favor. Él siempre... para él siempre... serás solo tú.

—S...sí, se lo prometo, lo haré... —le dolía prometer algo que no podría cumplir, pero verlo así, con su piel fría y esa expresión cansada, no pudo negarse—. No hable como si se fuera a ir... vendremos mañana, nos conoceremos más mañana —le pedía.

Y él solo sonrió, dejándola ir.

Luego de haber dejado a sus abuelos en casa y haber hecho un par de compras en un supermercado cercano, volvieron a la casa en un profundo e incómodo silencio. En cuanto dejaron las compras en el mesón de la cocina, Sayen no pudo contenerse más.

—¿Serás así siempre que vayamos? ¿No ves cuán arrepentido está? Mucho le pesa no haber cuidado de ti ni de tu madre como para que te comportes así.

—No quiero hablar de eso contigo—rehuyó su mirada mientras acomodaba las cosas, sabiendo que ella no se detendría ahí.

—Alex...

—Tú no sabes nada, ¡no sabes cómo fue! —estalló, golpeando el mesón. ¿Cómo se atrevía?—. No tienes el derecho, no puedes juzgarme cuando no tienes idea de cuánto sufrí —intentaba explicar, mordiéndose la lengua para no hablar demás y empeorarlo todo.

—¡No te juzgo! Solo quiero que te des cuenta que a ese hombre ya no le queda nada por vivir, solo... ¡solo debes intentarlo! —gritó alterada, no podía comprenderlo del todo—. Él te ama, eres su hijo, se equivocó y es humano. ¿No te das cuenta que él también perdió a la mujer que amaba? —Alex salió de la cocina para dejarla sola, y no estallar diciendo cosas de las cuales se arrepentiría más tarde. Ella lo alcanzó, interponiéndose en su escape—. Tú me has visto sufrir por un hombre que ni siquiera era mi esposo. ¡Imagina cuán destrozado debió sentirse al perderla! ¡Él no supo compartir su dolor!

—No puedo... no puedo perdonarlo —sentenció calmado su tono y dejando ver la tortura en sus ojos—. No es que solo nos haya descuidado, también nos despreció, nos ignoró. Hacer un niño y solo darle dinero para mantenerlo... eso no es ser padre. Y mantener una mujer en casa tampoco te hace esposo, mucho menos cuando te importa una mierda su enfermedad. ¡No puedo perdonarlo!

Intentó refugiarse en el despacho y encerrarse allí cuando la castaña se interpuso frente a él, agarrándose de los bordes del umbral para no dejarlo pasar.

—Si realmente lo odiaras... si de verdad no te interesara... no estarías aquí, inventando una relación para que se muera tranquilo. Lamento que hayas perdido a tu madre, pero... —calló, negando sus pensamientos—. Había pensado que eras un hombre fuerte. No resultaste ser más que un hombre infeliz, incompleto y desdichado, que odia tanto... Estás tan deshecho como yo, Alex.

A pesar de la dureza de las palabras que salían de esa boca, Alex intentó no inmutarse.

—Claro, ¿en qué momento cambiamos los papeles de psiquiatra y paciente? —preguntó enojado, arrastrando las palabras con veneno y apretando los puños tan fuertes que los nudillos se le volvieron blancos—. No necesito un sermón sobre cómo tengo que comportarme con el desgraciado que arruinó mi vida, ¿bien? El que haya sido amable contigo no lo hace mejor persona. De no haber estado muriéndose, seguro poco le habrías importado e incluso te habría menospreciado, es más, ni siquiera lo habrías conocido porque jamás se habría dado el tiempo de hacerlo.

No, en otra situación nunca lo habría conocido porque todo eso entre ellos era una farsa. Solo paciente y psiquiatra, haciéndose favores.

—Entonces... ¿qué haces acá? —lo miró dolida, siendo apartada y siguiéndolo insistente al interior del despacho—. ¡Eres un cobarde, Alex! ¡Te aterra mostrar tus sentimientos porque no sabes cómo te van a corresponder! —él se giró violentamente hacia ella, colérico—. Si todo hubiese sido tan malo en la relación con tu padre, no te encontrarías ahora aquí, inventando una historia.

—Me importa porque... —¿Por qué?—. Por... obligación —pero aquel nudo en su garganta no bajaba ni dejaba pasar todo aquello que pensaba, toda esa rabia en palabras. Escucharla decir que era un cobarde lo exasperaba e indignaba—. ¿Por qué te interesa tanto? Solo te pedí un maldito

favor, seguirme una maldita mentira y venir aquí a pretender para que ese maldito se muera con la imagen de que soy un mejor hombre que él, ¡no una lección de vida!

Escucharlo decir aquello pesó más que cualquier otra palabra hiriente o cualquier mentira de la cual tendría que salir luego. Solo a ella pudo pedir ese favor porque solo con ella no idearía un futuro, porque quizás sus locuras y malos ratos como una paciente más le recordaban a su madre, porque precisamente solo era una paciente que en cuanto mejorara ya no la vería en su vida y que pasara la siguiente, porque ella solo era una ficha más en su archivadora. Se sintió tan usada...

Y aunque Alex comprendió tarde el error de sus palabras, no hizo nada por remediarlo. Solo la dejó salir de la habitación, con la cabeza gacha y el orgullo otra vez lastimado. Había sido un idiota con la única persona que había sido tan incondicional y sin pedirle nada a cambio. Pero, ¿qué más podía hacer?

Horas pasaron hasta llegar la madrugada. Conciliar el sueño para Sayen fue toda una odisea, incluso cuando abrió sus ojos sintió que no había pasado más de diez minutos. El reloj marcaba las tres y una caricia en su rostro la hizo despabilar. En el fondo de la habitación, una alta silueta oscura la observaba.

—¿Alex?

# Capítulo

## 23

Cuando encendió la luz, la figura que creyó ver desapareció de su mirada. ¿Habría sido su imaginación? Miró otra vez la hora, notando que todavía faltaba mucho para que amaneciera, pero sintió la urgente necesidad de estirar las piernas y un vaso de agua. Bajó la escalera siendo lo más silenciosa posible para no despertar a Alex, sin embargo, su voz ronca proveniente de la sala llamó su atención.

—¿A qué hora? Entiendo... sí, gracias... No, está bien, iré ahora —aunque su voz sonaba adormilada, la percibió triste, acongojada. Alex pudo sentir su presencia incluso de espalda. Y aunque no podían verse por la oscuridad, ella sabía que algo pasaba—. Era... era del hospital.

Solo eso fue suficiente para entender lo que había ocurrido. Las lágrimas no tardaron en agolparse en sus ojos pardos sin creer la noticia. Al haber visto al hombre tan lúcido antes de irse había pensado que le quedaría más tiempo, que lo vería otra vez, vivo.

A pesar del altercado que tuvieron horas atrás, caminó hacia él hasta topar con su espalda y lo abrazó para consolarlo en ese profundo silencio. Y aunque creyó que él se contendría, no pasó demasiado para ceder y girarse a ella. Antes de ese abrazo no había logrado digerir las palabras de la persona en el teléfono, pero las lágrimas de la castaña lo ayudaron a resumirlo. Su padre acababa de morir, ya no estaba, y por más que lo odiara, en realidad no podía sentir otra cosa más que dolor. Si había una sola palabra que lo describiera sería “imbécil”, lo había sido al creer que su dureza ayudaría de algo. Sin embargo, no había tiempo para lamentaciones. Con cuidado se fue apartando de Sayen.

—Debo... debo vestirme, debo ir al hospital. Quédate aquí.

—¡Claro que no! Iré contigo —lo tomó del brazo, sintiendo su tensión—. No te dejaré solo...

—¿Por... por qué? Yo te traté mal.

—Porque, aunque dijiste la verdad, para los demás soy tu novia y actuaré como tal.

Alex no necesitaba más explicaciones, después de todo, él también la necesitaba cerca suyo para sentirse fuerte, y ella, a pesar de las palabras hirientes que le dijo antes, estaba dispuesta a ser quien le daba un empujón.

Una vez llegaron al hospital los llevaron al subterráneo. Las áreas de blanco brillante fueron reemplazadas por un pasillo oscuro y lúgubre. El enfermero les indicó una puerta en especial.

La morgue.

El hombre que antes había estado en una tibia cama y conectado a un respirador mecánico, se encontraba ahora desnudo en una fría bandeja de lata. Alex solo pudo mirar su arrugada cara por largos segundos y pensar si habría sufrido en los minutos agónicos. Tenía un semblante tan tranquilo como él no podía imitar. Sus manos le temblaron de solo recordar aquella vez que tuvo que vestir a su madre, y casi consideraba injusto que ese hombre fuese enterrado donde ella descansaba, pero también recordaba las palabras de la castaña. ¿Él también sufrió en silencio la pérdida de su mujer?

—Si quieres puedes esperarme afuera.

—No Alex, estoy contigo.

Sayen le quitó el bolso del hombro para sacar la ropa interior del hombre, algo en que Alex

había insistido no ser necesario, pero que ella había dicho que sí lo era. Mirarla así, apoyándolo al cien, a su lado como si realmente fuera su pareja, le oprimió el pecho. A pesar de lo nerviosa que ella estaba y de cómo parecía querer seguir llorando, estaba ahí, como jamás pensó que una mujer lo estaría. Podría haberse desligado de la mentira tras la muerte de su padre, sin embargo, no se separaba de su lado.

—Alex, ayúdame —lo despabiló.

Lo vistieron con el traje que más gustó a su padre llevar en aquellos años, cuando su cuerpo era macizo e imponente, ahora larguirucho y con las costillas sobresalidas. Le sobran varias tallas por lo que tuvieron que acomodarlo mejor. La camisa hasta lo alto y una corbata para tapar la cicatriz que quedó en su garganta.

Estaba hecho.

—Sigue pareciendo muerto —susurró por lo bajo, algo que angustió a la castaña.

—¿Puedo... intentar algo?

A las ocho de la mañana el carro fúnebre se llevaba a su padre, bien vestido y casi bronceado. A pesar de las dudas, Sayen le había puesto algo de polvo para darle color a ese cadáver y hacerlo lucir más decente en sus últimas horas en la superficie.

Incluso si ella hacía lo imposible para ser su apoyo, nada liberó sus emociones incluso al llegar a la casa para cambiarse de ropa. Por suerte ella había elegido guardar un vestido negro aun cuando creyó que no lo necesitaría.

Alex trataba de arreglarse la corbata frente a un espejo en la sala de mil formas que acababan siendo un desastre, la ansiedad no le permitía formar el nudo, por lo que Sayen al ver cómo estaba por perder los estribos, se acercó apartándole las manos para hacerlo ella.

—Tu papá era un hombre creyente, ¿verdad?

—Él siempre hacía donativos a la iglesia católica. No sé si en realidad era creyente o lo hacía por gusto —explicó viéndola fijamente. Estaba más lista que él, con su vestido negro y tacones bajos.

—Listo.

Era raro ver que siempre en aquellos días, donde todo parecía devastador, el clima se pusiera a juego con las emociones. Nubes negras amenazaban, y algunos truenos se hicieron sentir. Esperaban que el mal clima no hiciera disminuir la cantidad de visitantes.

Aunque el servicio de la funeraria incluía todo lo necesario, Sayen no tomaba respiro. Muchos visitantes tenían edad avanzada, y como si fuera una anfitriona, servía café y bocadillos como era típico en los velorios, algo que siempre le hizo cuestionarse las verdaderas razones por las que iban a ver al muerto.

—Sayen, no necesitas hacerlo —dijo tomando su mano.

—Tengo qué, no quiero que te preocupes de nada. Solo siéntate cerca y recibe el pésame.

—Pero... eres mi novia —le rogó con la mirada—. Deja a los encargados que lo hagan.

No pudo corregirlo cuando su voz había sonado tan suave como nunca. Se pegó a su brazo y lo siguió para saludar a cada persona, viejos abogados retirados, algunos médicos amigos de la familia, y otros tantos familiares que se mantuvieron al margen, observándolos. Gente que solo vio

a Alex como si él fuera un visitante más.

—No te llevas bien con tu familia, ¿verdad?

—Jamás fui muy cercano, ni siquiera con mis primos —admitió. Y aunque Alex le había presentado dos de ellos, estos pronto se retiraron para irse a fumar afuera.

Los abuelos paternos de Alex se mantuvieron cerca de su hijo el resto de la tarde. La mujer soltó las pocas lágrimas que le quedaban a su edad, siendo consolada por su marido. Le hablaban a Alex, aconsejándole para que no cometiera los mismos errores, luego la miraban a ella, y terminaban hablando en plural, como si luego de que eso acabara ellos continuarían su cercanía.

Sin soportarlo más tiempo, Sayen buscó un poco de aire afuera, sin importarle el frío o la humedad. Algunas gotas caían mojándole el cabello, pero ese mar de emociones que la recorrían estaban por volverla loca. Alex y ella terminarían con esa mentira tan pronto regresaran a casa. Además, de solo ver cómo Alex llegó a esa situación, quedándose solo, y probablemente con un hueco en su corazón por todas las cosas que no ocurrieron y que necesitó en su crecimiento. Por todo ese odio que había contenido, recordando el pasado... ¿Ella también acabaría así? ¿Llegaría un día en el que solo vería a sus padres cuando ya estuvieran en un féretro? No los había visto en mucho tiempo por aquel resentimiento que tenía en su corazón, y las veces que pensaba hacer algo por remediarlo se fundía en el miedo, imaginándose que ellos no estarían nada contentos de verla. ¿Por qué estar con Alex generaba tanto conflicto en su corazón? Se limpió unas lágrimas escurridizas del rostro. Al menos sabía una cosa, no podía estar haciendo eso con sus emociones ya que lo único que conseguiría al final sería engancharse de Alex, como no debía ocurrir. A pesar de todo, estaba segura que todavía conservaba sentimientos encontrados por Daemon, aunque ya no quisiera volver con él. Ese sentimiento no podía ser desplazado con tanta facilidad, ¿o sí?

Tras irse la última persona, Alex permaneció en una silla, mirando a lo lejos el féretro. Parecía agotado, como si ninguna presencia que le hubiese dado el pésame lo hubiese aliviado un poco. Sayen se acercó, sentándose a su lado.

—¿Quieres quedarte más tiempo?... Ya pasamos de las ocho.

—No, yo solo... solo quería sentarme un momento.

El camino a casa fue silencioso. El resto de la tarde Alex se había mostrado como si no poseyera sentimientos, cuando tan solo los mantenía ocultos. Él se fue directo al despacho a cambiarse de ropa y luego a darse una ducha, mientras ella, con algunas de las cosas que habían comprado, se esmeró en hacer algo decente para comer. No habían ingerido nada en todo el día y ambos lo necesitaban ya, aunque él no dijera nada.

Mientras se cocía la comida, subió por un rápido baño que le ayudara a despejar su cabeza. Para cuando volvió a bajar, Alex miraba las ollas.

—Aún les falta un poco... ¿Tienes hambre?

Alex se tornó hacia ella, viéndola vestida con su ancho pijama y el cabello tomado en un moño alto. Para cualquiera sería vista como una chica desordenada. Para él, quien la había visto en situaciones peores, se había convertido en una mujer preciosa capaz de dar su incondicionalidad a un idiota como él. Olvidándose incluso de sus pies cansados por los tacones y una que otra herida, agregando también lo poco y nada que durmió, continuaba allí.

—Es comida de verdad, no de esa congelada que te gusta — advirtió, intentando relajarlo de algún modo—. Solo espero que te guste, no has comido nada y...

—Tú tampoco has comido. No era necesario, podríamos haber llamado a un restaurante.

Lo sabía, pero...

—Quise hacerlo. ¿Qué tal si te sientas? Todavía le falta un poco, ¿quieres un té? Ahm... ¿qué tal jugo? o bebida... Preparé un postre, eso sí es instantáneo, ¿recuerdas el suspiro limeño en caja? Dicen que comer algo dulce anima un poco... Sé que no te vas a animar así como si fuera magia, pero yo...

Verla dar vueltas de un lado a otro lo desesperó, tanto que sin pensarlo dos veces la sostuvo de los hombros para detenerla. Tenerla allí haciendo tanto por él, y él solo recibir... lo frustraba mucho.

—Por favor, siéntate.

—No, tú siéntate.

—Sayen... —gruñó por lo bajo, a lo que ella puso su dedo índice sobre sus labios para callarlo.

—Te conozco, oso grizzli, y sé cómo te debes sentir, pero... pero esto es todo lo que puedo hacer por ti. Y si tú te sientes mejor al menos un poco, yo me quedo más tranquila.

Ahora ella fue quien lo tomó de los hombros y lo obligó a sentarse en el comedor. Después de acomodar el servicio, llegó con dos platos de comida que despedían un aroma que él ya no recordaba. Pollo y arroz. Era la tercera vez que comían lo mismo, solo que esta vez era diferente, como si ella quisiera darle una lección culinaria. Humeaba recién sacado de la olla, el arroz primavera estaba servido con la forma de una taza y el pollo a un costado era bañado por arvejas, zanahorias y cebollas en plumas, bañado en su propio caldo.

Él la miró como un niño, preguntándose si podía comer.

—Vamos a ver si te arrepientes de tus palabras y admites que esto es mucho mejor que la comida congelada.

Enseguida Alex cortó un trozo de pollo y lo mezcló con arroz. Al primer contacto con su lengua lo sintió suave, se deshacía en su boca soltando todo su sabor. Ese mismo sabor de casa le trajo viejos recuerdos, cuando en su madre aún no brotaba la bipolaridad limítrofe.

Era como lo que ella preparaba.

Hundió su rostro entre sus manos para ocultarlo. Esos años jamás los podría olvidar.

—Alex, ¿qué ocurre? ¿Está malo? —preguntaba preocupada y él no decía nada. Permaneció así un momento hasta que, sorbiendo su nariz, la miró con los ojos enrojecidos.

—No... no es nada, solo me quemé —mintió.

El gesto de preocupación de Sayen se atenuó hasta formarse algo muy parecido a una sonrisa. La cena transcurrió normal, Alex no dijo palabra alguna y ella lo aceptó sin más.

Cansada, subió entre bostezos a la vieja habitación de Alex con toda la intención de dormirse apenas su cabeza tocara la almohada. Ya en la mañana tendrían otro día ajetreado entre la iglesia y luego el funeral.

Al final del pasillo, la tercera y última puerta se encontraba abierta. Estaba segura que desde que habían llegado, esta había permanecido cerrada. Confundida y con varias ideas revoloteando en su cabeza, se acercó sin emitir ruido alguno a la oscura habitación, aprovechando la tenue luz

del pasillo que le permitió percibir la silueta de Alex frente a una cama matrimonial, con la mirada perdida observando la nada, reacio a tocar las mantas que alguna vez lo acobijaron. Alex había perdido su niñez mucho antes de tiempo y eso dolía.

—Deberías meterte mientras todavía está su olor —susurró dando algunos pasos hacia él. Sabía bien que Alex quería hacerlo—. Ven...

Cuando reaccionó, ella ya había tomado su mano, guiándolo hacia un costado de la cama. Corrió las mantas y le hizo un gesto para que se metiera, pero las dudas no se lo permitieron hasta que ella otra vez actuó por él. Lo sentó sobre las sábanas y llevó la mano que había tomado hasta la tela, haciéndole sentir que, aunque estuvieran frías, para él debía ser lo más cálido del mundo, porque allí estaban algunos de los pocos recuerdos buenos con su madre y padre, antes de que todo se fuera al abismo. Recordar la cena y pensar en aquellas comidas familiares cuando era pequeño, las tardes en que su madre se sentaba a ver la teleserie y lo invitaba a comer galletas a su lado. Cuando su padre llegaba con algún presente tras un buen día, o lo frustrado y bien atendido que era cuando había fallado en algún caso.

Hasta que todo se fue al carajo. Su madre enfermó y su padre no supo qué hacer. Ambos lo habían abandonado, sin embargo, ahora que lo pensaba bien, no fue que quisieran hacerlo, solo ocurrió. Él terminó en medio de todo con una puñalada en el corazón. ¿Habría sido difícil para su padre volver a dormir en la cama que alguna vez compartió con su mujer? Con la mujer que amó y no supo ayudar, que dejó morir. ¿Cómo habría sido todos esos años solo en esa casa? Despertar solo, comer en silencio, ver cómo todo se volvía más gris para él y que solo su adicción a la nicotina suplía sus carencias. Hasta que comenzó a morir paulatinamente... Por soledad, por arrepentimientos, por ese vacío que quedó también en su pecho.

Entonces las lágrimas brotaron al fin, como desde el momento en que supo que su padre murió no había podido. En ese momento, cada sentimiento que se había reprimido, escapó. Las pequeñas convulsiones de su silencioso sollozo lo delataron y cuando ella puso una mano en su hombro, Alex no pudo contener más ese lamento atrapado en su garganta y estalló en llanto.

Aunque ella intentara consolarlo, nada pareció suficiente para contener ese dolor, nada lo era ni lo sería. Jamás en su vida vio a un hombre llorar, pensando muchas veces que no eran más que inventos, una fantasía, lo cual no era así. Alex lloraba como si el mundo se fuera acabar, mojaba su ropa con las lágrimas que había aguantado por tanto tiempo y ella, asustada por no saber qué hacer, no sabía si pedirle seguir o parar.

Las grandes manos de Alex la estrecharon con más fuerza hasta hacerla perder la estabilidad y quedar sentada en sus piernas. Él necesitaba sentir el apoyo o el calor de su cuerpo dándole más consuelo. Y ella se lo permitió.

—Sácalo, llora todo lo que necesites...—susurró al fin, y como si sus palabras fueran una orden, así lo hizo.

Al cabo de un rato, donde ella también terminó derramando algunas lágrimas, se alejó un poco de él para mirarlo, al menos lo poco que podía con la única luz que se filtraba desde el pasillo.

—Tenías razón... tenías razón, Sayen.

Ni todas las lágrimas del mundo podrían consolarlo, sobre todo cuando había sido tan terco y egoísta, pensando únicamente en cómo él se había sentido. Y ahora que lo comprendía todo, podía incluso odiarse a sí mismo, pero nada de eso servía tampoco si el tiempo no volvería atrás por



más que lo deseara.

—Fui... fui tan imbécil...

Sayen agarró el rostro de ese hombre que luchaba por limpiar sus lágrimas, las cuales volvían a empaparle. Siseó por el silencio, el consuelo, para que fuera valiente.

—No te preocupes, Alex... Él sabía que tú lo querías...—lo acarició dulcemente. Su rostro, sus ojeras, la comisura de sus labios, su alma—. Venir fue la prueba... de que en el fondo tú sí lo amabas.

Su lamento cesó como si sus palabras hubiesen sido justo lo que necesitaba escuchar. Todavía con el rostro mojado, aunque sin más lágrimas para derramar, se escondió otra vez entre los brazos de la castaña.

De pronto sintió que recuperaba la conciencia tras un profundo sueño. Estaba tan cómodo y tibio que no deseaba salir a la lluvia, pero ese día era la última despedida y debía hacerlo. El olor a miel y rosas captó sus sentidos, la tibia almohada que sostenía su cara se movía de arriba abajo, lo cual lo extrañó. Al abrir sus ojos, se encontró con la cara de Minnie Mouse.

Pero... ¿qué?

¿En qué momento terminó durmiendo en la cama de sus padres con Sayen? Luego notó como él mismo con sus manos rodeaba su figura, sus piernas entrelazadas y cómo ella reposaba sus manos en su espalda, como si lo atrajera más a ella. ¿Por qué...? Ah, sí, recordó la noche cuando ella, sentada en sus piernas y siendo prisionera de sus brazos, la arrastró con él a meterse en la cama. Él había insistido sin importarle su negación, pidiendo solo un poco más de tiempo para ser consolado, hasta que ese tiempo se volvió una noche entera.

Desde que recordaba su primera experiencia sexual, jamás consiguió dormir con una mujer. Aunque lo intentara, sus ojos siempre permanecían abiertos. Encontraba que compartir la noche con alguien te dejaba expuesto, tan vulnerable...

Ahora solo quería estar más tiempo allí, abrazándola y siendo abrazado, con la cabeza en su pecho, escuchando sus latidos retumbar. Sin embargo, unos golpes en la puerta principal la despertaron. Su cuerpo se movió, separándose un poco de su agarre sin alejarse lo suficiente. Se estiraba como un gato lo hacía en la alfombra, cuando abrió sus ojos, miró el cielo raso un segundo y luego a él.

—Buenos días...—murmuró ella, cubriéndose la boca y dando un largo bostezo—. ¿Están tocando la puerta?

—Ah... sí —dijo apartándose lentamente de ella. No quería desprenderse del calor que su cuerpo le proporcionaba—. Lo siento, te hice dormir conmigo... yo...

—Está bien, Alex... —extendió sus brazos hasta alcanzar sus cabellos negros y revolverlos con ternura—. ¡Cierto! Tus abuelos iban a desayunar hoy con nosotros, voy a abrir.

—No, yo voy... Tú ve a alistarte.

De un tranquilo desayuno que fue embargado de anécdotas del pasado, pasaron a la última misa y luego al cementerio. Un amplio y pulcro parque, que al parecer de Sayen, era muy frío. La elegancia no iba con la muerte cuando deseabas dar tus sentimientos.

Varios dieron su pésame a Alexander e incluso a ella, siendo tratada como su pareja. El cura bendijo la ceremonia y pidió a Alex decir algunas palabras. Tanto él como Sayen sabían que no

tenía nada preparado, pero para sorpresa de la castaña, él se levantó con algo entre sus manos. Una fotografía de su infancia junto a sus padres, la cual depositó entre las flores que adornaban el féretro.

—Él... era un hombre amargado, vicioso y trabajólico... Siempre creí que él se había olvidado de mi madre y de mí. Lo veía tan poco que lo he odiado por años, y solo hace poco he intentado ponerme en su lugar —tomó profundo aire—. Tú también sufriste anciano, a tu manera... Solo... solo te digo que cuando te encuentres con mamá, dale toda tu atención esta vez.

Aunque no era algo común de oír en un funeral, no fueron más que las sinceras palabras de Alex, quien en cuanto volvió a su asiento, tomó a Sayen de la mano, haciéndole notar cómo temblaba por los nervios, y sintiendo un nudo en su garganta siendo ocultado.

Ya era casi de noche cuando volvieron a la casa, empapados por la lluvia y los pies destrozados. Ni siquiera pensaron en comer, cada uno se fue a dar un baño por separado, y en cuanto Sayen se apoyó en la cama, cayó rendida.

Por su parte, Alex recorrió la cocina para preparar algo de chocolate caliente pero no lo hallaba, quizás la castaña lo había guardado, por lo que subió para preguntarle. Tocó un par de veces esperando respuesta, la cual nunca llegó. Confundido, simplemente entró con la mirada hacia la cama, sorprendiéndose al encontrarla vestida tan solo con una camiseta y bragas, tirada sobre la cama como si se le hubiese acabado la energía. Y aunque en su interior un sentimiento de amargura lo invadió, sus ojos no dudaron en recorrerla desde su cintura y descender por sus piernas. Eran atractivas, carnosas y bien cuidadas, sin embargo, tan pronto esa emoción lo recorrió, llegó un nuevo sentimiento de pesar al ver sus pies. Estaban maltratados, con heridas en los tobillos y la planta partida. Ciertamente, ella había ido de un lado a otro sin parar ni descansar.

Cuando Sayen abrió sus ojos sintiéndose un poco más descansada, se encontró envuelta entre mantas como no recordaba haberse dormido. Al sentarse en la cama para colocarse su pantalón y zapatillas de levantar, notó varios parches en aquellas zonas de sus pies que se habían ampollado. Era claro que solo una persona podía haberlo hecho.

Al entrar a la cocina vio a Alex con un delantal, intentando pelar en vano unas papas. Se revisaba los dedos más de lo que lograba avanzar y en el mueble había una fuente con dos muy mal cortadas.

—Esto es algo que nunca creí que vería —Alex se giró a ella sorprendido, sintiéndose descubierto—. ¿Qué intentas hacer?

—Pensaba hacer carbonada...—miró avergonzado el desastre que tenía, y ni idea de cómo preparar la carne—. Intenté pedir comida, pero con esta lluvia no tienen reparto.

—¿Por qué no unos fideos y ya? —se colocó a su lado, notando algunos cortes en sus dedos—. Si lo haces de esa forma siempre te lastimarás.

—Solo vete de aquí y descansa, pensaba despertarte cuando estuviera listo.

—¿Mañana? —se burló, viéndolo arrugar la frente—. Gracias Alex, por las curaciones.

—No uses más esos zapatos, solo te lastimas.

—Estaban nuevos... ¿Puedo ayudar?

Y aunque dijera que no, sabía que ella insistiría y así fue. Avanzaron rápidamente y ella le hizo probar el caldo.

—Está bueno.

—Me he preguntado... ¿Qué hiciste para no morir de hambre cuando estabas en la universidad? Supongo que no vivías aquí.

—Viví en un apartamento. La comida instantánea era casi lo único que comía desde que mi madre enfermó ... —explicó, viéndola de reojo— Algunas veces mi abuela venía a cocinarnos o traía comida, aunque muchas veces solo comí fideos. De hecho, creo que una vez en la universidad comí fideos un mes completo.

—¿Un mes completo? ¿Y no se te ocurrió aprender?

—Era mucho más simple solo hacer eso. Además, tenía mucho que estudiar y a veces apenas tenía tiempo para darme un respiro.

—Seguro estabas muy delgado ¿no?

De solo recordar su vieja condición, Alex torció una sonrisa avergonzada.

—En realidad, estaba fofo por tanta grasa que consumía. También tenía algo de acné.

—¿Es enserio? —lo miró divertida—. ¿Alex fofo y con acné?

—Sé que ahora soy irresistible, pero antes no era así.

Sayen tan solo rodó los ojos, mofándose de su respuesta.

Aún faltaban unos minutos para que la carbonada estuviera lista, por lo que se fueron a la sala a esperar un rato. Alex se echó al sofá donde estaban sus mantas y la observó mirar el mueble donde estaba la televisión. De pronto, entre sus manos apareció un viejo álbum de fotos.

—¿Puedo verlo? —pregunta innecesaria, puesto que ya había comenzado a hojearla—. ¡Era verdad! Incluso casi tenías papada... Aunque tampoco estabas tan mal, te veías muy tierno.

—Sí, claro. Seguro te habrías fijado en mí —ella lo miró divertida, sentándose a su lado para ver juntos las fotos—. ¿Enserio? ¿Tan buen gusto tienes?

—¿Puedes bajarle a tu ego? No eres Johnny Bravo —pasó página— Además, tengo un detector de feos. Sí, seguro que sí.

Este sonrió tenuemente entre su dolor, al menos ella intentaba levantarle el ánimo.

Fotos de bebé, fotos desnudo, fotos a lo largo de su crecimiento hasta los veinte. Luego de eso llegaron al final. Suponía por qué no había más fotografías, porque luego de eso la madre de Alex había muerto

—¿Qué edad tenías cuando murió tu madre?

—Veintitrés —respondió, tomando con curiosidad unas fotografías sueltas. En una de ellas aparecía él, vestido con toga y birrete en el día de su titulación. Era extraño que la fotografía estuviese casi sacada de frente, cuando él había estado solo aquel día.

Ambos sabían quién sacó esa foto.

—Quizás... él sí estuvo allí —susurró nerviosa.

Y de solo pensarlo, Alex tuvo que contener sus emociones. Ella dejó el álbum de lado y se tornó hacia él.

—¿Debes hacer algún trámite mañana? —preguntó curiosa.

—No, la verdad es que el abogado de mi padre irá mañana por la tarde a mi consulta para

hablar sobre el testamento que dejó. Sé que él tenía dinero, el auto y la casa... No me interesa nada, a decir verdad.

—¿Ni siquiera la casa? —él bajó la mirada—. Alex, esta es tu casa. Sé que tienes recuerdos malos aquí, pero también puedes crear nuevos, una nueva vida en este lugar.

—Yo... —¿una nueva vida? ¿Con quién? A esas alturas, todas sus emociones las controlaba ella sola, por el contrario, debía recordarse que era su paciente—. Lo voy a pensar.

Después de cenar y dejar en orden la cocina, subió a la habitación que usaba, encontrándose a Alex esperándola sentado en el borde de la cama, mirando sus viejos cuadernos de escuela.

—¿Añorando la clase de religión o la de gimnasia? —preguntó divertida.

—Cualquiera diría que era la época más fácil... —era claro que no había sido su caso—. ¿Tú eras buena en los estudios? Algo me dice que tus padres debían obligarte a estudiar.

—Quizás... era un poco dejada, me gustaba más dedicarme las tardes después de la escuela a escribir en foros y esas cosas.

—¿Ya te vas a dormir? —preguntó al ver sus ojos tan cansados.

—Voy a caer rendida apenas me recueste otra vez.

—Te has esforzado mucho... Gracias.

—Pues... hasta que nos vayamos, soy tu novia de mentira —sonrió con tenuidad—. ¿Qué miras tanto? —preguntó al darse cuenta que no le quitaba los ojos de encima.

La sonrisa de Alex apareció como una sombra en su mirada.

—A ti.

Le gustaba la idea de tener su atención. Alex, aunque a veces le acelerara su ritmo cardiaco, le traía mucha calma cuando sabían llevarse.

—Estaba pensando... solo si no te molesta, y si puedes... ¿Puedes...?

No obstante, se quedó callado. Anoche sin dudas había sido la excepción, un momento que de tanto llorar se habían quedado dormidos, no una situación de la cual podía sacar provecho.

Se levantó, acercándose a pasos largos a la puerta. Escapando.

—Buenas noches.

Sayen se quedó pensando en qué habría querido pedirle, del cual una corazonada la llevó hasta la habitación matrimonial. Alex estaba metido en la cama, con la luz del buro encendida y mirando el cielo raso como si viera algo interesante.

Al notar su presencia, sus ojos se dirigieron a ella. Le sorprendía verla allí, como si le hubiese leído la mente. ¿Eso ocurría si pensaba mucho en una persona?

—Solo... solo quería darte las buenas noches.

—Oh —musitó decepcionado—. Ya veo.

Ella, con una pequeña sonrisa adornándole el rostro, cerró la conversación eludiendo su mirada y dando la vuelta para regresar a su habitación. Para Alex, era ahora o nunca, y él lo quería.

—No puedo... no puedo volver a dormir aquí una próxima vez, pero... tampoco puedo dormir solo —no cuando solo quería comprobar lo que sintió con ella en esa cama—. ¿Podrías dormir conmigo? Te juro que no haré nada.

Sayen sintió en su fina garganta un trago dulce. Se preguntó si se trataba de alguna broma, cosa que Alex no parecía hacer, al menos no en ese momento. Se acercó a él de a poco, casi cautelosa, hasta meterse por el costado de la orilla, y antes de darle un empujón para que le diera más espacio, Alex la tomó de la cintura y giró con ella hasta acostarla del otro lado.

—Este era el lado que mi madre ocupaba.

Sus manos la soltaron, y como dos tontos procuraron no tocarse hasta que quedaron a oscuras. Los nervios y la ansiedad jugaban en contra, y conteniéndose todo lo posible como adolescentes, susurraron...

—Buenas noches...

# Capítulo

## 24

—¿Hay algo que me quieras contar?

Era la décima vez que escuchaba a Natalie preguntar lo mismo. Desde el momento en que volvió a su apartamento, la rubia había plantado un gran espectáculo entre gritos, alegándole que casi la mató del susto al no encontrarla por ningún lado, y peor aún, por no contestar sus llamados.

Y aunque en algún momento le había mandado un mensaje de texto contándole que se encontraba con Alexander, Natalie había pasado de ello y por una semana entera seguía molestando con lo mismo.

—Ya te dije que solo son unas compras, necesitaba cambiar las sábanas y esas cosas.

—Las sábanas que ocupaste con Daemon.

La castaña la miró confundida.

—Pensé que te alegrarías, ¿por qué pareciera que no?

—Claro que me alegra, es solo que... no sé, siento que hay algo que no me quieres contar —le entregó un juego de sábanas color celeste—. Solo algodón egipcio.

—¿Qué tal si llevo sábanas de seda?

—Duermes sola en una cama matrimonial, dudo que te ahogues tanto —la siguió al mueble de las toallas—. Solo dime la verdad... ¿Pasó algo con Alexander?

—¡Claro que no! —miró a otro lado, buscando ocultar su sonrojo y soltó una risa fingida— Ya te dije que solo le hice un favor, y ahora solo quise hacer unas compras con mi mejor amiga. Cuando creí que te pondrías contenta me sales con cada tontería... ¿Es tan malo querer avanzar?

—Está bien, lo siento. Tienes razón —suspiró, recibiendo dos juegos de toallas para cargarlos—. ¿Quieres ver ropa también?

Luego de haber obtenido hasta un nuevo juego de loza, mucha ropa y una malteada para cada una, guardaron las numerosas bolsas en el auto de la rubia y se dirigieron al salón de belleza. Si bien antes se lo había cortado un poco, ahora quería darle la forma adecuada y dejar de parecer la vendedora de biblias.

—¿Qué tal unos reflejos? O un balayage, está de moda —dijo Natalie, mostrándole un catálogo—. Algo dorado para que destaque con el sol.

—Podría ser. ¿Qué tal las uñas también? Hace mucho que no hacemos estas cosas.

Era cierto. Había pasado un año de la última vez que salieron a divertirse de esa manera, sin tener que obligarla a comprarse algo.

Cabello, depilación, pies y manos, incluso una limpieza facial. La única vez que una mujer se hacía tantas cosas con ese afán era porque tenía una razón de fondo, o estaba cerrando un ciclo. El ciclo de Daemon.

—¿Qué es de Alexander? ¿Ha estado mejor? —preguntó la rubia, apenas modulando por la dura mascarilla que cubría su rostro.

—La verdad es que no lo he visto desde entonces, de repente hablamos —giró su cara a ella,

divertida por lo que veía.

—¿Cuándo tienes sesión?

—En tres días, el jueves. ¿Por qué?

Natalie cerró sus ojos. Todo le parecía demasiado extraño. Si bien Sayen estaba mucho mejor que hacía unos meses, le preocupaba que su mejora tuviera nombre y apellido. Nadie se desaparecía haciendo favores porque sí.

—Por nada.

Como nunca, esa mañana eligió con esmero su vestuario. Incluso se había llevado el perfume al trabajo, para que cuando estuviera por atenderla, su aroma la cautivara. Se preguntó toda la mañana a dónde llevarla a cenar. Si bien lo había conversado con ella, quería verse lo más espontáneo posible.

Todavía faltaban unos cuantos pacientes y tres horas para que la castaña llegara, cuando su secretaria se asomó una vez el paciente que había recién atendido se retiraba.

—Doctor, una señora lo busca. Natalie Nast.

Confundido por aquella visita, hizo a un lado su material de evaluación y le pidió que la hiciera pasar. En cuanto la rubia se asomó, él se acercó con cordialidad extendiendo su mano para saludarla, gesto que fue pasado por alto.

—¿Ha ocurrido algo? ¿le ocurrió algo a Sayen? —no podía pensar otra cosa debido a la expresión de esta. Parecía a punto de estallar una bomba.

—Ella está muy bien, al menos por ahora —siseó entre dientes. Su mirada afilada y suspicaz alertó a Alex—. Voy a ser muy directa y clara con usted. Como sabe, aunque le tengamos aprecio por todo lo que ha hecho por mi amiga y su indudable progreso, me niego a que usted se involucre en su vida más de lo correspondido.

Pestañando un par de veces, le indicó que se sentara.

—No entiendo a qué se refiere —mintió—. Mi cercanía con Sayen ha sido estrictamente profesional.

—¿Lo es? ¿Es estrictamente profesional llevarla al funeral de su padre? ¿es estrictamente profesional haber ido a la playa para pasar la noche con ella? ¿es estrictamente profesional que ella deba fingir ser su novia? ¿Qué consiguió con todo eso, doctor?

—Yo... en ningún momento he buscado hacerle daño, si eso piensa —debía ser cauteloso con sus palabras—. Yo solo le pedí un favor sin doble intención.

Otra mentira, en el fondo solo fue un invento. Más allá de querer demostrar algo a su padre, y de mantenerla lejos del cabeza de músculo, había querido tenerla con él. De verdad, ¿qué le pasaba?

—No sé usted, pero creo que está faltando de una forma muy grave a su ética profesional. Sayen es su paciente, una mujer que ha estado bajo depresión por una ruptura amorosa que apenas y a tientas comienza a superar. Lo último que necesitamos es que ella se enamore de usted y le termine rompiendo el corazón, ¿me entendió?

Y él lo sabía muy bien. Cada día que sentía su entusiasmo elevarse más de la cuenta, se repetía aquello. ¿Qué debía hacer?

—Creo que está confundiendo las cosas —no le iba a admitir nada—. Nuestra relación es solo de paciente y psiquiatra, se lo puedo asegurar.

—Eso he querido pensar —intentó sonar lo más tranquila posible—. Si las cosas continúan así, señor Wömpner, me temo que no quedará más opción que terminar con sus servicios y derivar a Sayen con otro especialista, uno profesional. Si no encuentro uno decente en esta ciudad, me da igual llevarla a otra parte. Sé muy bien que usted no es el único.

¿Llevarla con otro psiquiatra? ¿Apartarla de él? Debería no importarle, dejarla hacer lo que quisiera, pero no era lo que él quería. De solo pensar que ya no habría excusa para estar cerca de ella le causaba malestar.

—Limitaré mi trato con Sayen, no se preocupe. Cambiarla a estas alturas solo podría arruinar su avance, sabe que no querrá abrirse de nuevo con otro extraño. Sería perjudicial para ella.

Bastante había costado que Sayen cambiara de actitud, incluso que volviera a sonreír. Todos lo sabían.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo. No ignore esta conversación, y si lo hace, no solo cambiaré a Sayen de especialista, sino que hablaré al colegio de médicos para que pierda su licencia, ¿me escuchó?

—Le repito...

—No me repita nada —lo cortó de cuajo—. Quiero escucharlo ahora, aquí, dígame que usted no siente nada especial por Sayen. ¿Cómo podía decirlo? Por una parte, estaba esa chica que lo volvía loco y jugaba con su paciencia, y que a la vez lo hacía sentir tan bien, tan natural. Por otra parte, estaba en juego toda su carrera y años de estudios. La actitud de la rubia ya había demostrado antes que era una mujer de armas tomar.

Su mente era una, pero su boca otra.

—Yo no siento nada por Sayen.

En el momento que escuchó su nombre saltó como un resorte. Se había ondeado las puntas de su cabello, puesto un vestido hasta las rodillas de color amarillo y unas sandalias primaverales. Aun cuando faltaban un par de semanas para la primavera, ya el calor se había adelantado. Cerró los ojos y tomó aire antes de entrar. Alex no se había levantado a recibirla como hacía de costumbre, por lo que entró asomando primero la cabeza. Allí estaba, con la vista clavada en sus papeles, tan absorto que cuando cerró la puerta, este no prestó atención. Tuvo que carraspear muy fuerte.

—Qué diligente es en su trabajo, doctor.

Al oír aquella voz, tuvo que apretar los puños para contener sus ansias de abrazarla. La amenaza de la señora Nast prevalecía fresca en su mente.

—¿Alex?

Apenas levantó su rostro con una expresión tan sombría como fría, cuando por dentro estaba tan asombrado de verla así, con ese vestido que destacaba su piel, su cabello arreglado y las pestañas que casi tocaban sus cejas y las batía al sonreírle. ¿Por qué lo hacía todo más complicado? Con toda la fuerza de voluntad que no tuvo antes para no llegar a esa situación, le indicó que tomara asiento en el diván.

—Lo siento, señorita Sáez, no prestaba atención.

Escucharlo la hizo reír.



—¿Señorita Sáez? ¿es broma? ¿A qué jugamos hoy, Alex?

Evitando responder sus preguntas, prosiguió con la típica pauta que imponía para sus demás pacientes.

—¿Cómo ha estado esta semana? ¿Siente que disminuir la dosis ha afectado a sus horas de sueño?

¿Sería un juego? Quiso ella preguntar, aunque no había ápices de una sonrisa escondida tras ese gesto duro. De todas formas, prefirió pensar que sí lo era.

—Hoy me costó un poco despertar, aunque creo que fue porque me dormí tarde por trabajo — explicó—. Estoy terminando mi nueva novela.

Su amplia sonrisa no fue compartida por él, quien únicamente se dedicó a apuntar cada cosa en su libreta en completo silencio.

—Debería formar un horario eficiente para que su sueño no sea interrumpido, así las pastillas cumplirán su debida función. ¿Cómo va su alimentación? ¿Evita los alimentos estimulantes como el café?

—Yo... sí —ya todo parecía demasiado confuso—. Alex, ¿ocurre algo? ¿has estado bien?

—Le pido que nos centremos en usted, la paciente. ¿Sigue con regularidad una pauta de ejercicio? ¿En qué horarios?

Eso sonaba más a las palabras de un idiota que de una broma. Tal vez se había dado cuenta de su interés por él y se asustó. Metió las manos en los bolsillos de su vestido, sintiendo allí la sorpresa que le había preparado. Lo arrugó hasta volverlo una pelota.

—¿Te hice algo? ¿Hice que algo afectara nuestro trato? —preguntó angustiada—. Esto ya no es divertido, tú no eres así conmigo. ¿Por qué ahora después de tanto tiempo?

Luego de un prolongado silencio, Alex hizo a un lado la libreta y centró al fin su atención a sus ojos.

—Me he dado cuenta de mi comportamiento tan poco profesional con usted. Desde un inicio debo admitir que si la tomé como paciente fue por un ligero sentido de venganza por lo ocurrido aquella vez, y aunque las cosas se hayan desviado tanto, creo que debemos retomar la dirección de nuestro debido trato. Usted es la paciente y yo el psiquiatra, y eso no cambiará. Temo que las cosas se puedan malinterpretar.

Ver cómo la expresión de felicidad de Sayen se iba ensombreciendo con cada palabra suya, le causó repulsión de sí mismo. Pero antes de llegar a la tristeza, ella amargó el gesto y levantó su cabeza con orgullo.

—Tiene razón, doctor. No se preocupe, que yo jamás me podría fijar en un hombre como usted, no es mi tipo.

La punta del lápiz le tambaleó al oírla. La boca le tembló ansiosa por corregirla y demostrarle lo contrario, sin embargo, otra vez las palabras de la rubia resonaron como un martilleo que estaba allí para torturarlo.

—Entonces, ¿hace ejercicio con regularidad?

La sesión más corta que tuvo desde que asistía ahí se terminó. Las preguntas cordiales y una despedida fría la hicieron salir de la consulta sin mirar atrás. Había sido tan tonta al pensar que

Alex podría sentir alguna atracción por ella, y aunque sentía una pequeña molestia en el pecho, continuó las cosas como debían, preocupándose de su trabajo... ¿A quién quería engañar? Sentía cierto despecho que no podía contener. Miró en la agenda del celular, encontrándose el nombre de Francis. Ya antes le había cancelado la cita por ir con Alex a lo de su padre, pero esa noche no se quedaría en casa como una tonta.

—¿Preciosa? —la saludó él con melosidad.

Ella fingió un tono animoso.

—¿Qué tal si salimos esta noche?

Sayen se había marchado y la próxima sesión estaba programada para dos semanas más. Cada vez las sesiones se irían apartando hasta llegar al final.

Alex la observó cruzar la calle desde su ventana, y desaparecer tras tomar un taxi. Soltó un profundo suspiro. Había hecho lo correcto, cortar con esos lazos tontos que había formado como un inconsciente. Miró cada rincón de su despacho, sintiéndose inconforme por primera vez. Ella tenía razón, era fría, elegante, distante. Como él.

Antes de irse, se percató de una pequeña bola de papel junto al diván. Lo recogió pensando que sería basura hasta que al abrirlo se fijó que eran dos entradas para una película a nombre de Sayen.

«¿Por qué me haces esto?» pensó angustiado.

Repeliendo sus deseos, volvió a arrugarlo y lo tiró a la basura. Terminó los penúltimos capítulos de su novela antes de las diez. Aún no determinaba el final, y aunque su muso se hubiese vuelto un extraño, todavía podía continuarlo. Esa historia era suya, solo suya y de nadie más.

Como tenía programado que Francis la recogería sobre las once, se fue a alistar y cambiar por lo más sexy que encontrara en su armario. Se alisó el cabello y maquilló un difuminado cobre en sus ojos. Sus labios eran rojos al igual que sus zapatos. Las calzas negras de cuero se justaban a su cuerpo trabajado, llamando más la atención, y su top blanco ajustado de hombros caídos y escote cruzado de corazón destacaba sus senos, contorneándolos. Además, como ahora tenía un bonito abdomen, podía enseñar su ombligo sin pudor.

Cuando bajó, Francis ya la esperaba apoyado en su motocicleta deportiva y con otro casco bajo el brazo. Este no dudó en lanzar un silbido y mirarla con fascinación, como un trozo de carne que se iba a comer, cosa que, aunque ella detestara, prefirió ignorarlo.

—Te ves increíble —se limitó a decir, aunque su mirada ya lo decía todo. Intercambiaron un beso de mejilla.

—¿A dónde vas a llevarme?

# Capítulo

## 25

No tenía idea de cómo había sido su tono de voz cuando llamó a John para haber terminado en Black Cave bebiendo con sus amigos. Según Christopher, lo que necesitaba era encontrarse alguna chica pasajera que le quitara sus ideas estúpidas antes de arriesgar la licencia por una mujer. Debía ser honesto consigo mismo, no podía ni deseaba estar con otra, porque más allá de lo carnal, volvería a sentir ese vacío con el que siempre quedaba cuando acababa la noche. Lo que otras le daban estaba lejos de ser igual o mejor de lo que le daba la castaña. Él necesitaba algo real, tan real como la risa honesta de Sayen.

—¿Más whisky? —preguntó Michael al verlo tan cabizbajo.

—Creo que solo cerveza —levantó su vaso que aún permanecía lleno. Apenas llevaba dos de esos y medio de whisky—. Me sorprende que tu mujer te haya dejado salir —dijo, mirando a John.

—En cuanto le dije que tenías mal de amores me pidió que te llevara al hospital —sonrió burlesco—. Vamos amigo, ámate. Trata de distraer la vista, hay muchas chicas guapas esta noche y ni siquiera es viernes.

—No quiero una chica... solo quiero beber —dio vueltas a su vaso antes de dar otro largo sorbo que casi acabó con él. Había chicas en minifaldas y todo aquello, pero no prestaba atención a ninguna—. Creo que me volví loco... ¿En qué momento comencé a sentir esto?

—Eso solo ocurre, amigo —comentó John, alejando la cerveza de él—. Solo que en tu caso pudo haber sido un fetiche. Ella es muy guapa.

—¿Cómo va a ser un fetiche si se paseó con ella fingiendo que era su novia frente a su familia? —alegó Michael, como si Alex hubiese cometido un delito—. Lo único que debes hacer es verla solo como tu paciente, ya no debes salir con ella ni menos llamarla.

Limitate a lo que haces con todos los demás, sino esa amiga suya te va a destruir.

No sabía cuán ciertas fueron las palabras de la rubia, sin embargo, era una advertencia que no podía tomarse a la ligera.

—No te enamoraste de ella, ¿verdad? —Christopher lo miraba fijamente—. Dime que no lo hiciste.

Titubeando de sus ideas, respondió con un bufido.

—¿Estás loco? —hizo una mueca—. No sé qué me pasó, soy un idiota ¿vale? Vamos, dame una cerveza.

John se dedicó a observar cómo su euforia por el alcohol fue cambiando cuando sus ojos se prendaron en algo. Su cara se puso tan pálida como una hoja de papel y su cuerpo tenso se puso en alerta. Todos desviaron la mirada hacia el lugar que Alex observaba, sorprendiéndose por lo que veían. Una escandalosa chica en pantalón de cuero hacía su entrada en unos altos tacones rojos y un trasero digno de un par de palmazos.

Boquiabiertos y con el cuello de la botella apuntando mal a sus vasos, observaron cómo aquella castaña mecía su cabello y se giraba hacia ellos sin verlos, solo mirando al hombre que la seguía.

Tenía un escote que invitaba a explorar y una cintura pequeña que acentuaba su cadera, la cual mecía con cada movimiento como un péndulo.

Estaban seguros que detrás de ese rostro de ángel con labios rojos, se escondía una diabla.

—Alex, ¿estás bien? —escucharon a John. Cuando voltearon y vieron aquella expresión de ira creciente en el rostro de su amigo, tuvieron que cerrar sus bocas.

—Es ella, ¿verdad? —preguntó Michael, a lo que John asintió.

—¿Cómo no vas a estar enganchado si está como para invitarla a muchas cosas? —decía Christopher con asombro—. Amigo, olvida la licencia y títatela.

—¿Qué...? ¿Por qué...? —al ver a la pareja llegar a la barra y luego ver a ese hombre voltear, la presión de su mano aumentó hasta trizar el vaso. John se lo quitó antes de que se lastimara—. ¿Qué hace con ese idiota?

—¿Lo conoces? —preguntaron a coro.

Era casi humillante decirlo cuando no eran nada y los celos se lo estaban comiendo.

—Su entrenador personal.

Todos ahogaron su sorpresa en un largo sorbo a la vez. Si Alex nunca había tenido competencia, ahora sí, y uno que seguro tenía músculos especiales desarrollados allí abajo.

Vieron cómo la chica que traía loco a su amigo, le agarraba el brazo a su acompañante y se acercaba a él para hablarle al oído.

—Ya entendemos. Vaya lío ¿no? Sí está bien guapa —comentó Michael, como si eso arreglara algo—. ¿Qué quieres hacer?

Lo último que haría sería mover el culo de allí.

—Quítame la cerveza, me necesito lúcido.

Aunque Francis la había mirado raro al pedir un Margarita sin alcohol, no perdió tiempo en agarrarla de la cintura y acercarse un poco más a ella.

—Nunca había venido acá, ¿tú sí?

—Algunas veces —se limitó a decir él—. Cuando me llamaste me sorprendí mucho. ¿Pasó algo?

Sayen sonrió tenuemente. No iba a explicarle que, técnicamente, la habían rechazado minutos antes de llamarlo.

—Bueno, sentí ganas de divertirme y pensé en ti, ¿por qué? ¿Tenías mejores planes que estar aquí conmigo? —preguntó coqueta, solo quería distraer la cabeza como fuera.

—¿Mejores? ¡Claro que no! ¿Qué mejor que salir contigo, preciosa?

A lo lejos, Alex contemplaba cómo se reían de cosas que no podía oír y eso le quemaba la cabeza. ¿Qué era tan divertido que la tenía muerta de la risa?

—¿Nunca percibiste algo con ella? No sé, que estuviera atraída por ti o algo por el estilo.

—Ya no sé, quizás, pero hoy me dijo que jamás se fijaría en un hombre como yo, que no era su tipo.

—Ouch. Dolió, ¿no?

Miró a John con ganas de matarlo.

—¿Y tú por qué no tienes novia? —preguntó Sayen, batiendo sus pestañas con coquetería.

—Porque tú no tienes novio —al oírlo, ella se quedó muda—. Me encanta entrenarte.

De pronto, la bachata se hizo más fuerte. “Propuesta indecente” de Romeo Santos erizaba la piel a cualquiera, incluso a ella.

—Bailemos.

Y antes de poder negarse, Francis ya había tomado sus manos y alejado de la barra. Ahora Alex podía ver mejor cómo ese tipo ponía una mano casi en su trasero y una pierna entre las de ella. Sabía que así se bailaba, pero verlo era lo más horrible para sus ojos. Más aún cuando ella lo hacía tan bien.

Cualquiera ardería con esos pasos. Su cadera moviéndose, girando y volviendo a él, sus alientos tan cerca. Solo que quien sentía eso no era él, sino ese hombre.

Sayen giró y Francis volvió a apegarla a él, la inclinó en un paseo y la hizo volver apegando sus frentes. El aliento se le cortó cuando sus labios estuvieron tan cerca y él seguía con ese ritmo que apenas podía controlar. Al acabar la canción, se separaron un poco. Sentía tanto calor que estaba a punto de sudar.

—¿Tienes sed? —la llevó de la cintura otra vez a la barra, esta vez ella prefirió solo agua.

John palmeó la espalda de Alex.

—Te declaro perdedor, ¿has oído esa canción? Del mismo cantante.

—Cállate, yo no he perdido nada —le quitó la botella de las manos y dio un largo sorbo—. Solo fue un baile, nada más.

—¿Solo un baile? Pues hasta yo me sentí caliente. Si mi chica bailara así, no la dejaría ni salir de la casa —Christopher golpeó por debajo de la mesa a Michael por su comentario—. ¿Qué? Soy honesto. Alex, si a ti de verdad no te gusta, entonces deja de masoquiarte. Pero si te gusta, ve por ella. Es así de sencillo, ¿no ves que así funciona?

Su silencio no fue una respuesta que gustara a los demás, sin embargo, era lo que había. No podía levantarse y dejarlo todo por una chica que quizás no había sacado del todo a su ex de su vida.

Mentira. ¿A quién quería engañar? Sabía que ya no pensaba en ese sujeto, que se sentía cómoda a su lado a pesar de los malos ratos y que confiaba en él. ¿Cómo no iba a sentir un mínimo de atracción a su persona?

—A veces cuando vas al gimnasio, está ese tipo...

—¿Qué tipo? —preguntó curiosa—. ¿Alex?

—Sí, creo que se llama así. El que se dislocó el hombro.

—Ah, sí, ¿qué pasa con él? —lo miró, pareciendo desinteresada.

—Pensé que era tu novio. Siempre que estoy contigo, nos mira con ganas de querer cortarme la cabeza —sonrió divertido—. A donde vayas te sigue con la mirada.

—¿Enserio? —intentó no mostrar una sonrisa dando otro sorbo a su bebida. No quería pensar en tonterías respecto al azabache—. No, Alex y yo no somos más que conocidos. De hecho, creo que es homosexual.

Al ver el rostro de sorpresa de Francis, sonrió complacida. Ella también prefería pensar que era cierto.

—Bueno, por un momento pensé que sería competencia —se acercó más a ella. “Los infieles” comenzó a sonar y con sus manos la tomó de la cintura, acercándola a él—. ¿Tienes planes para después?

No había pensado en lo que vendría después. Cerró los ojos y respiró su aroma a menta y sudor mientras sus pasos eran más lentos y pegados, podía sentir el roce de su miembro en su cadera.

Daemon siguió con su vida, Alex la había rechazado, y ella... Ella necesitaba continuar con la suya.

—¿Tu apartamento está cerca? —preguntó al oído de Francis.

Cristopher volvió a la mesa con varias botellas más de cerveza.

—Creo que perdiste la guerra por lento, los escuché hablar y van a ir al apartamento del tipo musculoso.

Los ojos de Alex se clavaron en ella casi escupiendo la cerveza. ¿De verdad pensaba acostarse con ese cabeza de músculo? Vio cómo chocaban sus narices, demasiado cerca, demasiado excitada para pensar racionalmente. No podía permitir que se fuera con él.

—Vengo enseguida, preciosa.

Ella solo sonrió y lo vio partir al baño. Caminó hacia la barra para pedir algo refrescante cuando un fuerte agarre a su brazo la hizo retroceder. Se giró, lista para decirle una sarta de cosas al idiota atrevido que la había tomado así, cuando sus ojos se clavaron sobre los de Alex.

—¿Q-qué haces aquí? —su aliento estaba contenido por el asombro. Parecía molesto—. ¿Qué se cree? —volvió a ese modo cordial que él mismo había impuesto—. ¿Puede soltarme?

—¿Estás loca? —gruñó molesto—. ¿Qué haces con ese tipo?

Ver cómo la retenía de esa forma la cabreó, y mucho, así que sacudió el brazo para que la soltara, cosa que parecía imposible de hacer.

—¿Disculpa? ¿Crees que por ser mi psiquiatra tienes derecho a hablarme así? Límitate a las consultas, solo soy tu paciente.

¿Se lo iba a poner difícil? Pensó Alex.

De pronto, la canción ‘Loco’ de Enrique Iglesias con Romeo Santos los derivó a un mundo únicamente de ellos, donde solo verse a los ojos existía y lo demás había desaparecido.

‘Te pido de rodillas, luna no te vayas

Alúmbrale la noche a ese corazón desilusionado A veces maltratado’

—Yo... —sí que se había equivocado al decir tantas cosas que en realidad no sentía. Él no quería ser solo su psiquiatra...—. No puedes ir con él, no lo hagas... no puedes hacerlo.

—Claro que puedo, Alex. Esta es mi vida y yo veo lo que hago con ella, y si quiero irme con él, lo haré. ¿Y sabes por qué? Porque soy una mujer adulta y soltera.

Desde la mesa, los amigos de Alex podían ver la paliza argumental que le daban al azabache. Jamás habían visto a Alex en una situación ni un poco parecida.

—¿De verdad piensas actuar así? —intentaba acercarse más, pero ella retrocedía.

‘Si me dejas solo... con los sentimientos  
Que pasan como el viento  
Lo revuelven todo...  
Y me vuelve loco’

—¿Y qué te importa a ti? Nuestro trato no debe salir de tu consulta. Tú mismo dijiste que había sido un error, que acercarte a mí fue algo que nunca debió ocurrir, ¿acaso no lo recuerdas? ¡Fue hace unas horas!

—¡Lo sé...! Lo sé y me equivoqué, fui un idiota, yo...

—No, Alex, no quiero escucharte, ¿ya? Retoma nuestro debido trato, así como tú dijiste.

‘Loco

Por besar tus labios...

Sin que quede nada por dentro de mí , diciéndotelo todo...’

—Sayen —la tomó de los hombros, no podía dejarla irse con ese cabeza de músculo, no podía hacerle eso—. Solo dije estupideces...

—No digas nada —le puso la mano sobre su boca—. Yo no me voy a enamorar de ti ni de nadie. No permitiré que me vuelvan a romper el corazón y hoy... —contuvo su respiración. Apenas podía ocultar ese dolor que él había provocado—. Hoy me di cuenta que querer a alguien es solo otorgarle el poder para que te hagan daño.

Era tal como él lo había dicho una vez. Su mano comenzó a alejarse y su mirada cambió, dirigiéndose tras él. Se giró, comprobando que estaba el cabeza de músculo tras de sí.

—Qué sorpresa verte aquí —murmuró Francis—. ¿Pasa algo?

—No pasa nada —se adelantó a decir la castaña—. ¿Nos vamos?

Con las palabras atascadas en la boca, vio cómo ese hombre volvía a poner sus manos en la cadera de ella y le daba una mirada de ganador. Apretó los puños, no lo dejaría así. Se acercó rápido, tomando la mano de Sayen, pero ella le rogó con la mirada que se detuviera.

Y la dejó ir.

—¿Estás seguro de esto? ¿la dejarás ir? —preguntó John.

Al no escuchar su respuesta, se fijó en su expresión. Alex estaba afligido, preocupado... Luego volvió a su dureza y negó.

—Ella tiene razón.

Quizás no pensó las cosas con claridad hasta que llegaron al apartamento de Francis. Este no tenía nada de malo, salvo ser demasiado desordenado con sus herramientas de ejercicios. Había tarros de proteína por todos lados y envoltorios de barras energéticas entremedio del sillón, el cual tuvo gusto de conocer en cuanto Francis comenzó a devorar su boca al cruzar la puerta.

Intentó corresponder sin perder el aliento ni su ritmo salvaje, lo cual no iba muy bien. El gusto de su lengua tenía algo que no la satisfacía, al menos no en un beso. ¿Era porque no sentía nada por ese hombre? De pronto este la levantó, agarrándole el trasero, y la arrinconó contra el respaldo del sofá.

—Mira nada más este trasero... Tanto tiempo provocándome con tus malditas sentadillas, ¿verdad?

—Ay, me duele... —hizo una mueca que más bien pareció un puchero. Francis la miró excitado,

como si su gesto hubiese sido intencional.

Volvió a besarla, restregándose contra ella y desprendiéndose pronto de sus labios para comenzar a morder su cuello. Con suerte le daba un respiro y ya se sentía arrepentida.

¿Por qué se dejó llevar por el despecho?

—Francis... Francis, espera... —interpuso sus manos en su pecho intentando apartarlo, pero solo consiguió que este la apretara más.

La volvió a recostar, posicionándose entre sus piernas y dirigiendo su boca por el sendero de su cuello hasta su escote. Sus toscas manos la despojaron de su top, y al no llevar brasier abajo, se sintió muy vulnerable.

Francis se sacudió un par de veces entre sus piernas hasta que de un momento a otro se detuvo y la miró transpirando.

—Espérame, necesito ir al baño.

Francis saltó de ella, corriendo por el pasillo hasta encerrarse en el baño. Al no verlo más, aprovechó de volverse a colocar el top y agarrar su cartera. Ahora que su cabeza estaba más fría se tomaría un respiro por un tiempo, o eso pensaba.

Giró el pomo de la puerta principal, cuando unos extraños sonidos llamaron su atención. Se preguntó si le habría ocurrido algo, más al escuchar unas cosas estrellarse contra el suelo. Se acercó a la puerta del baño.

—¿Francis? —tocó un par de veces—. ¿Estás bien?

—¡Sí, espera!

Su voz no le pareció normal, se escuchaba ahogada además de acelerada. ¿Y si en realidad era un asesino serial y buscaba sus herramientas? Lo lógico habría sido hacer caso omiso a la curiosidad y escapar, cosa que no pudo. Abrió la puerta de golpe, encontrándose con una escena que jamás creyó ver en su vida: Francis, con los pantalones abajo, echándose una mano mientras su calzoncillo ya tenía rastros de semen. Y en su otra mano, un frasco gigante de viagra.

—¡Sayen! —dejó lo que hacía e intentó subirse el pantalón. Allí ella pudo ver mejor la mancha—. Lo siento, yo...

—¿Acabaste en...?

—Cuando me subí arriba tuyo, lo siento tanto... de verdad —dijo avergonzado—. Hace tiempo tengo problemas, pasé por un periodo de ladillas y yo... soy algo ansioso.

—Espera, ¿qué? —lo miró asombrada—. ¿Me estás...? No, esto es increíble, ¿me hablas enserio? ¿Pensabas acostarte conmigo con tus sucias ladillas?

—Sayen, yo... no es grave, estoy tomando pastillas y usando cremas...—no podía seguir oyendo esas cosas—. Solo soy un poco precoz y...

Definitivamente no, así que salió corriendo de allí, escuchando los gritos preocupados de Francis. Sucia, como una chica que él encontró lo bastante fácil de persuadir para acceder a ello. ¿Por qué fue tan estúpida?

—¿Es que nada me sale bien? —suspiró frustrada.

Con sus penas y frustración, solo le quedó tomar un taxi para volver a su hogar. Con los tacones en manos, pagó al conductor y se bajó. Había perdido tiempo con ese sujeto que mejor podría



haberlo dedicado a escribir.

Cuando llegó al portal de su edificio, encontró un bulto abrazándose por el frío de la madrugada. A lo lejos le había parecido un hombre sin hogar, pero a medida se acercaba, reconoció el perfil de Alex.

—¿Qué haces aquí?

Por fin escuchó esa voz que como loco había deseado tanto. Incluso la había llamado en reiteradas veces esperando que ella le dijera que estaba en su casa, llamadas que nunca contestó y, para su sorpresa al ir por ella, no estaba en su apartamento. Verla allí a esas horas debía significar algo. Ver su labial corrido, los ojos llorosos y el cabello revuelto, le encogió el estómago temeroso.

—Solo quería comprobar que llegaste bien, no contestabas.

—Te bloqueé, Alex —suspiró—. ¿Por qué haces esto?

—¿Él no vino a dejarte? —evadió su pregunta.

—Me vine en taxi. ¿Debo darle otra explicación, doctor?

—¿Lo pasaste bien? —ya no podía contener esa pregunta que rondaba por su cabeza, incluso si ella ahora lo miraba con ganas de matarlo—. ¿De verdad te acostaste con él?

—¿Y eso qué te importa a ti? —quiso apartarlo de su camino, pero apenas subió un peldaño, él la retuvo tomándola del brazo—. Alex, ya déjame, hueles a alcohol.

—Sí, pero no estoy borracho si eso piensas. Solo dímelo...

¿Tantas ganas tenía de saberlo? ¿para qué? ¿qué ganaba él con eso? No era como si las cosas pudieran cambiar en algo, y ella ya no tenía cabeza a esas horas.

—¿Sabes? Lo único que quiero es dormir, todo esto ha sido un error. Tú has sido un error, aceptar relacionarme contigo fue un error, salir con ese idiota lo fue y me arrepentí. ¿Bien?

—¿Te hizo daño? ¿te obligó a hacer algo? —preguntó alertado. No dudaría en ir a romperle la cara de ser así—. Dímelo, ¿hizo algo que no querías?

¿Qué le importaba a él? Pensó ofuscada. Ya no podía contenerlo más.

—¡Es precoz, Alex! ¡Deja de preocuparte ya por lo que no te importa!

El rostro de Alex fue un completo poema al oírla.

—¿Precoz?

—¡Todavía no se había quitado el pantalón y ya estaba listo! ¿Estás contento ahora? ¡Nada ocurrió!

Sin esperar más, el rostro de Alex se iluminó con una sonrisa que ella interpretó como burla, cuando en realidad para Alex solo era neta felicidad. Si nada había pasado, entonces ella estaba reprimida, furiosa y él aún tenía oportunidad de remediarlo. Además que luego de eso, seguro el cabeza de músculo estaba fuera de pistas.

—¿De verdad? —preguntó con su ancha sonrisa.

Cosa que hizo perder el control a la castaña y en cuanto se bajó del peldaño, lo agarró a palmazos en el pecho.

—¡Deja-de-burlarte-ahora! —Alex se apresuró en agarrarle las manos, aprovechando de

apreciar el contacto de su piel y entrelazar sus dedos, cosa que ella pasó por alto debido al enojo —. ¿Puedo ser un desastre peor de lo que ya soy? Ni siquiera puedo acostarme con un hombre porque me toca el premiado.

—No necesitas acostarte con nadie...—ella lo miró ceñuda.

—¿Eres consciente de que soy humana? Me has dicho que continúe con mi vida, ¿no crees que incluye mi propia sexualidad? Estoy viva.

—Claro que lo sé, pero... No sé, yo... yo estoy feliz de que no ocurriera. De verdad no pude dejar de pensarlo.

—¿Y... y a ti qué te importa? — «¿De verdad lo sentía?» Pensó apenada.

—Me importas.

Se comenzó a alejar sin despegarle la vista de encima, hasta llegar a su auto, apreciando aquel sonrojo que cubría sus mejillas. No cruzó más palabras que una sonrisa triunfadora al dejarla muda.

“Me importas”

¿Es qué necesitaba confundirla más todavía? Si ya había sentido que se volvería loca, ahora solo pensaba que tenían que internarla. Subió a su apartamento y lo primero que hizo antes de meterse a la cama fue darse una ducha fría, fregándose bien la esponja para quitar cualquier rastro o aroma de Francis.

Cuando al fin estuvo protegida por sus mantas, se preguntó si Alex habría llegado bien, después de todo había bebido. Lo desbloqueó y varias llamadas perdidas se registraron, incluso algunos mensajes que preguntaban por su ubicación. Luego un último, de hacía solo dos minutos.

“De verdad me importas”

# Capítulo

## 26

Hacía bastante tiempo que su casa no había estado tan desordenada. Por todos lados se hallaban envoltorios de caramelos y alguno que otro juguete por el borde del sofá. Javier había tomado medio litro de gaseosa y ahora se tiraba eructos a su lado, absorto en la película de niños que había llevado.

—Ya no comerás más cochinas, ¿me oíste? Sino te saldrán lombrices del ombligo.

—¡No! Mentida, mi mamá dijo que es mentiiida.

—¿Enserio? ¿Quieres comprobarlo? —le acercó una de las gomitas azucaradas a la boca, a lo que Javier la apartó espantado.

—¿Cuándo lledarán mis papis? —preguntó aññado.

—Javier, se fueron hace un par de horas. Volverán mañana, luego de visitar a tu abuela.

—¿Abuelita está enferma? —la miró curioso con sus grandes ojos azules—. Ella tose mucho.

—No, solo es alergia, ¿no sabes que ya es primavera?

—Sí, en la escuela hicimos un dibujo de eso, pero no lo traje — Sayen le hizo cariño en la cabeza y lo acercó a ella para que siguiera viendo sus caricaturas, lo cual no duró mucho—. Tía, quiedo hacer caca.

¿Cuándo crecería para hacerlo solo? Lo llevó al baño por seguridad, ya que era tan delgado que se imaginaba que caería por su inodoro. Después de ayudarlo a limpiarse, se dirigió a la cocina a revisar que tenía para hacer de cenar, lo cual no fue más que unos paquetes de fideos. ¿Hacía cuánto fue la última visita al supermercado? Había comprado tantas cosas y ya se habían agotado.

—Tía, quiedo postre.

—¿Y qué pasa con las lombrices? —Javier se llevó las manos a la boca—. Quizás las expulsaste todas, ¿no?

—¡Postre!

Adoraba a su sobrino, pero a veces no podía seguirle las ganas. Natalie había llegado muy temprano, pidiéndole que se quedara con él porque Misael la había invitado a pasar la noche fuera de la ciudad, como si fueran dos adolescentes. Bueno, al menos una de las dos sabía lo que era tener sexo.

Fue cuidadosa de tener siempre de la mano a Javier. Lo último que quería era que este saliera corriendo a la calle y lo atropellaran, o que un perro callejero se le tirara encima. Caminaron por el centro comercial mirando las vitrinas hasta que, en un momento de distracción, Javier se soltó de su agarre y salió corriendo.

—¡Algodón! —gritó, batiendo sus brazos como un pájaro.

—¡Javier, espera! —corrió tras él haciendo de lado a las numerosas personas. ¿Por qué tenía que ser tan escurridizo?

Vio a lo lejos el dichoso carro de algodones de azúcar, por lo que seguro estaría allí asaltándolo, y como supuso lo encontró, con un algodón en las manos y conversando con alguien.

—¡Javier! —lo tomó del brazo, apartándolo del hombre y sin molestarse en mirarlo—. ¿Cómo se te ocurre hacerme esto? ¿y si te perdía para siempre? ¿o te llevaba el viejo del saco? ¡No lo vuelvas a hacer!

—Deberías prestar más atención —escuchó. Miró con enojo al hombre que la regañaba, cuando su expresión cambió al encontrarse con Alex.

Desde lo ocurrido aquella noche con lo de Francis y este se había presentado fuera de su edificio exigiendo explicaciones, no habían vuelto a hablar. Por alguna razón, ella no se atrevía a enviar ningún tipo de mensaje, y tal como veía, Alex tampoco.

Él se levantó imponiendo su altura, haciéndola sentir pequeña. Recordaba sus palabras otra vez, mismas de aquel último mensaje de texto, y era lo que menos quería pensar.

—¿Tú se lo pagaste? —él asintió—. ¿Cuánto te debo?

—No seas tonta, no es nada.

Inevitablemente, los ojos de Alex no esperaron por contemplarla por completo, aprovechando ese encuentro para ver su rostro, detallarlo y recordarlo. No hubo día que no pensara en esa noche donde se comportó como un idiota, y ahora menos sabía cómo comportarse.

—Tía, ¿el tío Alex puede venir con nosotros?

—¿Tío Alex? —lo miró asombrada, y luego al azabache, quien sonreía con cierto entusiasmo—. Cariño, el doctor Wömpner no es cercano a nosotros.

El pequeño hizo un puchero y cruzó sus brazos sin querer darle la mano a su tía. Alex analizó sus palabras. Esa forma de dirigirse a él solo la usaba cuando estaba molesta.

—¿Qué hacen? ¿Vienen a comer?

—Ño, vamos a comprar porque tía me hadá un postre.

—¿Van al súper? Qué coincidencia —pero ella no quiso ni mirarlo—. ¿Qué tal si los acompaño? Yo también compraré unas cosas.

Javier saltó animado y corrió para agarrarse de Alex con su algodón a medio comer. Traicionada por su sobrino, no le quedó más que aceptar y caminar en silencio.

—¿Cómo has estado? —preguntó acercándose a ella—. Hace días que no te veía. Tampoco te he visto en el gimnasio.

—He ido poco, quizás me cambie a otro.

—¿A cuál? —preguntó curioso—. ¿Es por...?

—Ni lo digas —no quería recordarlo—. ¿Por qué tan cercano, doctor Wömpner? Solo creas malos entendidos, así como tú dijiste. Eres taaaan poco profesional.

—Y tú tan madura. Ya dije que eso fue un error —ella desvió el rostro—. ¿Qué harás luego de comprar? ¿quieres ir a comer algo?

—Estoy cuidando a Javier hasta mañana, soy su secuaz, él lo dijo.

Alex sonrió por aquella respuesta y miró al pequeño.

—Javier, ¿te gustan las donas?

—¡Donas! ¡Sí, me encantan!

—¡Alex! Eso es tan... bajo, usas a un niño pequeño.

Cada quién agarró un carro de compras, con la única diferencia de que el de la castaña tenía un niño muy revoltoso adentro que intentaba meter todo lo que se le daba la gana, comportamiento que Alex fomentó entregándole una bolsa de naranjas para meterlo en el carro.

—Oye, no le ayudes, este carro es mío.

Él sonrió divertido y lo continuó haciendo por un par de pasillos más. No necesitaron de mucho tiempo, estaban por terminar cuando Alex, en un toque bromista, paseó una barra de chocolate suizo frente a su nariz, distrayéndola y casi atrayéndola hacia él como si fuera un péndulo de hipnosis. Se miraron cómplices.

—No me tientes así si no vas a dármelo, Alexander.

—¿Lo quieres? —dijo, moviendo la barra frente a sus ojos—. Sabes que lo tienes prohibido...

—Vamos, nada malo pasará. Además, fomentarás a mi creatividad para los últimos capítulos de mi novela.

—¿Enserio? ¿Ya lo estás terminando?

—Así es. La editorial me perdonó y ya está revisando el material.

Ese aire de grandeza que ella a veces imponía le causaba cierta gracia, no era molesta ni mucho menos cierta, lo cual le gustaba. Le mostró la barra y la metió a su carro, haciéndola sonreír, y cuando ella pensaba meter otra barra de chocolate al carro de Alex, su carro chocó brusco de frente con el de alguien más. Se giró para disculparse con el afectado como era debido, después de todo ella era la que andaba jugueteando sin prestar atención. Un rubio alto y de ojos verdes la miró tan sorprendido como ella.

—Sayen... qué... qué sorpresa —titubeó. No había vuelto a hablar con ella desde el día que la había llamado pidiéndole que se olvidara de él. Claro que él ignoraba lo que su petición había causado, algo que por parte de Alex jamás sería olvidado—. Cuánto tiempo sin vernos. No esperaba encontrarte... aquí.

¿Cómo podía hablarle con tanta naturalidad después de todo lo que había ocurrido con ella? Sayen apenas apretó sus manos al carro. Ni siquiera sabía cómo responderle sin sentirse nerviosa.

—¿Cómo has estado? Luces... muy bien —continuó Daemon titubeante, viendo de reojo al hombre que la acompañaba y luego al niño que lo miraba curioso desde adentro del carro—. ¿Javier? ¿Eres tú? ¿Pero qué grande estás!

Javier no le respondió, e incluso se alejó para que este no lo tocara.

—Parece que no me recuerda... —comentó apenado, viéndola.

—Ha pasado más de un año desde la última vez que te vio —explicó, evitando pensar en el nudo que se formaba en su garganta.

—Oh, sí, sí, debe ser eso. Y... ¿cómo vas con la escritura? Después de lo último... Qué mala pasada con ese tipo, ¿no? El periodista. Qué bueno que se disculpó por difamarte.

Sí, al menos Lorza, aunque falso, se había disculpado. ¿Y él? Seguía haciéndose el tonto, como si no hubiese dicho nada.

—Está todo bien, ya pronto publicaré algo.

—Qué bien, qué bien... —atenuó el tono. El aire denso dejaba tensas miradas compartidas por cada uno—. Oh, cierto, ya casi es tu cumpleaños. ¿Tienes algo planeado?

—Yo... —¿cómo podía preguntarle eso? Él, quien había destrozado sus sueños y casi su vida por su engaño...—. Lo siento, tenemos prisa y Natalie nos está esperando.

Desancló su carro del de Daemon y salió casi huyendo del pasillo para irse directo a alguna caja. Alex, conteniendo las ganas de decirle algo a ese idiota, la siguió, y antes de que se fuera sin pagar, la atajó del brazo. Estaba temblando.

—Sayen...

La hizo girarse para encontrar sus ojos de un azul brillante. Lucía triste y conteniendo sus emociones.

—Lo hice mal, ¿cierto? Me arranqué como una tonta...

—Claro que no —tomó sus manos con cariño—. Lo hiciste perfecto. ¿Por qué lo dices?

—Porque... porque siento eso aquí... —tocó su garganta—. Y me quedé con ganas de decirle tantas cosas a ese hijo de... —se calló al notar cómo Javier la miraba—. ¿Cómo se atreve a preguntarme por mi cumpleaños? Me habló como si nada después de haberme hecho sufrir tanto, después de pedirme que jamás lo buscara.

—Quizás piensas que te faltó desahogarte, pero ¿qué conseguirías con eso? ¿qué esperar de hablar con él?

Temía que la respuesta de Sayen lo defraudara y confirmara que aún sentía algo por ese viejo “amor”, y solo pensarlo lo hería. ¿Qué otra opción tenía además de aguantarse? Limpió una solitaria lágrima que rodó por la tibia mejilla de la castaña.

—¿Sabes? Siento rabia, eso siento. Pensar que sufrí tanto por ese idiota. Que él me hubiese desechado como si nada luego de obtener todo lo que necesitó de mí y ahora... ¿me habla así? ¡Qué descaró!

Tanto el alma como el aliento volvieron al cuerpo de Alex.

—Algunas personas no saben lo que es la vergüenza. ¿Qué tal si nos vamos ya? Los llevaré a comer algo.

Como acabó aceptando, llevaron también sus compras al estacionamiento para guardarlas en el auto de Alex. Al llegar, un Ford Mustang rojo se encontraba a un lado. La castaña supo quién era el dueño de ese auto al ver la patente, y antes de que Alex alcanzara a guardar todas las bolsas y girara en busca de ella, la encontró sobre el auto rojo, por lo que enseguida intentó bajarla.

—¡Sayen! ¡¿Qué rayos haces?! —atajó sus piernas y la montó a su hombro, sin embargo, ella se agarró de un espejo lateral con fuerza hasta arrancarlo.

—¡Es el auto de Daemon! ¡Déjame!

Y tal como si hubiesen sido palabras mágicas para él, la bajó.

—¿Estás segura? ¿Y piensas que haciendo esto será suficiente?

—No, pero me sentiré mucho mejor, me dormiré esta noche con una sonrisa y reiré toda la semana, ¿quieres saber por qué? Porque yo le di el pie monetario que necesitaba para comprarse este auto, ¡a su nombre!

Alex volvió al maletero, hurgando entre las compras, de donde sacó una botella de agua mineral. Revisó el marcador de bencina del Mustang, dándose cuenta que estaba casi vacío. Eso sería mejor. Quitó la tapa y comenzó a llenar la entrada de bencina con agua.

—Pero, ¿qué haces?

—¿Sabías que esto matará el motor? Tráeme otra botella.

El rostro de Sayen se iluminó al oírlo y no tardó en correr por otra. Javier, al ver lo que estaban haciendo, se colgó del otro espejo lateral hasta arrancarlo y caerse de culo.

—¡Mira, tía! ¡Yo también puedo!

Sin dudas, dejar a Javier con ella significaba malas enseñanzas, pero en ese momento solo lo felicitó y corrió por una caja de huevos.

Le entregó dos para que redecorara el auto.

Luego de llenar el carburador de agua, Alex también se unió a lanzar huevos. De pronto, vieron al pequeño Javier corriendo con un pepino y lanzárselo al auto. Alex le hizo un gesto para que lo recogiera y lo llevaron hasta el tubo de escape, golpeándolo hasta dejarlo atorado. Sin dudas ese tipo pasaría la tarde que se merecía.

Entre toda la adrenalina y las risas, llegaron a una cafetería lejana del centro comercial. Al imaginarse la cara de Daemon cuando viera su auto, volvían a reírse hasta botar lágrimas.

—¿Y si sospecha de nosotros? Seguro pensará que fui yo.

—Créeme, dudo que lo haga. Y si pasara... Sabe que solo está pagando por sus actos.

—Eres listo —admitió—. ¿Y si...?

—No pasará nada, deja de pensarlo. Además, si dice algo, tiene mucho que perder.

Sayen agradeció que aceptara ser cómplice de su locura y dio un largo sorbo a su té de limón. Javier se había comido dos donas con chocolate y un jugo de frambuesa gigante.

El relajó fue tal que los pensamientos de ambos fluyeron con la calma. Todavía tenían mucho de qué hablar, y aunque ambos estaban muy ansiosos por hacerlo, ninguno tuvo el valor de iniciar. ¿Pedir explicaciones acerca del mensaje de esa noche? Si ya incluso le había dicho a la cara que le importaba, y era muy obvio que sí. ¿Y ella? Había admitido quererlo.

—Tía... me duele mucho... —murmuró Javier, sobándose la panza—. Ay, me duele...

—¿Duele mucho? —lo miró angustiada, tocando con cuidado su abdomen—. ¿Ves lo que pasa cuando comes tanto? Ay, Javier...

Alex acercó su silla al pequeño y le examinó su rostro decaído, empezando por su boca.

—¿Sientes ganas de vomitar? ¿Te duele si presiono? —decía mientras sus dedos hacían ligeras presiones en su abdomen. El pequeño reaccionó cuando Alex pulsaba justo debajo de sus costillas, en la boca del estómago—. Tu tía tiene razón, has mezclado muchas cosas.

—¿Qué debo hacer? ¿Lo llevo al hospital? —cuestionó preocupada tomando sus cosas, lista para salir.

—Mujer, estudié seis años medicina antes de especializarme en psiquiatría, ¿qué piensas que debes hacer? —lo miró divertido—. Vamos a parar por una farmacia y lo llevaremos a descansar. Demasiadas aventuras por hoy para el pequeño Javier.

Al ver cómo todo un experto solicitaba los medicamentos necesarios y luego lo atendía ya acostado en su cama, pudo respirar de nuevo con alivio. Incluso luego de darle unas cosas, Javier había podido vomitar todo aquello que le había caído mal. Después de hidratarlo, lo dejó descansar.

—De verdad gracias. Si algo le pasara yo...

—Tranquila, solo debes darle los remedios como lo dejé anotado, y dale mucho líquido. Si necesitas algo... solo dime.

—Sí, lo haré —no sabía qué más decirle, si pedirle que se quedara o algo por el estilo, pero ya era tarde. Alex caminó hacia la salida.

—Por cierto, tu cumpleaños, ¿cuándo es?

—En dos semanas, el primero de octubre.

—¿Cae sábado? —ella asintió—. Suertuda.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres enviarme una tarjeta acaso?

Él se encogió de hombros.

—Quizás.

Cuando Javier gritó clamando atención, ambos suspiraron.

—El hombrecito llama —aunque quería quedarse más tiempo, no era conveniente insistir estando recién reconciliados—. Nos vemos el jueves.

—Sí, doctor... —él la miró ceñudo—. Alex.



# Capítulo

## 27

Había subestimado el tamaño de la agencia de la señora Nast en un comienzo. Ahora que veía que sus oficinas cubrían cuatro pisos en un elegante edificio, tuvo que aplaudir en su subconsciente. “Agencia Literaria Nast” o ALN sonaba bastante bien ahora.

Como se esperó, la oficina de la CEO se encontraba en la zona mejor ubicada del cuarto piso, aquel donde se reconocía los galardones de sus pocos años de trayectoria y donde varios premios de editoriales a sus asociados escritores adornaban un gran estante.

No se le había ocurrido llamarla en caso de que se negara, aunque también dudaba que lo hiciera si la esperaba allí mismo.

—Buenas tardes, soy Alexander Wömpner. Busco a la presidenta ejecutiva Natalie Nast.

En cuanto la secretaria levantó sus ojos al azabache, su sonrisa le iluminó el rostro y movió su cabello tras su oreja de forma coqueta.

—Un segundo señor Wömpner, ¿tiene cita agendada?

—No, pero...

—Pero estaré encantada de recibirlo, señor Wömpner —escuchó tras él. La rubia parecía estar llegando de un ajetreado encuentro—. Gracias Selena, te llamaré si necesitamos algo.

Una vez entraron a la oficina, el color que más destacaba era el azul rey. También resaltaba un amplio escritorio de vidrio repleto de carpetas amarillas y otros tantos papeles de colores regados encima. En lo que ella se dejó caer en su silla, le señaló que se sentara frente a ella.

—Debo admitir que me sorprendí mucho al verlo. No creo que me haya mencionado alguna vez interés en publicar un libro de patologías psiquiátricas, ¿no es así?

—En efecto no soy escritor y la verdad tampoco era algo que se me había ocurrido. Lo cierto es que vengo por un motivo importante acerca del tratamiento de Sayen. Si bien sabemos que ella ha lidiado muy bien el encuentro con su ex hace unos días, sé que Sayen necesita una cercanía y cariño especial, uno que no da una pareja... o amiga.

Algo que Natalie iba entendiendo.

—Quiere ver a los padres de Sayen —él asintió—. ¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que ellos son la pieza restante para su recuperación. Sayen necesita de ese cariño que no ha perdido, sino del que el mismo Daemon la privó.

—Entiendo su punto, pero ellos fueron quienes la corrieron...

—No son los primeros padres que han hecho eso en un momento de enojo. Me gustaría conversar con ellos, pero los datos y dirección no son algo que pueda pedirselos a Sayen y sería más fácil con usted como medio.

Ella también suponía que Sayen los necesitaba. Se había ido de repente de su casa, abandonando todo ese cariño que ellos le otorgaron como hija única. Ambas partes estuvieron enojadas, lo cual sabían que ya no era necesario, porque ellos se querían. La manzana de la discordia, quien siempre había metido ideas en la cabeza de Sayen, ya había desaparecido.

—Está bien, solo no lo arruine.

No llevaba un repertorio preparado en su cabeza más que alguna que otra idea clara. No era muy lejos, por lo que fue fácil llegar. Se detuvo fuera de una casa color damasco de un piso con un tórrido jardín delantero. Aquel lugar había sido el hogar de Sayen.

En el porche, un hombre se mecía en su silla con la vista clavada en él y en cada uno de los pasos que avanzaba por el camino de piedrillas. Quizás había ido muy formal para la situación, ya que a pesar de que se trataba de los padres de la chica que lo volvía loco, no podía mostrar otra cosa más que su lado profesional.

El alto hombre de cabello cano se levantó en la segunda oportunidad que hizo fuerza con sus brazos y bajó pesadamente los peldaños a su encuentro. Tal parecía ser que su cuerpo no lo acompañaba en salud.

—Señor Sáez, soy Alexander Wömpner. Hablé con su esposa por teléfono ayer.

—Sí, algo me mencionó. Lo recuerdo del hospital aquella vez que intentamos ver a Sayen. Por favor, entremos —Alex solo asintió en silencio.

Desde un mueble de la entrada a las paredes, estaba todo adornado de cuadros con fotografías de Sayen, incluyendo sus diplomas de honor de la escuela. Sonrió vagamente imaginándola, cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por el mayor. Ya habían entrado a la sala.

—Tengo entendido que es algo sobre mi hija. Dígame, ¿qué relación tiene usted con ella?

—Lo siento si no me presenté adecuadamente. Yo soy el psiquiatra tratante de Sayen desde hace unos meses. Ella ha estado bajo mis cuidados por una depresión que la ha afectado.

Las arrugas de la frente del hombre se juntaron y sus cejas descendieron por el gesto preocupado que lo invadió al oírlo, incluso la barbilla le tembló al hablar.

—¿Qué? ¿Cómo es eso de que Sayen tiene depresión?

Alex estaba por explicarle la situación, cuando se escuchó unos pasos acercándose. El mayor le hizo un gesto cauteloso.

—Querido, ¿con quién estás? —dijo la mujer, asomándose a la sala y fijando sus ojos en el azabache—. ¿Quién es usted?

—Cariño, es el doctor Wömpner, te llamó ayer para hablar de nuestra hija.

—¡Cierto! Qué olvidadiza —lo miró ruborizada—. Tiendo a olvidar casi todo desde hace un tiempo, ha de ser la edad.

Asumiendo en silencio sus palabras, observó al padre de Sayen con ese aspecto inquieto. Entre suspiros no pudo aguantar más para decirlo.

—Nuestra hija está enferma... —la miró serio—. El señor Wömpner es su psiquiatra. Sayen tiene depresión.

Enseguida la mujer llevó las manos a su boca, cubriéndola debido al asombro. Ella recordaba a Sayen como una niña alegre y algo rebelde, no una chica que pudiese andar triste. ¿Qué cosa mala había ocurrido? De solo pensarlo las lágrimas se agolpaban en sus ojos con cierto peso de culpa, ¿habría sido por ellos?

—Es mi culpa, ¿verdad? Es mi culpa por no haber sido una buena madre, no la apoyé en sus sueños...—murmuró con la voz cortada, estallando en lágrimas.

Alex miró a esa mujer que se parecía tanto a la castaña, era casi como verla a ella ahí sentada con varios años más.

—No cariño, fue mi culpa...—reaccionó el hombre, intentando consolarla entre sus brazos—. Yo la corrí... no la supe entender.

Estar allí sentado viendo cómo se compartían la culpa de lo que ocurría con Sayen le recordó a su padre. Él había sido muy duro y vivió en su mundo como pudo, pero... ¿también habría llorado en la soledad en que estuvo? Cuando murió su mujer enferma... Solo que aquí todos estaban a tiempo de corregirlo.

—Escuchen, si bien la depresión es reconocida como una enfermedad que puede ser incluso invalidante en algunos casos, en la situación de Sayen me gusta pensarlo como un estado emocional corregible. Ella ha estado bajo un tratamiento conductual y con medicación leve.

—Pero... pero es igual. Ella está muy triste, ¿no? Es nuestra culpa por haber preferido lo que queríamos y no haberla apoyado. Cariño, nosotros tenemos la culpa...—decía la mujer.

—No estoy aquí para culpar a nadie —cortó enseguida—. Sayen ha pasado por varias cosas que se acumularon con el tiempo y la volvieron muy susceptible. Además de lo que pasó con ustedes, el gatillante fue la ruptura con su ex pareja.

—¿Qué? ¿Ese tipo la dejó? —preguntó el hombre ofuscado, poniéndose rojo de la molestia—. Él nos hizo ver como unos pésimos padres y se llevó a Sayen, diciendo que él la cuidaría, ¿y luego la abandonó?

—Hace más de un año...—solo imaginarse ese momento en que ese rubio oxigenado tuvo el descaro de enfrentar así a los padres de Sayen, le provocó risa. ¿Se había creído tan hombre?—. Aunque, sin el propósito de culpar a nadie, sé que diga lo que diga Sayen, ustedes le han hecho mucha falta.

—Ella también nos ha hecho mucha falta —respondió la pareja. Ni siquiera podían pasar por fuera del cuarto de su hija sin sentir la nostalgia sobre ellos—. Ella cambió su número, no sabemos dónde vive y solo esa vez cuando la vimos en televisión supimos que estaba mal, pero ella no quiso...

Alex recordaba muy bien esa tarde cuando fue a verla porque ella se lo había pedido. Había necesitado de una contención para no terminar haciendo algo de lo que podría haberse arrepentido. Ella lo necesitó para no salir corriendo de la habitación por ellos.

—Nosotros no la corrimos para no volver a verla...—explicaba el hombre—. Solo estábamos enojados. Dejó los estudios, una buena carrera que ya casi terminaba... pero no lo hicimos por odiarla.

—Comprendo muy bien —era tal como había supuesto—. El sábado es el cumpleaños de Sayen, es un momento único y especial donde ustedes podrían reconciliarse.

—¿Cómo? —preguntaron angustiados. La mujer se levantó, acercándose a Alex y tomándole las manos en su desesperación, entre lágrimas—. Por favor, señor Alexander... lo único que queremos es tener a Sayen con nosotros, hablar con ella... decirle que lo sentimos.

Muchas veces gente le rogó por su ayuda, para mejorar, para que su familia volviera a ser la misma y supieran lidiar la enfermedad. Ninguno le había causado tanta aflicción como tratar con ellos. Quizás se estaba volviendo viejo y nostálgico. Quería devolverle como fuera esa sonrisa

completa a Sayen, como ella le devolvió esa paz cuando estuvo a su lado en el funeral.

—Si bien Sayen ha avanzado bastante y pareciera estar recompuesta de su vieja relación, en el fondo ella tiene una cicatriz que no puede sanar con cualquier cosa. Les quiero proponer algo, solo si quieren recuperar a Sayen.

—¡Lo que sea! Díganos lo que sea, solo queremos ver a nuestra hija —rogó esta vez el hombre—. Por favor...

Alex asintió. Veía la determinación en los rostros del matrimonio, sabía que de verdad la querían y necesitaban de vuelta, que estaban arrepentidos. Y bien sabía también que Sayen requería de ellos, de ese cariño que no llenaba ningún hombre o amiga.

# Capítulo

## 28

Escuchó algunos golpes en la puerta, o eso creyó. No estaba esperando a nadie y si hubiese sido Natalie, ella habría entrado con las copias de llaves que tenía. Además, la rubia le había pedido que la disculpara ese día, ya que tenía demasiado trabajo fuera de la ciudad.

Los golpes se dejaron oír con más fuerza otra vez, lo cual la terminó desesperando, ¿quién podía molestar tan temprano un sábado? Pateó las sábanas que tenía enrolladas entre las piernas y se levantó dando largos y pesados pasos hasta la puerta, donde escuchó otra vez más golpes.

—¡Ya voy! ¡Que ya voooooy! —dio un jalón a la perilla, abriendo de golpe. Ya tenía pensado todo lo que le diría al desubicado para mandarlo a volar, cuando frente a ella se apareció un gran ramo de rosas rojas.

—¿Todavía durmiendo? —sus ojos negros destacaron entre las flores junto a una sonrisa altanera que reflejó su diversión debido a la sorpresa en el rostro de Sayen, y el gran sonrojo en sus mejillas—. Feliz cumpleaños, dormilona.

Para ser sábado, Alex llevaba una camisa celeste ceñida de cuello blanco y con las mangas hasta los codos, un pantalón caqui que hacía lucir sus piernas más largas y zapatos casuales café. Su cabello negro estaba desordenado.

En cuanto logró reaccionar, ya tenía las flores metidas en la nariz por culpa de Alex. Le quitó el ramo y las apreció con detención, ¿cuántas eran? ¿veinte? ¿qué significaba que fueran veinte?

—Gracias...—murmuró, apenas asimilando el momento—. No me esperé esto, lo siento, pasa —se hizo a un lado, dejándolo entrar.

Además de las rosas, Alex llevaba una bolsa de compras.

—Parece que dormías muy profundo, ¿no? —preguntó mientras entraba a la cocina, siendo seguido por ella. Dejó la bolsa sobre el mesón, de donde sacó una caja transparente con un pastel de color rosado en su interior.

—Alex, ¿qué es todo esto? —¿de verdad le estaba celebrando el cumpleaños? — ¿Natalie te dijo que no vendría?

Él la miró desentendido.

—No, vine porque es tu cumpleaños, ¿o me mentiste? —vio cómo aún tenía el ramo entre sus brazos, lo cual lo puso nervioso. ¿Se habría equivocado? Después de todo, no sabía todo sobre sus gustos, por más observador que se había vuelto con ella —. ¿No te gustaron?

No sabía cuáles eran tus favoritas y...

—¡No! Claro que me gustaron ¡Me encantan! —sonrojó más todavía—. Es que me sorprendiste. Hace muchos, muchos años que no recibía flores. Son tantas... —no pudo ocultar aquella ilusión en sus ojos—. Jamás recibí tantas, ¿qué significa que sean veinte?

Algo que no le diría, no ahora.

—Ni idea, quién sabe —se encogió de hombros—. Colócalas en agua, mientras te prepararé el desayuno.

Y como si de una orden se tratara, hizo caso. Buscó lo más parecido a un jarrón que tenía

guardado en un mueble. Tuvo que quitarle el polvo para poder usarlo y lo dejó decorando con las flores en el centro de la mesa del comedor.

Al volver a la cocina, Alex ya tenía todo acomodado en el mesón. Incluso había una vela de interrogación en el centro del pastel.

—Todo esto... no tenías por qué molestarte tanto. Es muy temprano aún, ¿acaso lo compraste ayer? —cuestionó curiosa.

—Lo había encargado en una pastelería, Noni, ¿la conoces?

Claro que la conocía, una pastelería exquisita con una amplia lista de espera. Era difícil conseguir un pastel sin anticipación. De solo pensar en sus esfuerzos le dieron ganas de devorarlo a él antes de cada cosa que había llevado, ¿acaso no se daba cuenta de cuánto la confundía?

La vela de interrogación fue encendida y Alex la miró impaciente.

—Vamos, ¿por qué no pides un deseo?

—No me has cantado las mañanitas, ¿no vas a hacerlo?

—¡Claro que no! —rio divertido y con un toque de vergüenza en las mejillas—. No me la sé, lo siento —pero ella le hizo un puchero—. Y si te invito a comer ¿lo compensa?

—Ya todo lo ha compensado —reconoció con una sonrisa. Cerró los ojos un instante en que pensó su deseo y sopló la única vela hasta apagarla. Se quedó contemplándola hasta suspirar—. Ah... veintiocho años ya... ¿Cómo uno envejece tan rápido?

—¿Vieja? Ya quisiera yo tener esa edad otra vez.

—¿Acaso ya debería pensar en casarme? Tú eres médico, ¿cómo puedo saber cuántos óvulos me quedan? ¿Y si me llega la menopausia precoz? Javier está tan grande y yo me estoy quedando atrás...

¿De verdad esas cosas la afligían? Pensó Alex divertido, dando después un largo sorbo a su café.

—Todavía eres muy joven para preocuparte por eso, quizás cuando cumplas treinta o un poco más te puedes poner nerviosa. Por ahora, solo disfruta.

Cierto, quizás lo estaba exagerando. Se preguntó si aquello ya era un tema para él, ¿pensaría alguna vez en ser padre? Él era hijo único tal como ella, y si no tenía hijos hasta ahí se quedaba la descendencia. Alex le sirvió el primer trozo del pastel y luego se sirvió él, notando que en todo ese momento ella no le había quitado los ojos de encima.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara? —se pasó la mano por el rostro, creyendo que tendría algo, a lo que ella negó—. ¿Entonces qué? ¿Solo estás admirada por mí?

—Estoy sorprendida. Llegas a mi apartamento temprano, celebras mi cumpleaños e incluso me traes pastel... La última vez que nos vimos fue esa vez con Javier, pero antes de esa vez, lo único que hiciste fue reírte en mi cara.

—Ya te dije que no me reía —de igual forma no pudo evitar sonreír y luego reír al recordar esa incómoda noche—. Llevamos varios días sin vernos, ¿no te parece? Sé que... esa vez en la consulta dije muchas tonterías...

Muchas cosas que a ella le habían causado un gran despecho.

—¿Por qué son tonterías? No dijiste nada que no fuera verdad.

No se equivocaba. Había sido poco profesional hasta ahora y habían tenido un acercamiento más allá del debido como psiquiatra y paciente, pero es que jamás le enseñaron a él las consecuencias de involucrarse tanto en la vida de una persona. Siempre le dijeron que tener o sentir algo por una paciente acarrearía conflictos, sin embargo, ningún maestro le enseñó cómo evitarlo.

Al ver cómo la sonrisa de Alex se aflojaba, la castaña llenó la cuchara de crema y la estrelló suavemente contra esos fríos labios para despabilarlo.

—Come, está delicioso —esperó impaciente a que abriera la boca, lo cual hizo algo tardío y pensativo.

—Esa vez... ¿ibas a invitarme al cine? —verla ahogarse con el pastel fue suficiente respuesta —. ¿De verdad lo ibas a hacer? Porque encontré unas entradas y yo supuse...

—Tuve la intención hasta que hiciste que me arrepintiera con tus idioteces.

Alex volvió a sonreír.

—¿Todavía quieres hacerlo?

—Claro que no, ya no quiero.

Sin embargo, aquella mirada encaprichada decía lo contrario.

—¿Qué te parece si vamos mañana?

—¿Mañana? ¿y por qué no hoy? Es mi cumpleaños.

El azabache cruzó los brazos sobre la mesa.

—Porque hoy ya tengo algo planeado —ella lo miró expectante— Es una sorpresa, si te digo se va a arruinar.

—Ya lo arruinaste diciendo que me tienes una sorpresa, ¿cómo esperas que esté tranquila ahora? ¡Sabes que soy demasiado curiosa! ¿Ahora qué hago? No podré dejar de pensarlo.

—Es más divertido así, es gracioso verte tan ansiosa.

—Eres... tan tonto —¿la estaba provocando o qué?

Una cuchara con mucho bizcocho y crema se acercó ahora a su boca. Alex la estaba alimentando.

—¿Me dirás qué deseaste?

—Que me devuelvas mis puertas, ¿se puede? —dijo, dando un gran bocado que casi le arrebató la cuchara.

—Casi había olvidado que no tienes puertas, ¿no te parece más cómodo quedarte así?

—¿Y arriesgarme a que me veas bañándome? No, gracias.

Respuesta que le dio un par de ideas a Alex. Parecía una propuesta bastante tentadora. Controló sus impulsos y se alejó un poco, apoyándose en un mueble a su costado.

—No, enserio, ¿qué deseaste?

Sayen se tomó su tiempo, terminando de comer su porción. ¿Debía decirle? No, claro que no.

—Jamás. Si te lo digo no se cumplirá.

—Vamos, no pasa nada. ¿Pediste por la paz mundial? ¿mucho dinero? ¿comer sin engordar?

quizás... ¿un novio?

—No, no, quizás y no. ¿Por qué tan curioso, doctor Wömpner? ¿Quiere acaso usted ser parte de mi deseo de cumpleaños?

Y claro que lo quería, pensó el azabache.

—Solo curiosidad.

Tras acabar de desayunar, prosiguieron con una última taza de té frente al televisor, viendo unas caricaturas de la época de sus infancias que comentaron alucinados. Cuando se acercó el mediodía, Alex le pidió que se fuera a alistar para salir a dar una vuelta antes de llevarla a comer, fue entonces que el celular de esta comenzó a sonar y de ahí no paró. Llamada tras llamada de algunas amistades, e incluso Natalie felicitándola por su cumpleaños.

—¿Revisaste tu correo? Te envié la galería de imágenes anoche para la portada. El editor adoró la novela, quieren lanzarla lo antes posible.

—¿Lo dices enserio? —sus ojos brillaron tanto como Alex nunca había visto—. Eso es genial, lo revisaré pronto.

—Sí, pero... ¿él lo sabrá?

—¿Quién? —preguntó confusa.

—La reina de Inglaterra. Claro que me refiero a Alexander. Esa historia de un psiquiatra y su paciente tuvo que tener una buena fuente de inspiración, ¿no? Exijo una explicación.

—Solo fue un invento, nada de lo que debas preocuparte. A todo esto, ¿cuándo vuelves?

—¡Mañana! Lo siento, tengo mucho trabajo, luego hablamos.

No le dio oportunidad alguna para despedirse bien cuando la llamada ya se había cortado. Parpadeó un par de veces confundida. ¿Estaría Natalie molesta por la novela? Cuando le había mandado el manuscrito, la rubia había saltado en una pata de alegría. Ahora parecía ser todo lo contrario.

—¿Ya acabaste? ¿Vas a cambiarte?

—¡Ah! Sí, lo siento —sonrió nerviosa—. No te impacientes, ¿bien?

Una hora después iban en camino a lo que supuso no sería el centro comercial, puesto que habían tomado un camino diferente. Alex no había parado de comentarle acerca de un restaurante de carnes asadas, algo retirado y que aseguró le iba a encantar.

Mientras Sayen buscaba algo de buena música en la radio, notó la calma reflejada en el rostro del azabache. Se veía muy tranquilo, no tan tenso como de costumbre.

—¿Has estado bien? Sobre lo de tu papá...

—Bueno... hace unos días me vi con su abogado por la herencia.

—¿Y qué decidiste hacer? ¿lo dejarás todo al fisco?

—El viejo tenía algo de dinero que creo que invertiré en la casa —notó cómo ellaladeaba el rostro confundida y cómo luego sonreía entusiasmada—. Sí, decidí quedarme con la casa. No está tan mal tampoco, quizás cambie el piso y algunas cosas ya viejas, pero por lo demás... creo que estará bien.

—De verdad me alegro mucho, Alex.



Al cabo de unos minutos el camino le pareció demasiado familiar, hasta que ante sus ojos apareció una casa que hacía años no visitaba. De pronto, Alex comenzó a detenerse fuera de esta y notó cómo un hombre se asomaba por la ventana. Se giró a Alex, pidiéndole que se fueran, pero él ya había quitado las llaves y la miraba con cierta seriedad. No sabía si odiarlo o huir en ese momento.

—¿Por qué me hiciste esto? Me engañaste Alex, ¿por qué?

—Porque necesitas hacerlo, ya no puedes seguir escapando de esto.

Enmudecida por el miedo de volver a ser expulsada de allí, intentó bajarse e irse, cosa que Alex evitó apresurándose en rodear el auto y atajarla.

—Por favor, no quiero, no estoy lista para esto, no puedo aún.

—¿Y cuándo sí? ¿cuando vivas lo mismo que yo? Debe ser hoy, en este día que es importante para ti y para ellos... Sayen.

Al escuchar cómo metía la muerte de sus padres como ejemplo solo la hizo sentir la persona más patética del mundo. Incluso así, no podía simplemente encoger el pavor que la abordaba y enfrentar a ese hombre que años atrás la obligó a irse.

—¿Sayen?

No... Aquella voz tan ronca y profunda, casi con un toque autoritario, una voz que no había querido escuchar otra vez. Se giró apenas un poco, notando a aquel hombre parado en la entrada, tal como cuando niña la llamaba para que entrara a comer.

Alex la hizo reaccionar haciendo más fuerte su agarre.

—Vamos, eres una mujer fuerte, tú puedes.

¿De verdad lo era? Se preguntaba. Ver en Alex una pequeña sonrisa asomándose y apartarse de ella la hizo temblar asustada. Escuchó pasos detrás de ella, los cuales luego aceleraron moviendo la piedrilla.

—¡Hija!

Sus pies comenzaron a moverse lentos, inseguros, sin embargo, cuando la proximidad de su padre cambió a una antigua seguridad, se dejó ser estrechada por él en cuanto estuvieron cerca.

—Papá...

—Hija... hija, no tienes idea de cuánto te hemos extrañado.

Aquellos brazos eran más delgados de lo que recordaba, aunque continuaban manteniendo su calor. Lo había extrañado demasiado, y apenas se adaptaba otra vez a él, sintió que alguien más la arrullaba. Apenas abrió los ojos se encontró con su madre uniéndose a ellos, llorando.

—Ay, hija... Estás tan hermosa...

Escucharlos fue mucho mejor de lo que pudo haber pensado. El miedo desapareció, dejando solo cabida al cariño. Se apartó de ellos, notando cómo los tres lloraban.

—Lo siento... —susurró apenas, pero su padre, en un gesto cariñoso, le acarició la cabeza y peinó sus cabellos con los dedos, tal como antes siempre hacía.

—Perdóname tú por no apoyarte y haberte hecho eso... Solo estaba molesto, me tardé en entenderlo... Estuve tan mal, fui un tonto.

—Papá...

No necesitaba decir nada. Vio en la entrada de la casa a Natalie, sonriendo con Javier entre sus brazos. Al parecer toda una sorpresa planeada por Alex.

¡Alex!

Se giró hacia él, encontrándolo de camino a su auto, por lo que tuvo que correr para alcanzarlo.

—Alex, ¿a dónde vas? ¿no te quedas? —verlo negar la afligió—. ¿Por qué? Tú planeaste esto, deberías quedarte, por favor...

—Esta sorpresa... es mi regalo de cumpleaños —su sonrisa era tenue y tan cálida que toda ella se sintió envuelta por él, aunque no la tocara—. Disfrútalo, ¿sí?

—Pero yo quiero que te quedes conmigo, ¿por qué no? —algo que, aunque él también deseara, debía negarse, sobre todo al notar la mirada de Natalie atravesándole la cabeza. Si quería que resultara, debía ser precavido—. Alex...

—Esta noche tengo algo preparado para los dos. Pasaré por ti a las once a tu apartamento. Vamos a celebrar tu cumpleaños solo nosotros, ¿sí? Pero no le digas a nadie.

Era tan sencillo cambiar de humor con él, ya sea para bien o para mal. Pensar en lo que podría pasar esa noche le erizaba la piel, más aún la idea de compartir un secreto.

—Te estaré esperando.

Entrar a su casa, siendo escoltada por su padre y del brazo de su madre, fue extraño. Esta se empeñaba en decirle que estaba demasiado delgada, que se veía guapa de igual forma y que le había preparado su comida favorita.

La cabeza de Javier chocó en su pierna cuando este saltó por ella, abrazándola con fuerza y felicitándola por su cumpleaños. Luego Natalie y ella se abrazaron cariñosamente, incluso Misael estaba allí.

—¡Feliz cumpleaños, amiga! Un año más vieja.

—Claro que no, un año más sabia —sonrió divertida—. De verdad creí que me habían abandonado. Pensé incluso que ya no te importaba que tu amiga cumpliera años.

—¿No te diste cuenta que era mentira? Eso sí es terrible.

Se sonrieron volviéndose a abrazar con la rubia para luego ser saludada afectuosamente por Misael.

—¿Y te gustó la sorpresa de esta mañana? —la miró pícaro.

—¿Sorpresa? ¿cuál sorpresa?

—¿Cuál más? Las rosas. Tu doctor las encargó ayer, pidiéndome para hoy las rosas más frescas.

Sonrojó tan fuerte que debió parecer un tomate. Percibió cierta molestia ventilándose de los poros de Natalie, cosa que la preocupó. Su mirada siempre la delataba, era una mujer muy honesta.

Apartó al moreno con ella para preguntarle en privado.

—¿Entonces tú sabes lo que significa que sean veinte?

La sonrisa de Misael se amplió mucho más.

—¿De verdad quieres saberlo?

Al no ser muy grande la mesa del comedor, todos los platos quedaban bastante juntos, haciendo el entorno más familiar. Sus padres le servían todo como si fuera una niña, casi corrían por atenderla. Ella pudo notar que estaban más viejos, y aunque aquello era natural, parecía ser que de verdad les había afectado que ella no estuviera ahí.

—Sayen es increíble, ha ganado varios premios literarios, ¿han leído alguna de sus novelas? —preguntó Natalie.

Cohibido, el padre de Sayen carraspeó.

—Las hemos estado coleccionando —admitió—. Eres muy buena, hija. Estoy orgulloso de ti.

—Estamos —corrigió la madre—. Me alegra mucho que no nos hayas hecho caso.

Por su parte, Sayen bajó la mirada y se preocupó en mirar su carne. Pensar que sus padres leyeron escenas sexuales salidas de su imaginación la volvió bolita en la silla.

—Tía, ¿tío Alex no va a venir? —cuestionó curioso Javier.

—Eh... ah...—enseguida tornó su mirada a Natalie, notando su cejo fruncido—. No, él no viene. ¿Por qué?

—Yo pensé que vendría —infló las mejillas.

—Javier, ¿por qué lo llamas así? —preguntó su madre con curiosidad—. Él no es tu tío, él es solo el doctor de tu tía.

“Solo el doctor” era tan básico y falso. ¿Cómo podría explicárselo a sí misma? Esa cercanía cordial entre los dos no duró nada, en cambio esa forma tan salvaje e irónica era cómoda, cercana de verdad. Reírse juntos era más que increíble. Ese teatro ya no les quedaba bien.

—Hija, ¿quieres abrir tus regalos?

—¡Sí, que los abra! —se animó Natalie, pidiéndole a Javier que buscara el suyo y se lo entregara.

El pequeño corrió hasta ella, arrastrando la bolsa de papel que consiguió entregarle.

—Gracias —le sonrió al matrimonio de amigos y no tardó en abrirlo. De él sacó un pesado libro de tapa dura de una cuentista que le encantaba. Sabía que ese libro no se publicaría hasta dentro de un mes, no obstante, su amiga se lo había conseguido—. Solo por esto podría casarme contigo, pero preferiste al morenazo.

Entre risas, la madre de la castaña le acercó una bolsa de rayas en distintos tonos rosas. Agradeció y no tardó en mirar su contenido, encontrando dos bolsas de papel.

—¿Y esto? ¿Por qué dos? —los miró curiosa mientras tomaba el más pequeño, era cuadrado.

—Esa vez... tu padre te hizo creer que se había desecho de todos tus escritos... ¿recuerdas? —y claro que lo recordaba. Haber perdido tantas libretas con historias que para ella eran valiosas, la tuvieron llorando más de un mes—. Pero... hubo uno que se salvó, ¿sabes?

El corazón de Sayen dio un respingo emocionado, sus manos arrancaron el envoltorio y pudo ver la vieja libreta amarilla de mariposas, con algunas hojas opacas y la tinta envejecida. Ahí estaba cada uno de los apuntes que formaron su primera novela, aquella con la que ganó en su primer concurso y le había dado una vida tan diferente a la que siempre había creído, pero que había soñado.

—Papá... —susurró emocionada. No supo qué más decir sin sentir que la voz se le quebrara.

—Sigue haciéndolo hija, esta es tu vida.

Hora más tarde se habían devorado el pastel que su madre había preparado. Se abstuvo de pedir otro deseo porque el único que deseaba que se cumpliera, era el que había pedido esa mañana.

Terry y otros escritores llamaron para felicitarla en su cumpleaños, incluso el editor con el que trabajaban se tomó el tiempo para hacerlo. Aunque las llamadas no fueron lo que hizo que escapara por el pasillo, sino la necesidad de ver su habitación, por lo que aprovechó que todos estaban distraídos en la sala para ir por el pasillo. La pieza junto a las de sus padres era la suya. Respiró hondo. ¿Seguiría igual? ¿sería el gimnasio con el que su madre siempre bromeó? ¿una bodega? No. Todo seguía igual. El edredón rosa, la cama de fierros blancos, la cortina floreada amarilla desgastada por el sol y los muebles sin polvos, incluso algunas ropas que dejó aquella vez continuaban intactas.

Sentarse y colocar la vieja libreta en el escritorio la remontó a esas noches silenciosas en las que se dedicó a escribir y beber café, olvidando a un lado los libros de anatomía y pendientes. Tanto tiempo había pasado...

El pitido de su celular advirtió un mensaje. Ver el nombre de Alex en la pantalla le provocó al instante una sonrisa.

“¿Cómo te lo estás pasando? Llámame si necesitas algo”

—¿Qué haces aquí tan sola?

Pegó un respingo al oír a Natalie tras ella, y a pesar de haber creído ocultar su celular a tiempo, notó cómo la rubia la miraba, como si supiera que tramaba algo. Seguro contarle sobre el plan de la noche sería una pésima idea.

—Hace tanto tiempo que no estabas aquí, ¿no? —se sentó frente a ella en la cama. Su gesto algo serio y perceptivo era peor que el de una madre angustiada, haciendo asustar a la castaña—. Cuando Daemon te sacó de acá.

—Por favor, ni me recuerdes a ese tipo —suspiró. Recordar aquella tarde en que Daemon se enfrentó a sus padres como si ellos fueran las peores personas del universo, le había hecho creer que su vida con él sería suficiente. Vaya que sí se había equivocado—. ¿Buscas revolverme el estómago o arruinarme la fiesta?

—Solo recordaba lo que llevó a los últimos meses, tu tratamiento... No me gustaría verte así otra vez, deprimida, ni por Daemon ni por otro hombre, sobre todo que ahora estás mucho mejor, ¿no?

—Claro que sí, me siento mejor.

Le extrañaba las palabras de Natalie, parecían muy manipuladas.

—¿Me prometes que nunca más te dejarás abatir por un idiota? Sabes que vales demasiado.

—Te prometo que nunca más, ahora lo comprendo. No está en mis planes salir con alguien de esa forma por ahora, si eso te aflige.

—¿Enserio? Digo... es muy pronto para empezar a salir con alguien más. Apenas te estás recuperando.

—Si ese es tu miedo... Tranquila, está bien, no está en mis planes.

—Me alegra escuchar eso —frunció la boca y torció un gesto cansado, como si hubiese pensado demasiado—. Sobre Alexander, ya queda poco para no haber más razones para verse, ¿no?

—¿Cómo dices? ¿a qué te refieres?

—Me refiero a que cada vez tus sesiones son y serán menos, ya pronto una vez al mes, hasta que ya no tendrás que ir más. Qué alivio, ¿no? Con lo mal que se llevan... Supongo que debes estar contenta.

Ver aquella sonrisa en Natalie la obligó a imitarla. ¿Había pasado algo entre Alex y ella que parecía odiarlo tanto? Como fuera, en algo tenía razón. Ellos se odiaron en un principio. ¿Cómo cambió todo? De pronto, la puerta de la habitación se abrió, Javier entró corriendo siendo seguido por la madre de la castaña.

—Hija, ¿te vas a quedar esta noche? Hay unos pijamas en el armario.

—Sí, ¿por qué no te quedas? —acotó Natalie.

Todo parecía de una dimensión diferente. La reconciliación con sus padres, el trato semi amargo de su amiga cuando hablaban de Alex y esa urgencia que parecía tener por dejarla allí. Sin embargo, esa era su noche.

# Capítulo

## 29

Se probó cada conjunto interior, zapatos y vestidos que encontró en el armario. Ya se había arreglado el cabello, maquillado y repasado la depilación por cada zona necesaria. Si Alex le hubiese dicho con más tiempo sus planes habría hecho todo más calmada, pero Natalie la fue a dejar a su apartamento tan solo hacía un rato atrás. Tuvo que detenerse varias veces para enfriar su cabeza y repetirse que no era más que una salida cualquiera, que volvería sola a su apartamento y que no se hiciera mayores expectativas. Al menos lo intentó.

A solo diez minutos de que Alex llegara, se terminó decidiendo por un vestido amarillo entallado lo suficientemente flexible para bailar, ya que Alex le había escrito en un mensaje que la llevaría a un bar cubano. El corte recto del pecho se abría ligeramente en medio con una sutil forma en uve, lo demás llegándole a medio muslo. Por último, los tacones color coral de pulseras.

Miraba qué otra cosa le hacía falta cuando tocaron la puerta y no tuvo más remedio que soltarse su ondulado cabello y retocarse el brillo de labios. Al segundo golpe, abrió al fin. Alex iba adecuado para la noche, con un jeans negro y una camisa blanca ceñida en sus abdominales. Cuando vio los ojos de este, solo encontró fascinación.

—Lo siento, ¿te dejé pasmado? —trató de sonar soberbia, pero estaba muy avergonzada estirando el vestido, ¿sería muy corto?

—Te ves... —“hermosa” pensó, conteniéndose—. Te ves bien, ¿estás lista?

¿Solo bien? Pensó inconforme la castaña a su vez que fruncía el cejo. Aunque esperaba que fuera una broma, sabía que Alex no era muy bueno dando cumplidos.

A pesar de todo, una vez llegaron al restaurante, Alex no dudó ni un segundo en montar su mano en la cintura de ella y apegarla a él, como si con ese gesto marcara su territorio ante cualquier hombre o mujer que quisiera intentar algo.

—Buenas noches, reservación a nombre de Alexander Wömpner.

El chico buscó en su lista y no tardó en sonreírles, aunque su mirada se fue enseguida a la acompañante.

—Por aquí, señores.

Llegando a una mesa lo bastante cerca de la zona de baile, el anfitrión quiso adelantarse en apartar la silla para la castaña, pero Alex, queriendo dejar en claro que él era su acompañante, se adelantó ayudándola a sentar. Luego tomó asiento él, no sin antes lanzarle una mirada amenazante al joven.

—¿Podré beber aunque sea un poco? —preguntó Sayen, revisando la carta—. Hay tanta variedad... ¿Qué vas a pedir?

—Puedes, sin alcohol. Quizás deberíamos pedir una tabla para compartir, ¿te parece?

—¿Me hablas en serio? Me traes al mejor restaurante cubano de la ciudad, ¿y no puedo beber ni una gota de alcohol? ¡Es mi cumpleaños!

—Claro que no te dejaré. Con los medicamentos que tienes en la sangre capaz y te hacen reacción, y no quiero recordar este día así... —explicó suavizando su expresión defensiva—.

Pediremos sin alcohol. Ambos. ¿Bien?

—¿Este día? ¿Es especial para ti?

Solo quería escuchar algo agradable una vez, lo que fuera.

—Claro que sí... Es tu cumpleaños y quiero que lo disfrutes.

—No quiero disfrutarlo —lo miró amurrada—. Quiero que lo disfrutemos, los dos.

Y solo escucharla decir aquellas cosas la cara le cambiaba. Cada vez que intentaba ser fuerte y mantener una barrera entre los dos, ella muy fácilmente la saltaba.

Se apoyó en la mesa, admirando esos ojos pardos destacados por el delineado y sus largas pestañas batirse a él. De todas las mujeres del mundo, ¿por qué despertó sentimientos por ella? Por la que había destrozado su auto, por la que acabó detenido, y en varias situaciones incómodas más.

—Cuando ya no tengas que tomarlos, celebraremos con mucho alcohol, por muy alcohólico que suene, ¿bien?

—Tendrás que recompensarme de alguna forma, hoy.

Al final se decidieron por una tabla para dos y dos bebidas dulces sin alcohol. Compartían del queso y los camarones, dándose en la boca de vez en cuando, y probando la bebida del otro. Entre tantas risas e historias que se fueron contando a lo largo de la noche, Alex casi había olvidado el propósito de esa salida.

—¿Qué tal si bailamos un poco? —sugirió él.

—¿Enserio? ¿Quieres que te humille? No sé bailar.

—No seas mentirosa —deslizó su mano por la mesa hasta alcanzar la de ella—. Sé que bailas muy bien, ya te he visto antes. Quizás sea yo quien te humille, pero tendrás que tolerarlo.

Hacerla recordar esa noche no estaba en sus planes, más si su rostro se llenaba de indignación y vergüenza. Por lo menos sirvió para hacerla ceder y tener el control de la situación.

Sus manos juntas y con la otra agarrándola firmemente de la espalda baja, la apegó a él. Comenzaron con pasos calmados para adaptarse otra vez a esa cercanía y los movimientos del otro, hasta agarrar el ritmo juntos y dejarse ser dominada por el baile. Alex no había mentido al decir que no era bueno en ello, cosa que poco le importaba a la castaña. Ella igual podía disfrutarlo. Además, ¿qué otro momento tenían para estar así de juntos?

Los diez centímetros de tacón de los zapatos de Sayen hacían la tarea más simple para Alex. Inclinar y rozar su nariz con la piel de su cuello para sentir el aroma de su perfume, provocaba ciertos temblores en ella que él pudo percibir con todo su cuerpo. El roce de su piel se volvía electrificante y el calor comenzaba a desesperarlo. Más cuando podía escuchar la respiración agitada de ella llegar a su oído.

De pronto Sayen se apartó lo suficiente para quedar con sus brazos extendidos, y con una pícaro sonrisa le hizo entender lo que deseaba, así que de un solo jalón la hizo dar unas vueltas hasta regresarla a su pecho. Ella rio divertida, rodeando su cuello con ambos brazos.

—¡Qué talentoso! Estoy muy agradecida de que aún no me haya pisado, señor Wömpner.

—Quizás pueda seguir sorprendiéndote, señorita Sáez. ¿Otra? —preguntó apenas una nueva canción comenzó a sonar.

Un poco agitada por la canción anterior, y sin apartar sus brazos de él, tal como Alex la tenía aferrada, observó sus labios un segundo antes de volver a esos oscuros ojos.

—Por supuesto.

Luego de dos canciones seguidas, tres bebidas sin alcohol, otros cuantos camarones y muchas historias que los mantuvieron entretenidos, llegaron las tres de la mañana.

Admiraba a la Sayen que tenía al frente. La mujer incondicional, divertida y soñadora, la mujer que sabía amar fervientemente. Misma que ahora tenía dañar por lo que haría. Alex percibió a cierto grupo que salía de un privado y tuvo que interrumpir a la castaña en su relato.

—¿Bailamos otra vez?

—Bueeeeno, si insistes.

El magnetismo creado con unos cuantos bailes se sentía algo difuso. Alex parecía preocupado y cada vez se tensionaba más. Ella podía sentirlo en el agarre de sus manos, de su quijada, de su falta de sonrisa.

—Esta noche... esta noche es la definitiva.

No comprendió a qué se refería hasta que él mismo se detuvo, y tomándola de la cintura, la hizo girar hasta quedar a espaldas suya. Sus ojos pardos no tardaron en encontrarse con el rostro de Daemon a unos pasos de distancia, junto a sus amigos y con la que se había ido cuando la abandonó.

¿Por qué...? ¿Alex lo sabía?

Se quitó su agarre para irse antes de que su ex se diera cuenta de su presencia, pero Alex lo evitó, volviendo a agarrarla y atrayéndola a él de frente. Pudo ver cierta tristeza en sus ojos grises.

—¿Era por esto? Sabías que iban a estar aquí. Me trajiste solo por esto, ¿verdad? Para que lo viera con ella —él permanecía callado, dándole la razón—. Mi cumpleaños nunca te importó.

—¡Claro que sí! Me importa y mucho —solo verla así le oprimió el corazón. Desesperado, tomó el rostro de la castaña—. Pero no te voy a mentir diciendo que no sabía que él estaría aquí. Esta noche es su compromiso. El hombre que te causó tanto dolor está allá y tú debes soportar estar en el mismo espacio que él sin querer huir... Necesito que seas fuerte, Sayen. Necesito ver que lo superes.

—Pero... pero... Alex, ¿de verdad te importo?

Y aunque tardó un poco en responder, la seguridad con la que la tocaba y su mirada acogiéndola hablaron por él.

—Quiero que seas fuerte, Sayen.

Y a pesar de las dudas que sentía, intentando ser rellenadas por sus palabras, se dejó guiar por las manos de Alex y se refugió en su pecho en el momento que la arrulló hacia él.

—Solo sigamos bailando. No quería ni quiero que esta noche acabe mal... De verdad me importas mucho.

Escuchar aquello era distinto a lo demás. Sus manos fuertes tomándola le dieron un poco más de confianza, e incluso la calmaron. Sabía que Daemon estaba a pasos detrás de ella, pero cuando Alex la miraba de esa forma y con esa sonrisa tan atractiva enmarcándole el rostro, era como si



olvidara lo demás.

Y así fue, al menos un rato.

Alex la llevó a la barra para pedir algo refrescante, además de descansar un poco. En cuanto Sayen se sentó en la única butaca libre con Alex a un lado, como se esperó, Daemon se acercó a ellos.

—Sayen, qué sorpresa verte a aquí. Te ves...—sin ganas de ocultarlo, sus ojos la recorrieron por completo, tomándose incluso más tiempo del necesario en su escote—. Te ves fantástica, ¿te hiciste algo?

Y aunque la sonrisa le tembló, pudo mostrarse firme. Era ahora o nunca. Debía decirlo todo y así librarse de su sombra.

—Gracias, Alex me mantiene en forma —dijo sin pensar, tomando a su vez al azabache del brazo para acercarlo cariñosamente a ella. Se avergonzó un poco por lo dicho—. ¿Ya te presenté a mi novio? Alex, él es un ex con el que salí un tiempo, esto... Daemon.

¿Un tiempo? La miró desconcertado el rubio, tragándose la lengua y sonriendo forzado al azabache. Recordaba haberlo visto en otro lado.

Y a pesar de la sorpresa que también sintió Alex al ser presentado como su novio, no pudo negar la superioridad que aplastó al rubio. Y mejor que dejara de jugar con sus ojos, porque por idiota se había perdido a esa mujer increíble.

—Un gusto, Alexander Wömpner.

Sus manos se estrecharon con falsa cortesía y frialdad.

—Así que novios, ¿eh? —miró de nuevo a la joven—. Cierto. ¡Es tu cumpleaños! O al menos pasó unas horas de eso, ¿no? —ella asintió con la cabeza—. Qué bien, feliz cumpleaños.

Sentir cómo intentaba estrecharla en un abrazo fue repugnante. Sayen interpuso sus manos, bloqueando el apego, y se apartó pronto de él con cuidado.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Festejando algo en especial?

—Yo... bueno, yo estaba... —antes de poder decir algo más, una esbelta rubia llegó con cara de marcar territorio, adueñándose del brazo de Daemon—. Mi compromiso.

¿Su compromiso? ¿Un día después de su cumpleaños? Escucharlo sufrir por tener que confesarlo le hizo sentir piedad por esa mujer, solo un poco. No olvidaba que ella se había metido en su relación.

—¿Quiénes son ellos, cariño? —canturreó con su fina voz.

¿O solo se hacía la idiota? Pensó la castaña al notar cómo esta la miraba de arriba abajo y hacía una mueca de fastidio.

—¿Enserio no te acuerdas de mí? Yo me acuerdo bien de ti. Yo era la novia de Daemon, y tú eras la enfermera que le daba el pase en su tiempo libre cuando nosotros aún estábamos en una relación. ¿Sigues siendo el bocado de medio tiempo entre cirujías, querida? Espero que solo de Daemon y no de otros médicos.

La pareja quedó pasmada al oírla. Había salido tan fluido y natural que la sonrisa de Sayen se mantuvo intacta. Alex la miró asombrado.

—¿Sayen? —cuestionó incrédula la mujer, enderezándose para encontrar algo de dignidad.

—Ay, sí te acuerdas de mi nombre. Tranquila, yo siempre supe que me merecía alguien diferente y especial. Además, los hombres nunca te cambian por algo mejor, solo por algo más fácil —le guiñó un ojo— Solo asegúrate de afirmarle bien la correa a este hombre —se levantó, jalando suavemente el cuello de la camisa de Daemon hacia ella—. A veces le gusta cambiar de dueña, ¿vale? Ah, y Daemon... —le dio unas suaves palmadas en el pecho—. Espero que te haya encantado la redecoración de tu auto. Espero también que tu prometida tenga el dinero suficiente para comprarte otro.

—Entonces tú...—pero no supo qué más decir. La sonrisa triunfadora en ella era algo que jamás había visto y que lo dejó sin palabras.

Alex soltó una risa de satisfacción y agarró a su supuesta chica de la cintura, llevándosela consigo de vuelta a la mesa para dejar pagado, recoger sus chaquetas y salir del local. En el momento en que Sayen sintió la brisa de la noche enfriarle el rostro, se apoyó en sus rodillas, recuperando el aliento.

—Alex, casi me vuelvo loca. ¿Qué hice? —se incorporó, tomando su mano y llevándola a su pecho para que sintiera sus latidos—. Me muero, me va a dar un infarto, veo borroso, Alex...

—Tranquila, tranquila...—la rodeó por la espalda, acercándola a su cuerpo y riéndose por todo lo ocurrido—. Estuviste increíble, Sayen. No te guardaste nada y es perfecto...—corrió un mechón que se pegaba a su piel perlada—. Fue divertido ver la cara de ese tipo transformarse. ¿Y esa mujer? No le quedarán ganas de estar con él, eso es seguro.

—¿Fue muy humillante lo que dije? Ay no, no Alex, yo no soy así, voy a volver a pedirle disculpas...

Pero Alex la mantuvo aferrado a él.

—No seas tonta. ¿Cómo te vas a disculpar con la mujer que se metió en tu relación? El título de fácil le queda perfecto, tú solo le recordaste su lugar. No te guardaste lo que pensabas.

—¿No fui vulgar? —lo miró con un puchero en los labios.

—Como la boca de un camionero sureño...

—¡Alex!

Este río divertido y llevó una mano a su mejilla, apretándole suavemente su piel.

—Para nada. Dejaste todo muy claro como la dama que eres, estoy muy orgulloso de ti. ¿No sientes alivio en tu corazón o sigues sintiendo ese pesar? ¿ese agujero?

Ella se quedó meditándolo, buscando aquella sensación que meses atrás la devoraba, la cual ya no estaba. Incluso podía decir que se sentía mucho más ligera, calmada, y desligándose de algo que ya no estaría en su vida.

Miró al cielo, a las pocas estrellas que quedaban de la noche y luego a los oscuros ojos de Alex.

—Soy libre.

El camino de regreso al apartamento estuvo lleno de risas por la cara de Daemon y su novia, imaginando que al volver a su casa, esa mujer le lanzaría las cosas por la ventana por no haberla defendido. ¿Y cuando mencionó lo del auto? Histórico.

En cuanto entraron, Sayen se quitó la chaqueta y estiró su cuerpo, saboreando la victoria.

—¡Definitivamente esta es la mejor noche de mi vida!

Alex siguió sus pasos sin despegar sus ojos de ella. Para él, esa noche todavía no acababa.

—¿Qué harás en unas horas? —le preguntó curioso, metiendo sus manos en los bolsillos y sintiendo aquel objeto tan importante que culminaría la noche.

—Nada, ¿por? ¿Me invitarás a algún lado? —preguntó, intentando que pareciera una broma, pero su sonrisa tímida la delataba.

—Quizás... todo depende —musitó, acercándose a ella poco a poco, hasta que sus zapatos toparon por la cercanía. Casi podía sentir su respiración—. Quiero saber algo, lo último para que esto termine...

—¿Qué? ¿De qué hablas? —lo miró curiosa—. ¿Tienes algo oculto?

—Algo así... —suspiró. No estaba seguro ahora que la veía tan radiante. Temía arruinarlo todo—. Tengo que cumplir una promesa que te hice hace tiempo, una vez que discutimos aquí mismo...

«Una de tantas» pensó ella, pero no recordaba qué pudiese ser. Alex quitó una mano empuñada de su bolsillo, acercándola entre ellos y abriéndola ante sus ojos, permitiéndole reconocer al instante el colgante de medio corazón que él una vez le quitó, prometiéndole que se lo devolvería cuando lo considerara mejor.

Sayen sintió cierta palidez al ver esa pieza, incluso su falta de actuar tensó hasta los pelos a Alex, y más cuando vio cómo extendía su mano y tomaba aquella pieza que él le arrebató esa vez cuando estuvo inconsciente en el hospital.

—Dije que te lo devolvería, y que lo aceptarías si quisieras, pero...

—Pero también me dijiste que cuando lo hicieras, yo ya no sentiría nada de ese capricho que sentía por Daemon... —su mano, que había empuñado aquella pieza, volvió a abrirse—. Tuviste razón, Alex... Mi corazón ya no tiene rastros de ese hombre. Aquello que sentía ya no era amor... Y sí, te convertiste en una pesadilla para mí, y ahora no consigo sacarte de mi cabeza.

Dicho aquello, Sayen lanzó el colgante tras ella, sin importarle dónde quedara, y su sonrisa se amplió brillante. Alex vio aquel gesto casi en cámara lenta. Toda su piel se erizó y volvió en un estado de alerta. Oírla decir aquello aceleró todo lo que se había aguantado. Ella ya no sentía nada por ese pasado, y él... era su pesadilla.

—Por última vez... ¿estás segura? —preguntó en un hilo de voz. Ella solo asintió sin quitar sus ojos de él.

Ver su rostro tan iluminado no le permitió contenerse, y se lanzó a su boca, alcanzando por fin esos rosados labios que tanto tiempo lo mantuvieron tentado, sin dejarle posibilidades de reaccionar. Sus labios eran tibios y suaves como dos almohadillas, tal como había creído que serían, y todo dentro de él quería saborearlos hasta desgastarlos. Sus manos insistieron con su rostro, preocupándose porque ella no correspondía. Los centímetros que se alejó para verla lo mataron. Aquellos ojos pardos estaban enormes y la respiración se le había cortado. ¿Se habría molestado con él...?

—Alex... ¿Qué fue eso? ¿Por qué...?

—Ya no puedo contenerlo más, no puedo seguir reprimiéndolo...

Suficiente. Ahora ella dejó de reprimirse, saltando a su boca y rodeándolo con sus brazos como si le fueran a fallar las piernas en cualquier momento. Esta vez sus lenguas hicieron contacto y

jadearon al acto, satisfechos de conocerse, de poder sentir en cada reacción, en cada suspiro lo desesperados que se sentían por sentir más del otro. Por poder hacer aquello prohibido que habían contenido ambos por tanto tiempo.

Aquellas manos que la oprimían contra su amplio pecho, descendieron por las curvas de su cadera, tan suaves y lentas, provocando el escape de un suspiro. Alex entre abrió sus ojos para verla sonrojada y mirándolo con una aprobación que desconocía en otras mujeres. Sayen se apartó un momento para voltearse y quitarse el cabello de la espalda, mostrándole la delicada piel de su cuello y el camino que lo llevaba hasta el cierre del vestido. Alex contuvo la desesperación de sentirla ya, y aprovechó el tacto de su piel todo lo que se permitió, de memorizar esa suavidad electrificante como si nunca más tuviese otro momento como aquel con ella.

Sus manos se tomaron tiempo bajando el cierre a medida sus labios rozaban la piel de su espalda, descendiendo entre besos hasta el final, y dando una suave mordida a un par de hoyuelos que se formaban arriba de sus glúteos. El vestido terminó de caer, dejándola únicamente en tacones y una pequeña braga traslúcida de encaje negro. Verla así desnuda y tan entregada lo excitó de sobremanera. Posó sus manos sobre su cadera y la presionó sobre cierta zona de su anatomía que ya clamaba por atención. Al sentirlo, Sayen giró su cabeza hacia él, sonriéndole con coquetería y vergüenza entremezclada, para después apoderarse de sus labios, efusiva y ardiente, más de lo que alguna vez Alex se imaginó. Solo deseaba que todo aquello se prolongara por horas, por días, no... mucho, mucho más.

La giró hacia él, tomándola de sus apetecibles muslos y la montó en su cadera, llevándola hasta la mesa del comedor, donde ella cortó el beso y se inclinó, apoyándose en sus codos para mostrarle cada parte de ella sin pudor alguno, causando en Alex el instantáneo deseo de probar cada tramo de su piel sin arrepentimientos.

Se encorvó a ella, devorando su boca con gusto a miel hasta que las ansias ganaron y se dirigió por su cuello entre mordiscos suaves llegando al lóbulo de su oreja, haciéndola temblar bajo él y soltar un suave gemido placentero que lo dejó más que listo. Probó gustoso su busto por varios minutos, mirándola de reojo para ver esa expresión ardiente en sus ojos que intentaba contener, pero que de él no escapaba. La había conocido muy bien esos meses y ella siempre había sido muy honesta con lo que sentía.

Siguió aquel sendero por su ombligo hasta llegar al borde de su braga. Sus dedos la tomaron ansioso, sin embargo, antes de poder siquiera intentar bajarla, ella lo detuvo. Con esa sonrisa divertida y moviendo su dedo índice en negación, lo fue enderezando mientras ella se acercaba a él. Era su turno de hacerlo sentir aquel placer, de quedar igual que ella.

Devorándole la boca, descendió sus manos por los botones de la camisa, quitando cada uno hasta dejar su pecho al desnudo. Paseó sus manos por cada fibra de piel caliente hasta rozar sus tetillas. Imitó su trayecto, deteniéndose más tiempo en su cuello, un punto que desestabilizó a Alex, casi perdiéndose en el placer, y aprovechando de bajarle el pantalón casi a jalones torpes, a lo que él la ayudó divertido. Ambos se rieron y al verse iguales, con una última prenda protegiéndolos, se abrazaron cariñosamente, fundiéndose en sus bocas una vez más.

El contacto de la cama bajo ella le hizo cuestionarse si todo eso era real o un sueño húmedo del cual no deseaba despertar. El toque de la piel caliente de Alex era una experiencia sublime que la elevaba al mayor de los placeres, incluso si aún no entraba en ella, se satisfacía del roce y sus besos abrasadores. Las palabras sobran...

Alex descendió con calma por sus hombros, sus senos, por sus piernas hasta sus pies, aquellos incondicionales que fueron de un lado a otro con él. Los besó y acarició en el trayecto de regreso, pasando sus labios al interior de sus muslos.

—¿Esto es una especie de truco, Alex?

—Tengo mejores...—susurró sugerente con una pizca de diversión en su tono.

—Muéstramelos.

Lo sintió sonreír en la piel de su pierna, provocándole cosquillas.

—No te los mostraré, te los haré sentir...

Alex llegó a aquella zona sensible que no había sido tocada por muchos, muchos meses. Su braga desapareció de un tirón y separó sus piernas ante las exigencias de Alex, quien no perdió detalles en morder y saborear el interior de sus muslos hasta llegar a sus labios ya húmedos por la excitación.

Cualquier ápice de consciencia previa desapareció con el primer contacto de su lengua en su clítoris, nublándose por completo ante el primer orgasmo que Alex provocó y continuó sin soltarla. Se había contorneado de tanta excitación que creyó que sus gemidos pudieron ser escuchados por sus vecinos. Agitada, Alex volvió para robarle los suspiros mientras ella hacía algunos masajes a su pene. Escucharlo gruñir de placer sobre sus labios era glorioso. Deleitarse con el simple tacto de la mutua masturbación, recorriendo con sus dedos cada centímetro de él, la hacía morderse la boca. ¿Era real?

—¿Qué quieres de mí, Alex?

—No tienes idea de todo lo que quiero de ti.

Saboreó aquel cuerpo trabajado, su abdomen marcado y sus pectorales que ya en el pasado la habían dejado sin palabras. Aprovechó de apretar con sus manos aquel trasero respingado y duro que Alex poseía. El doctor Wömpner sí que tenía lo suyo.

Alex la montó sobre su cadera, provocando que el roce los estimulara. Ninguno podía aplazarlo más tiempo, pero en cuanto ella sintió cómo buscaba entrar, se hizo a un lado en la cama, haciendo que Alex la mirara preocupado.

—Espera, lo siento, ¿te hice daño? ¿te molestó algo?

Ella prendió la luz de la mesa de noche.

—Sayen, yo...

—¿Trajiste condones? —preguntó curiosa.

No, ni siquiera había estado en sus planes todo aquello. Verla desnuda, tan dispuesta y haberlo estropeado así... Ella rebuscó en el cajón hasta sacar una pequeña caja de tres condones. Estaban los tres.

—Los compré para esa vez que no resultó... Me alegra haberlos guardados —susurró, mostrándole el pequeño paquetito metálico.

Alex la agarró y la recostó bajo su cuerpo, situándose entre sus piernas.

—Ni me lo recuerdes...—gruñó, restregándole su miembro para que sintiera todo lo que entraría en ella—. Vamos a usarlos todos, para que solo pienses en nosotros.

Ella sonrió tan excitada como decidida.

—Alex... nosotros... ¿Mañana me seguirás hablando?

Sorprendido por aquella pregunta, se inclinó hacia ella y acarició su rostro con una ternura que ni él mismo creía poseer, pero que solo con ella era capaz de aflorar.

—Tú no eres una aventura de una noche, Sayen. Para mí eres diferente. Aunque no me creas ahora, yo realmente quiero estar aquí, hoy... mañana...—«Siempre...»

Entonces ella recordó el significado de las veinte rosas.

‘Mis sentimientos por ti son sinceros’

No sabía si era por el tiempo de estar fuera de juego, pero sí estaba segura que aquella conexión que tenía con Alex jamás la había sentido en todos esos años con Daemon. Era tan liberador que lograba sentirse auténtica y honesta con su propio cuerpo, sin dejar escapar la oportunidad de sentirlo todo con el azabache. Desde sus besos hasta los orgasmos, las simples caricias y apretones. Cada cosa fue tan complementaria que cada uno de los miedos que alguna vez sintió, se esfumaron. Disfrutaba como una mujer libre y completa, una que se amaba a sí misma y se daba placer con un hombre tan huraño, cascarrabias y ególatra, pero valioso como lo era Alex.

En el momento que él la apretó con más fuerza que antes y sus gemidos crecieron, elevó más su cadera a él, dejando fluir cada sensación que los embargaba, atiborrándose de ellos como una experiencia extraordinaria, compuesta de seducción y embrujo. Ardiendo con la respiración exaltada, explotaron gloriosos en un mutuo orgasmo que los elevó al clímax. Cerró los ojos y sintió el peso del cuerpo de Alex, aguantando ceder sobre ella, respirando agitado en su cuello y su corazón a mil, igual que el suyo. Lo rodeó con sus brazos acariciando su nuca y resbalando sus dedos por el sudor. Sus pieles se pegaban deseando jamás apartarse.

Alex giró el rostro de ella, apreciándola entre la tenuidad de la cálida luz, admirándola con majestuosidad, con esos ojos penetrantes que la traspasaban por completo.

—Eres maravillosa...—susurró antes de volver a besarla.

Sayen solo pudo sonreír con renovada timidez entre sus labios.

—Estuvo increíble... —Alex se apartó con cuidado y la agarró de la cintura para acercarla, haciéndola reposar su cabeza en su pecho—. Alex, tus latidos están tan acelerados...

Él peinó sus largos cabellos con sus dedos y besó su frente cuando ella elevó sus ojos a él.

—Los tuyos también...

A diferencia de tantas otras veces en sus salidas nocturnas, con ella no se sentía invadido por la necesidad de huir como un ladrón. Estar allí, sintiendo su piel húmeda, escuchando su respiración calmándose por el sueño, era tan relajante que sus propios ojos comenzaban a cerrarse. Cuando Sayen se durmió, la contempló en silencio. Estaba consciente que apenas se había liberado de un viejo sentimiento que la mantuvo en un caos emocional, y aún había otras tantas cosas difusas en el futuro que lo hacía cuestionarse de otras cosas más.

—¿Te quedarías conmigo...?

Si sabía algo con certeza dentro de esa relación prohibida, es que jamás podría arrepentirse de esa noche.

# Capítulo

## 30

Estiró su cuerpo todo lo que pudo con aquellos brazos rodeándola. La respiración caliente de Alex en su cuello le provocaba unas agradables cosquillas que no deseaba dejar de sentir. Se torció, girando hacia él para continuar refugiada entre sus brazos, sintiendo como Alex, en una vaga lucidez, la metía de lleno entre su regazo a pesar del calor sofocante que existía en la habitación. Aún con los ojos sobre él, intentó delinear el perfil de ese estado tan profundo del azabache, pero el sueño se contagió, y volvió a dormirse.

Alex escuchó unos crujidos, por lo que entre abrió sus ojos y percibió una silueta bajo el umbral de la habitación, sin embargo, el sueño volvió más pesado, haciéndolo caer rendido.

Cuando Sayen volvió a despertar, sintió la fuerte necesidad de llenar su estómago con algo. Alex dormía como un niño terminando la semana de escuela, profundo e inadvertido de todo. Estaba segura que, si en ese momento iniciara otro terremoto, él ni se enteraría. Verlo así le provocó una ternura y serenidad indescriptible que solo duró unos minutos, cuando a su mente llegó el recuerdo de la relación que tenían y lo que habían hecho. Se permitió, antes de que todo eso acabara, delinear con las yemas de sus dedos el rostro tan tranquilo que jamás había visto antes en él; su recta nariz respingada, los suaves labios sonrosados, el ligero crecimiento de la barba y luego observó sus numerosas pestañas. Todo en ese momento le parecía esculpido por un artista, incluso sus oscuras cejas le parecían ser perfectas. Tan solo pensar en el momento en que se iría la hizo sentir indispuesta, y para agobiar aquel sentimiento que debía repeler de su vida, se alejó lentamente de sus brazos, aunque no quisiera.

Lo más cercano que halló fue su braga junto a los pies de la cama y luego la camisa de Alex en el pasillo. Caminó descalza al baño de invitados para despabilarse un poco y quitarse el resto de maquillaje que se le corrió bajos sus ojos, dándole un aspecto de mapache. Se detuvo, mirándose un tiempo más. Llevó una mano a su pecho, subiéndola hasta su cuello y cerrando sus ojos al recordar a la perfección cada mordisco y beso que Alex le brindó.

Cuando sus pies entraron en contacto con el frío suelo de la cocina, sintió que terminaba de despertar. El ciclo con Daemon se había acabado, y ella estaba comenzando una nueva etapa de su vida donde únicamente debía gustarse ella y poco importarle lo que pensarán los demás. Debía recordar cómo era vivir y disfrutarlo cada día.

Pensó en colocar algo de música, pero prefirió no hacerlo en caso de que aquello acertara el sueño de Alex. Aunque quisiera recordar lo ocurrido como un momento de mutuo acuerdo como dos adultos que necesitaban relajar sus tensiones, debía admitir en el fondo que había sido muy especial. De solo recordarlo, cada célula de su organismo se estremecía.

Sacó unos huevos del refrigerador, buscó harina y manjar. Se le había antojado algo dulce y poco le importaban las calorías en ese momento.

Alex tanteó a ciegas en busca del cuerpo de Sayen para arroparla entre sus brazos, pero sus dedos llegaron hasta el borde y ni rastros de ella. Confundido por su ausencia, se sentó en la cama y observó su lado, aquel donde toda la noche ella había permanecido y ahora solo quedaba su calor. Escuchó unas cosas caerse en la cocina, así que, tras colocarse solo el bóxer, se encaminó hasta allá. Al asomarse en silencio, se encontró a Sayen canturreando una canción y meneando su

cadera mientras agitaba suavemente la sartén, imagen que lo hizo instalarse bajo el umbral para contemplarla. Si una noche de sexo provocaba eso, estaba ansioso por comprobar que podría ocurrir con otras tantas sesiones más.

Ella dejó la tortilla sobre otro alto de panqueques y acercó la espátula para usarla de micrófono. Alex no pudo evitar reír, haciendo que Sayen se exaltara girándose a él, roja de la vergüenza.

—¿Me estabas espiando? —intentó fingir que nada había hecho, sabiendo que él había visto todo.

—Jamás me comentaste acerca de tus dotes de cantante —comentó divertido. Se acercó a ella, rodeándola por la espalda y acercándola a su cuerpo con cierta necesidad—. No te encontré en la cama, creí que yo haría el desayuno...

El ronroneo de Alex en su oído mientras sus manos se escurrían bajo la camisa, provocó que su cuerpo despertara ansioso por él. El roce de sus labios cautivó desde su cuello hasta su oído, y ella solo pudo apretar el mango de la sartén.

—Te ves muy sensual con mi camisa puesta...—dijo un suave mordisco a su lóbulo, escuchándola suspirar—. Pero sin ella te ves mucho mejor...

Y antes de darle la oportunidad de apagar el fuego, la alejó de la encimera y la montó sobre el mueble tras ellos, metiéndose entre sus piernas.

—¿Más? —preguntó ella con una pícaro sonrisa—. ¿Y si no quiero?

—Yo sé que tú quieres... —besó sus labios con una suavidad que poco duró, porque profundizó el beso hasta quitarle el aliento—. Quiero tenerte otra vez... por favor.

Alex tenía un escaso vocabulario de palabras mágicas, pero que le pidiera por favor por otro encuentro más repelió toda broma y rechazo, dejándose abrir paso a ese momento tan caliente, en el que la camisa fue arrebatada por él para devorar sus senos, y en cuanto la ropa interior de ambos acabó en el suelo, Alex entró en ella.

Se sentía diferente, más húmedo, se sentía mejor...

—Ah... Alex... Alex... —trataba de formular palabras entre las embestidas aceleradas del azabache. Apenas pudo aferrarse a su espalda y dejarse llevar por aquel ritmo más salvaje cuando un aroma a quemado llegó a su nariz. Tuvo que extender su pierna, sin interrumpir nada, hasta llevar su pie a la sartén para apartarla, sin embargo, la pateó demasiado fuerte cuando Alex la hizo pegar un brinco de placer y la masa acabó en el suelo.

Entre la agitación, Alex tomó un puñado de manjar y bañó sus senos para saborearlos con aquel toque dulce. Sayen sonrió divertida, lo cual poco duró cuando Alex la hizo pegar otro brinco y la llevó al mesón donde comían siempre, botando unos vasos junto a la bolsa de harina que se desparramó por el suelo, y recostándola con mejor altura, separó sus piernas a cada lado y la hizo alcanzar otro orgasmo que no solo la hizo gemir a ella, sino también a él en el momento que se apoderó con el dulzor de su boca. Los movimientos cesaron, y aún abrazados, Alex apoyó su frente en el pecho de Sayen, ensuciándose con los restos de manjar y esperando a calmarse un poco. Ese encuentro había sido más salvaje que el de la noche anterior, donde se habían dedicado el tiempo de una primera vez juntos.

Cuando apenas la dejó bajar, ella le dio un manotazo en su brazo.



—¿Qué? —la miró asustado.

—¡El condón! ¡no lo usamos! —apretó sus piernas y corrió a su baño para asearse.

Alex recogió sus prendas y apagó el fuego de la encimera para caminar también al baño. No estaba en el de visitas, así que la encontró en el de su habitación, regulando el agua de la ducha.

—Me siento un poco ofendido al ver que te quieres duchar apenas tuvimos sexo, ¿sabes?

—Lo siento —lo miró apenada—, pero no usamos condón. ¿Por qué no me escuchaste cuando intenté detenerte?

Él sonrió divertido, dirigiéndose a ella, tomándola de la cadera y acercándola a él. Estaba tan roja que le encantaba.

—Yo no te escuché pedir que me detuviera, más bien te oí gemir de placer...—susurró a su oído.

—¡Alex! —se apartó avergonzada—. Ponte algo de ropa, exhibicionista.

—Hace un momento no te molestaba —murmuró socarrón—. Además, tú también estás desnuda. Deja de provocarme, ¿quieres?

Solo en esos momentos su altanería no le causaba molestias. Alex se inclinó, besando sus labios en un dulce gesto, y tomó el mango de la ducha.

—Duchémonos antes de que se enfríe el desayuno.

—¿Qué? ¿Quieres que me bañe contigo? —él la miró como si fuera lo más natural—. ¿De verdad quieres bañarte conmigo?

—¿Por qué no? —aunque intentara verse tranquilo, lo mataba la ansiedad de ese momento.

—Porque me da vergüenza. Lo siento, vete —intentó quitarle la ducha en vano, pues Alex no se lo permitió.

—¿Vergüenza? ¿Luego de lo que hicimos en tu cocina?

—Sí. Tú me sedujiste, así que no me mires así —le quitó la ducha y le señaló la habitación—. ¡Veeete!

Refunfuñando, salió a la habitación, aunque en cuanto ella se metió a la bañera y cerró la cortina, él entró de nuevo sigilosamente y se metió tras ella.

—¡Oye! Te dije que no —se intentó cubrir con las manos, estar tanto tiempo desnuda la hacía sentir vulnerable—. Alex...

—Vamos, yo solo quiero estar contigo...—susurró, acercándose a ella y mojándose al quedar bajo el agua juntos. Rodeó su cintura, acercándola a él—. ¿Por qué tan tímida, señorita Sáez? Usted no es así.

—Me sorprende que no tengas un mínimo de vergüenza, ¿no te acuerdas de cuál debería ser nuestro trato?

—Lo sé —dijo serio, mas no molesto—. No es más que un detalle, un percance momentáneo. Cuando terminemos tu tratamiento, ya no habrá nada que te incomode, ¿cierto?

—No me incomoda —susurró. ¿O sí? Bajó la mirada por el cuerpo de Alex, admirándolo hasta llegar a su miembro, el cual parecía estar reaccionando. Apenas sonrió y apoyó su frente en el pecho de él. El agua caliente era relajante, mas no lo suficiente como lo era sentir sus caricias

recorriéndola.

—¿Estás molesta porque no usamos preservativo? Lo siento, no pude pensar... Solo quería sentirte.

Su confesión era más que excitante.

—La verdad es que comencé a tomar la píldora hace una semana...

—¿Entonces? —preguntó confundido.

—Solo dime que cuando te acuestas con una chica, usas preservativo.

—Claro que sí —frunció el cejo, ofendido por el gesto de duda que tenía con él. La apartó un poco para verla directo a los ojos—. Con las mujeres que he estado solo las he conocido una noche y ya. Me he protegido porque soy un adulto consciente, lo cual es distinto contigo. Lo de nosotros es diferente, tú no eres una chica como ellas.

—Entonces, ¿no te preocupa no usar preservativo conmigo? — lo miró curiosa— ¿Aunque me acueste con otros chicos? Solo debo cuidarme con ellos, ¿no?

Pensar en ella con otros hombres lo mataba.

—¿Puedo ser sincero contigo? —preguntó, viéndola asentir—. Hace mucho que no me he vuelto a acostar con alguna mujer, y si antes lo hice, siempre me cuidé. Sé que no te has acostado con nadie, sé que eres una chica sana y tranquila con sus necesidades obvias —ella lo miró apenada—. Algunas veces se te escapan los enanos al bosque y te pones a destruir autos, pero tranquila, me gusta.

—¡Oye! Yo no estoy loca.

Él rio divertido y la arrulló más entre sus brazos. Respiró profundo, extasiándose por cómo ella correspondía.

—Yo solo quiero hacer estas cosas contigo, Sayen. No necesito estar con nadie más.

Ella tampoco lo necesitaba, es más, no lo quería. Se aferró a sus brazos y besó su hombro.

Luego de bañarse juntos, y mientras ella se secaba el cabello, Alex acabó de arreglar el desastre que había provocado en la cocina y dejó listo el desayuno en una bandeja, la cual tomó llevándosela a la habitación. Se metieron en la cama y encendieron el televisor que estaba enfrente. Alex dejó una película de Rápido y Furioso.

—Hombres y autos. Inseparables ¿no?

—En esta película es donde lloramos los hombres —cortó otro trozo de panqueque y lo degustó.

Ese momento era extraño y nuevo para él. Haber dormido con ella, permitirle ese momento tan privado y luego incluso compartir la ducha y el desayuno. Definitivamente ya no lo podía seguir negando cuando se lo preguntaban. Verla reír, llorar, enojada, excitada, sentirla estremecerse, abrirse y cada gesto cariñoso que ella le brindaba, incluso cuando solo lo miraba a los ojos, era algo que no deseaba perder nunca. Haber encontrado una mujer con quien poder hacer todo eso sin sentirse ahogado o incómodo. Desde luego debía hacer que ella sintiera lo mismo. Pero, ¿cómo?

Pillándola desprevenida cuando ella se giró entre risas para comentarle la escena, él solo la apreció en silencio, provocando que ella también se callara.

—¿Qué pasa? —preguntó tímida.

Él se acercó, besando sus labios con suavidad.

—Eso pasa —susurró.

Apreció cómo sus mejillas se coloraban y su sonrisa se contraía por la timidez. Luego volteó su rostro de nuevo a la película y siguió bebiendo su té. ¿Se habría equivocado?

De pronto, ella le acercó el tenedor con un gran trozo de panqueque untado en miel. ¿Se podía describir la felicidad de otra manera?

Como había comenzado a hacer frío, se quedaron más tiempo en cama. En ningún momento ella le preguntó a qué hora se iría y era mejor así. La hora del almuerzo se les había pasado, y él únicamente quería quedarse en cama más tiempo allí, entre las mantas con ella.

Sayen enredó sus piernas con las suyas y se arropó entre sus brazos, sin levantar la mirada.

—¿No tienes nada que hacer hoy? —preguntó curiosa.

—No... —bajó una mano hasta su trasero, apretándoselo—. ¿Quieres que me vaya?

—No quiero hacerte sentir que pierdes el tiempo. Seguro tienes un montón de cosas por hacer, ¿no?

—Claro que no, no me haces perder el tiempo. Enserio, ¿quieres que me vaya?

—No es eso... Es solo que no quiero que te sientas con la obligación de continuar aquí luego de lo que hicimos. Entiendo que fue sexo y ya, no hay nada que te amarre a quedarte aquí.

Alex ya entendía a qué iba eso.

—¿De verdad piensas que siento una obligación contigo? —ella guardó silencio—. ¿Quieres que te cuente un secreto? Algo que ni siquiera John sabe.

—¿Qué? —se apartó un poco para verlo mejor, sin embargo, él la agarró como si temiera que se alejara más.

—Jamás había dormido con una mujer. Nunca —admitió por fin. Decirlo era tan extraño como recordárselo a sí mismo. Sayen parpadeó un par de veces como si no entendiera—. ¿No entiendes?

—No, o sea... Te acostabas con mujeres, pero luego te ibas, ¿no es eso normal?

—Me iba apenas terminaba. Casi no dejaba que me besaran —explicó ante sus ojos que parecieron expandirse por la sorpresa—. No me sentía cómodo, pensar dormir con alguien era sentirme... vulnerable.

—¿Fue por lo de tu madre...? Aquel rechazo...

—Por muchos años he vivido así, prefiriendo irme y estar solo, por la costumbre. No me hacía sentir cómodo compartir más tiempo con una desconocida por la cual mi atracción era meramente carnal. Prefería irme a mi casa... aunque cada noche tuviera pesadillas.

De a poco ella iba comprendiendo. Fue tanta la lejanía materna que tuvo en su crecimiento que no sabía qué hacer luego de un momento que seguramente era de breve liberación. Esas noches que él se ocultaba en su habitación donde, muy probablemente dormía poco, pensando en que su madre podría hacerle daño. Era tal como darle el poder a alguien para actuar mientras él descansaba.

En realidad, Alex no había crecido, continuó siendo ese niño asustado del pasado. Uno que se adaptó a estar solo, a la defensiva y vivir a falta de cariño.

Acercó su mano a su rostro para acariciarlo, pero apenas sus dedos rozaron su mejilla no pudo contenerse y terminó acercándose a sus labios para besarlos. Aquellas tersas almohadillas la recibieron encantando.

—¿Ya no tienes miedo de amar, Alex?

Él tomó una bocanada de aire y respiró aliviado, aferrándola a su cuerpo, hundiéndose en ella para hacerla suya de nuevo.

—Ya no.

Mientras ella elegía cuál sería la portada de su nueva novela y le reenviaba un correo a Natalie, junto a las indicaciones como la tipografía elegida, Alex estaba recostado a lo largo del futón, leyendo una novela suya, aquella con la que había iniciado su carrera. Le gustaba verlo así, tan concentrado y percibiendo sus miradas furtivas hacia ella, y luego cómo se hacía el tonto, volviendo a mirar el libro. Cuando acabó su trabajo, giró su silla para apreciarlo un instante.

Aquellos tiempos en que Daemon pudo haber hecho lo mismo, jamás ocurrió. Solo se quejaba de que ella trabajaba mucho a su parecer, cuando la verdad es que ella se había desvivido intentando hacer todo lo mejor por él. Alex, en cambio, era tan natural y cercano a ella que la fascinaba, aunque debía admitir que también la asustaba. Recién salía de las sombras de una fallida relación que no había sido más que engaños. ¿Cómo podía entrar a otra?

Sin embargo, cuando Alex la tocaba o la besaba, se sentía como en las nubes y no recordaba el porqué de sus lágrimas el último año. Entonces, cuando el efecto pasaba, recordaba la carga que tuvo tanto tiempo y surgía un pequeño temor de recaer en algo así. ¿Cómo aguantaría otro dolor como ese? Una nueva ilusión rompiéndose cuando por fin se estaba recuperando ella misma.

—¿Qué tanto piensas, mujer? —su voz la trajo de vuelta a la realidad—. ¿Tan atractivo soy para ti que no me puedes quitar los ojos de encima?

Él la miraba con una amplia sonrisa divertida. Lo hacía ver más joven... Más feliz.

—Lo eres —admitió, para sorpresa del azabache.

Por un momento Alex cerró el libro que llevaba rato leyendo y le indicó con el dedo que se acercara a él. Al hacerlo, la tomó del brazo y la hizo inclinarse para alcanzar la altura de su rostro, y cuando ella pensó que le daría un beso, él le dio un respingo a su nariz.

—¿Quién eres y qué hiciste con Sayen? Ella no diría eso.

—Tonto —se sobó la punta y lo miró molesta. Antes de poder irse, Alex la jaló, tirándola sobre él—. Ya déjame. Vete. No quiero nada contigo. Tonto, tonto, tonto.

—¿Por qué? Yo no quiero irme... —admitió ahora él, haciéndola callar y después acomodándola en el futón con él.

—¿En qué página vas? —tomó el libro que él había dejado de lado un momento. Él movió un montón de páginas y le señaló la escena

—¿Alguna vez te enamoraste de tu profesor de filosofía? Son demasiado aburridos.

—Él no —lo miró traviesa—. Sí, era algo aburrido, pero muy atractivo. Huraño, pero atractivo.

—¿Enserio? ¿Él fue tu inspiración para tu primera novela?

—Lo fue, él y su novia lo fueron...—explicó—. No es tan falsa la historia, ¿sabes? Ellos existen.

—¿Enserio? —cuestionó sin creerle—. ¿Entonces de verdad se encontró a la chica en la calle y la llevó a vivir con él? —la vio asentir—. ¿De verdad su marido hizo todo eso?

—Que sí Alex. Aunque varias cosas son inventadas, ellos son reales. Su historia fue real, incluso salieron en televisión —él la miraba, desconfiado—. Algunas historias de amor son más complicadas que otras. ¿Me creerías si te digo que el abogado de ella es actual abogado de Natalie y ayuda en la compañía?

Dentro de su sorpresa, el haber escuchado el nombre de la rubia hizo que cada gesto de su cara fuera cambiando hasta volverse una fría pared. Recordarla cuando todo iba bien con la castaña era como recibir un balde de agua fría.

Y con la sospecha en Sayen rondando, se atrevió a preguntar.

—¿Tuviste algún problema con Natalie? De hace tiempo siento que tu presencia para ella ya no es grata.

De seguro la rubia no le había contado nada.

—No, es tu idea —la apretó contra él y cambió la página—. ¿Te parece si mañana salimos a cenar?

—Mañana tengo que cenar con Natalie, ya se lo prometí. ¿Puedes seguir leyendo? Me gusta verte hacerlo.

—¿Me estás rechazando indirectamente?

—Seguro nunca te ocurrió con otra mujer —lo miró suspicaz.

—No, porque nunca había invitado a otra mujer a cenar.

Con cierta timidez una sonrisa se formó en los labios de Sayen.

—Lo pensaré, si me devuelves mis puertas.

# Capítulo

## 31

Su domingo finalizaba con pizza frente al televisor y arrumacos con la castaña, hasta acabar en una grata despedida que los dejó durmiendo a riendas sueltas a cada uno en sus camas, casi sin lograr escuchar el despertador. Se sentía tan liviano que poco faltaba para que se le despegaran los pies del suelo.

Su secretaria siempre llegaba al menos quince minutos antes que él para recibir a los primeros pacientes y tenerle preparado su café matutino, pero antes de concluir el gesto de saludo, se detuvo en seco cuando se encontró a Natalie en la sala de espera.

—Señor Wömpner, qué cara tan diferente luce hoy —dejó la revista de lado y se levantó, clavando sus tacones en la madera con cada paso que daba—. ¿Se ha divertido este fin de semana?

Algo le hizo creer que ella sabía todo lo ocurrido desde el sábado en la noche hasta ayer. Dudaba que la castaña hubiese ido a contárselo.

Ante la atónita mirada de su secretaria, se forzó a sonreír y le pidió que pasaran a su consulta. Tampoco era algo que quisiera ventilar, aunque la rubia parecía tener toda la intención.

Al cerrar la puerta, la expresión de Natalie se despejó de falsedades, cambiándola por una de rotundo desprecio.

—¿Es que acaso usted es sordo o tonto? ¿No entendió cuando se lo advertí? Le dije que si usted se involucra con Sayen de otra forma que no fuera profesional, yo no dudaría en denunciarlo.

—No entiendo a qué se refiere, ¿en qué sentido me involucré con Sayen?

—No soy estúpida, Alexander. Ayer cuando entré al apartamento de Sayen en la mañana los vi en la cama, desnudos y durmiendo abrazados como si fueran una pareja. Eso a mí me lo dejó muy claro.

Sabía que ella tenía una copia de las llaves, pues una vez las habían usado para quitar todas las cosas viejas de Sayen que le recordaran a su ex, pero jamás habría sospechado que ella anduvo esa mañana allí.

Reteniendo la vergüenza, antepuso la tranquilidad en su expresión, después de todo él ya había tomado una decisión, una que valoraba y no se basaba en los deseos de terceros.

—Nos descubrió, bien. ¿Y qué?

—¿Y qué? ¿No se ha divertido ya lo suficiente con mi confianza y la de Sayen? ¿Acaso le enseñaron en la universidad que tenía que acostarse con sus pacientes? Ha faltado a la ética de la que tanto se vanaglorió cuando le pedí ayuda.

Sí. Recordaba bien esa tarde en que dijo varias cosas para convencerla de llevar a la castaña con él, tan solo que en aquel entonces su propósito había sido otro.

—Que hayamos llegado a esto con Sayen no es algo que yo tuviese planeado. Solo ocurrió como pasa cualquier cosa.

—¡Pero esto no es cualquier cosa! —gritó ofuscada—. ¿Quiere romperle el corazón? ¿Quiere dejarla así sin nada y deprimirla otra vez? Recién se está recuperando del imbécil de Daemon.

¿Por qué no mejor se busca una mujer con menos problemas y nos ahorra las molestias?

Estaba la posibilidad de decir que sí y dar un pie atrás, jurar que ya no molestaría y que cortaría las sesiones para no arriesgar su carrera. Dejar todo de lado y continuar con su vida como hasta entonces había sido antes de conocer a Sayen, sin embargo, todo sería aburrido, vacío. ¿Por qué tenía que reprimir aquellos sentimientos cuando por fin los había conocido?

—Porque para mí ella no es un juego. No busco destrozarla ni herirla, ni mucho menos abandonarla. Para mí, Sayen es especial.

Natalie bufó entre risas. ¿Especial?

—¿Especial? ¿Por qué no se deja de bromas y se da cuenta de la situación? Usted sedujo a una paciente, una mujer que ha estado depresiva por un hombre que la abandonó, ¡hace poco más de un año! ¿Por qué, Alexander?

—Y parece que usted es la que no se ha dado cuenta de que Sayen es una mujer fantástica y fuerte que ha sabido salir de ese pasado, ella se está recomponiendo muy bien. Sí, necesita tiempo y jamás he dicho que la presionaré. Yo no he hecho nada que ella no quisiera. ¿Y quiere saber por qué no me voy alejar? Porque estoy enamorado de Sayen. Porque es imposible para mí no sentirlo y porque la sola idea de que ella se aleje de mí me destroza los sesos —ante su mirada atónita, se acercó a su escritorio donde rebuscó en un cajón, sacando una carpeta—. Yo no he fallado en su tratamiento. Sayen ha mejorado mucho, hemos sido prudentes con los fármacos y si he fallado en una sola cosa, fue en no prevenir que esto ocurriría, porque era imposible hacerlo.

Encontró aquel cheque con el monto y fecha en blanco que había recibido meses atrás, con el nombre de la agencia literaria de la rubia. No existía un precio que valiera la pena si de eso dependía alejarse. Al extenderse, Natalie miró sorprendida el cheque que le había dado cuando pidió su ayuda.

—¿Por qué...? Jamás lo cobró —buscó respuestas en su mirada—. ¿Por qué...?

—Porque cuando comenzamos el tratamiento, debo admitir que no me lo tomé en serio. Continuaba molesto por lo que había ocurrido y solo quería darle una lección a Sayen. Pero ella... ella me metió en su vida y no pude parar. Porque cuando solo quería restregarle en la cara lo que hizo, terminaba sintiendo lástima... Y luego esa lástima fue cambiando por apoyo y luego solo había cariño y admiración. Sayen jamás fue una paciente real.

Atontada por lo que veía, arrugó el papel entre sus manos e intentó recuperar la calma. Toda esa situación era una verdadera locura. Que Sayen hubiese conseguido que su psiquiatra se enamorara de ella era digno de lo que escribía en sus novelas.

Lo miró desconfiada.

—¿De verdad la ama? ¿Cómo sé que no va a lastimarla?

—Porque el único que podría salir lastimado de esto soy yo. Mientras espero que ella se acerque, corro el riesgo de que nunca me tome en serio y se vaya. Porque estoy dispuesto a esperar. Ella es importante para mí.

—¿Y qué va a ocurrir con el tratamiento? Con esto usted ya no está obligado.

—Continuaremos con su tratamiento. Sé que Sayen tiene muchos proyectos ahora que ya pudo librarse del pasado. No le queda mucho conmigo.

—Supongo... supongo que entonces sería estúpido llevármela — jamás había dado su brazo a

torcer y le costaba aceptar la sinceridad de Alex, cuando en realidad era él quien tenía tanto por perder—. No quiero que la lastime. Ella puede parecer dura a veces, quizás esconde bien sus sentimientos ahora, pero... pero ella jamás daría tanto por alguien solo porque sí, no sin un sentimiento especial de por medio.

Cierto o no, escucharla decir aquello solo llenó de esperanzas a Alex. Debía comprobarlo.

—Solo se lo advierto —acotó—. Ella no es una mala mujer. No va a querer lastimarlo.

—Ya sé cómo es, lo sé muy bien. Aunque no lo crea, tampoco soy un mal hombre. Lo que menos quiero es hacerle daño a Sayen.

Todavía confundida por tantas revelaciones y la euforia atenuada de su rabia, se encaminó a la puerta para irse a su trabajo. Era gracioso pensar que un hombre que parecía tan frío hubiese caído rendido por, quien él consideraba, un “desastre”.

—Si quiere hacerla feliz, solo hágalo sin presiones. Déjela ser libre un tiempo.

Y a veces ese deseo iba acompañado del miedo de que su libertad la alejara de él, sabiendo que debía aceptarlo.

—Lo haré.



# Capítulo

## 32

Habían pasado un par de días sin ver a la castaña desde ese domingo especial. Cuando la llamó para preguntarle si se verían, ella solo había insistido con que tenía mucho trabajo con la agencia y que cuando tuviese tiempo disponible, lo llamaría. Aquello lo estresó de sobremanera e incluso conoció cuánto causaba un rechazo. Era como si se hubiesen distanciado, como si en el fondo ella no quisiera decirle que estaba arrepentida de lo que hicieron. O eso creía él.

Como a medio día tenían una cita programada, se adelantó a llamarla media hora antes de lo programado. Escuchó impaciente el tono de marcado hasta que por fin ella contestó con un simple “¿Aló?” ¿Qué decirle? ¿Estaría molesta?

—Buenos días Sayen. Me preguntaba si ya te has despegado de la cama, ¿o tienes resaca literaria? —intentó sonar divertido—. ¿Ya vienes? El diván te espera.

—Alex —cortó ella, como si no hubiese escuchado nada de lo dicho por él—. Estoy terminando unos asuntos en la agencia. Quizás llegue unos minutos atrasada, ¿sí?

—Ya veo. Tienes mucho trabajo, ¿no?

Ella solo asintió murmurando.

—Por cierto, Alex, ¿sabes dónde quedó el collar de Daemon?

Su pregunta lo dejó estupefacto. ¿De verdad estaba preguntando por esa baratija? ¿Qué había ocurrido?

Sus manos se empuñaron inconscientemente.

—¿No recuerdas que lo tiramos por el inodoro? El domingo en la tarde, después de comer.

—Oh... cierto, lo había olvidado —murmuró distraída—. Te veo luego entonces.

Pero antes de que ella cortara, Alex cuestionó:

—¿Está todo bien entre nosotros?

—Claro que sí —su escueta respuesta no lo convenció—. Lo siento, estoy algo ocupada. Nos vemos.

Tan solo se quedó mirando el fondo de pantalla una vez ella cortó.

—¿Es suficiente? Creo que este diseño es el mejor, la estructura está bien y no hay faltas, ¿ya puedo irme? —preguntó amurrada. La rubia había insistido que revisara el material antes de que lo enviaran de regreso a la editorial, y tras ello a la imprenta.

—¿Segura que no quieres volver a revisarlo? —ella negó—. ¿A dónde vas ahora? ¿Te llamó el señor Wömpner?

—Sí, tengo una sesión ahora en unos minutos, creo que voy llegando tarde si no me voy ahora —se levantó de una vez, en busca de su cartera.

Natalie la miró confundida.

—¿Y por qué preguntaste por el collar? ¿te lo devolvió?

—Algo así —alisó su blanca falda tubo y se miró en un espejo, observando su blusa sin mangas y cuello mao de color palo rosa. A juego con su falda, parecía más esbelta si le sumaba los

tacones—. ¿Puedo preguntarte algo? Pero no quiero que te molestes —La rubia se reclinó en su silla y la miró con atención—. ¿Por qué pareciera que detestas a Alex? Creo que nunca te ha hecho nada malo, ¿cierto?

—No es que lo deteste, no se trata de eso —suspiró, sabía que un día terminaría preguntándole—. Yo solo no quiero verte mal, y parece que estás muy apegada a él. Lo último que quiero es que vuelvas a salir herida, recién te estás recuperando —explicó apenas respirando. No quería darle oportunidad de anular cada palabra dicha—. El domingo fui temprano a tu casa. Por alguna razón sentí que debía ir, ¿y que me encuentro? A mi mejor amiga en la cama, desnuda, con su psiquiatra. Sé que no tuve que llegar así nada más, pero... ¿Cómo iba a pensar que te encontraría de esa forma?

Las mejillas de Sayen se tiñeron debido a la vergüenza de haber sido descubierta de esa forma, sin embargo, tras ello su templanza no varió. Lo que menos quería era que su amiga pensara que para ella eso fuera broma.

—Sí, tuvimos sexo —admitió con calma—. Alex me gusta mucho, nos acostamos porque ambos lo quisimos, y cielos... realmente lo necesitaba —sobre todo considerando su fallido intento con Francis—. Pero si piensas que volveré a ser una dependiente emocional y que cometeré los mismos errores que con Daemon, te equivocas, yo ya no quiero volver a pasar por eso.

—¿Y si te enamoras? —ya Alexander había dicho estarlo de su amiga. ¿Y si ella sentía lo mismo? Era demasiado pronto a su parecer— Lo último que quiero es tener que volver a recoger los pedazos cuando pudo haberse prevenido.

—No tendrás que recoger nada, Natalie. Alex es mi psiquiatra, ha visto lo peor de mí y no me haría daño. Además, por ahora no quiero nada serio. Apenas estoy logrando salir de mis tóxicos viejos sentimientos.

—Lo sé, lo sé... ¿Y si Alexander busca más? Si no solo le gustas...

Pensarlo así producía en Sayen que el piso se moviera bajo ella. Sin embargo, dudaba estar lista para algo más grande. Tampoco quería ilusionarse vanamente, él debía decírselo si ese era el caso.

—Tranquila, estoy bien así ahora. Solo quiero escribir y recuperar el tiempo perdido para invertirlo en mí.

Natalie suspiró, relajándose un poco.

—Sabes que te quiero mucho, eres como una hermana para mí.

—Yo también te quiero mucho —sonrió con tenuidad, acercándose a la puerta—. Ya voy tarde, te veo luego.

En el momento en que su secretaria anunció el nombre de la castaña, su pecho se contrajo producto a la ansiedad. Cuando la vio entrar con sus altos tacones crema, perfilando su primaveral presencia, el aire se le escapó. Incluso su cabello recogido en una cola alta la hacía ver más preciosa al despejar su rostro.

La sonrisa les iluminó el rostro a ambos al verse, pero cuando él se levantó para recibirla, no supieron cómo saludarse. Si besar su mejilla, sus labios o solo tomar sus manos, así que solo fluyeron en un escueto beso bajo la comisura de sus bocas.

—Lo siento, Natalie me retuvo por trabajo. Tuve que revisar que el digital que envían a la

impresión estuviera correcta. Una vez se equivocaron con la numeración y fue un caos —explicó atareada, sentándose en el diván—. ¿Estás bien? Te noto algo inquieto.

—Estoy preocupado... —dijo, sentándose frente a ella en la mesa de centro para quedar cerca—. ¿Por qué querías el collar?

Haber pensado las múltiples razones lo agobiaban. Ella, con una serenidad increíble, le respondió:

—Veré a Daemon a las una.

—¿Qué? ¿Por qué vas a verlo? Pensé... pensé que habías dicho que ya no sentías nada por él.

¿Ahora cómo podría calmarse?

—Y no lo siento, no siento nada por él. No te preocupes, todo estará bien.

¿Bien? ¿De qué manera iba a estar todo bien?

—Sí... lo sé, pero es que no veo razón para que lo hagas ya.

—Vamos, ¿no confías en mí? —sonrió de tal forma que lo inquietó más—. Pensé que todo estaba claro.

—Lo mismo pensé, pero creo que me equivoqué.

La sonrisa de Sayen se borró al escucharlo así. Ver esa expresión en Alex le daba a entender que ella lo había lastimado, y no comprendía.

Él se levantó, alejándose.

—Entonces has estado muy ocupada estos días, ¿no?

—Sé que querías que saliéramos a cenar...

—Sin embargo, tienes tiempo para ir con ese idiota, ¿no? Entiendo que mi posición no es mejor que la suya.

No podía seguir intentando fundarse en profesionalidad cuando lo único que quería era decirle todo lo que sentía, pero se contuvo. No podía decirlo cuando ella prefería darle tiempo al idiota que le rompió el corazón en vez de a él.

—Lo siento, yo no... —se calló. ¿Qué podía decir? —. No quería ofenderte, de verdad estuve muy ocupada y yo...—nada parecía ser mejor—. Alex, yo ya no siento nada por Daemon, no quiero nada de él. Jamás me dio nada bueno y contigo lo entendí... Solo quiero cerrar definitivamente esto, como una adulta, sola, sin necesitarte a mi lado. Sin juegos ni encuentros hechos por ti. Quiero ser fuerte por mí misma, ¿no entiendes?

Cierto. En las ocasiones que ella pudo enfrentarlo había estado a su lado, pero... ¿Era necesario hacerlo?

—¿Enserio? —no parecía muy seguro. Dio unas vueltas, sintiéndose desesperado—. No quiero que retrocedas, ¿entiendes?

—Y no lo haré, ¿por qué te enojas tanto? —se levantó, acercándose a él—. ¿Crees que habría aceptado lo que hicimos si yo sintiera aún algo por él?

Y aunque se tardó en responder, negó. Sabía que no.

—Solo... solo cuídate, ¿sí? No dejes que te haga ilusiones.

Aunque sus palabras la relajaron, no quedó del todo satisfecha. Se había equivocado al evadir

salir con él cuando en verdad lo deseaba y él se lo merecía. Se notaba que estaba molesto con ella, pero era capaz de reprimirse y dejarla ir. Se acercó lo suficiente a Alex, quien apoyado en el borde de su escritorio, la miraba avanzar a él en silencio.

Rozó sus tacones con sus zapatos. Con sus dedos acarició el dorso de su mano apoyada en la madera y rebuscó su mirada oculta hasta que por fin él accedió a verla a sus ojos pardos, aquellos que sabía que en cuanto los mirara, cedería, y así ocurrió... Sus grandes manos acabaron en su cintura y la atrajo hacia él, inclinándose para besarla con una sutileza indescriptible, con la fuerte necesidad de hacer durar lo más posible ese encuentro, incluso detener el tiempo si eso fuera posible. Subió una mano, acariciando su quijada, pero ella lentamente comenzó apartarse.

—¿No podías rechazarlo? O aceptar esa cita en otro momento... Quería llevarte a comer, ¿sabes? —preguntó desanimado, sin dejar de ver sus ojos y añorar tenerla más tiempo así.

—Quiero salir de esto lo antes posible, Alex... —acomodó la corbata del azabache y planchó su camisa con sus manos. ¿Por qué de pronto un beso no se le hacía suficiente? —. Confía en mí, ¿lo harás?

Ver la forma en que fruncía sus labios y volvía a esconder su mirada, la obligó a besar solo su mejilla, hasta separarse por completo e irse.

Alex aguardó un instante, aunque no demasiado. No podía quedarse allí y tener la mente en otro lado, torturando sus neuronas por saber qué hablaban o qué ocurría. Tomó su chaqueta y se fue atrás de ella. No tomaría su auto para ser precavido, tan solo corrió unas calles para alcanzarla, aunque manteniendo la distancia.

Llegaron a un restaurante italiano cercano. Entró a pasos tras ella cuando la vio acercarse a una mesa donde estaba ese sujeto, quien apenas la vio, se levantó para saludarla con efusividad, cosa que ella rechazó y se sentó. Alex no tardó en ubicarse en la mesa contigua tras ella, dándole la espalda. Necesitaba escucharlo todo.

—Luces preciosa, siempre me gustó cómo se te ve ese color — dijo sin vergüenza alguna, a lo que la castaña sonrió forzosamente—. He pedido tu favorito, ñoquis con salsa Alfredo.

—No te hubieras molestado, no vine para comer.

Daemon forzó una sonrisa lo más amable posible.

—Pero ya lo pedí. Vamos, sé que te va a encantar, siempre veníamos a este restaurante.

—En un principio, luego parece que se te olvidó —verlo con esa calma le provocaba náuseas—. ¿Me vas a decir para qué me citaste?

El rubio se inclinó en la mesa como un viejo confidente.

—Tengo muchas cosas que decirte, empezando por mi compromiso. Se anuló. Ya no me casaré con ella.

Y aunque poco le importaba a Sayen, no pudo ocultar su extrañeza. Quizás Alex había tenido razón y luego de esa noche acabaron discutiendo.

—Bueno, esas cosas ocurren. Las relaciones siempre se rompen cuando no es la persona indicada —y aunque sonó a indirecta, poco le importó. El mesero les sirvió dos copas de vino previamente pedidas. Daemon bebió, por el contrario, ella solo pidió un vaso de agua.

—Bueno, no pareces más contenta que yo —comentó inconforme de verla así—. Fue algo difícil, pero creo que el principal problema fuiste tú.

En el silencio que se formó, Alex sintió la necesidad de desenvolver el servicio y enterrárselo en esa cabeza estúpida. ¿Pensaba que iba a conseguir algo contándole esas cosas?

—No debería ser. Jamás me he metido en tu relación como ella.

—La verdad es que el recuerdo tuyo nunca nos dejó. Ella sabía que yo aún conservaba sentimientos por ti —Sayen resopló incrédula, más al sentir cómo tomaba su mano—. Y digo, es obvio. ¿Cómo podría haberlo intentado siquiera?

Y antes de que el mismo Alex reaccionara llevándosela, ella apartó su mano con brusquedad y se apoyó en el respaldo.

—Disculpa, creo que tenemos recuerdos muy distintos. Quizás haber aceptado venir te confundió, no vine a lo mismo que tú.

—No, claro que no. Esta es una comida de reconciliación, preciosa. ¿No te das cuenta? Pedí todo lo que te gusta, dejé mis planes por ti, ¿no lo ves?

Sayen se quedó muda por un instante que fue eterno para Alex.

—Daemon, ¿por qué buscas volver conmigo?

—¿Cómo que por qué, preciosa? —preguntó como si fuera lo más obvio del mundo y rio divertido—. Tú eres el amor de mi vida. Teníamos muchos planes y aún pienso en ellos, todavía te imagino como mi mujer, siempre lo hice. Mi mayor ilusión es hacerte mi esposa, igual como soñábamos antes.

Intentó volver a tomar sus manos, pero ella se apartó, metiéndolas bajo la mesa.

—No me toques —dijo con brusquedad—. Lo siento Daemon, yo no vine para nada de esto —se levantó fastidiada—. Yo solo quería pedirte que dejaras de buscarme porque yo ya te superé y quiero continuar con mi vida. Qué lástima que tu relación se haya deshecho, pero estoy segura que es lejos de ser por tus sentimientos hacia mí, y aunque así fuera, jamás volvería contigo.

Alex sintió cómo el alma le volvía al cuerpo por fin. Ella ahora solo tenía que irse y olvidarse de todo ya, continuar con su vida tal como había dicho, pero las cosas no se quedaron ahí. Antes de darse media vuelta, Daemon la agarró del brazo para evitar que se fuera, sin importarle si la lastimaba o no.

—¡Ya déjame! Por mucho tiempo pensé que aún te amaba. Estuve en una gran depresión por ti e incluso quise morir por no tenerte, ¿y tú? Tú eras feliz con la mujer que te acostabas cuando a mí ya no me tocabas. ¿Por qué no te fuiste antes con ella? ¿fue porque yo pagaba tu especialidad? Yo ya dejé de amarte hace mucho, quizás dentro de nuestra relación yo ya no te amaba. Estaba tan acostumbrada a la idea de que eras solo tú, que me costó mucho quitarme la venda de los ojos, pero ya te dejé ir.

Daemon no supo cómo contestarle. Lo único que pensaba era en todas las personas que los veían y habían parado de comer por el espectáculo que estaban montando. Lo último que quería era quedar como el rechazado, pues eso era algo que jamás dejaría pasar.

—Creo que estás confundida, mi amor. La impresión de mi noticia hizo algo... en tu cabecita —sonrió ampliamente—. Para mí también fue muy difícil, pero esto no pasó nada más porque sí. Mira... nuestra relación se había hecho monótona y por eso decidí darnos un tiempo. Siempre pensé volver contigo, preciosa. Jamás podría olvidarte ni cambiarte por nadie.

¿Pensó volver con ella? ¿Incluso cuando celebraba su compromiso? Tanto ella como Alex

bufaron irónicos a sus absurdas palabras y se cuestionaron si Daemon en realidad tenía algo de neuronas.

—¿Enserio? ¿Y qué pasó con tu fiesta de compromiso? —estaba tan sorprendida de la clase de hombre basura al que había dedicado tanto tiempo y lágrimas—. Tú ya no me amabas. De ser así, jamás habrías buscado a otra para acostarte.

—¿Y qué querías que hiciera? —su tono había cambiado por completo, dejando a un lado esa máscara para dar paso a su irritación—. Te la vivías escribiendo noche y día, no me ponías atención, yo también necesitaba de ti y solo te importaba tu estúpida carrera. En realidad, quería tenerte como mi mujer, pero tú no parecías dispuesta a sacrificar nada. Toda tú eras más importante que yo.

No podía creer lo que ese hombre decía. ¿Que jamás le dedicó tiempo? ¡Si se había desvivido por él! Forcejeó con su brazo para que la soltara, sin embargo, él solo la agarró más fuerte, haciéndole daño.

—Me conociste como escritora y moriré como tal —lo señaló cabreada—. Aplacé firmas por tus caprichos, atrasé fechas de entregas por llevarte de vacaciones, incluso pasaba noches desconectada de mi trabajo para que estuviéramos juntos, pero de pronto tu atención por mí murió. Solo tienes que ser hombre y decir la verdad, ¡No entiendo cómo pude haber estado tan deprimida por un hombre como tú! ¡No vales nada!

—Eres una... —alzó su mano, dispuesto a golpearla y dejarle claro que con él no se jugaba así. Pero antes de rozar la piel de su mejilla, Alex se levantó, empujándolo y atrayendo a la castaña a su pecho, provocando que la soltara en el acto.

—¿Qué te crees, pedazo de imbécil? —gruñó Alex furioso. ¿Enserio se había creído con el derecho de tocarla? —. Vuelve a intentarlo, hijo de puta, porque así me das un buen motivo para romperte tus malditas piernas.

Sayen reaccionó cuando Daemon se levantó para devolverle el golpe a Alex y este tuvo que hacerla atrás de él para evitarlo, y de otro golpe en la quijada, lo mandó de vuelta a la silla.

—Vaya Sayen, ¿trajiste a tu noviecito? —se limpió con el puño la sangre que le había salido de la boca, quizás le había roto la encía—. Seguro él se aprovecha de tu dinero ahora, ¿verdad? Porque solo para eso me servías. Sí, te usé muchas veces y de todas las formas que pude y quise —confesó sin arrepentimientos—. Y la verdad es que como mujer poco servías, ya era muy aburrido. Aunque tal parece que ahora eres distinta. Además, yo sé que todavía sientes algo por mí, lo sé.

Furioso, Alex empuñó sus manos. Estaba por acercarse a darle una golpiza con todas las ganas reprimidas, cuando la castaña se interpuso delante de él.

—¡Por fin eres honesto en algo! Tuviste tu primer logro en la vida sin depender de nadie, ¡felicidades! —dijo arisca—. Me alegra que me hayas sido infiel y te largaras de mi vida, ¡no perdí más tiempo contigo! Y digas lo que digas, soy la misma mujer de antes, a la que nunca le sacaste potencial por ser un completo imbécil —tomó la copa de vino que antes había rechazado y le lanzó el contenido a la cara—. No necesito de ti ni de nadie, y si me permites, me voy antes de continuar con esta tonta escena.

Sin embargo, el rubio no se iba a quedar como si nada, dejándola irse victoriosa con ese nuevo novio suyo. Se levantó y la agarró de la espalda de la blusa, jalándola a él para dejarle claro

quién mandaba. La tambaleó hacia él y Alex, apenas reaccionando, la apartó y no se permitió tener control esta vez. Todo el resentimiento creado que tenía contra este, lo dejó liberarse al fin.

Y no solo él le daba su merecido, sino que Daemon también le devolvía puñetazos. Incluso le había dejado la mejilla derecha hinchada. Sayen quería detenerlos, pero antes de intentarlo, Daemon fue a parar, entre todo el escándalo y gritos, a la mesa que habían usado y quebrando las patas por el impacto. Alex comenzó a apartarse, intentando calmarse, cuando Daemon agarró la botella de vino para golpear a Alex en la espalda.

—¡Deténganse! ¡Paren! ¡Alex, Alex, vámonos! —le rogaba, pero este no le hacía caso.

Los encargados y meseros del restaurante llegaron, deteniendo como pudieron la pelea, mas no quedó hasta ahí. Media hora después estaban los tres detenidos en la comisaría, tal como ocurrió la primera vez con Alex, con el mismo agente.

—Entonces, una pelea por motivos pasionales en el Piazza acabó con daños monetarios. El dueño quiere que alguien se responsabilice de los gastos.

Alex y Daemon se miraron con repudio, cruzándose de brazos. Ambos tenían la ropa arruinada, los rostros con restos de sangre y heridas parchadas.

—Yo lo haré —susurró la castaña algo cansada. Desde que los habían metido al carro policial no había vuelto a mirar a ninguno de los dos, aunque sí sentía los ojos de Alex sobre ella—. Le dejaré mi tarjeta al dueño para que me llame.

—Muy bien. Si no quieren pasar la noche aquí, sus abogados o alguien tendrá que venir por ustedes y pagar la fianza. Creo que su agente ya viene en camino, señorita Sáez. ¿Qué es de ustedes?

—Llamaron a un amigo —contestaron ambos hombres a la vez, volviendo a mirarse con odio.

Mientras los hicieron esperar tras barrotes, el aura de odio que despedía la castaña era demasiado fuerte para los dos. Alex se mantuvo en silencio viéndola. Sabía que ella podría estar agradecida por defenderla, pero seguro estaba molesta por haber ido.

Los rápidos taconeos de Natalie atravesaron la puerta junto al oficial, y pasando sus brazos por los barrotes, abrazó a la castaña.

—¿Qué diablos esta vez? ¿Están locos? —miró con molestia a ambos hombres y luego a su amiga, observando luego su rostro para ver que no estuviese lastimada—. ¿No te hizo nada? ¿No estás herida?

—Estoy bien, solo sácame de aquí, por favor... —pidió apenas en un murmullo. El oficial abrió la reja cuando John llegó también.

—¿Se puede saber qué hicieron? —Alex lo ignoró, pues sus ojos estaban fijos en Sayen, y la siguió mientras su amigo y Natalie firmaban los papeles de salida.

—Sayen... por favor, ¿por qué no me hablas? Yo solo quise cuidarte.

—No confiaste en mí, Alex —se volteó a él, decepcionada, algo que él podía ver en sus ojos—. Te pedí que confiaras en mí, te dije que yo ya no sentía nada por él. ¿Por qué tuviste que seguirme?

—Porque yo... porque... —no sabía qué decir sin dejar clara las cosas. Intentó acercarse más a ella, siendo rechazado al acto—. Porque tuve miedo de que volvieras con él. Porque la sola idea de que él te convenciera me mataba y necesitaba estar seguro.

—¿Necesitabas estar seguro? ¿después de todo lo que ha pasado? ¿de lo que hicimos? —se tocó el pecho. Aquel sentimiento de su corazón oprimiéndose era algo que no quería sentir.

Sayen notó que Natalie y John ya habían acabado, y antes de que ellos se acercaran, salió huyendo de la comisaría con Alex tras ella siguiéndole el paso. Él la tomó del brazo, mucho más suave que Daemon hizo rato atrás y la giró a él.

—Por favor, Sayen... ¿No tienes idea de cuánto me gustas? Lo único que quería era...

—¿Qué? —lo interrumpió molesta—. ¿Confirmar que me acosté contigo pensando en ti y no en Daemon? ¿Creíste que si vine fue porque tuve esperanzas de volver con él? Pues te equivocas, ¡tú también me gustabas!

Escucharla decir aquello tuvo que haberlo alegrado, solo que aquella conjugación de pasado lo desconcertó. Y aunque quizás era un enojo temporal, no podía evitar sentirse mal. Tenía que dejar todo claro, ahora.

—Tú me gustas mucho, no sé en qué momento ocurrió, pero así pasó. En ti encontré una mujer en quien puedo confiar, con quien compartir y ser yo mismo... ¿Tienes idea de cuán difícil se volvió ayudarte mientras seguías pensando en él? Habíamos avanzado tanto y de pronto me dices que te verás con él. ¿Cómo piensas que me sentí?

Sayen suspiró. Le habría encantado esa confesión en cualquier otro momento, solo que en ese instante, en esa situación de su vida, las cosas no estaban para romances. Se aferró a su carrera con la dureza de una mente fría.

—Necesito estar sola, Alex. Quiero pensar y necesito un tiempo.

—Sayen...

—Por favor, Alex. Necesito calmar mis ideas. No quiero decir algo de lo que me pueda arrepentir después.

Natalie, quien se mantuvo al margen de todo, ayudó a su amiga a finalizar ese momento, llevándosela consigo al auto para alejarla lo más pronto posible, dejando a Alex solo con el roce de la mano de Sayen, y luego solo con la compasión de John cargándose en su hombro, mientras ambos veían el auto irse.

—Yo solo... yo solo quería protegerla.

—Ella no necesitaba que lo hicieras, solo quería que confiaras y volver a ti después para contarte.

Sí... así debió haber sido.

—Lo arruiné todo, ¿verdad? —aquella desolación lo hacía sentirse perdido—. Ella ya no querrá verme.

Y eso era algo que ninguno sabía.

—Solo dale tiempo.

Luego de haberle contado todo lo ocurrido a Natalie en el trayecto, esta no había dejado de regañarla por haber aceptado la invitación de Daemon. Bien parecía que ni ella ni Alex entendían su punto de vista y a medida subía corriendo la escalera a su apartamento, la rubia nada se callaba a pesar de agotarse.

—¡Te dije que esto pasaría! ¡Saliste lastimada!



Natalie cerró la puerta tras ella y la siguió a la habitación. Sayen se había aguantado las lágrimas todo el trayecto pensando que su amiga se iría a trabajar luego de dejarla, pero se equivocó.

Buscó en su armario una maleta y empezó a sacar ropa de los cajones.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Piensas que yéndote se va a resolver todo? ¿Lo dejarás así nada más?

—Necesito tiempo a solas. Debo irme y descansar lejos de todo... de todo esto —Natalie cerró la maleta y se la alejó—. Dámela, dámela ahora.

—Primero debes calmarte, ¿de acuerdo? —Sayen se detuvo, mirándola ceñuda—. ¿De verdad piensas que va a servir de algo? Irte y dejar a Alexander así nada más...

—Alex va a estar mejor sin mí. Es más, debería buscarse otra chica, una con menos problemas.

Las mismas palabras que Natalie había usado cuando fue a amenazar a Alexander la primera vez. Le pidió a Sayen que se sentara, pero como no hacía caso, se lo ordenó con su tono autoritario de madre, y luego se sentó a su lado.

—Tú... ¿De verdad lo quieres?

¿Si lo quería? A veces pensaba que se quedaba corta con eso.

—Sí, mucho, pero ¿de qué sirve quererlo si no va a confiar en mí?

—Quizás solo tuvo miedo. Los hombres también temen por perder a quien quieren y cometen errores... Solo quiso saber que ibas a estar bien, que volverías con él después. Ellos también aman, Sayen. Lloran, ríen, y pueden ser sinceros. No todos son Daemon.

Sí, Alex lloraba, era sincero, ególatra, dedicado y pasional. ¿Había algo en él que no le gustara como para no desear estar a su lado? A medida se fue calmando y analizando las palabras de su amiga, se sintió muy tonta. Se pasó las manos por su rostro, preguntándose qué podía hacer ahora.

Natalie acarició su espalda, intentando tranquilizarla.

—Tienes que buscarlo y hablar con él cuando estés más calmada.

# Capítulo

## 33

Por una semana de búsqueda, todos sus intentos resultaron fallidos. Sus llamadas tan solo eran rechazadas y luego de las numerosas veces, ella apagaba el celular. En un mensaje le había pedido que le diera tiempo para pensar, que ella lo buscaría después para hablar, pero la espera lo estaba matando y varias tardes acabó aguardando fuera del apartamento de Sayen, esperando que en algún momento apareciera, lo cual nunca ocurrió. Tal parecía que se quedaba en otro lado, seguro donde la rubia. Al no haber cita programada, se volvía más difusa la idea de verla. Quizás de verdad debía sentarse a esperar.

Cuando llegó a trabajar el jueves por la mañana a su consulta, ya había algunos pacientes esperando en la sala. Su secretaria le entregó su café, además de las fichas de a quienes atendería ese día.

Al entrar a la consulta, todo parecía en orden salvo una única diferencia. En su sofá predilecto yacía cómodamente sentada aquella mujercita a la que había estado buscando ansioso por tantos días.

Las carpetas junto al café resbalaron al suelo debido a la sorpresa. Ella estaba como si nada luego de lo ocurrido, mientras él no había sido más que un lío. ¿No debería estar enojado con ella? Sayen se levantó con un semblante tranquilo hasta él, recogió las carpetas y las dejó silenciosamente en el escritorio.

Alex apenas pudo reaccionar y acercarse a ella.

—¿Cómo es que tú...?

—Le dije a la secretaria que era tu novia —lo miró apenada—. Lo siento, no me iba a dejar entrar de otra manera.

—No, está bien... —¿su novia? ¿Eso significaba lo que creía? Ella caminó hacia él. A pesar de sus ojos cansados, tenía una pequeña sonrisa en los labios que le dio esperanzas—. ¿Cómo has estado? Te he estado buscando, pero...

—He estado bien, me he quedado en casa de Natalie por estos días. Lo siento si te preocupé, quería tomarme mi tiempo para pensar.

—Yo... yo realmente no quise lastimarte. Sí confío en ti...—se apresuró a decir, intentando no mostrar su desesperación, lo cual no lograba hacer muy bien debido a su expresión atareada.

Sayen miró sus ojos negros, perdiéndose en ellos lo necesario para recordarlos. Una muy pequeña sonrisa se formó en sus labios, claramente forzada.

—He venido para decirte que me iré de viaje para descansar, conocer nuevos lugares e inspirarme para mi siguiente novela —explicó—. Quiero estar conmigo el tiempo suficiente, Alex.

¿Irse? ¿otra vez? A pesar de que no deseaba que se fuera, sabía que era algo sensato, que le serviría para despejarse y olvidar todo por un tiempo... ¿También lo olvidaría a él?

—¿Cuándo te vas?

—Hoy. Natalie me espera abajo para llevarme al aeropuerto —notó la sorpresa en el rostro de Alex—. Quise hacerlo así porque tenía miedo de que, en cuanto te viera, me fuera arrepentir y

cancelar... ¿Y sabes? —forzó una torcida sonrisa que se fue quebrando—, me estoy arrepintiéndome... y no quiero sentir eso.

—Sayen —la envolvió entre sus brazos tan fuerte como deseaba no dejarla ir, haciéndola sentir cuánto quería tenerla con él, que no se fuera—. No necesitas hacerlo, no te molestaré si eso quieres.

—No, Alex...—sus manos se aferraron a su pecho y apreció el calor de sus brazos todo lo que pudo—. Quiero estar sola un tiempo, aclarar mis sentimientos y volver sabiendo qué es real y lo que no, aunque me arriesgue a que tú dejes de quererme.

¿Dejar de quererla? ¿Cómo? Sí fue inevitable enamorarse.

—¿Cómo podría hacerlo? Si en toda mi vida no había podido sentir esto por una mujer. ¿Cómo piensas que podría terminarse o sentirlo otra vez con alguien que no seas tú? Es imposible, Sayen. Y no quiero, no quiero hacerlo, porque esto que siento sí es real..., todo lo que tú me haces sentir es real.

Real. Él y sus sentimientos lo eran, y cada cosa que vivía en ella también lo eran.

Permaneció allí, aferrándose a su aroma, a sus caricias y a cada uno de los recuerdos que él le brindó para sus memorias.

—Cuando nos conocimos, yo era una mujer que no se tenía valor y estaba sumergida en ideas tontas por un pasado tóxico. Estaba aferrada a cosas que ni existían por creer en los sentimientos de la primera persona que me ‘apoyó’ cuando me vi sola —se apartó un poco para ver esos ojos que la miraban con atención—. Quiero ser la primera persona en apoyarme y necesitarme en los momentos complicados, no quiero volver a necesitarte, ¿entiendes?

—Sayen...

—Quiero desearte, Alex.

Sí, lo entendía muy bien. Había una gran diferencia entre necesitar y desear a alguien. Y ella deseaba encontrarse primero, ser solo ella para luego dar lo justo a los demás. ¿Cómo podía explicar cuán triste quedaba él si ella se iba? Más aún cuando él le había enseñado que se valorara, que se antepusiera y que dejara ir los sentimientos viejos que ya no le servían.

Sayen vio cómo los ojos de Alex se enrojecían y brillaban.

—¿Cuándo volverás?

—En un mes y medio, para el lanzamiento de mi novela —sentía cómo las manos de Alex se aferraban con fuerza en su cintura—. Si cuando vuelva, tus sentimientos por mí continúan...

—Los tendré, jamás he mentado.

Sin poder contenerlo más tiempo, ambos se acercaron para sellar sus labios y sumergirse en un beso que inició calmado y dio bruces a la desesperación. Poder sentirse un poco más, memorizar las caricias y el calor del otro... La música del celular de la castaña comenzó a sonar una y otra vez, ya era tiempo de irse.

Alex la estrechó con fuerza, escondiendo su rostro en su cuello, respirando su aroma lo suficiente. La extrañaría como loco. ¿Cómo podían cambiar las cosas con mes y medio?

—¿De verdad debes irte ahora? —podía ver en esos ojos que realmente no lo quería hacer—. ¿Podré llamarte?

—Estaré desconectada, Alex. Solo correos.

Solo correos esporádicos no eran suficientes, pero eran algo.

Un último beso de despedida.

Esa misma tarde, Alex, al volver a su apartamento hecho un desastre, un pequeño paquete lo esperaba a los pies de la puerta principal. Era algo pesado y rectangular. Al voltearlo, pudo distinguir el sello de cierta agencia literaria que ya conocía. No tardó en quitar el envoltorio apenas entró, hallando frente a sus ojos una novela, la cual iba firmada bajo el nombre de Sayen Sáez. El primer ejemplar antes de venderse. Como portada, un ramo de rosas rojas que bien conocía y el título.

‘Enséñame a vivir’

Al leer la sinopsis, por cada palabra, el libro iba decayendo cada vez más de sus manos. Aquella historia calzaba con ellos. La escritora, el psiquiatra, la conexión que se fue formando entre los dos con el crecimiento personal de los personajes. En la primera página, donde suponía debía estar en blanco, tenía un escrito a mano. Una nota de parte de ella.

“Gracias por todo lo que me has enseñado. Contigo he vuelto a descubrirme y recordar mis capacidades. Que soy una mujer valiosa que merece ser feliz. Pude retomar lo que más me ha apasionado por tantos años y volver a encantarme.

De ti pude encontrar más que el hombre huraño y molesto que conocí al principio. Tienes un gran corazón que tuve el placer de adorar y ser correspondida con tu cariño. Recordaré cada uno de esos momentos que compartimos, buenos y malos.

Disfruta de cada línea que escribí con amor y dedicación, imaginando que quizás, ese podría haber sido nuestro final”

Y nada más. Cuando recordaba las veces en que volvía a casa y esta se sentía vacía, triste e incolora. Con el pasar del tiempo, mientras se iba involucrando en la vida de Sayen, aquello fue cambiando, e incluso las pesadillas respecto a sus padres habían desaparecido. Pensar ahora en ella, en su sonrisa y los días que debían pasar para volver a verla se volvían un mal sueño, nuevas pesadillas.

Ella dejó, como una tortura, el deber de leer su historia con un final de amor que ella decidió tan distinto al de la realidad, uno al que temió intentar lograr. Porque ella había decidido irse, olvidándose que el tiempo también lo hacía y se llevaba cosas con él.

# Capítulo

## 34

—¿Ya llegó, mami?

Por décima vez Javier preguntaba impaciente. Se colgó del brazo de su madre como si fuera un columpio y al ver cómo ella negaba, desesperó haciendo un berrinche que fue disuadido por la seria expresión de su progenitora.

—¿Quieres dejar de comportarte así? Ya eres un niño grande. ¿Quieres que llame al guardia para que te lleve detenido?

—¡No! —se apartó de ella y se tiró al suelo como el crío mal portado que le gustaba ser cuando desesperaba por ver a su tía.

Natalie, que había llegado con Javier desde que supo que Sayen volvía luego de mes y medio sin verla, tuvo que preguntar varias veces si el vuelo volvía sin problemas o sufrió retraso. Los aviones eran algo que siempre la pusieron nerviosa.

De la compuerta cruzó un montón de personas, pero no los veía por ningún lado, ¿tal vez se habría equivocado? Lo dudaba, le había preguntado más de cien veces a la castaña para asegurarse.

Entonces lo vio, con su traje blanco y bolso finísimo colgando de su maleta, y del otro brazo rodeando a la castaña. A simple vista podía ver lo bien que le había hecho el cambio, despejarse de todo por un tiempo. Su cabello brillaba como su piel bronceada y se le veía radiante, renovada.

—¡Tíaa Saaaaayeeeeeen! —gritó efusivo Javier antes de pasar la cinta y correr a su encuentro. Sayen soltó su maleta, la cual antes de que cayera, Terry ya la había afirmado. En segundos, Javier estuvo entre sus brazos.

—¡Pero qué linda sorpresa! Llegó mi morenazo a buscarme — besó su mejilla con dulzura y este respondió, abrazando su cuello hasta casi asfixiarla.

En cuanto rodearon el camino, la rubia se acercó a ellos y bajó a Javier de los brazos de su amiga para poder ahora ella saludarla.

—¡Qué guapa estás! Pobre Terry, debió sufrir mucho, ¿no? —la miró divertida, a lo que el rubio llegó, escuchándolas.

—No tienes idea. A cada playa que íbamos tenía que comprar una pala nueva para golpear algún perverso —se rio divertido y la castaña le apretó el brazo con fuerza—. Fue divertido, lo admito.

—Tenemos tanto que contarte —dijo la castaña a la rubia y luego miró a Terry con cierta complicidad—. ¿Cierto?

—Por supuesto, querida —asintió cortés—. ¿Vamos por un té helado? Yo las invito, por supuesto.

La rubia solo otorgó una fugaz mirada a su amiga, confundida por esa actitud con Terry. De un principio había sido una sorpresa cuando le informó que recorrería algunos países de Latinoamérica, y después cuando le comentó que Terry se le había sumado, viajando desde Francia.

—Me muero de hambre, pediré lo más caro del menú —dijo la castaña divertida, a lo que Terry sonrió dispuesto y rodeó su espalda para encaminarla, pero algo o alguien la hizo devolver la cabeza con curiosidad, sin embargo, nada pareció fuera de lugar.

Solo que ese alguien aún los continuaba observando.

Javier no paraba de balancearse del brazo de su tía. Aun cuando subieron al auto, tuvo que irse atrás porque el pequeño no paraba de darle mimos. Aparte de ser su tía, más parecía su mejor amiga, y era algo que la castaña aprovechaba antes de que este creciera, entrara al mundo de la edad del pavo y fuera enemigo de la sociedad hasta que retomara la madurez a los veintitantos.

Con el intenso calor que hacía, terminaron pidiendo cafés helados con crema. Los recién llegados no paraban de contar sus anécdotas, gesticulando mucho y golpeándose el brazo cuando recordaban cualquier cosa divertida.

—Admítelo, estabas tan asustado que casi te haces.

—Claro que no, pero solo a ti se te ocurre tirarte en esa cosa, ¿y si se cortaba la cuerda?

—¿Y qué? No puedes ir a Cusco y no hacer bungee. A la próxima podríamos ir a China, dicen que allá sí te da un infarto.

—¿Estás loca? ¿Quieres dejar a mi hijo sin su tía tan pronto? —protestó la rubia con un toque de gracia entremezclada—. ¿Qué tal las fiestas?

—Terry no dejó ciudad sin baile ni ligue, este hombre es todo un don Juan —comentó jovial, viendo al rubio retraerse en su silla— ¿Recuerdas esa chica cuando fuimos a Caracas? Esa que te besó y te lanzó a la piletta.

—Noooo, ¿enserio? —cuestionó incrédula Natalie, riéndose al ver el sonrojo de Terry—. ¿Acaso no ibas a cuidar de mi amiga?

—Tu amiga tampoco se quedó atrás, quizás debería ser bailarina profesional porque no dejó barra libre.

—¿Sayen? —la reprendió Natalie con la mirada.

—Solo era bailar, fue muy divertido, no como otro que tenía rondas nocturnas y volvía a las diez de la mañana al hotel —movió sus cejas, señalando a Terry.

—¿Qué es un ligue? —preguntó Javier, soltando al fin la cuchara de su postre.

—Nada, sobrino, nada —respondió Sayen antes de llenarle la boca con más crema para que se mantuviera ocupado—. Por cierto, ¿ya está todo listo?

—Sí, en cuarenta y ocho horas será tu gran día —pudo ver el entusiasmo en los ojos de su amiga—. Más te vale que vayas practicando tus firmas y limpiándote las orejas, no quiero que te equivoques con los nombres de tus fans, ¿de acuerdo?

La castaña sonrió al recordar las múltiples veces que confundió nombres por no oír bien. Terry le dio un apretón en el hombro, demostrándole su apoyo.

—Por supuesto, yo estaré encabezando la fila por ese autógrafo.

Después de comer tuvieron que separarse. Natalie llevó a Sayen de regreso a su apartamento, el cual días antes había limpiado. Al entrar, la castaña miró las puertas en su lugar, sintiendo una gran nostalgia.

—Me imagino que debes estar cansada...—notó cómo su rostro cambiaba de a poco y luego

solo forzaba una sonrisa—. ¿Quieres llamarlo?

Ambas sabían perfectamente a quién se refería.

—¿Has sabido de él?

—No. Me imagino que solo trabajando.

No sabía si los sentimientos de Alex habrían variado en ese tiempo, y tampoco era algo que deseara matarse pensando. Si sus sentimientos eran duraderos o no, o si ya había conocido a alguien más... Llamarlo y escuchar su voz, diciéndole que lo dejara y que ya había conocido a alguien, la aterraba.

Se lanzó a su cama con Javier a su lado y Natalie sentándose en el borde.

—¿Cómo vas con la nueva novela?

—No sé si encubrir la identidad del súper agente como panadero o florista, ¿tú qué dices?

—¿No pensaste algo más sexy? —respondió burlasca—. No te inspires en mi esposo, no quiero ninguna fanática loca buscando respuestas fuera de mi casa.

—¡Claro que no! —se carcajeó divertida—. Javier, ¿quieres ser un súper agente?

—¡Sí! —saltó entusiasmado y luego lanzándose al estómago de su tía, a lo que ella soltó el aire de una.

—Vaya que estás pesado...—susurró, apenas recomponiéndose y luego miró a la rubia—. Traje regalos, ¿los quieres ahora?

—¿Enserio? —y sin esperar respuesta, corrió a la maleta de la castaña para abrirla. Enseguida encontró varios paquetes entre el alto de ropa nueva.

Para Javier había llevado un suéter de alpaca azul oscuro, comprado en el viaje a Perú. A Misael un lote de semillas inusuales para su florería que compró en Colombia y en su viaje a Brasil, un diminuto bikini, un vestido semi traslúcido de playa y un lubricante íntimo de coco que prometía la mejor experiencia del mundo.

—¿Me estás...? —Natalie no podía creer que le hubiese llevado eso. Cuando Javier se lo trató de quitar de las manos, ella tuvo que hacerlo a un lado—. Tú y tus cosas raras. ¿No podías solo traer chocolates?

—Lo hice, pero me los comí en el vuelo. Vamos, dicen que es buenísimo. Traje uno para mí también, aunque primero quiero saber qué tal te va, ¿y si me das otro sobrino?

—Estás loca, pero gracias.

Una vez Natalie se fue con Javier, se durmió hasta que ya casi oscureció, o eso pretendió hacer entre las tantas vueltas que se dio, despertando y mirando el espacio vacío de su cama, aquel que compartió aquella vez con Alexander. ¿Él sabría que había vuelto? No escucharlo en tanto tiempo no la hacía olvidar su voz, ni sus reproches ni risa. No haber respondido a sus correos y ni siquiera intentar verlo la hacía sentir tan estúpida. ¿Qué esperaba ella? ¿una invitación? En dos días sería el lanzamiento oficial de su novela...

Otro día más de despertar en la misma monotonía. Algunas veces sus sueños se presentaban como pesadillas, no de su familia, sino sobre la castaña. Imaginar que no volvería a verla, que no sabría más de ella... Nunca respondió correos ni mensajes, mucho menos sus intentos de llamados. Solo podía saber que estaba bien por la inexistencia de malas noticias hasta entonces.

Dejó de intentarlo...

Al llegar a su consulta, su secretaria acomodaba algunas fichas junto al correo del día.

—Buenos días doctor, ¿quiere que le prepare café?

—Más tarde, ¿algo personal?

La mujer asintió, entregándole un sobre oficio color café.

—Llegó este sobre ayer en la tarde cuando se fue —Alex lo tomó extrañado, no tenía remitente—. ¿Hago pasar el primer paciente?

—En diez minutos.

Dejó su maletín sobre el escritorio y se quitó el saco dejándolo acomodado en el respaldo de la silla, en la cual se sentó para despabilarse un momento antes de iniciar su día. Escuchar problemas, cuando ni él resolvía los suyos, era un tema.

Sin esperar más, abrió el sobre y del extrajo una revista sellada que casi parecía recién salida de la imprenta. En la portada, Sayen abrazada de ese tal Terry saliendo del aeropuerto y el título suponiendo un posible romance.

Sintió cómo su corazón daba un vuelco al ver esa fotografía. ¿Fue por eso que jamás respondió a sus mensajes? Nunca dijo que viajaría con ese hombre. ¿Le mintió? Claro, estaba demasiado ocupada olvidándolo, dejándolo en el pasado de su vida. Después de todo, haber llegado hace dos días y no dar señales significaba algo. ¿Y él? Él se quedó con ese sentimiento que jamás tuvo que haber compartido. Era cierto. Amar era otorgar el poder a otros para que te hicieran daño. El dolor era inevitable.

Sin embargo, allí dentro de su maletín estaba el primer ejemplar de su novela, lo llevaba leyendo por tercera vez. Aunque quisiera, no podía ignorar como si nada todo eso que habían compartido. Cada una de las experiencias, el crecimiento personal y las alegrías. ¿Cómo olvidar incluso los besos? ¿Cuándo hicieron el amor? Porque estaba seguro que eso no había sido solo sexo.

Pero entonces volvía a ver la revista y su radiante sonrisa le apretaba el corazón.

—Por favor, no debes estar nerviosa, ¿bien? Nadie te dirá nada, solo debes sonreír, firmar y fotos. ¡Como siempre! —repetía una y otra vez Natalie.

Apenas abrían el centro comercial cuando ellas ya estaban de camino a la librería. Casi eran las diez y la fila de personas que esperaban comprar la primera edición llegaban hasta la esquina de la calle y daban la vuelta.

—¿Qué no estoy nerviosa! —mentira, eso siempre la ponía nerviosa. Unas chicas se salieron de la fila para sacarse unas fotos con ella, cosa que aceptó gustosa.

—Por favor, las fotografías después. Iniciaremos con las firmas —decía la rubia, llevándose a la castaña del brazo.

Cuando llegaron a la entrada de la librería, donde los vendedores habían tenido que aferrarse como escudo a las puertas para evitar la estampida, estaba Sam Lorza, esperando con una amplia sonrisa junto a otros reporteros. Sayen no pudo evitar confrontarlo.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó hosca y sin rodeos—. Estoy segura que no tienes invitación.



—Es una librería, puedo ir y venir como se me antoje —respondió con simpleza y sonriendo con superioridad—. Parece que te hizo bastante bien tu viajecito, ¿fue divertido?

—Quizás debas ir también para que se te quite la cara de pelmazo —gruñó entre dientes antes de que la misma rubia la forzara a entrar y hacerla sonreír a la fuerza.

—¿De verdad piensas arruinar este día? Solo ignóralo, ya veré cómo logro sacarlo de acá.

Más de doscientos ejemplares estaban acomodados en unas re pisas y un mueble con varios compartimientos. También otras cajas ocultas en bodega en caso de que estas se agotaran, lo cual era muy probable.

—Me alegra tenerte otra vez aquí, Sayen —Tom, el gerente de las sucursales de aquella librería, se acercó saludándola con cariño—. Estamos impacientes por abrir, ¿estás lista?

—Si me tardo un poco tomando algo de agua, ¿crees que te quedes sin puertas?

—Sin puertas y sin vendedores —afirmó con una sonrisa.

Sin esperar más, las puertas se abrieron.

A las dos de la tarde todavía se encontraba en su consulta. Su secretaria se había ido a almorzar y él permanecía mirando las noticias desde su computador y comiendo un balanceado menú ordenado por teléfono. John lo había llamado unas cuantas veces, lo cual prefirió ignorar junto a sus mensajes de texto. Sabía el motivo muy bien. Sayen. Si pudiera, anularía incluso las citas y se iría a casa, pero ¿qué conseguiría haciendo eso? Sería patético. Su vida continuaba tal como ella había continuado con la suya.

—Informaremos más sobre el accidente cuando tengamos mayores detalles sobre los imputados. Ahora, cambiando al ámbito de arte y cultura, para todos aquellos fanáticos y fanáticas de las novelas de Sayen Sáez, la pródiga novelista romántica, les contamos que se encuentra ahora firmando su más reciente novela, lanzada en la librería nacional del sector centro de la capital...

Las imágenes de ella a lo lejos, sentada tras un escritorio firmando libro tras libro, captó su atención. Luego mostraban a algunas chicas presumiendo sus libros emocionadas y casi con un ataque respiratorio entre tanto griterío.

Él también tomó su ejemplar, pasando páginas con rapidez esperando encontrar algo, como si las palabras fueran a cambiar y dijeran algo más. Pero llegó a la última y solo se encontró con el mismo párrafo, el de los personajes besándose y diciéndose lo mucho que se amaban. ¿Por qué sabotear de esa manera sus sentimientos?

Sus ojos recayeron en la revista, y con ira emergente, la arrojó a lo lejos sin importar dónde. Al diablo Terry Black, al diablo cualquier ex del pasado que quisiera volver. Él necesitaba explicaciones, no podía seguir quebrándose la cabeza en la espera por una respuesta.

Tomó su saco y su celular. El centro comercial estaba cerca, pero de todas formas fue en su auto. Al llegar, vio la interminable fila que daba vueltas por algunas tiendas. No podía esperar tanto por verla a los ojos y hablar con honestidad, y sin importarle, corrió a la entrada, chocando con algunos camarógrafos a los cuales tuvo que empujar para hacer a un lado.

—¡Señor! Debe esperar su turno —intentó detenerlo un encargado de la tienda, a quien solo ignoró y caminó hasta ella, no podía detenerse.

—Entonces Elisa, ¿con una sola “ese” o dos?

Tras firmar, sonrió ampliamente como parecía acostumbrada a hacer luego de otra fotografía. Y

antes de que la siguiente chica pasara, él aprovechó de adelantarse con el ejemplar que tenía entre sus manos, misma que ella le había enviado y depositó ahora frente a sus ojos.

Pronto su mirada se elevó a él y su sonrisa se borró cambiando toda su expresión por sorpresa. No pudo decir nada. Lo había estado evitando tanto tiempo por lo mismo, por no saber que decir en cuanto lo viera. ¿Qué hacía él ahí?

—Alguien me firmó esto con el nombre equivocado. Dice Sayen Sáez, pero su verdadero nombre es “cobarde-destructora-de-autos”.

—¿Qué...? —titubeó apenas, incrédula por lo que oía—. ¿Cobarde?

Se levantó de su silla, intentando ignorar sus miedos para enfrentarlo. Ya era tiempo de hacerlo.

—Así es, ¿no crees que ya te has escondido demasiado? Volviste hace dos días y ni siquiera un llamado, ningún mensaje en mes y medio. ¿A qué estás jugando, Sayen?

—Yo... yo no estoy jugando a nada —desvió la mirada tras él, a todas las personas que esperaban en la fila e incluso cómo algunas habían comenzado a grabar—. Alex, estoy trabajando. ¿Podemos hablar después?

—No, ya no pienso esperar más, ¿no crees que ya ha sido suficiente tiempo? —parecía realmente hastiado—. ¿No te parece que merezco una explicación? Usas nuestra historia en tu novela, distorsionas el final y de mí solo huyes. Dime, ¿es justo acaso? ¿ese es el respeto que me merezco?

—N-no... te equivocas, no he distorsionado nada —desvió su mirada, pero Alex ya no tenía paciencia para ese juego. Natalie se había acercado para interrumpir, sin embargo, decidió apartarse. Después de todo, ese momento podía ser usado como buena promoción—. ¿No te lo dije? Necesitaba pensar, estar sola y ver por mí.

—Y mientras, ¿qué hago yo? ¿solo me tengo que sentar y ver cómo sigues ignorándome? ¿quedarme con este sentimiento idiota que no me deja tranquilo mientras tú te vas de viaje? Olvídalo, Sayen. Tú te metiste en mi vida más de lo que debías y ahora me debes responder.

¿Ella fue la única que se metió en su vida? ¡Él se metió primero! Quien se aferró a ella buscando venganza había sido él. Alex tenía tanta culpa como ella de esos sentimientos que se formaron.

—No —frunció el cejo—. Tú siempre dijiste que amar era dejar que otros te dañaran, ¿por qué quedarnos juntos? Pasará un tiempo y me dejarás, así como Daemon lo hizo. El amor se acaba, Alex. Así ocurre siempre y así seguirá pasando.

Ahí iba ella otra vez con esa cobardía...

—No tiene por qué ser así...—suavizó su expresión. Al ver cómo ella no podía dejar de mirar sus ojos, se acercó cauteloso, rodeando la mesa para tomarla de los brazos y acercarla a él sin rechistar—. Me ofendes al pensar que mis sentimientos son tan efímeros, tan banales. ¿Tienes idea de cuánto arriesgo por ti?

Sí, claro que lo sabía porque Natalie se lo había hecho saber hacía mucho. Suspiró, sintiendo aquel nudo en su garganta bajar por su pecho, todo el cuerpo le temblaba. ¿Eso era tan real como quería?

—No quiero que nadie salga lastimado... En algún momento querrás alejarte... y yo...

—¿Qué importa lo que pase más adelante cuando lo que quiero aquí, ahora, en este preciso

momento, es besarte? —sintió cómo Sayen temblaba entre sus manos y solo pudo contraerla hacia su cuerpo, apoyando su frente en la suya y mirándola ansiosamente a los ojos—. ¿Cómo iba a presagiar que me iba a volver loco esa chica que parecía vender biblias? Que atropellarte iba a ser lo mejor que me pasara en la vida... Tú eres lo mejor que me ha pasado, Sayen. Toda tú, tu locura, tus arrebatos, tus buenos y malos momentos. ¿No ves que te amo por completa?

El hilo de su respiración se cortó al oírlo. Los murmullos crecieron y observó cómo todos los miraban expectante por su respuesta. ¿En qué momento había olvidado que estaba en su propia firma? Sintió una ligera presión que la puso muy nerviosa, como si sus propios pensamientos no pudiesen ser escuchados por ella.

Volvió a mirar esos ojos oscuros y penetrantes.

—Sayen, dime la verdad... ¿Tú también me amas?

—Yo... yo... —cerró sus ojos, tomando todo el aire posible que la mantuviera consciente—. Yo necesito... pensar, yo... No puedo responder ahora...

—¿Qué? ¿por qué? —preguntó herido. ¿Era cierto? ¿Era tan difícil de decir lo que sentía? Quizás no había sido el lugar, pero no podía esperar más, no podía seguir metiéndose en el camino de alguien que se hacía a un lado. Apartó lentamente sus manos de ella mientras ambos ya extrañaban el calor del otro—. No puedo darte más tiempo, ya esperé demasiado, ¿sabes? No puedo pasar de hoy, te esperaré en mi apartamento hoy a las ocho. Si no llegas... lo tomaré como respuesta.

Ver cómo se alejaba fue tan doloroso como ese día en que se despidió de él. Su corazón le pedía que fuera tras él, que tomara su mano y le hablara con la verdad, pero los miedos en su cabeza mantuvieron sus pies pegados al suelo, en silencio. Allí estaba su trabajo, debía continuar fingiendo sonrisas, pretendiendo que todo estaba bien cuando no era así. Tan solo quería irse de ahí, huir otra vez, pero... ¿eso funcionaba?

Natalie revisó la hora otra vez mientras ordenaba algunos documentos con el encargado. Pasaban de las ocho y Sayen continuaba allí, a pesar de que ya no quedaban más personas esperando autógrafos, ni siquiera gente comprando, pues el stock se había agotado y tendrían que repetirlo. ¿Acaso no le importaba dejar a Alex? Se acercó a ella, tomándole el brazo al mismo tiempo que la alejaba de sus pensamientos. Ella la miró y se sonrieron por ese gran día, sin embargo, la sonrisa de la castaña no estaba completa, lucía muy triste y eso no le gustaba.

—¿No piensas ir? Te debe estar esperando.

—Tengo miedo... ¿Y si no resulta? —ya no pudo ocultar más su tristeza—. ¿Y si me deja como lo hizo Daemon?

—No pienses en eso —la estrechó entre sus brazos, consolándola—. Si eso pasara, lo superarás como la mujer hermosa y fuerte que eres... Pero jamás sabrás qué pasará si no lo intentas. Y dudo mucho que Alex quiera hacerte daño.

—¿Y si se aburre de mí...? —preguntó entre lágrimas—. ¿Y si de repente se da cuenta que ya no me ama más?

—Entonces tú te irás, porque tendrás suficiente amor propio...— se apartó un poco para limpiar sus lágrimas—. Además, siempre haces cada tontería, dudo que se aburra de ti.

La castaña soltó una pequeña risa entre el llanto. ¿Por qué debía dudar así? Natalie tomó sus manos y la contempló con cierta seriedad.

—Pero... tú tampoco le rompas el corazón, Sayen. Y él está esperando por una respuesta. Era poco más de las nueve cuando llegó al edificio donde vivía Alex. Recordaba bien cuál era su apartamento a pesar de haber estado una sola vez en un día caótico, mas no la contraseña. ¿Por qué no podía usar llaves como la gente normal? Marcó varios números, al menos sabía que eran cuatro dígitos, pero en las dos primeras no acertó. Su cumpleaños no era, ¿entonces qué? Apoyó su frente en la puerta intentando que se le ocurriera algo. Dos de octubre, el día en que se conocieron mucho más allá.

Dos tonos en verde y el seguro se quitó.

Los temblores volvieron a su cuerpo, sabiendo que ya no podía volver atrás. En cuanto abrió la puerta notó la tenue luz cálida que envolvía los rincones. Velas desde la entrada la guiaban por el pasillo hasta la sala, donde a pasos lentos descubrió la mesa del comedor con una cena preparada, una copa de vino llena y otra dada vuelta. También había carne, arroz y ensaladas. ¿Alex había preparado todo eso? Era hermoso, solo que...

No había rastros de Alex. ¿Habría salido? Seguro se aburrió de esperarla. No iba a perder el tiempo buscándolo en el baño o en la cocina, no estaba. Entonces se quedó observando la gran puerta corrediza negra, la cual daba a la habitación que nunca había conocido. ¿Y si estaba ahí? Tomó mucho aire antes de acercarse y apoyarse en la puerta, esperando oír algo del otro lado, pero bajo ella solo se filtraba una tenue luz. Cerró sus ojos. Debía entrar allí y dejar todo claro ahora.

Abrió la puerta muy lentamente, como si fuera una especie de ladrón. Tenía miedo de encontrarse a Alex enojado, lo cual no ocurrió. En esa extensa habitación de pocos muebles, se lo encontró en la cama, con el brazo cubriéndole el rostro. Debía despertarlo, por lo que sin pensar demasiado, cerró la puerta tras ella, emitiendo un fuerte ruido producto del golpe, provocando que Alex se exaltara y se sentara en la cama casi a la defensiva.

Sus ojos pronto se encontraron con los suyos, desorientado y casi creyendo que soñaba. Sayen torció apenas una sonrisa y cuando vio que Alex iba a hablar, se adelantó. Si no decía todo ahora, no sería capaz de decirlo después.

—¿Quieres saber si te amo? Sí, te amo tanto como quisiera no haber sentido nunca. Me vuelves loca, Alexander Wömpner. Tanto que me aterra pensar que un día tú ya no querrás estar a mi lado, que te darás cuenta que las cosas no son como pensabas que serían y te irás. Me aterra despertar un día, enamorada, y que tú ya no estés a mi lado. Que los años pasen y solo me quede recoger otra vez los pedazos de mi corazón. Te amo tanto que me duele imaginarme sin ti, pero a la vez solo huyo porque no sé cómo enfrentarlo, y lloro...— musitó al momento en que su voz se quebró — cuando me doy cuenta que realmente soy una cobarde por no intentarlo... y que te estoy haciendo daño por este miedo. Y lo siento tanto... por llegar tarde y no haber tenido el valor antes. Por haberme escondido, por no saber cómo enfrentar esto que siento. Te amo, locamente te amo.

Alex tardó en reaccionar después de escucharla, como si sus palabras pasaran una y otra vez por su cabeza hasta hacerlo entender cada cosa dicha. Allí estaba la mujer que momentos antes le había hecho creer que no sentía nada por él, conteniendo las lágrimas por sus miedos y enfrentándolo, diciéndole cuánto lo amaba.

En silencio se levantó y acercó a ella, su metro ochenta la pasaba bastante, mas no lo suficiente

para privarlo de aquella conexión que sentían al mirarse a los ojos. Atesoró su rostro entre sus manos y apreció cada detalle de ella.

—Jamás saldrás lastimada... Nunca haría algo que te causara dolor, y créeme, nunca, pero nunca me aburriría de ti —acercó su boca hasta sus labios, respirando con falsa tranquilidad. Ella podía sentir en la presión de sus manos cómo temblaba, por lo que posó sus manos sobre las suyas, acariciándolo—. Te lo pregunto ahora, Sayen... ¿dejarás de escapar de mí o dejarás que esto muera? Porque tengo tanto, tanto... por darte —gruñó como un ronroneo, casi besándola—. Que me está matando.

Ahora no podía volver a escapar, ni pensarlo. Sonrió torpemente y asintió con la cabeza, liberando al fin la respiración que había contenido por él. Soltó una risa nerviosa.

—Dámelo todo, Alex. Enséñame todo lo que sabes, ya no pienso huir más, no si no me sueltas.

Alex sonrió al fin y se inclinó un poco, la tomó de la cadera y la atrajo a él, llevándola en dirección a su cama.

—Te enseñaré todo. Te enseñaré a vivir y nunca querrás intentar escapar otra vez, y yo... jamás te dejaré ir.

Sentir cómo Alex la tocaba y le susurraba sus sentimientos la hacía recuperar el aliento hasta sonreír.

—Sayen... ¿Me necesitas... o me deseas?

Y por un instante volvió a perderse en aquellos ojos negros que la miraban ansioso. Con toda seguridad, dio un pequeño toque a sus labios con los suyos. Realmente lo había extrañado.

—Te deseo Alex, como tú a mí.

Sin esperar más tiempo, comenzó a devorar aquella boca que por tanto tiempo había deseado y por tantas noches había soñado cuando se perdía en su recuerdo. Sus manos se aferraron a su blusa, tal como las de ella a su pecho, y no pudo contenerse más. Era evidente el deseo que hacía a sus cuerpos arder al mínimo roce. El piso fue decorado por sus ropas y su cama conoció por primera vez algo diferente a dormir. Escuchar cómo Sayen gemía su nombre una y otra vez, chocando su cálido aliento contra su piel, erizándolo por completo. Al ver sus ojos cerrarse y su boca abrirse, dejando escapar un suspiro, se llenó de un placer irremplazable. Escucharla pedir más de él lo llevó pronto al cielo tal como a ella, removiendo sus entrañas al llegar al climax.

Brindó pequeños besos en su hombro, retirando sus cabellos castaños a medida subía por su cuello, provocándole cosquillas cerca de la oreja, lo cual repetía con el roce de sus labios hasta hacerla reír.

—Ya Alex, no sigas, me haces cosquillas —se giró a él, abrazando su cuerpo desnudo—. Es verdad lo que dicen.

—¿Qué cosa? —cuestionó curioso, rodeándola con sus brazos.

Una pícaro sonrisa se asomó en sus labios sonrosados por tantos besos.

—Que las reconciliaciones son las mejores. Estaba pensando... ¿Y si nos peleamos seguido?

Alex se carcajeó divertido por su ocurrencia y la arruyó entre sus brazos, subiéndola sobre su cuerpo, donde adoró aquel rostro risueño y aquella mirada que se clavaba en él con suma ternura.

—Podríamos llegar a un consenso. Discutir por la pasta de dientes o las tazas sucias una hora

mínimo, tres veces por semana, ¿sí? Un día me pides disculpas tú y otro día yo, digo, para ser equitativos.

Sayen sonrió divertida y cruzó sus brazos sobre el pecho de Alex.

—Dime una cosa... ¿Quién preparó la cena?

—Yo —admitió sincero, lo cual ella lo miró desconfiada.

—¿De verdad? Pero si tú no sabes cocinar.

—Vi unas recetas por internet. Me esforcé mucho, ¿sabes? Es una pena que no llegaras para cuando te dije.

Ella apoyó su rostro entremedio de su cuello, dándole un pequeño beso, y volvió a subir por su quijada.

—Todavía podemos comerlo...

Alex rodó, dejándola bajo su cuerpo, y paseó sus manos por su contorno hasta llegar a su cadera.

—Aún quiero hacer otras cosas, después de que cierta señorita me mantuvo privado de “estas” ...—subió sus manos por su abdomen hasta llegar a sus senos, los cuales apretó suavemente—, y ella, por mes y medio. Lo que menos me interesa por ahora es comer.

Sayen lo empujó y rodó, haciéndolo quedar bajo ella. Se montó en su cadera y lo miró con curiosidad.

—¿De verdad crees que lo nuestro funcione?

Alex tomó su rostro y besó sus labios con aquella delicadeza que conocía únicamente con ella. Miró sus ojitos cerrados y besó la punta de su nariz.

—Ya lo hace.

# Epílogo

Ya había pasado un año y medio desde que Alex y ella se volvieran novios y comenzaran a compartirlo todo. Cada tres días ella se iba a quedar con él y viceversa. Cuando necesitaba tiempo para sí misma, resistía apenas un día de estar sin él cuando ya al siguiente lo iba a buscar al trabajo para comer, luego se reencontraban en alguno de los apartamentos para pasar otro conjunto más de días juntos.

La habitual rutina había tenido escapes vacacionales fuera del país y algunos fines de semana por otras ciudades. Al tercer mes de novios, Sayen lo presentó oficialmente como su pareja a sus padres y estos lo recibieron con completa aprobación, después de todo, él había sido quien los había vuelto a reunir con su hija.

Con su quinta novela lanzada post tratamiento, y finalizada una tarde cargada de entrevistas, firmas y más entrevistas, volvía a casa por fin. Si bien Alex le había dicho que saliendo podría pasar a buscarla, ella se había negado, aludiendo a que necesitaba refrescarse con un poco de aire. Pero a pesar de la templada tarde, sentía mucho frío y sudaba un montón.

Llevaba solo un par de cuadras lejos de la agencia de Natalie cuando un fuerte mareo la hizo detenerse antes de cruzar la calle y terminó desplomándose en el asfalto. Vio sombras agolpándose frente a ella, hasta que sus ojos se cerraron pesados...

—¿Cómo que no puedo verla? Soy su agente, tengo supremacía por cada decisión que la congoje, soy como su consciencia. Así que si no me deja entrar ahora, llamaré a mi abogado.

¿Era Natalie? No lo sabía bien. Sus ojos apenas se estaban abriendo y sentía la cabeza explotar debido a tantos murmullos, más parecidos a cacareos a pasos de ella. Apenas abrió sus ojos se encontró con su larga cabellera rubia frente a ellos.

—¿Estás bien? ¿No te duele nada? Mira tu cara, estás toda sudada.

Giró sus ojos, notando las blancas paredes y cortinas verdosas colgando por los costados. ¿Estaba en el hospital? Tenía algunos recuerdos difusos de ver algunas palomas pasando sobre ella y muchas caras, lo cual había creído ser un sueño.

—¿Qué me pasó...?

—Te desmayaste y llamaron una ambulancia. Por suerte no perdiste tu teléfono, me llamaron hace unos minutos.

—¿Y Alex...? —se intentó sentar dificultosamente, sentía el cuerpo molido.

—No le he avisado aún, quería preguntarte primero —la miró con seriedad—. ¿Por qué no me dijiste que te sentías tan mal? Habría re agendado las entrevistas.

—No me sentía tan mal... —vio al médico acercarse a ellos. Un alto chico que seguro hacía su internado en urgencias.

—Señorita Sáez, ¿cómo se siente?

—Como si mi novio me hubiese atropellado —susurró. Natalie le pellizcó el brazo—. Me duele todo, tengo mucho frío.

—Eso es por la fiebre. Le suministramos un medicamento para ello, luego en un rato debería sentirse mejor.

—¿Qué tengo...? ¿Me voy a morir?

—No, claro que no —sonrió divertido—. Le hicimos unos exámenes de reacción a la penicilina y un examen de sangre, pero necesitamos hacerle una ecografía.

Tanto la rubia como ella lo miraron confundidas.

—¿Por qué? ¿Qué tengo?

—Está agripada —dijo mirando la ficha. Ambas mujeres se miraron, ¿tanto para eso?—. Y embarazada, según los niveles de GCH, por eso necesitamos que firme la aprobación.

Sayen pestañó un par de veces sin lograr procesar sus palabras, mientras Natalie se le caía la quijada por el asombro. Observó a la castaña para ver su reacción, sin embargo, parecía que aún no lo procesaba.

—¿Qué dijo que tengo?

—Un feto en gestación. Dígame, ¿hace cuánto no tiene su periodo?

Agitó su cabeza intentando cuadrar toda la información que el médico intentaba hacerla digerir. Miró a Natalie, quien la miraba con la boca abierta.

—¿Qué digo? —susurró como una niña que iba con su madre al médico. La rubia despabiló y tomó las mejillas de su amiga, como si estuviera por regañarla.

—¿Desde hace cuánto no te llega el periodo, Sayen?

—Yo... Se me acabó hace poco —miró de nuevo al hombre, confundida—. He tenido mi periodo, no puedo estar embarazada. Además, tomo pastillas y...

—Bueno, veremos qué tal en la ecografía.

Al bajarse de la camilla, sintió que todo el mundo comenzaba a dar vueltas. Natalie le seguía en silencio hasta obstetricia cuando ambas pasaron a otra sala. Le pidieron a la castaña subirse la blusa, y pronto un gel frío humedeció su abdomen. Sayen insistía, explicándole a la doctora que había tenido su periodo con regularidad y que además tomaba sus pastillas diligentemente, pero la mujer alzó una ceja con suficiencia y le señaló la pantalla.

—Podría decir que tienes seis semanas. Felicidades, tienes un bebé desarrollándose en tu interior.

Sayen vio una mancha café entre toda esa oscuridad que parecía palpitar. Era algo deforme, apenas le encontraba sentido, sin embargo, sabía que aquello estaba vivo en su interior, lo sentía.

—¿Qué? ¿cómo? Si yo me cuido.

—Son cuestiones hormonales que hacen estos casos aislados. Hay mujeres que pueden sangrar los nueve meses sin problemas y dar a luz a un niño sano. Es parecido a tener el periodo, aunque no lo es.

No solo estaba embarazada, sino que era un caso aislado poco común y altamente hormonal. ¿Para peor? No solo tendría todas las molestias del embarazo sino también similares al de la menstruación. No sabía si reír o llorar por lo que comenzó a hacer ambos. Natalie se acercó a abrazarla e intentó consolarla. Bien recordaba cuando hacía años ella se había enterado que estaba embarazada, con una sencilla prueba casera y llorando a mares en el baño de su amiga, siendo consolada con helado de frutilla.

—Por ahora dejará las pastillas y seguirá una pauta alimenticia para el desarrollo del feto. Vendrá a exámenes cada mes y si siente alguna molestia, no dude en venir, ¿sí? Tenemos que ser



precavidos.

Parecía que sus palabras quedaron suspendidas en el aire. Sayen seguía llorando y lo siguió haciendo aun cuando volvió con Natalie a su apartamento. Alex la había llamado un par de veces, cosa que Sayen pasó de largo. ¿Cómo le iba a contar que estaba embarazada? Nunca habían discutido un tema así más que un “si tuviéramos hijos...” ¡Nada más! ¿Y si se enojaba con ella?

—En algún momento tendrás que darle la cara.

—Cuando recupere el color y salga del país de las maravillas. ¿Puedes creerlo? ¿Cómo le voy a explicar que la pastilla falló? Quizás crea que le he estado mintiendo.

—No lo creo, Alex no es así...—sobó su cabeza con cariño—. Seguro se va a sorprender al principio, aunque ya era tiempo de todos modos, llevan más de un año saliendo y se ve que está más que comprometido en esto.

Sí, Alex había sido un encanto con sus altos y bajos, y que nunca en todo ese tiempo la decepcionó. La protegía tanto como si fuera un pequeño tesoro, e incluso en sus ataques de romanticismo, él le había dicho cosas por el estilo.

—¿Y si no estoy lista para tenerlo? —se apartó asustada—. Pensar que me va a crecer la panza y ya no solo tendré que cuidar de mí... me asusta. ¿Si me caigo y le hago daño? ¿o si se enferma dentro de mí? ¿si no nace sano porque no me alimenté bien? ¿qué tal si Alex no lo quiere?

—¿Si no quiero qué...? —se escuchó de pronto en la sala. Ambas se exaltaron y notaron a Alex apenas asomándose y cerrando la puerta tras de él—. Hola cariño, te estuve llamando.

Odió el momento en que le entregó una copia de sus llaves. Rápidamente se limpió las lágrimas e intentó ocultar sus sentimientos.

—Sí, lo siento, es que estaba ocupada —se acomodó en el sofá. Natalie la miró como si esperara que lo dijera ya—. ¿Saliste recién de trabajar? Es un poco tarde...

—Pasé a comprar unas cosas para la cena, también traje vino —levantó la bolsa que llevaba. Se acercó a ella para saludarla con un beso, sintiendo de paso su rostro caliente—. ¿Fiebre? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Natalie me llevó al médico, no te preocupes —esperaba mentir muy bien, siempre Alex descubría todo.

—En realidad se desmayó. Deberías meterla a la cama y cuidarla —dijo Natalie acusadora.

Sayen miró a Natalie con ganas de ahorcarla.

—¿Te desmayaste? ¿Y por qué nadie me llamó? —preguntó molesto, más que nada preocupado—. ¿Por qué no me dijiste que fuera a buscarte? ¿Por qué me entero hasta ahora?

—Natalie ya estaba allí, no quería molestarte...—desvió su mirada a la rubia que se acercaba al sofá donde había dejado su cartera y se la cruzaba por el hombro—. ¿Ya te vas?

—Así es, mi marido quiere que prepare la cena esta noche. Los invitaría, pero estás tan mal que seguro contagiarías a Javier —sonrió burlesca.

En cuanto quedaron solos, Alex se recostó a su lado y la abrazó, atrayéndola a su cuerpo. Metió la mano bajo su blusa para acariciar su abdomen con cariño, sin saber lo que provocaba aquel gesto ahora en Sayen.

—No importa si estoy ocupado, cariño. Tú solo debes llamarme y yo estaré allí como sea —

sintió cómo ella se giraba hacia él—. De verdad luces mal.

—¿Muy mal...? —cuestionó llorosa.

—Me refiero a que se nota que estás agripada —acarició aquellos labios que hicieron un puchero—. ¿Qué tal si te das un baño y te acuestas? Te prepararé un caldo de pollo.

—Solo si no se te quema —se burló, recordando una vez en que Alex había llegado un día lluvioso con unas sopas de quince minutos, se olvidó y el caldo se secó, incluso la olla se quemó.

Alex le apretó el vientre, exaltándola. Él siempre hacía eso porque le daba un ataque de cosquillas, que a veces más bien parecía un ataque epiléptico que acababa en patadas y botando cosas. Pero esta vez no reaccionó como esperó, se había quedado helada, inmóvil.

—¿Pasó algo? ¿Te duele aquí? —preguntó, sobándole donde había apretado antes—. Estás tan pálida... ¿Qué tal si me quedo y te mimo toda la noche? O la semana... Soy tu doctor personal.

Apenas reaccionando, ella susurró:

## Sobre el autor

Naomi Braus, como se hace llamar nuestra autora, vive en Viña del Mar, Chile, junto a su familia y su gata Murci. Tiene 25 años y actualmente se encuentra terminando la carrera de Negocios Internacionales como una estudiante común que además trabaja a medio tiempo.

Ama oler el café mientras imagina los posibles escenarios y situaciones que albergarían en sus próximas historias, compartiéndolas con su pequeño círculo de amigos.

Durante doce años, se dedicó a devorar libros e historias ficticias por internet, escribiendo relatos que le permitieran distraerse, hasta que, un día, decidió tomarse en serio la oportunidad de escribir una novela.

“Enséñame a vivir” es su segunda novela publicada, y la primera bajo el alero de Ediciones Topacio. Mismo donde publicará dos novelas más previstas para este 2018.

# Fin

# Sobre el autor

Naomi Braus, como se hace llamar nuestra autora, vive en Viña del Mar, Chile, junto a su familia y su gata Murci. Tiene 25 años y actualmente se encuentra terminando la carrera de Negocios Internacionales como una estudiante común que además trabaja a medio tiempo.

Ama oler el café mientras imagina los posibles escenarios y situaciones que albergarían en sus próximas historias, compartiéndolas con su pequeño círculo de amigos.

Durante doce años, se dedicó a devorar libros e historias ficticias por internet, escribiendo relatos que le permitieran distraerse, hasta que, un día, decidió tomarse en serio la oportunidad de escribir una novela.

“Enséñame a vivir” es su segunda novela publicada, y la primera bajo el alero de Ediciones Topacio. Mismo donde publicará dos novelas más previstas para este 2018.